

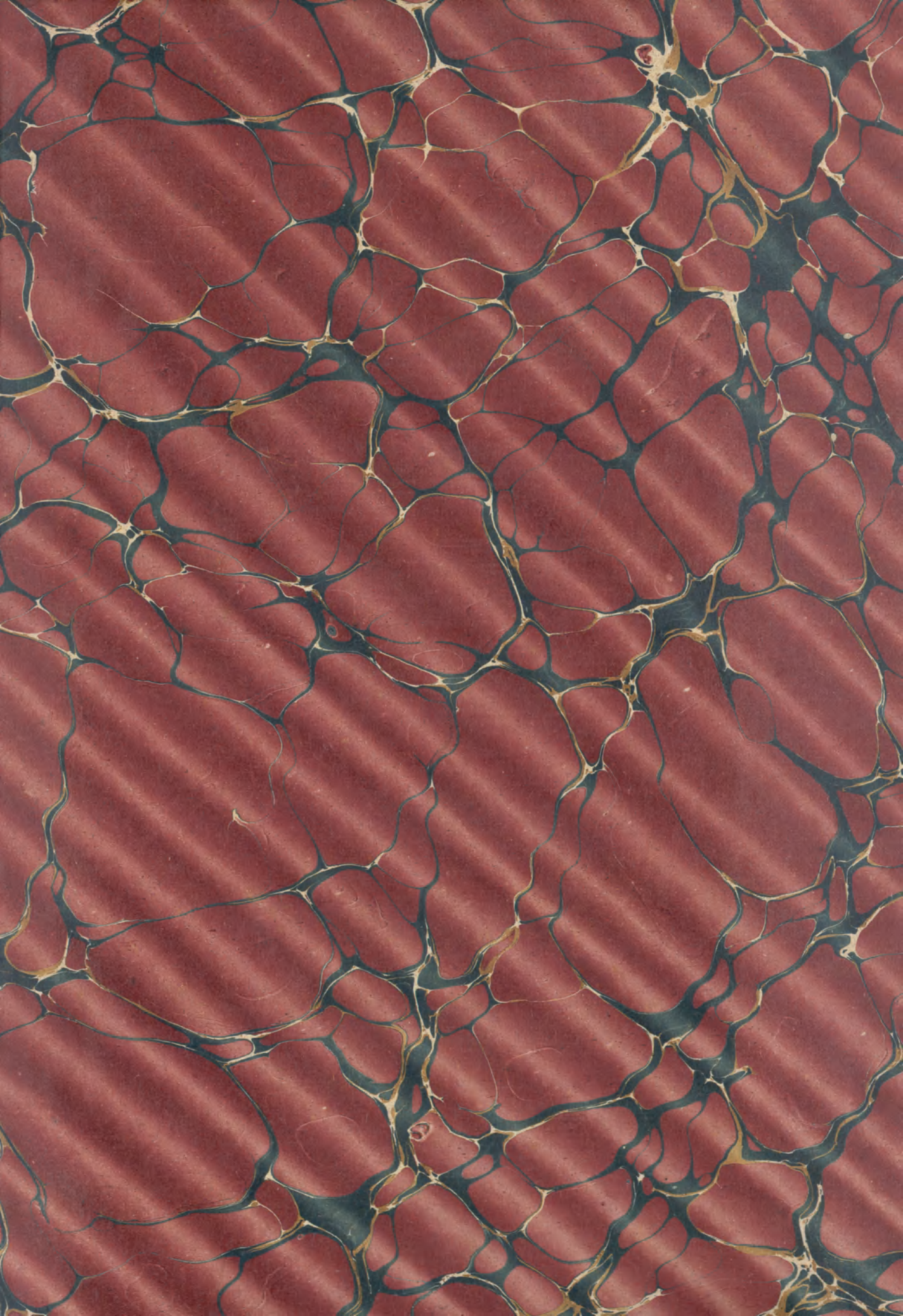
ALMAHAQUE

ALMAHAQUE
DE LA
ILUSTRACION

1887

ALMAHAQUE







Libreria Rodriguez
12000 ptes

12.000

7.170

R2060

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN

PARA EL AÑO DE

1887

ESCRITO POR LOS SEÑORES

AVILÉS (D. Angel), BECERRO DE BENGUA (D. Ricardo), CAMPILLO (D. Narciso), CAÑETE (D. Manuel),
CASTELAR (D. Emilio), CASTRO Y SERRANO (D. José),
FERNÁNDEZ BREMÓN (D. José), FERNÁNDEZ FLÓREZ (D. Isidoro), FERRARI (D. EMILIO), FRONTAURA (D. Carlos),
GRILO (D. Antonio F.), JACKSON VEYÁN (D. José), LANDERER (D. José J.),
MAS Y PRAT (D. Benito), ÓRTIZ DE PINEDO (D. Manuel), PALACIO (D. Eduardo de), PALACIO (D. Manuel del),
REINA (D. Manuel), SALVADOR DE SALVADOR (D. José), SÁNCHEZ DE CASTILLA (D. Eduardo),
SBARBI (D. José María), THEBUSSEM (El Doctor), TRUEBA (D. Antonio de), VELARDE (D. José) y VIDART (D. Luis).

AÑO XIV.

26 FEB 2001



MADRID,
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20.

1886.

ALMAYALTA
LABORATORIO GENERAL

TEXTORIAL

1807

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

GRABADOS

ÍNDICE GENERAL.

TEXTO.

	Págs.		Págs.
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S.....	5	Una Noche en Tortoni, poesía, por D. Manuel Reina.....	81
Año astronómico, por D. A. P.....	5	El Hombre-pájaro, cuento popular, por D. Antonio de Trueta.....	83
Santoral.....	6	El Corazón (carta a una señora), poesía, por D. José Salvador de Salvador.....	89
El Cardenal Cisneros (bosquejo biográfico), por D. Luis Vidart.....	11	Recuerdo, poesía, por D. Eduardo Sánchez de Castilla.....	92
El Legajo de cartas, por D. José Fernández Bremón.....	23	El Mundo de Júpiter, por D. José J. Landerer.....	94
La Monja, por D. Eduardo de Palacio.....	29	Camino del Paraíso (del Registro de joyas perdidas), por D. Ricardo Becerra de Bengoa.....	100
Cosas, por D. José María Sbarbi.....	33	Las Estaciones, poesía, por D. José Jackson Veyán.....	110
Recuerdos de viaje, por D. José de Castro y Serrano, individuo de número (electo) de la Real Academia Española.....	38	Té, café, opio y tabaco, por D. Narciso Campillo.....	112
Arenga de Hipatia (fragmento del poema <i>La Muerte de Hipatia</i>), por D. Emilio Ferrari.....	42	Un Crimen, poesía, por D. Benito Mas y Prat.....	120
Fórmulas, por el <i>Doctor Thebussem</i> , cartero honorario de España y de sus Indias.....	46	Lo insondable, soneto, por D. Manuel Ortiz de Pinedo.....	121
El Insigne actor español D. Joaquín Arjona, por el Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete, individuo de número de la Real Academia Española.....	53	El Duelo de los gorriones, por D. Angel Avilés.....	122
A Cuba, poesía, por D. Antonio F. Grilo.....	69	Prólogo del <i>Romancero de Colón</i> (fragmentos de la parte primera), por D. José Velarde.....	125
La Blanca luna, por el Excmo. Sr. D. Emilio Castelar, individuo de número de la Real Academia Española.....	72	La Hermana loca, por D. Carlos Frontanra.....	131
		El Album de una niña, poesía, por D. Manuel del Palacio.....	140
		Las Rosas, por <i>Fernánfol</i> (D. Isidoro Fernández Flórez).....	142
		Anuncios.....	144

GRABADOS.

	Págs.		Págs.
BELLAS ARTES			
«Esperanza», cuadro de José Zúñiga.....	4	«Cabeza de estudio», por D. Casto Plasencia.....	124
«La Tarde en un convento del Tesino», por Stackelberg.....	14	«Cognetería infantil»,.....	133
«Aguamanil de cristal de roca, con aplicaciones de oro y pedrería. (Museo del Prado).....	18	«Dibujo original», por la Srta. D. ^a Adela Crooke.....	136
«El Heredero de los blasones».....	22	RETRATOS.	
«Regina», por Benjamín Vautier.....	26	El Cardenal Jiménez de Cisneros.....	10
«En el puente de Triana», por García Ramos.....	32	El actor D. Joaquín Arjona (siete retratos).....	54
«Críticos del arte», por Leloir.....	35	Sra. Mila Kupfer, distinguida <i>prima donna</i>	119
«El Hombre-orquesta».....	41	Excmo. é Ilmo. Sr. D. Narciso Martínez Izquierdo, primer Obispo de Madrid-Alcalá.....	135
«La Escuela de las vestales».....	45	VARIEDADES.	
«Estudio de pintor», por A. Glisegüi.....	48	Un Egoísta.....	28
«En la fuente», por Schlegelinger.....	51	En Invierno.....	37
«Cusco que perteneció a D. Juan de Austria» (Armería Real).....	57	Día de invierno.....	67
«¡Abandonado!».....	60	Un Paisaje de Cuba, por Campuzano.....	68
«Leyenda poesías de Rabelais», por Vinea.....	63	Un ingenio de Cuba, por Campuzano.....	71
«Mañana de primavera», por Augusto Fink.....	77	Aldesana de la Selva Negra.....	74
«Juzgando el efecto».....	80	Alsacia.....	92
«Mal guardián», por H. Estevan.....	82	El Mundo de Júpiter (tres grabados).....	95 y 98
«El Preferido».....	85	La Catarata de San Paulo (Brasil).....	97
«Para su amado», por Herder.....	88	Faros flotantes entre Europa y América: Una estación en el Atlántico.....	108
«El Escultor Pajou haciendo el busto de la Condesa Duharry», por Jorge Cain.....	99	El Conde de Lesseps y su comitiva visitando las obras del Canal de Panamá.....	109
«Noticias de la guerra», por Jiménez Aranda.....	101	Puerta y torres de Serranos, en Valencia.....	130
«Soldados de Maestrich».....	105	¡Muy buenos días! (Del natural).....	138
«El Fumador», por Meissonier.....	116	Vifetas varias: 21, 29, 36, 44, 53, 69, 70, 81, 89, 91, 92, 110, 111, 114, 120, 121, 122, 140 y 142.	
«Una Elegía», por Carbonell.....	123		

Josef Zenisek



«ESPERANZA.»

(Cuadro de José Zenisek.)

PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Año número.	7	Infección romana.	XV
Epacta.	VI	Letra dominical.	b
Ciclo solar.	20	Letra del martirologio romano.	f

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús.	16 de Enero.
Septuagésima.	6 de Febrero.
Sexagésima.	13 de Febrero.
Quincuagésima.	20 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	28 de Febrero.
Pascua de Resurrección.	10 de Abril.
Patrocinio de San José.	1 ^o de Mayo.
Letanías.	16, 17 y 18 de Mayo.
Ascensión del Señor.	19 de Mayo.
Pascua de Pentecostes.	29 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	3 de Junio.
Santísimo Corpus Christi.	9 de Junio.
Dominicos entre Pentecostes y Adviento.	25
Santísimo Corazón de Jesús.	17 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	18 de Junio.
Fiesta de la Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo.	3 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	21 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	2 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	13 de Noviembre.
Adviento.	27 de Noviembre.

TÉMPORAS.

I. — El 2, 4 y 6 de Marzo.	III. — El 14, 16 y 17 de Septiembre.
II. — El 1, 3 y 4 de Junio.	IV. — El 14, 16 y 17 de Diciembre.

DÍAS DE AYUNO.

Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiendo que cuando la fiesta de la Purísima Concepción de Nuestra Señora cae en Viernes ó Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves próximo precedente.

La Vigilia de Pentecostes (con abstinencia de carne). 28 de Mayo.

Miércoles, Viernes y Sábado de las cuatro Temporas.

Vigilia de San Pedro y San Pablo (con abstinencia de carne). 28 de Junio.

De Santiago Apóstol. 28 de Julio.

De la Asunción de Nuestra Señora (con abstinencia de carne). 13 de Agosto.

De Todos los Santos. 31 de Octubre.

De Navidad (con abstinencia de carne). 24 de Diciembre.

También es ayuno con abstinencia de carne el Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa, 6, 7, 8 y 9 de Abril.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.

Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de Cuaresma y todos los Viernes del año.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 18 de Abril, y se cierran respectivamente el 22 de Febrero y el 20 de Noviembre.

DÍAS EN QUE SE SACA ANIMA.

El 6 de Febrero; el 1, 12, 13 y 20 de Marzo; el 1, 2, y 13 de Abril, y el 2 y 4 de Junio.

AÑO ASTRONÓMICO.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud. 40° 24' 30" N.
 Longitud. 0° 10' 42" al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

En Acuario, el 20 de Enero.	En Leo, el 23 de Julio. — <i>Contada.</i>
En Piscis, el 18 de Febrero.	En Virgo, el 23 de Agosto.
En Aries, el 20 de Marzo. — <i>Primavera.</i>	En Libra, el 23 de Septiembre. — <i>Otoño.</i>
En Tauro, el 20 de Abril.	En Escorpio, el 23 de Octubre.
En Géminis, el 21 de Mayo.	En Sagitario, el 22 de Noviembre.
En Cáncer, el 21 de Junio. — <i>Estío.</i>	En Capricornio, el 22 Dic. — <i>Invierno.</i>

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA. — Entra el 20 de Marzo á las 10 h. y 4 m. de la noche.
ESTIO. — Entra el 21 de Junio á las 12 h. y 12 m. de la tarde.
OTOÑO. — Entra el 23 de Septiembre á las 8 h. y 39 m. de la mañana.
INVIERNO. — Entra el 22 de Diciembre á las 2 h. y 50 m. de la madrugada.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

FEBRERO 5. *Eclipse parcial de Luna,* invisible en Madrid.
 Principio del eclipse á las 9 de la mañana.
 Medio del eclipse á las 10 y 7^m de idem.
 Fin del eclipse á las 11 y 13^m de idem.
 El principio de este eclipse será visible en toda la América Septentrional y en casi toda la Meridional, en parte de Asia, en el estrecho de Behering, y en parte de la Australia, en todo el Océano Pacífico, en parte del Atlántico, en casi todo el Mar Polar Ártico y en parte del Antártico.
 El fin de este eclipse será visible en casi toda la América Septentrional, en una pequeña parte de la Meridional, en la Isla de Cuba, en gran parte de Asia, en la Australia, en las Islas Filipinas, en el estrecho de Behering, en casi todo el Océano Pacífico, en una pequeña parte del Atlántico y del Índico, en casi todo el Mar Polar Ártico y en parte del Antártico.
 Valor de la máxima fase, ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0,432; tomando como unidad el diámetro de la Luna.
 El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 52° de su vértice boreal hacia Oriente (visión directa).
 El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 27° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).
FEBRERO 22. *Eclipse anular de Sol,* invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra á 8° 15' 0", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 171° 37' al E. de San Fernando, y latitud 57° 30' S.
 El eclipse central principia en la Tierra á 7° 33' 0", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 146° 59' al E. de San Fernando, y latitud 51° 51' S.

El eclipse central á mediodía sucede á 8° 48' 3", tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 128° 29' al O. de San Fernando, y latitud 40° 11' S.

El eclipse central termina en la Tierra á 10° 42' 5", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 88° 15' al O. de San Fernando, y latitud 21° 30' S.

El eclipse termina en la Tierra á 12° 05", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 88° 28' al O. de San Fernando, y latitud 7° 11' S.

Este eclipse será visible en una pequeña parte de la Australia, en parte de la América Meridional, en gran parte del Océano Pacífico y del Mar Polar Antártico.

AGOSTO 3. *Eclipse parcial de Luna,* visible en Madrid.
 Principio del eclipse á las 7 y 21^m de la tarde.
 Medio del eclipse á las 8 y 34^m de la noche.
 Fin del eclipse á las 9 y 47^m de idem.

El principio de este eclipse será visible en casi toda Europa y Asia, en África, en la Australia, en las Islas Filipinas, en todo el Océano Índico, en parte del Atlántico y Pacífico, en casi todo el Mar Polar Antártico y en una pequeña parte del Ártico.

El fin de este eclipse será visible en toda Europa y África, en gran parte de Asia y de la América Meridional, en parte de la Australia, en todo el Océano Índico, en casi todo el Atlántico, en casi todo el Mar Polar Antártico y en una pequeña parte del Ártico.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte austral del limbo, 0,410; tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 50° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 23° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).

AGOSTO 18. *Eclipse total de Sol,* invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra á 14° 40' 7", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 41° 41' al E. de San Fernando, y latitud 37° 28' N.

El eclipse central principia en la Tierra á 15° 48' 3", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 17° 28' al E. de San Fernando, y latitud 51° 39' N.

El eclipse central á mediodía sucede á 16° 50' 7", tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 105° 13' al E. de San Fernando, y latitud 53° 47' N.

El eclipse central termina en la Tierra á 18° 28' 4", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 179° 46' al E. de San Fernando, y latitud 24° 34' N.

El eclipse termina en la Tierra á 19° 34' 0", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 159° 30' al E. de San Fernando, y latitud 2° 57' N.

Este eclipse será visible en gran parte de Europa, en casi toda la Asia, en una pequeña parte de África y de la América Septentrional, en el estrecho de Behering, en parte del Océano Pacífico y en casi todo el Mar Polar Ártico.

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1887.

Oras del Sol.	ENERO.	Oras del Sol.	FEBRERO.	Oras del Sol.	
7.23	1 Sab. <i>Fiesta.</i> LA CONCESION DEL SEÑOR, y san Fulgencio Rusense, obispo.	11. 8. 4.45	7.10	1 Mart. San Ignacio, y san Ceolilo, patrón de Granada, obispos y mártires.	5.19
7.23	2 Dom. LA APARICION DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario, abad. ☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 12 h. y 5 m. del día, en <i>Aries</i> .	4.45		☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 8 h. y 12 m. de la mañana, en <i>Taurus</i> .	
7.24	3 Lun. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de Paris.	4.46	7.09	2 Miérc. <i>Fiesta.</i> LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, y san Cornelio Centurión, obispo.	5.20
7.24	4 Mart. San Tito, obispo, y san Aquilino y compañeros mártires.	4.47	7.08	3 Juev. San Blas, obispo y mártir, y el beato Nicolás de Longobardo.	5.21
7.24	5 Miérc. San Telesforo, papa y mártir, y san Simeon Silita.	4.48	7.07	4 Vier. San Andrés Corsino, obispo, y san José de Leonisa, ob.	5.22
7.24	6 Juev. <i>Fiesta.</i> LA EPIFANIA O LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arz. de Valencia.	4.49	7.06	5 Sab. Santa Agueda, virgen y mártir, y san Pedro Bautista y 23 compañeros, mártires del Japon.	5.23
7.24	7 Vier. San Julián, mártir, y san Raimundo de Peñafort.— <i>Abrense las relaciones.</i>	4.50	7.05	6 Dom. de <i>Sepuagésima.</i> Santa Dorotea, virgen, y san Teofilo, mártires.— <i>Anima.</i>	5.23
7.25	8 Sab. San Luciano, presbítero, y compañeros mártires.	4.51	7.04	7 Lun. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Licando, rey de Inglaterra.	5.23
7.25	9 Dom. San Julian, mártir, y su esposa santa Basilisa, virgen. ☽ <i>Luna llena</i> , á las 10 h. y 18 m. de la n., en <i>Cancer</i> .	4.52	7.03	8 Mart. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.	5.27
7.25	10 Lun. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amarante, confesor.	4.53		☽ <i>Luna llena</i> , á las 9 h. y 55 m. de la mañana, en <i>Leo</i> .	
7.25	11 Mart. San Higinio, papa y mártir.	4.54	7.01	9 Miérc. Santa Apolonia, virgen y mártir.	5.28
7.25	12 Miérc. San Benito Escop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martin, obispo de León.	4.55	7.00	10 Juev. Santa Escolastica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	5.29
7.22	13 Juev. San Gumerindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56	6.58	11 Vier. San Saturnino, presbítero, y compañeros mártires, y los beatos siete Siervos de María, fundadores.	5.31
7.22	14 Vier. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mártir.	4.57	6.58	12 Sab. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir, y la primera Traducción de san Gregorio, arzobispo de Toledo.	5.32
7.22	15 Sab. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	4.58	6.57	13 Dom. de <i>Seragésima.</i> San Beagino, mártir, y santa Catalina de Rixias, virgen.	5.33
7.21	16 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús, San Marcelo, papa y mártir, y san Marcelo, obispo. ☽ <i>Cuarto menguante</i> , á las 8 h. y 7 m. de la t., en <i>Libra</i> .	5.00	6.55	14 Lun. San Valentin, presbítero y mártir, y el beato Juan Bautista de la Concepcion, fundador.	5.34
7.21	17 Lun. San Anton, abad.	5.01	6.54	15 Mart. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mártires.	5.35
7.20	18 Mart. La Catedral de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mártir.	5.02		☽ <i>Cuarto menguante</i> , á las 1 h. y 17 m. de la noche, en <i>Scorpio</i> .	
7.20	19 Miérc. San Conato, rey, san Mario, santa Marta, san Audifax y san Abacuc, mártires.	5.03	6.53	16 Miérc. San Julián y 5000 compañeros, mártires.	5.37
7.19	20 Juev. San Fabián, papa, y san Sebastián, mártires.	5.04	6.51	17 Juev. San Julian de Capadocia, mártir.	5.38
7.19	21 Vier. San Fructoso, obispo, san Angelio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, virgen, todos mártires.	5.05	6.50	18 Vier. San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeon, obispo y mártir, y san Teotimo, confesor.	5.39
7.18	22 Sab. San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Amastasio, mártires.	5.07	6.49	19 Sab. San Gabino, presbítero y mártir, y san Álvaro de Córdoba.	5.40
7.17	23 Dom. SAN ILDEBRONSO, arzobispo de Toledo, y santa Emerenciana, virgen y mártir, patrona de Ternel.	5.08	6.47	20 Dom. de <i>Quincuagésima.</i> San León y san Eleuterio, obispos.	5.41
7.17	24 Lun. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir. ☽ <i>Luna nueva</i> , á las 2 h. y 46 m. de la noche, en <i>Acuario</i> .	5.09	6.46	21 Lun. San Félix y san Maximiano, obispos.	5.43
7.16	25 Mart. La Conversion de san Pablo, apóstol, y santa Elyra.	5.10	6.45	22 Mart. La Catedral de san Pedro en Antioquia, y san Pascasio, obispo.— <i>Cierranse las relaciones.</i>	5.44
7.15	26 Miérc. San Policarpo, ob. y m., y santa Paula, viuda romana.	5.11		☽ <i>Luna nueva</i> , á las 3 h. y 26 m. de la noche, en <i>Pisces</i> .	
7.14	27 Juev. San Juan Crisostomo, ob. y dr., y san Julian y comps. mrs.	5.12	6.43	23 Miérc. de <i>Ceniza.</i> San Pedro Damiano, obispo, cardenal y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.— <i>Principia el ayuno de Cuaresma.</i>	5.45
7.13	28 Vier. San Julián, obispo y patrón de Cuernca, san Valero, obispo de Zaragoza, san Tirso y compañeros mártires, y la Aparicion de santa Inés, virgen y mártir.	5.14	6.42	24 Juev. San Matias, apóstol, y san Modesto, obispo.	5.46
7.13	29 Sab. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitacion de Nuestra Señora.	5.15	6.40	25 Vier. San Cesario, confesor, y el beato Sebastián de Aparicio.	5.47
7.12	30 Dom. San Luceas, abad, patrón de Burgos, y santa Martina, virgen y mártir.	5.16	6.39	26 Sab. San Alejandro, obispo.	5.48
7.11	31 Lun. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda.	5.17	6.37	27 Dom. I de <i>Cuaresma.</i> San Baldomero, confesor.	5.49
			6.36	28 Lun. San Román, abad, santos Macario, Rufino, Justo y Teofilo, compañeros mártires.	5.50

MARZO.					
6.34	1 Mart. El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.— <i>Anima.</i>	5.52	6.11	16 Miérc. San Julián de Anazarba, mártir.	6.08
6.33	2 Miérc. San Luceo, obispo.— <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i> ☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 12 h. y 53 m. de la n., en <i>Geminis</i> .	5.53		☽ <i>Cuarto menguante</i> , á las 1 h. y 27 m. de la t., en <i>Sagittaria</i> .	
6.31	3 Juev. Santos Emeterio y Cesedonio, mrs., patronos de Calahorra.	5.54	6.09	17 Juev. San Patricio, obispo y confesor.	6.03
6.30	4 Vier. San Casimiro, principe de Polonia, y san Luceo, papa y mártir.— <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i>	5.55	6.07	18 Vier. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.	6.10
6.29	5 Sab. San Eusebio y compañeros mártires.— <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i> — <i>Ordeneas.</i>	5.56	6.06	19 Sab. San José, esposo de Ntra. Sra., patrón de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo, mártir.	6.11
6.27	6 Dom. II de <i>Cuaresma.</i> Santos Victor y Victoriano, mártires.	5.57	6.04	20 Dom. IV de <i>Cuaresma.</i> San Niceto, obispo, y santa Eufemia, mártir.— <i>Anima.</i> —(PASCALIA).	6.12
6.26	7 Lun. Santo Tomas de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mártires.	5.58	6.02	21 Lun. San Benito, abad y fundador.	6.13
6.25	8 Mart. San Juan de Dios, fundador, san Julián, arzobispo de Toledo, y san Yeremundo, abad.	5.59	6.01	22 Mart. San Diego y san Bienvenido, obispos.	6.14
6.23	9 Miérc. Santa Francisca, viuda romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia, virgen. ☽ <i>Luna llena</i> , á las 8 h. y 19 m. de la n., en <i>Virgo</i> .	6.00	5.59	23 Miérc. San Victoriano y compañeros mártires, y el beato José Ortel, presbítero.	6.15
6.20	10 Juev. Santos Matibón y 39 compañeros, mártires en Sebaste.	6.01	5.57	24 Juev. San Agapito, obispo y mártir, y el beato José María Tomasi, cardenal.	6.16
6.19	11 Vier. San Eulogio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires.	6.02	5.56	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 3 h. y 55 m. de la t., en <i>Aries</i> .	
6.17	12 Sab. San Gregorio Magno, papa y doctor.— <i>Anima.</i>	6.03	5.54	25 Vier. <i>Fiesta.</i> LA ANTICIPACION DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladrón.	6.17
6.15	13 Dom. III de <i>Cuaresma.</i> San Leandro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Salomon, mártires.— <i>Anima.</i>	6.04	5.52	26 Sab. San Brulio, obispo de Zaragoza.— <i>Ordeneas.</i>	6.18
6.14	14 Lun. Santa Matilde, reina, y la Traducción de santa Florentina.	6.05	5.51	27 Dom. de <i>Pascua.</i> San Ruperto, obispo.	6.19
6.12	15 Mart. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisibuto, abad, santa Leocricia, virgen y mártir, y san Longinos y compañeros, mártires.	6.07	5.49	28 Lun. San Sixto III, papa, san Cástor y san Doroteo, mártires.	6.21
			5.47	29 Mart. San Eustasio, abad.	6.22
			5.46	30 Miér. San Juan Climaco, abad.	6.23
				31 Juev. Santa Balbina, virgen, san Amós, profeta, y el beato Amadeo de Siboya.	

Otros del Sol.	ABRIL.	Otros del Sol.	Otros del Sol.	MAYO.	Otros del Sol.
6.14	1 Vier. Los Dolores de Nuestra Señora, y San Venancio, obispo y mártir.— <i>Anima</i> .	6.24	6.59	1 Dom. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles, el Patronio de san José, san Orenio y santa Paciencia, padres del mártir san Lorenzo.	6.56
6.43	2 Sab. San Francisco de Paula, fundador de la orden de los Mínimos, y santa María Egipciaca, penitente.— <i>Anima</i> .	6.26	4.53	2 Lun. San Atanasio, ob. y dr., y la beata Mafalda, reina de Castilla.	6.56
6.41	3 Dom. de Roma, San Pancracio, obispo, san Cipriano, mártir, san Denito de Palermo, y santa Burgundofora, virgen.	6.27	4.56	3 Mart. La Invenzion de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio y Teodoro, mrs., y san Juvenal, ob.	6.57
6.39	4 Lun. Santo, San Isidoro, arzobispo de Sevilla, doctor de la Iglesia.	6.28	4.54	4 Miér. Santa Mónica, madre de san Agustín.	6.58
6.38	5 Mart. Santo, San Vicente Ferrer, patrón de Valencia, santa Emilia, y la beata Juliana, virgen.	6.29	4.53	5 Juev. San Pio V, papa, san Sacerdote, obispo, y La Conversion de san Agustín.	6.59
6.36	6 Miér. Santo, San Celestino, papa y mártir.— <i>Abstinencia de carne</i> .	6.30	4.52	6 Vier. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista, y san Juan Damasceno, confesor.	7.00
6.34	7 Juev. Santo, San Epifanio, obispo, y san Ciríaco, mártir.— <i>Abstinencia de carne</i> .	6.31	4.51	7 Sab. San Estanislao, obispo y mártir.	7.01
6.33	8 Vier. Santo, San Dionisio, obispo, y el beato Julián de san Agustín.— <i>Abstinencia de carne</i> .	6.32	4.50	8 Dom. La Aparición del arcángel san Miguel.	7.02
6.31	9 Sab. Santo, Santa María Cleofé, y santa Casilda, virgen, princesa de Tolosa.— <i>Abstinencia de carne</i> .— <i>Urbana</i> .	6.33	4.49	9 Lun. San Gregorio Nacianceno, obispo y doctor, y san Gregorio, cardenal y obispo de Ostia.	7.03
6.30	10 Dom. Pascua de Resurrección, San Daniel y san Esauquel, profetas.	6.34	4.48	10 Mart. San Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epimeo, mártires.	7.04
6.28	11 Lun. San Leon Magno, papa y doctor.	6.35	4.48	11 Miér. Nuestra Señora de los Desamparados, san Mamerto, obispo, y san Anastasio, mártir, patrón de Lérica.	7.05
6.27	12 Mart. San Victor, mártir, y san Cenón, obispo.	6.36	4.47	12 Juev. Santo Domingo de la Calzada, y los santos Nereo, Aquileo, Domitila y Pancracio, mártires.	7.06
6.25	13 Miér. San Hermenegildo, rey de Sevilla, mártir.— <i>Anima</i> .	6.37	4.46	13 Vier. San Pedro Regalado, confesor, patrón de Valladolid.	7.07
6.23	14 Juev. San Tiburcio, san Valeriano y san Máximo, mártires, y san Pedro González Tolmo, patrón de Táy.	6.38	4.45	14 Sab. San Bonifacio, mártir.	7.08
6.22	15 Vier. Santa Basilia y santa Anastasia, mártires.	6.39	4.44	15 Dom. SAN PEDRO LABRADOR, patrón de Madrid, san Teonato y seis compañeros, obispos y mártires, y san Vitedado, mártir de Córdoba.	7.09
6.20	16 Sab. Santa Inés, virgen, y diez y ocho compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga.	6.40	4.43	16 Lun. San Juan Neponuceno, protomártir del siglo de la confesión, san Ubaldo, ob., y el beato Simón Stok.— <i>Letanias</i> .	7.10
6.18	17 Dom. de Consuelo o la alba, San Aniceto, papa y mártir, la beata María Ana de Jesús, y los santos mártires de Córdoba, Elias, Pablo e Isidoro.	6.41	4.42	17 Mart. San Pascual Bailon, confesor.— <i>Letanias</i> .	7.11
6.16	18 Lun. San Eleuterio, obispo, y san Perfecto, mártires, y el beato Andrés Hibernón.— <i>Abrona la velada</i> .	6.42	4.41	18 Miér. San Venancio, mr., y san Félix de Cantalicio.— <i>Letanias</i> .	7.12
6.15	19 Mart. San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mártires.	6.43	4.40	19 Juev. Fiesta. LA ASCENSION DEL SEÑOR, San Pedro Celestino, papa, san Juan de Cetina y san Pedro de Dueñas, mártires, y santa Eudocima, virgen.	7.13
6.14	20 Miér. Santa Inés de Monte Pulciano, virgen.	6.44	4.39	20 Vier. San Bernardino de Sena, confesor.	7.14
6.13	21 Juev. San Anselmo, obispo y doctor.	6.45	4.38	21 Sab. Santa María de Cervellón de Socors, v., y san Secundino, mr.	7.15
6.12	22 Vier. San Sabero y san Cayo, papas y mártires.	6.46	4.37	22 Dom. Santa Quiteria y santa Julia, virgenes y mártires, san Atón, obispo, el beato Pedro de la Asunción, mr., y la beata Rita de Casia, viuda.	7.16
6.10	23 Sab. San Jorge, mártir.	6.47	4.36	23 Lun. La Aparición de Santiago, apóstol, san Basilio y san Eplacio, obispos y mártires.	7.17
6.09	24 Dom. San Fidel de Sigmaringa, mártir, y san Gregorio, obispo.	6.48	4.35	24 Mart. San Robinson y el beato Juan de Prado, mártires, y la Tradición de santo Domingo de Guzmán.	7.18
6.07	25 Lun. San Marcos, evangelista, y san Antonio, obispo.— <i>Letanias mayores</i> .	6.49	4.34	25 Miér. San Gregorio VII, papa, san Urbano, papa y mártir, y santa María Magdalena de Pazzi, virgen.	7.19
6.06	26 Mart. San Cleto y san Marcelino, papas y mártires, la Tradición de santa Leonilda, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.	6.50	4.33	26 Juev. San Felipe Neri, confesor, y san Eleuterio, papa y mártir.	7.20
6.05	27 Miér. San Anastasio, papa y mártir, santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, y san Pedro Arnueng.	6.51	4.32	27 Vier. San Juan, papa y mártir.	7.21
6.03	28 Juev. San Praxeleo, obispo, san Vidal, mártir, y san Pablo de la Cruz, fundador.	6.52	4.31	28 Sab. San Justo, obispo de Urgel, y san Justo, confesor.— <i>Ayuno con abstinencia de carne</i> .	7.22
6.02	29 Vier. San Pedro de Verona, mártir.	6.53	4.30	29 Dom. de Pentecostes, San Maximiano, obispo, y san Restituto, mr.	7.23
6.01	30 Sab. Santa Catalina de Sena, y los santos mártires de Córdoba, Amador, presbítero, Pedro y Luis.	6.54	4.29	30 Lun. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mártir.	7.24
	31 Juev. San Sabero y san Cayo, papas y mártires.	6.55	4.28	31 Mart. Nuestra Señora, Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, los santos Germano, Paulino, Justo y Sicio, ms, y santa Petronila y santa Angela de Mérici, vgs.	7.25

JUNIO.

4.22	1 Miér. San Segundo, obispo y mártir, san Higo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mártires.— <i>Tempora</i> .— <i>Ayuno</i> .	7.24	4.23	17 Vier. El Santísimo Corazón de Jesús, san Manuel y compañeros, mártires, santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y santa Digna, mártires de Córdoba.	7.23
4.21	2 Juev. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mártires, y san Juan de Ortega, presbítero.— <i>Ayuno</i> .	7.25	4.22	18 Sab. Santos Marco y Marcelliano, san Ciríaco y santa Paula, mártires.	7.23
4.21	3 Vier. San Isaac, mártir, y el beato Juan Grande, confesor.— <i>Tempora</i> .— <i>Ayuno</i> .	7.25	4.21	19 Dom. El Purísimo Corazón de María, santa Juliana de Falconeri, virgen, san Gervasio, san Protasio y san Lambert, mártires.	7.23
4.20	4 Sab. San Francisco Caracciolo, fundador.— <i>Tempora</i> .— <i>Ayuno</i> .— <i>Anima</i> .	7.26	4.20	20 Lun. San Silverio, papa y mártir, santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japon.	7.23
4.20	5 Dom. La Santísima Trinidad, y san Bonifacio, obispo y mártir.	7.26	4.19	21 Mart. San Luis Gonzaga, confesor, y san Balduino, obispo de Barbastro.—(Estró.)	7.24
4.20	6 Lun. San Norberto, arz. y fund. del Orden premonstracense.	7.27			
4.20	7 Mart. San Pedro y compañeros mártires, monjes de Córdoba.	7.28			
4.20	8 Miér. San Sebastiano, confesor, y san Entropio, obispo.	7.28			
4.20	9 Juev. Fiesta. SACRAMENTUM CORPUS CHRISTI, san Primo y san Feliciano, hermanos, mártires.	7.29			
4.20	10 Vier. Santa Margarita, reina de Escocia, san Crispulo y san Restituto, mártires.	7.29			
4.20	11 Sab. San Bernabe, apóstol.	7.30			
4.20	12 Dom. San Juan de Sahagún, san Onofre, amacoreta, y los santos Basilio, Cirilo, Nabor y Nazario, mártires.	7.30			
4.20	13 Lun. San Antonio de Padua, y san Pandila, presbítero y mr.	7.31			
	4.20	7.31			
	4.20	7.32			
4.20	14 Mart. San Basilio, obispo y doctor, y san Eliseo, profeta.	7.31			
4.20	15 Miér. San Vito, san Modesto, santa Crescencia y santa Benilde, mártires.	7.32			
4.20	16 Juev. San Juan Francisco Regis, san Quirico y santa Julita, mártires, y santa Lutgarda, virgen.	7.32			
			4.20	22 Miér. San Paulino, obispo, y san Avacío y compañeros, mártires.	7.24
			4.20	23 Juev. San Juan, presbítero y mártir.	7.24
			4.20	24 Vier. La Natividad de San Juan Bautista.	7.24
			4.20	25 Sab. San Guillermo, abad, san Eloy, obispo, y santa Orosia, virgen y mártir, patrona de Jaen.	7.24
			4.21	26 Dom. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mártires.	7.24
			4.21	27 Lun. San Zoido, mártir, y san Ladislao, rey de Hungría.	7.24
			4.21	28 Mar. San Leon II, papa, y san Argimiro, mártir.— <i>Ayuno con abstinencia de carne</i> .	7.24
			4.22	29 Miér. Fiesta. SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.	7.24
			4.22	30 Juev. La Conmemoración del apóstol san Pablo, y san Marcial, obispo.	7.24

Ocios del Sol	JULIO.	Ocios del Sol	AGOSTO.	Ocios del Sol
4.33	1 Vitr. San Casto y san Secundino, mártires.	7.34	1 Lun. San Pedro Advíncula, los santos hermanos Macabeos, mártires, y san Félix, mártir de África.	7.15
4.33	2 Sáb. La Visitación de Nuestra Señora, y los santos Proceso y Martiniano, mártires.	7.34	2 Mart. Nuestra Señora de los Angeles, san Alfonso María de Li-goria, obispo y doctor, san Pedro, obispo de Osma, y la beata Juana de Aza. — <i>Jubileo de la Purísima.</i>	7.14
4.34	3 Dom. La Preciosísima Sangre de Ntro. Señor Jesucristo, San Trifón y comps., mrs., y el bto. Raimundo Lullo, mrt.	7.34	3 Miér. La Invencción del cuerpo de san Esteban, proto-mártir.	7.13
4.34	4 Lon. San Laureano, obispo y mártir, y el beato Gaspar Rono.	7.33	☉ Luna llena, á las 8 h. y 25 m. de la n., en Acurio.	7.12
4.35	5 Mart. santos Cirilo y Metodio, obs., y san Miguel de los Santos.	7.33	4 Juev. Santo Domingo de Guzman, fundador de la Orden de Predicadores, confesor.	7.11
4.35	☉ Luna llena, á las 8 h. y 19 m. de la m., en Capricornio.	7.33	5 Vitr. Ntra. Señora de las Nieves, y san Abel ó Abetardo, abad.	7.10
4.35	6 Miér. Santa Lucía, mártir.	7.33	6 Sáb. La Transfiguración del Señor, y los santos niños Inno y Pástor, mártires, patronos de Alcalá de Henarés, san Sixto II, papa y mártir, y los santos Felicesimo y Agapito, diáconos y mártires.	7.08
4.36	7 Juev. San Formia, obispo y mártir, san Odón, obispo, san Lorenzo de Brindis, y santa Pulqueria, emperatriz.	7.32	7 Dom. San Cayetano, fundador de los Terceros, san Alberto de Sicilia, san Esteban, abad, y compañeros mártires, y san Donato, obispo y mártir.	7.07
4.37	8 Vitr. Santa Isabel, reina de Portugal.	7.32	8 Lun. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mártires,	7.06
4.37	9 Sáb. San Cirilo, obispo y mártir.	7.32	9 Mart. San Román, mártir.	7.05
4.38	10 Dom. Los santos doce Hermanos, mártires. santa Amalia y Amalia, vg., y los santas Rufina y Segunda, vgs. y mrs.	7.32	10 Miér. San Lorenzo, diácono, mrt., y santa Florencia, vg. y mrt.	7.03
4.39	11 Lon. San Pio I, papa y mártir, san Abundio, mártir, y santa Verónica de Juliana, virgen.	7.31	11 Juev. San Tiburelo y santa Susana, virgen, mártires.	7.02
4.39	12 Mart. San Juan Guaberna, abad, santos Nabor y Félix, mártires, y santa Marciana, virgen y mártir.	7.30	☉ Cuarto menguante, á las 11 h. y 22 m. de la n., en Tauro.	7.01
4.40	13 Miér. San Anacleto, papa y mártir.	7.30	12 Vitr. Santa Clara de Asis, virgen, fundadora de las Clarisas.	6.59
4.41	☉ Cuarto menguante, á las 8 h. y 12 m. de la m., en Arbo.	7.29	13 Sáb. San Hipólito, san Casiano, santa Centola y santa Elena, mártires. — <i>Aguio con abstención de carne.</i>	6.58
4.41	14 Juev. San Buenaventura, obispo y doctor.	7.29	14 Dom. San Eusebio, presbítero, y san Pablo, diácono, mártir.	6.57
4.42	15 Vitr. San Camilo de Lellis, fundador de los Agonizantes, san Enrique, emperador, y los bros. cuarenta mes. del Brasil.	7.29	15 Lun. <i>Fiesta.</i> La Asunción de Nuestra Señora y san Alípio, ob.	6.55
4.42	16 Sáb. Nuestra Señora del Carmen, el Triunfo de la Santa Cruz, y san Steuardo, diácono, mártir de Córdoba.	7.28	16 Mart. San Roque y san Jacinto, confesores, y el beato Juan de Santa María, mártir.	6.54
4.43	17 Dom. San Alejo, confesor.	7.27	17 Miér. San Pablo y santa Juliana, hermanos, y el beato Francisco de Santa María, mártires.	6.53
4.44	18 Lon. Santa Sinfonosa y sus siete hijos, san Federico, obispo, y santa Marina, virgen, todos mártires.	7.27	18 Juev. San Agapito, mártir, santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Monticafelo, virgen.	6.52
4.45	19 Mart. San Vicente de Paul, fundador de las Hijas de la Caridad, santa Justa y santa Rufina, vírgenes y mártires, patronos de Sevilla, y santa Ana, virgen y mártir.	7.26	19 Vitr. San Luis, obispo, san Magin, ermitaño, y el beato Pedro de Zúñiga, mes.	6.51
4.45	20 Miér. San Elias, profeta, san Jerónimo Emiliano, fundador, y santas Librada y Margarita, vírgenes y mártires.	7.26	☉ Luna nueva, á las 5 h. y 23 m. de la m., en Leo.	6.50
4.47	☉ Luna nueva, á las 5 h. y 23 m. de la m., en Cáncer.	7.25	20 Sáb. San Bernardo, abad y doctor.	6.48
4.47	21 Juev. Santa Práxedes, virgen.	7.24	21 Dom. San Joaquín, esposo de santa Ana y padre de Nuestra Señora la Virgen María, y sta. Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora de la Orden de la Visitación en compañía de san Francisco de Sales.	6.46
4.47	22 Vitr. Santa María Magdalena, penitente.	7.24	22 Lun. San Timoteo, san Hipólito, obispo, y san Sinfoniano, mrs.	6.47
4.48	23 Sáb. San Apolinar, ob. y mrt., san Liborio, ob., y los santos hermanos Bernarico, María y Gracia, mes. — <i>Aguio.</i>	7.23	23 Mart. San Felipe Benicio, confesor, san Cristóbal y san Leovigildo, mártires de Córdoba.	6.45
4.49	24 Dom. Santa Cristina, vg. y mrt., y san Francisco Solano, of.	7.22	☉ Cuarto creciente, á las 8 h. y 5 m. de la n., en Sagitario.	6.44
4.50	25 Lun. <i>Fiesta.</i> SANTIAGO APÓSTOL, patrón de España, y san Cristóbal, mártir.	7.21	25 Juev. San Luis, rey de Francia, san Gineo de Arlés, san Geron-cio, ob., y los beatos Pedro Vázquez y Luis Sotelo, mrs.	6.42
4.51	26 Mart. Santa Ana, madre de la Santísima Virgen María.	7.20	26 Vitr. San Celerino, papa, y san Victor, presbítero, mártires.	6.40
4.52	27 Miér. San Pantaleón, san Cucufate, santa Juliana y santa Sampremiana, vgs. y mrs., patronos de Moscuo, san Jorge, diácono, san Félix, san Anacleto, santa Natalia y santa Lidiosa, mártires.	7.19	27 Sáb. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías, san Rufo, obispo, y la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesús.	6.39
4.53	☉ Cuarto creciente, á las 2 h. y 16 m. de la t., en Escorpio.	7.18	28 Dom. San Agustín, obispo y doctor, y san Hermes, mártir.	6.37
4.53	28 Juev. Santos Evario, Celso y Victor, papa, mártires, san Inocencio, papa, y la beata Catalina Tomás, virgen.	7.17	29 Lun. La Degollación de san Juan Bautista, santa Sabina, y los beatos Juan y Pedro, mártires.	6.36
4.54	29 Vitr. Santa María, virgen, y los santos Félix II, papa, Simplicio, Faustino y Beatrix, mártires.	7.16	30 Mart. Santa Rosa de Lima, vg., y san Félix y san Adaneto, mrs.	6.34
4.55	30 Sáb. San Abdon, san Senén y san Teodomiro, mártires, y el beato Matheo de Guzman, confesor.	7.16	31 Miér. San Ramón Nonato, cardenal, fto. Domingo de Val, mrt.	
4.56	31 Dom. San Ignacio de Loyola, of., fundador de la Comp.ª de Jesús.			

SEPTIEMBRE.

5.27	1 Juev. San Vicente y san Loto, mártires de Toledo, los santos doce Hermanos, mrs., san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.	6.38	5.41	16 Vitr. San Cornelio, papa, san Cipriano, obispo, santa Eufemia, santa Lucia y san Geminiano, todos mártires. — <i>Temporales.</i> — <i>Aguio.</i>	6.08
5.28	2 Vitr. Ntra. Sra. de la Concepción ó Corpus, san Esteban, rey de Hungría, y san Antolin, mártir, patron de Palencia.	6.31	5.42	17 Sáb. La Imposición de las llagas de san Francisco de Asis, santa Columba, virgen y mrt., y el bto. Pedro Arbúes, mártir. — <i>Temporales.</i> — <i>Aguio.</i> — <i>Ordenes.</i>	6.06
5.28	☉ Luna llena, á las 10 h. y 53 m. de la m., en Pleis.	6.29	☉ Luna nueva, á las 1 h. y 36 m. de la t., en Virgo.		
5.29	3 Sáb. San Basilio, mrt., san Luciano, rey, y los beatos Francisco de Jesús y Gabriel de la Magdalena, mrs. del Japon.	6.28	5.43	18 Dom. Los Dolores gloriosos de Ntra. Sra., santo Tomas de Villanueva, arz. de Valencia, y san José de Cupertino, conf.	6.05
5.29	4 Dom. Santa Catalina, Rosa de Vitoria y Rosalia de Palermo, vgs.	6.26	5.44	19 Lun. San Jenaro, ob., y compañeros mártires, santa Pomposa, virgen y mártir, y el beato Alonso de Orozco.	6.03
5.30	5 Lon. San Lorenzo Justiliano, obispo, la Conmemoración de san Julián, ob. de Quema, y santa Genidia, vg. y mrt.	6.25	5.45	20 Mart. San Eustaquio y compañeros mártires, san Rogelio y san Siervo de Dios, mártires de Córdoba, y el beato Francisco de Posada.	6.01
5.31	6 Mart. San Eugenio y compañeros, mártires.	6.23	5.46	21 Miér. San Mateo, apóstol y evangelista.	6.00
5.32	7 Miér. Santa Regina, virgen y mártir.	6.23	5.47	22 Juev. San Manrico y compañeros mártires.	5.58
5.33	8 Juev. <i>Fiesta.</i> LA NATIVIDAD DE NTRA. SRA., y san Adrián, mrt.	6.21	5.48	23 Vitr. San Lino, papa, y santa Tecla, virgen, mártires, santa Jadhiga y santa Polixena. — (Orosio.)	5.56
5.34	9 Vitr. San Gorgonio, mártir, santa Maria de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador, san Gregorio de Oset, y el beato Pedro Claver, confesor.	6.20	5.49	24 Sáb. Ntra. Sra. de las Mercedes, y el beato Dalmacio Moner, of.	5.55
5.35	10 Sáb. San Nicolás de Tolentino, san Pedro, obispo de Compostela, y el bto. Eusebio de Morales y comps., mrs. del Japon.	6.18	☉ Cuarto creciente, á las 4 y 49 m de la m., en Capricornio.		
5.36	☉ Cuarto menguante, á las 2 h. 39 m. de la t., en Géminis.	6.16	5.50	25 Dom. San Lope, ob., san Formoso, mártir, y el santo niño Cristóbal de la Guardia, mártir de la sievia judica.	5.63
5.37	11 Dom. El Dulce Nombre de María, san Probo y san Jacinto, hermanos, mártires.	6.15	5.51	26 Lun. San Cipriano y santa Justina, vg., mrs., y san Garcia, abad.	5.61
5.37	12 Lon. San Lennox y compañeros, san Vicencia, abad, y los beatos Tomas de Zamarrón y Apolinar Franco, todos mrs.	6.13	5.52	27 Mart. San Cosme y san Damian, hermanos, mártires.	5.60
5.38	13 Mart. San Felipe, mártir.	6.11	5.53	28 Miér. San Wenceslao, duque de Bohemia, san Adolfo y san Juan, mrs., sta. Eusequia, vg., y el bto. Simón de Rojas, of.	5.58
5.39	14 Miér. La Exaltación de la santa Cruz, y santa Catalina de Génova, virgen. — <i>Temporales.</i> — <i>Aguio.</i>	6.10	5.54	29 Juev. La Dedicación del arcángel san Miguel.	5.46
5.40	15 Juev. San Nicomates, jesuita y mrt., san Emilio, diácono, y san Jeremias, mártires de Córdoba.	6.10	5.55	30 Vitr. San Jerónimo, presbítero y doctor, y santa Sofía, virgen.	5.45

Oros del Sol.	OCTUBRE.	Oros del Sol.	NOVIEMBRE.	Oros del Sol.
5.56	1 Sáb. El santo Angel de la Guarda, telelar de España, y san Remigio, obispo.	5.43	1 Mart. <i>Fiesta.</i> LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.	4.57
5.57	2 Dom. Nuestra Señora del Rosario, los santos Angeles Custodios, san Olegario, obispo y mártir, y san Saturno, anacoreta, patrón de Soría.	5.41	2 Miér. La Comemoración de los Felices Difuntos, y santa Eulogia, virgen y mártir.	4.56
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 3 h. y 33 m. de la m., en <i>Arés</i> .		3 Juev. Los Inmencables mártires de Zaragoza, y san Eremogol, obispo.	4.55
5.58	3 Lun. San Cándido, mártir, san Gerardo, abad, y el beato Juan Macías.	5.40	4 Vier. San Carlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agriola, mártires.	4.54
5.59	4 Mart. San Francisco de Asís, fundador de la orden de los Menores.	5.38	5 Sáb. San Zacarías, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.	4.53
5.00	5 Miér. San Plácido y comp., mrs., san Froilán y san Atilano, obis.	5.36	6 Dom. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.	4.52
5.01	6 Juev. San Bruno, fundador de los Cartujos.	5.35	7 Lun. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.	4.51
5.02	7 Vier. San Marcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martín Cid, abad.	5.33	8 Mart. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mártires.	4.50
5.03	8 Sáb. Santa Brígida, viuda y fundadora de la orden del Salvador ó de los Brigitanos, y san Pedro, m. de Sevilla.	5.32	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 1 h. y 17 m. de la t., en <i>Leo</i> .	
5.04	9 Dom. San Dionisio Areopagita, obispo, y santos Rustico y Eleuterio, mártires.	5.30	9 Miér. La Dedicación de la Basílica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mártir.	4.49
5.06	10 Lun. San Francisco de Borja y san Luis Beltrán, confesores.	5.29	10 Juev. San Andrés Avelino, y los santos mártires Trifón, Respicio, y Ninfa, virgen.	4.48
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 4 h. y 43 m. de la m., en <i>Cáncer</i> .		11 Vier. San Martín, obispo, y san Mena, mártir.	4.47
5.06	11 Mart. San Fermín, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	5.27	12 Sáb. San Martín, papa y mártir, san Diego de Alcalá, y san Millán, presbítero.	4.46
5.07	12 Miér. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipriano, obs. y mrs., y san Severin de Montegranaio, cf.	5.25	13 Dom. El Patronato de Nuestra Señora, san Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Esteban de Kostka, y san Homobono, confesor.	4.45
5.08	13 Juev. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Jenaro y san Marcial, mártires.	5.24	14 Lun. San Sergio, mártir, y san Luciano y san Rulo, obispos.	4.44
5.09	14 Vier. San Callisto, papa y mártir.	5.22	15 Mart. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, mártir, y san Leopoldo, confesor.	4.43
5.10	15 Sáb. Santa Teresa de Jesús virgen y fundadora de la Orden de carmelitana, y computrona de las Españas.	5.21	☉ <i>Luna nueva</i> , á las 7 h. y 31 m. de la m., en <i>Escorpio</i> .	
5.12	16 Dom. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.	5.19	16 Miér. San Rufino y compañeros, mártires, y santa Inés de Asís, virgen.	4.43
	☉ <i>Luna nueva</i> , á las 10 h. y 20 m. de la m., en <i>Libra</i> .		17 Juev. San Gregorio Nazianzeno, obispo, san Acteado y santa Victoria, mártires, y santa Gertrudis la Magna, virgen.	4.42
5.13	17 Lun. Santa Euluvia, viuda, y la beata María de Alacoque.	5.18	18 Vier. La Dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo en Roma, san Maximo y san Román.	4.41
5.14	18 Mart. San Lucas, evangelista.	5.16	19 Sáb. Santa Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa y mártir.	4.40
5.15	19 Miér. San Pedro de Alcantara, cf., patrón de Coria.	5.15	20 Dom. San Félix de Valois, fundador de la orden de la Santísima Trinidad.	4.40
5.16	20 Juev. San Juan Canaleo, presbítero, y santa Irene, virgen y m. r.	5.13	21 Lun. La Presentación de Nuestra Señora, san Rufo y san Esteban, mártires.	4.39
5.17	21 Vier. San Hilario, abad, santa Ursula y comp., var. y mrs.	5.12	22 Mart. Santa Cecilia, virgen y mártir.	4.38
5.18	22 Sáb. Santa Salomé, viuda, santa Naulio y santa Aleida, virgenes y mártires.	5.11	☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 10 h. y 28 m. de la m., en <i>Acuario</i> .	
5.19	23 Dom. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistrano, y san Servando y san Germán, patronos de Oádiz.	5.09	23 Miér. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mártires.	4.38
	☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 5 h. y 31 m. de la t., en <i>Acuario</i> .		24 Juev. San Juan de la Cruz, san Crisógono, mártir, santa Elena y santa María, virgenes y mártires de Córdoba.	4.37
5.20	24 Lun. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, obispo.	5.08	25 Vier. Santa Catalina, virgen y mártir.	4.37
5.21	25 Mart. San Crisanto y santa Daría, san Gabino, san Proto, san Jemero, san Ursipin y san Crispiniano, todos mártires, y san Pratos, confesor, patrón de Segovia.	5.06	26 Sáb. Los Desposados de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandro, obispo y mártir. — <i>Cherrema las relaciones.</i>	4.36
5.23	26 Miér. San Evaristo, papa y mártir, san Luciano, san Marciano, san Valentín y santa Eufracia, mártires.	5.05	27 Dom. <i>I de Acheato</i> , Santos Vencendo y Primitivo, hermanos, mártires.	4.36
5.24	27 Juev. San Vicente, santa Sofía y santa Crística, hermanos mártires, patronos de Avila y de Talavera de la Reina, apóstoles.	5.04	28 Lun. San Gregorio III, papa.	4.35
5.25	28 Vier. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.	5.03	29 Mart. San Sabunino, obispo y mártir.	4.35
5.26	29 Sáb. San Narciso, obispo, y san Marcelo Comarion, mártires.	5.01	30 Miér. San Andrés, apóstol.	4.35
5.27	30 Dom. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victorico, mártires, y el beato Alonso Rodríguez.	5.00	☉ <i>Luna llena</i> , á las 3 h. y 5 m. de la t., en <i>Acuario</i> .	
5.28	31 Lun. San Quilín, mártir, y la Comemoración de la batalla del Salado. — <i>Ayuno.</i>	4.59		
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 9 h. y 16 m. de la m., en <i>Taurus</i> .			

DICIEMBRE.

7.04	1 Juev. Santa Natalia, virgen.	4.35	7.16	15 Juev. San Eusebio de Veroli, obispo y mártir.	4.35
7.05	2 Vier. Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obispo y doctor, y santa Elisa, virgen y mártir. — <i>Ayuno.</i>	4.34	7.17	16 Vier. San Valentin y compañeros, mártires. — <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i>	4.35
7.06	3 Sáb. San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hilaria, mártires. — <i>Ayuno.</i>	4.34	7.17	17 Sáb. San Lazaro, obispo y mártir, y san Franco de Sena, confesor. — <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i> — <i>Ordén.</i>	4.35
7.07	4 Dom. <i>II de Advenio.</i> Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gálvez, mártir del Japon.	4.34	7.18	18 Dom. <i>IV de Advenio.</i> La Expectación de Nuestra Señora, valgarmente Nuestra Señora de la O.	4.36
7.08	5 Lun. San Sabas, abad, y san Anastasio, mártir.	4.34	7.19	19 Lun. San Nemesio, mártir.	4.36
7.09	6 Mart. San Nicolas de Bari, arzobispo de Mira.	4.34	7.20	20 Mart. Santo Domingo de Silos, abad.	4.37
7.09	7 Miér. San Ambrosio, obispo y doctor.	4.34	7.20	21 Miér. Santo Tomas, apóstol.	4.37
7.10	8 Juev. <i>Fiesta.</i> LA INMACULADA CONCEPTIO DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.	4.34	7.20	22 Juev. San Demetrio y compañeros, mártires. — <i>(Diciembre.)</i>	4.38
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 2 y 56 m. de la mañ., en <i>Virgo</i> .			☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 6 h. y 47 m. de la m., en <i>Arés</i> .	
7.11	9 Vier. Santa Leocadia, virgen y mártir, patrona de Toledo. — <i>Ayuno.</i>	4.34	7.21	23 Vier. Santa Victoria, virgen y mártir. — <i>Ayuno.</i>	4.38
7.12	10 Sáb. La Traslacion de la santa Casa de Loreto, san Melquisedec, papa y mártir, santa Eufalia (ó Oualia) de Merida, y santa Julia, virgenes y mártires. — <i>Ayuno.</i>	4.34	7.21	24 Sáb. San Gregorio, presbítero y mártir. — <i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>	4.39
7.13	11 Dom. <i>III de Advenio.</i> San Damaso, papa.	4.34	7.21	25 Dom. LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mártires.	4.39
7.14	12 Lun. Nuestra Señora de Guadalupe de México, san Hermógenes y san Donato y compañeros, mártires.	4.34	7.22	26 Lun. San Esteban, protomártir.	4.40
7.14	13 Mart. Santa Lucía, virgen y mártir, y el beato Juan de Marinoni, confesor.	4.34	7.22	27 Mart. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41
7.15	14 Miér. San Nicasio, ob. y m., san Espiridión y san Pompeyo, obs. — <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i>	4.35	7.23	28 Miér. Los santos Inocentes, mártires.	4.41
	☉ <i>Luna nueva</i> , á las 7 h. y 7 m. de la n., en <i>Sagittario</i> .		7.23	29 Juev. Santo Tomas Cantuarisense, obispo y mártir.	4.42
			7.23	30 Vier. La Traslacion del cuerpo de Santiago apóstol. patrón de España, y san Sabino, obispo, y compañeros mártires.	4.43
				☉ <i>Luna llena</i> , á las 8 de la m., en <i>Cáncer</i> .	
			7.23	31 Sáb. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4.44



EL CARDENAL CISNEROS

PRELADO VIRTUOSO, POLÍTICO DE SINGULAR VALÍA É INSIGNE PROTECTOR DE LAS CIENCIAS Y DE LAS LETRAS.

Nació en Torrelaguna el año 1437. Murio en Roa el día 8 de Noviembre de 1517.

EL CARDENAL CISNEROS.

BOSQUEJO BIOGRÁFICO.

«El nombre de Cisneros pasa de un siglo á otro como la más pura, como la más bella, como la más santa de nuestras glorias.»

(El CARDENAL CISNEROS, *Estudio biográfico por D. Carlos Navarro y Rodrigo.*)

INTRODUCCIÓN.

CONSIGNAN repetidamente las páginas de la Historia un hecho que merece muy detenido estudio y reposadas meditaciones. La constitución moral de los pueblos se asemeja, sin duda, á la constitución física de las varias regiones del planeta que habitamos, en la influencia que ejercen sus peculiares condiciones sobre los seres individuales que en su seno viven y se desarrollan. Sabido es que así como hay terrenos que espontáneamente producen bellas flores y sazonados frutos, hay también otros que, estériles y mal dispuestos, ni aun con el auxilio del trabajo del hombre llegan á alcanzar la fecundidad de aquéllos; y por semejante manera, hay pueblos donde las flores de la poesía ó los frutos de la ciencia parecen espontánea manifestación del genio nacional, y otros donde la asidua labor del tiempo y el progreso de la cultura apenas consiguen otro resultado que la formación de una literatura artificial ó de una ciencia exótica, que siempre está amenazada de muerte por el continuo oleaje de las vicisitudes sociales.

Ejemplos que confirman cuanto acabamos de decir se hallan leyendo con cuidado la historia de la Península Ibérica: historia en la que admiraremos el esplendor de las bellas artes; historia en la que veremos á la poesía ibérica gloriosamente representada en la antigua Roma por Séneca, Lucano y Marcial, en la Edad Media por el Romancero castellano, y en los tiempos modernos por el teatro de los siglos XVI y XVII, el poema de Camoens, la novela picaresca y la inmortal creación épica del inmortal Cervantes. Y fácil sería evocar la memoria de pintores, músicos, estatuarios y arquitectos nacidos en la Península Ibérica, cuyos nombres ocupan señalado lugar en el templo de la Fama.

Pero comparado con este gallardo y casi permanente florecimiento del arte peninsular, aparecen harto estériles las manifestaciones de la actividad de portugueses y españoles en otras esferas de la vida humana; y se ve un ejemplo de tan funesta esterilidad en la escasez de hombres de Estado, origen de la falta de buen gobierno, que es la frecuente dolencia de los dos pueblos ibéricos. Así puede decirse que los grandes estadistas que aparecen como legítimas glorias de Portugal y de España son seres excepcionales, varones preclaros, que han formado su carácter y su inteligencia, no

en la intimidad con el medio social que les rodeaba, antes bien separándose de este medio social y buscando en las profundidades de su pensamiento y en las energías de su espíritu luz para su razón y fuerza para su voluntad.

Es la gobernación del Estado arte que halla su guía en el ideal de la justicia y del derecho, pero que para cumplir sus fines ha de reconocer siempre y á toda hora la condicionalidad de las circunstancias históricas, para respetarla y mejorarla progresiva y gradualmente. *Lo mejor es enemigo de lo bueno*, dice un proverbio castellano; y la verdad es que las fantasías meridionales suelen destruir el bien que existe en nombre de otro bien mejor, que por ser prematuro, aun no puede realizarse.

Todo lo hasta aquí expuesto se encamina á preparar la explicación de las aparentes anomalías que se presentan en la vida y hechos del célebre cardenal D. Fray Francisco Ximénez de Cisneros; porque explicación requiere—y nosotros hemos de procurar indicarla en el estudio biográfico que ahora emprendemos,—porque explicación requiere la aptitud claramente probada para los negocios del mundo en el asceta que vivió separado durante largo tiempo de todo trato social; explicación requiere la unión en una misma persona del fervor del creyente que hace quemar los libros que no se conforman con los dogmas de su religión, y el amor á la ciencia que funda la Universidad de Alcalá y lleva á cabo la magna empresa de la publicación de la Biblia poliglota.

Si; fraile místico, gobernante hábil, caudillo valeroso y sabio promovedor de la cultura nacional, Fray Francisco Ximénez de Cisneros es para el historiador concienzudo un problema psicológico que la sana razón ha de examinar muy detenidamente, si no le satisface, como no debe satisfacerle, la fácil solución de la vulgar malicia que llama hipocresía á la piedad, y absurdo fanatismo á las creencias religiosas de aquel humilde franciscano que tan contra su voluntad fué llamado á suceder al *Gran Cardenal de España* en el arzobispado de Toledo y en el consejo de los Reyes Católicos.

I.

Nacimiento y familia de Cisneros.—Sus estudios.—Su nombramiento de arzobispo de Toledo.—Su energía para extirpar la justa posesión de este benéfico establecimiento.—Su entrada en la orden de San Francisco y su vida de penitente.

Fr. Prudencio de Sandoval, en su *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, dice así:

«Antes de comenzar la historia, haré lo que los antiguos usaron escribiendo los hechos de sus príncipes. No contaré patrañas ni ficciones fabulosas en la genealogía de Carlos, rey de España y emperador de los cristianos, como las dijeron de Alejandro Magno, haciéndole descender del gran

Hércules, y á Hércules hijo de Júpiter. Y de Julio César afirmaron que traía su origen de la diosa Venus. De Ciro, rey potentísimo de los persas, lisonjeándole dijeron que lo había criado y dado leche una perra. De Rómulo y Remo, fundadores de Roma, tuvieron por cierto que los crió una loba, como los veo colgados de sus pechos en monedas de aquel tiempo. De esta manera fingieron tales y otros disparates por engrandecer sus príncipes y hacerlos de otra maza diferente de la natural de los hombres. Diré breve y verdaderamente las dos líneas de padre y madre del César rey de España, que son tales, que sin fingir parecerá ser dos sucesiones las más antiguas, continuas y nobles que de reyes ha habido en el mundo después que Dios lo formó criando al primer hombre.»

En confirmación de las últimas palabras que acabamos de copiar, el obispo de Pamplona comienza la genealogía del César rey de España desde nuestro padre Adán, que fué criado en viernes, el sexto día del mundo, 3960 años antes de Jesucristo.

Si Sandoval halló modo de probar la nobleza hereditaria del César desde Adán, fundador de dinastías y también ascendiente de los más humildes plebeyos, no es de extrañar que el P. Quintanilla, en su *Arquetipo* (1), haya presentado un árbol genealógico donde la familia del cardenal Cisneros se ve emparentada con el glorioso fundador de la monarquía asturiana D. Pelayo, con el rey Pipino, Carlo Magno y otros personajes de sangre real.

De lo expuesto se deduce un visible progreso. Los historiadores de la antigüedad greco-romana se proponían demostrar que los héroes descendían de los dioses; los biógrafos de la época del Renacimiento y de los siglos posteriores, ya se contentan con que los varones ilustres descendan de reyes y príncipes, esto es, de otros varones ilustres por su alta jerarquía social, pero que están muy lejos de las divinas jerarquías.

Nació Cisneros en Torrelaguna, pueblo de Castilla la Nueva, el año de 1437; y sus padres, á pesar del árbol genealógico del padre Fr. Pedro de Quintanilla, parece que se hallaban más próximos á las clases populares que á los rangos de la nobleza, si bien se dice que era de hidalgo abolengo, aunque carecían de bienes de fortuna, y en este mismo caso se hallaban sus más cercanos parientes.

La historia biográfica del cardenal Cisneros se puede con-

siderar dividida en dos grandes periodos. Comprende el primero desde la fecha de su nacimiento hasta el año de 1492, en que fué nombrado confesor de la reina Doña Isabel la Católica; nombramiento que señala el principio del segundo periodo de su vida, que entonces toma el carácter de lo que hoy llamamos *vida pública*.

El primer periodo también se puede considerar subdividido en tres partes. En la primera se ve al joven Gonzalo—pues este fué su primer nombre de pila, que cambió por el que ahora se le conoce cuando hizo su ingreso en la orden franciscana,—en la primera se ve al joven Gonzalo asistir á las escuelas de Alcalá y Salamanca; dedicarse desde luego al estado eclesiástico; estudiar afanosamente el derecho civil y canónico; tomar el grado de bachiller; trasladarse á Roma; adquirir allí fama de teólogo y jurisconsulto, y regresar á España cuando supo el fallecimiento de su padre, trayendo una bula del Papa, de las llamadas de *expectativa*, por la cual se le nombraba para el primer beneficio de determinada renta que vacase en el arzobispado de Toledo.

En la segunda parte se ve al presbítero Cisneros tomando posesión de la vacante ocurrida al morir el arcipreste de Uceda, en virtud de la gracia apostólica en su favor otorgada, y poco después aprisionado en el castillo de Uceda, y más tarde en la torre de Santorcaz, de orden del arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo, que por estos medios quería obligarle á que renunciase á su derecho al beneficio que disfrutaba, y que, según parece, había ofrecido á uno de sus familiares. Y en este punto comienzan á mostrarse las altas dotes de carácter de que andando el tiempo había de dar tantas y tantas pruebas el perseguido arcipreste de Uceda. La prisión de Cisneros duró seis años, sin que en tan largo tiempo vacilase su voluntad de mantener su derecho, consignado en la concesión papal; y el arzobispo Carrillo sin duda hubo de convencerse de la infelicidad de su procedimiento, y resolvió ponerla en libertad y dejarle en pacífica posesión de su beneficio eclesiástico.

No se ocultaban á Cisneros los inconvenientes que podía acarrearle su dependencia de un Prelado que tan mal le había recibido, y se apresuró á pedir su arcepresazgo de Uceda por la capellanía mayor de la catedral de Sigüenza dando así una prueba de que la perspicacia de su entendimiento no era menor que la energía de su carácter, en su larga prisión claramente demostrada.

Residiendo Cisneros en Sigüenza hubo de tratar al Obispo de la diócesis, que á la sazón lo era el después famoso consejero de los Reyes Católicos, D. Pedro González de Mendoza, y bien pronto este Prelado conoció la singular valía del Capellán mayor y le dió el nombramiento de Vicario general para el gobierno de su diócesis.

Llegamos á la tercera y última parte en que hemos considerado dividido el primer periodo de la vida del cardenal Cisneros; y es tan notable la singularidad de lo que ahora vamos á referir, que nos parece de todo punto necesario hacer algunas consideraciones previas, en que procuraremos no traspasar los estrechos límites de este bosquejo biográfico.

Es fácil hallar en los generalmente llamados *libros de mesa* unos versos que, en verdad sea dicho, no son modelo de belleza, pero que pueden ser de lógico y bien fundado razonamiento. Dicen así:

(1) *Arquetipo de virtudes y espejo de prelados, ó vida del Cardenal Cisneros*, por Fr. Pedro de Quintanilla y Mendoza. También el Dr. D. Pedro Pérez del Pulgar, en su *Vida y motivos de la canonización de Santo del venerable servo de Dios D. Fr. Francisco Jiménez de Cisneros*, y otros varios escritores, sostienen la opinión favorable al linaje abolengo del conquistador de Orán, afirmando que su padre, D. Alfonso Jiménez de Cisneros, descendía de la misma familia que el famoso D. Rodrigo de Cisneros, *rico home de pensión y caldera*, y que su madre, D.^a Marina, Mariana ó María García Astudillo de la Torre, era hija y nieta de caballeros de Santiago y de Alcantara, de quienes, dice el Dr. Pérez del Pulgar, se procedieron los Condes de Coruña y de Barajas. En realidad, todas estas afirmaciones genealógicas nobiliarias oscurecen de pruebas históricas. Ni siquiera se sabe con certeza el nombre de pila de la madre, ni la fecha exacta del nacimiento de Cisneros; fecha del nacimiento que la mayoría de los historiadores fijan en el año de 1437, y algunos en el de 1436, sin que sea posible señalar al día ni al mes; y bien se comprende que ignorándose tales particularidades, las noticias genealógicas del P. Quintanilla y del Dr. Pulgar son obras de ingenio, en que se ha olvidado el precepto del gran escritor que dijo: «La Historia no pasa porfida si no le muestran quitanza.»

Que tengo de morir es infalible;
Dejar de vez á Dios y condenarme
Triste cosa será, pero posible.
¡Posible!... y río, y átermo, y puedo holgarme!
¡Posible!... y tengo amor á lo visible!
¿Qué hágo? ¿en qué me ocupo? ¿en qué me encanto?
¡Loco debo de ser, pues no soy santo!

Estos versos presentan con rigor lógico la regla de vida del verdadero creyente. No aspiró á ser santo; comprometió la salvación eterna de mi alma por la satisfacción de pasajeros apetitos; esto sólo tiene un nombre, insensatez; más aún, locura rematada. Así debe discurrir el creyente, así discursó sin duda el Vicario general de la diócesis de Sigüenza, y dejando todos sus empleos y beneficios, que le producían la renta anual de dos mil ducados, tomó el hábito en la orden de San Francisco, que acaso era la más rígida de las que entonces existían en España. Sus penitencias y la austeridad de su conducta le dieron tal fama de santo, que su confesionario se vió tan concurrido, y fueron tantas las consultas que se le hacían por personas de todas clases y condiciones, que de nuevo se vió arrastrado á ocuparse en los negocios mundanos de que había tratado de separarse, y para poder realizar sus propósitos de hacer una vida contemplativa y solitaria, pidió y obtuvo de sus superiores el permiso necesario para trasladarse al convento del Castañar, situado entre las asperezas de los montes de Toledo, y allí construyó por sus propias manos una pequeña ermita ó choza en que apenas cabía su cuerpo, y en tan incómoda habitación pasaba los días y las noches orando y meditando, manteniéndose, como los antiguos anacoretas, con hierbas y agua, y á las veces, como esquisito manjar, con pedazos de pan duro.

II.

Cisneros es nombrado confesor de Isabel la Católica y Provincial de su orden.—Su plan de reformas de los órdenes religiosos.—Su restitución para aceptar el nombramiento de Arzobispo de Toledo.

El Obispo de Sigüenza, D. Pedro González de Mendoza, había sido elevado á la alta dignidad de Arzobispo de Toledo; el Papa le había dado un puesto en el Colegio de Cardenales, y los Reyes Católicos le habían elegido por su consejero y ministro; y D. Pedro González de Mendoza, á quien se conoce con el dictado del *Gran Cardenal de España*, miraba mal que el antiguo Capellán mayor de la catedral de Sigüenza se hubiera encerrado en un convento, y decía *que prevalece tan extraordinarias como las de Cisneros no debían estar sepultadas durante mucho tiempo en la obscuridad de un claustro.* Consecuente con estas palabras, cuando Fr. Hernando de Talavera fué nombrado Arzobispo de Granada, halló ocasión oportuna para procurar que Cisneros viniese á la Corte, ocupando el cargo de confesor de la Reina doña Isabel la Católica, que el nuevo Arzobispo dejaba vacante. Habló Mendoza á la Reina y la hizo tantos elogios de Cisneros, que D.^a Isabel entró en deseos de conocerle; y cuando esto se verificó, quedó tan prendada de sus virtudes y talentos, que desde luego halló acertado el consejo del Cardenal, é hizo que se le manifestase el deseo que tenía de que se encargara de la dirección de su conciencia. Un escritor de aquellos tiempos refiere la sorpresa que produjo en la Corte la aparición del nuevo confesor, cuyo macerado cuerpo y

pálido semblante parecía que resuscitaban la espiritualidad fervorosa de los anacoretas que vivieron en los primeros siglos de la era cristiana.

Corría el año de 1492 cuando Cisneros aceptó, no sin gran repugnancia, el cargo de confesor de la Reina Católica, poniendo la condición de que se le permitiera observar las reglas de su Orden y residir habitualmente en un convento siempre que no fuese necesaria su presencia en la Corte. Todo se le concedió en la misma forma que lo había solitado; pero parece que Dios tenía dispuesto que su vida se asemejase más á un rudo combate que á una tranquila plegaria, porque dos años después de su nombramiento de confesor fué elegido Provincial de su Orden en el capítulo general celebrado en Burgos, y habiendo visitado los muchos conventos que se pusieron bajo su jurisdicción, halló tan relajadas en ellos las reglas de su disciplina interior, y aun las de su vida moral, que creyó necesario emprender un plan general para la reforma de tales abusos. Esta idea mereció la aprobación de la Reina Católica, y para llevarlo á cabo solicitó y obtuvo un Breve del pontífice Alejandro VI, expedido con la fecha del 27 de Marzo de 1503. Para la ejecución de este Breve nombraron los Reyes Católicos, por Reales despachos de 4 de Septiembre de 1503, á los Prelados que les merecían más confianza (1). No hay que decir hasta dónde llegó el empeño que puso el confesor de la Reina en que se realizasen todas las reformas por su iniciativa emprendidas, y el vigor de su voluntad tuvo ocasión de mostrarse con toda su fuerza para conseguir y vencer los obstáculos que clérigos y seglares temazmente le oponían, que el abuso inveterado siempre tiene muchos defensores. Esta fué la segunda vez en que brillan las al parecer opuestas cualidades de Cisneros, cualidades que así le llevaban al reposo contemplativo del cielo como á la activa decisión que es necesario emplear en los negocios de la tierra.

Á principios del año 1495, hallándose gravemente enfermo en su palacio de Guadalajara el *tercer rey de España*, que es el título que por donaire daban los cortesanos al cardenal Mendoza, se cuenta que Isabel la Católica, en una de las visitas que le hizo durante los últimos tiempos de su enfermedad, hubo de consultarle acerca de quién sería conveniente que le sucediese en la silla de Toledo; y el Cardenal, respondiendo á esta consulta, aconsejó á la Reina que no nombrase á ninguna persona de la primera nobleza, porque si se juntaba tan alta dignidad eclesiástica con las conexiones de familias poderosas, se corría el riesgo de que si el nuevo Arzobispo era de genio turbulento, de lo cual ya se había dado algún caso, podría oponerse á las resoluciones de la autoridad Real; riesgo que se evitaría dando el nombramiento de Primado de las Españas al humilde fraile Ximénez de Cisneros. Oyó la Reina Católica el consejo de su antiguo Ministro, y lo tuvo tan en cuenta, que por más que hizo el Rey D. Fernando para que muerto Mendoza ocupase su hijo D. Alonso la silla de Toledo, no pudo conseguirlo. Cisneros fué llamado cierto día á la cámara Real, y

(1) Quien quisiera conocer los pormenores de los hechos referentes á la reforma de los órdenes religiosos, puede recurrir al *Informe que hizo á Su Majestad en 30 de Julio de 1726 D. Santiago Aguado Riol*, que se halla en el tomo III del *Semanario Erudito*, publicado por D. Antonio Valladares de Sotomayor.



«LA TARDE EN UN CONVENTO DEL TESINO.»—(Cuadro de Stuckelberg.)

recibió de manos de la Reina una bula que le dijo leyese á su presencia: y como no tenía ni la menor noticia de lo que esta bula podía decir, fué tan grande su asombro cuando fijó su vista en el sobrescrito y leyó: «*A nuestro venerable hermano Francisco Ximénez de Cisneros, electo arzobispo de Toledo*», que involuntariamente, y sin darse cuenta de lo que hacía, dejó caer el pliego, exclamando:—«*Esto no puede ser; esto no puede hablar conmigo*», y salió precipitadamente del aposento, sin saludar á nadie y dejando estupefactos á los que presenciaban tan desalentadas acciones.

«La Reina, dice un historiador (1), lejos de incomodarse por esto impolítico proceder, esperó á que se calmaran las primeras impresiones de la sorpresa: pero como viera que Cisneros no volvía, envió á dos de los grandes señores que creyó que tenían más influencia con él, á buscarle y persuadirle que aceptase el cargo. Presentáronse aquéllos inmediatamente en el convento de San Francisco de Madrid, en cuya villa se hallaba entonces la Reina con su corte: pero hallaron que Cisneros se había ya marchado. Sabido el camino que llevó, tomaron caballos, y siguiéndole con la diligencia posible, lograron alcanzarle á tres leguas de distancia de la población, encaminándose á pie y de prisa, en medio del calor del día, hacia el convento de San Francisco de Ocaña. Quejáronse de que se hubiera ido con tanta precipitación, y por fin consiguieron persuadirle de que volviera á Madrid. Regresó, en efecto; pero ni las razones ni las exhortaciones de sus amigos, apoyadas en los deseos de la Reina, pudieron vencer sus escrúpulos para que aceptase un cargo de que se reconocía indigno. Decía que *esperaba pasar el resto de su vida en el tranquilo cumplimiento de sus deberes religiosos, y que se hallaba ya en edad muy avanzada para ejercer un cargo de tanta responsabilidad, y para el cual no tenía capacidad ni vocación*. En tal dictamen se mantuvo obstinadamente por más de seis meses, hasta que se obtuvo segunda bula de Su Santidad mandándole que no rehusara por más tiempo admitir un nombramiento que la Iglesia había tenido á bien confirmar. Esto no dejaba ningún pretexto para oponerse, y Cisneros consintió, aunque con visible repugnancia, en ser promovido á la primera dignidad eclesiástica del reino de España.» Y esta dignidad, como observa el mismo historiador, era la más alta, no sólo de España, sino acaso de toda la cristiandad, después de la Silla Pontificia, y además confería á su poseedor una eminente categoría civil como Canciller mayor de Castilla, y por lo tanto una importante influencia en la resolución de los negocios del Estado.

III.

Las reformas eclesiásticas de Cisneros.—La fundación de la Universidad de Alcalá.—La edición de la Biblia poliglota.—Conversión de los moros de Granada.—Conquista de Orán por el cardenal Cisneros.

Así como el primer período de la vida de Cisneros lo hemos considerado dividido en tres partes, el segundo período puede también considerarse dividido en el mismo número de partes. La primera podría titularse: *Cisneros confesor de Doña Isabel la Católica y reformador de las órdenes religiosas*; y el relato de esta parte ha sido lo que en el anterior capi-

tulo ha ocupado nuestra pluma. *El Arzobispo de Toledo D. Fr. Francisco Ximénez de Cisneros* habría de titularse la segunda parte: y la tercera, *El Cardenal Cisneros, regente de Castilla*.

Son tales y tan grandes las empresas llevadas á cabo por el Arzobispo de Toledo D. Fr. Francisco Ximénez de Cisneros, y se prestan á tan diversos y aun contradictorios comentarios, que hallamos suma dificultad para relatarlas y decir nuestra opinión acerca de ellas, sin traspasar los estrechos límites del presente bosquejo biográfico. Habremos, pues, de dar á nuestra narración la forma descarnada y poco atractiva de apuntes brevísimos, en que los hechos han de aparecer expuestos sin parmenores, y los juicios sin los fundamentos que son necesarios para que puedan influir en el ánimo de los lectores que con ellos no estén de acuerdo.

Aceptada por Cisneros la alta dignidad para que le había designado la Reina, fijó su atención en la conveniencia de hacer extensiva al clero secular la reforma que se estaba realizando en las comunidades religiosas. Inmensas dificultades se opusieron al cumplimiento de tales propósitos: pero Cisneros, contando siempre con el decidido apoyo de Isabel la Católica, todas las venció, y el fruto de sus reformas, según el testimonio de los escritores coetáneos, fué una notable mejora en la moralidad pública y privada del clero; mejora que ha merecido y merece el elogio, así de los historiadores católicos, como el de los protestantes y aun el de los más radicales librepensadores.

No alcanzan la misma unanimidad en el elogio los procedimientos que usó el nuevo Arzobispo de Toledo para conseguir la conversión al cristianismo de los moros de Granada. La dádiva que corrompe y la fuerza que intimida, tales fueron los medios por los cuales consiguió Cisneros la conversión de los moros granadinos; y como el *éxito*—pase el neologismo—produce casi siempre el aplauso de los contemporáneos, aunque luego merezca la censura de la Historia, se dice que hasta el prudente Fr. Hernando de Talavera, que siempre había sido partidario de que se respetase la capitulación de Granada, donde se concedía á los moros el derecho de conservar su religión, cambió de parecer y llegó á decir que *Cisneros había alcanzado un triunfo más sublime que el de Fernando é Isabel, porque éstos no habían conquistado más que el territorio, al paso que aquél había ganado las almas de Granada*.

Si grandes son las censuras que se han escrito al juzgar el modo y forma con que Cisneros consiguió llevar á cabo la conversión de los moros granadinos, aun son mucho mayores las que se formulan sobre el hecho de haber dispuesto que fuesen quemados en una plaza pública, como así se verificó, todos los libros arábigos que en Granada se pudieron recoger; libros que si bien en su mayor parte eran copias y comentarios del Corán, los restantes trataban de materias literarias y científicas, ajenas á la religión mahometana. No se sabe el número de volúmenes que fueron pasto de las llamas, pues hay historiador que lo hace ascender á más de un millón, y según otros, no pasaba de cinco mil. Solamente trescientos tratados de medicina se salvaron de la voracidad del fuego, porque sin duda el Arzobispo de Toledo consideró que la diferencia de religiones no había de influir gran cosa en la aplicación de los métodos curativos á los cristianos ó á los infieles. Así reconoció Cisneros el

(1) William H. Prescott en su *Historia del reinado de los Reyes Católicos*, traducida al castellano por D. Pedro Sabán y Larroja. (Madrid, 1846.)

poder igualitario de la enfermedad, que concluye siempre con la vida; poder igualitario que ya se había reconocido en plena Edad Media con la creación simbólica de las famosas *Danzas de la Muerte*.

Reservando para más adelante la opinión que nosotros tenemos formada acerca de los dos últimos hechos que acabamos de relatar, seguiremos la rápida enumeración de las potentes y múltiples manifestaciones del genio singularísimo del gran Cisneros, que si en 1499 dispone el *auto de fe* de Granada, en el siguiente año de 1500 emplea toda su fecunda actividad en la fundación de la célebre Universidad de Alcalá de Henares, y poco tiempo después, en 1502, emprende la tarea, en aquel entonces difícilísima, de coleccionar los textos de la Biblia escritos en las antiguas lenguas, según el plan ideado por Orígenes, y consigue ver abierta la matrícula de su Universidad en Julio de 1508, y ver terminada la edición de su *Biblia Poliglota ó Complutense*, según la nombran por el lugar donde fué impresa, después de quince años de asiduos trabajos, en el de 1517.

Y mientras que en Alcalá se realizaban estas grandes creaciones científicas y literarias, Cisneros, nombrado cardenal por el Papa Julio II, y teniendo ya setenta años de edad; Cisneros, cuya energía de carácter parece que aumentaba con el transcurso del tiempo, y cuyas rentas parecían inagotables, propuso á D. Fernando V, que á la sazón gobernaba en Castilla por muerte de D.^a Isabel la Católica y por el mal estado de las facultades intelectuales de su hija D.^a Juana, Cisneros propuso á D. Fernando V que le permitiera hacer la conquista de Orán; y como el Rey le pusiera la dificultad de los grandes gastos que había de ocasionar la realización de tal proyecto, respondió Cisneros que corría de su cuenta el pago de todo lo que fuera necesario, y que él mismo dirigiría la expedición militar, si en ello no había inconveniente. Aceptó D. Fernando tan barato y cómodo procedimiento de hacer conquistas, y á mediados de Mayo del año 1509 un ejército, compuesto de doce mil infantes y cuatro mil jinetes, mandado por el cardenal Cisneros en persona, y dirigido en lo que podría llamarse la parte técnica por el célebre conde Pedro Navarro, después de una sangrienta batalla se apoderó por asalto de la plaza de Orán, al grito de ¡Santiago y Cisneros!, y así quedaron enlazados los hurores de la guerra con las palmas de la paz en la corona que cide la frente del humilde fraile elevado por Isabel la Católica á la dignidad de Arzobispo de Toledo (1).

La reforma del clero secular y regular, la Universidad de Alcalá de Henares, la *Biblia Complutense*, la conquista de Orán... Quien tanto hizo por mejorar las costumbres del clero, por acrecentar el conocimiento de las ciencias y de las letras y por encaminar la política exterior de España hacia las cercanas costas del continente africano; quien como Cisneros creía en la absoluta verdad de la religión católica, y probaba la sinceridad de esta creencia vistiendo debajo de los suntuosos ornamentos de su alta jerarquía eclesiástica el hábito franciscano puesto sobre sus desnudas carnes, y dur-

miendo en un jergón colocado sobre duras tablas; quien como Cisneros creía y como Cisneros practicaba lo que sus creencias exigen, no es de extrañar que fuese intolerante con los moros de Granada y emplease la amenaza y la fuerza para conseguir una conversión que, según su juicio, les abría de par en par las puertas de los cielos. Quien como Cisneros conserva siempre un enlace perfectamente lógico entre lo que piensa y lo que hace, podrá merecer la censura de los historiadores que no estén de acuerdo con su modo de pensar, pero nunca podrá negarle la sana crítica el respeto y hasta el aplauso que merecen los varones honrados que practican el bien en la medida que lo conocen.

Claro es que como el crítico no puede penetrar en lo íntimo de la conciencia de los personajes históricos, todo juicio moral que acerca de ellos se formule acaso puede ser equivocado; pero esta consideración, que hablando en general es muy exacta, no lo es tanto en sus aplicaciones á los caracteres en que se consigue hallar la unidad superior que rige las varias manifestaciones de su actividad personal; y en nuestro sentir, Fr. Francisco Jiménez de Cisneros se halla en este caso. Su fe católica es la unidad que informa su pensamiento y la regla de todas sus acciones, aun cuando estas acciones sean en la apariencia de todo punto contradictorias. Y nótese bien que su fe católica no le impide manifestar á la Reina de Castilla que creía que estaba mal informado el pontífice Alejandro VI al expedir un Breve, fecha 9 de Noviembre de 1496, disponiendo no se pasara adelante en la reforma de las órdenes religiosas hasta que este asunto fuera sometido al examen de la Cabeza visible de la Iglesia; y la Reina, alentada con esta opinión, encargó á sus representantes en Roma que procurasen la revocación del indicado Breve, la cual se alcanzó, no sin grandes trabajos, en el siguiente año de 1497.

Y nótese también que el espíritu autoritario de Cisneros jamás le induce al servilismo de que se hallan tantos ejemplos en las costumbres cortesanas. Recién nombrado Arzobispo de Toledo, hace gala Cisneros de no atender á una recomendación de la Reina que acaba de conferírle tan alta dignidad; y años más tarde se apodera de una orden firmada por el rey D. Felipe I, en que se lastimaba la justicia, y no duda en hacerla pedazos, presentándose inmediatamente al Monarca para convencerle, como en efecto lo consigue, de que no debe insistir en mandar que se haga aquella conocida injusticia.

Así, el respeto á la autoridad no es para Cisneros ni ciego fanatismo en religión, ni servil complacencia en los negocios políticos.

IV.

El cardenal Cisneros y el Dado de Lovaina son nombrados Regentes de Castilla.—Gobierno del cardenal Cisneros.—Sus disposiciones para la organización del ejército.—Carta del rey D. Carlos I de España, dirigida á Cisneros.—Julio de lo que se dice acerca de la muerte del cardenal Cisneros.

Para relatar con la debida especificación los hechos que se comprenden en la tercera y última parte en que hemos considerado dividido el segundo periodo de la vida del cardenal Cisneros, tendríamos que exponer gran número de consideraciones preliminares en que se fijase la atención sobre el estado de los varios elementos, el clero secular y regular, la

(1) Los próceres de la Academia General Militar D. Modesto Navarro y D. Pedro A. Berenguer, en su libro *Notas de historia militar* (Toledo, 1886), dicen lo siguiente: «En esta expedición á Orán organizó el Cardenal Cisneros los escopeteros á caballo, que pueden considerarse como el origen ó primera idea de los dragones.»

nobleza y el pueblo, que constitulan en aquel entonces la naciente unidad de la nación española; tarea que sería por extremo ardua y prolija; y sin embargo, sólo mediante este trabajo preliminar podría aquilatarse el mérito eminente del gran político de quien con razón se dice en un soneto de don Enrique Púnez, publicado en LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA:

En su mano el poder bunde y nombrilla
De la grandeza el vallimiento faldo,
Y en su sepulcro, tumba de Castilla,
El César alemán planta el cadalso
De Sorolla, de Acuña y de Padilla.

Renunciando con disgusto á convenientes ampliaciones, recordaremos tan sólo la muy conocida verdad de que España al comenzar el siglo XVI encerraba en su constitución íntima todos los gérmenes del poderoso feudalismo anárquico que aparece en el reinado de Enrique IV; feudalismo anárquico reprimido por la energía en el mando de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón; pero que muertos los Reyes Católicos, enferma su infortunada hija D.^a Juana, y viéndose á ocupar el trono de Castilla un inexperto mozo nacido en tierra extranjera, podía reaparecer con nuevos bríos y poner en grave peligro la recién formada y aún no firme unidad de la nación española. Y sin más comentarios, pues la ocasión no los consiente, seguiremos nuestro relato biográfico.

Al morir en Madrigalejo el Regente de Castilla y Rey de Aragón D. Fernando V (Enero de 1516), nombró para el gobierno de Castilla al cardenal Cisneros, y para el de Aragón á su hijo natural D. Alonso, arzobispo de Zaragoza. El Deán de Lovaina, Adriano de Utrecht, tenía también otro nombramiento de Regente de Castilla que le había dado el heredero de la monarquía de los Reyes Católicos, Carlos I de España, en la previsión de la muerte de su abuelo, muerte que estaba anunciada con anticipación por la larga enfermedad que llegó á producirla. Los dos nombramientos carecían de validez legal; que mal podía nombrar Regente de Castilla quien, como D. Fernando, no era Rey de esta tierra, y en el mismo caso se hallaba el joven Carlos, que sólo era el heredero de la Corona, en tanto que viviera su madre la Reina D.^a Juana y no fuese declarada por las Cortes como definitivamente incapacitada para ejercer el gobierno de la nación. Los dos Prelados, con buen acuerdo, resolvieron consultar el caso con el futuro Rey de Castilla, y la respuesta fué una carta en que se confirmaban los poderes dados á Cisneros por el Rey de Aragón y se confería al Deán de Lovaina el cargo de Embajador ó representante de D. Carlos de Austria, aunque sin privarle explícitamente de los poderes que con anterioridad tenía concedidos. En esta carta D. Carlos al dirigirse á Cisneros le apelaba «*Reverendísimo en Cristo Padre, Cardenal de España, Arzobispo de Toledo, Prímado de las Españas, Canciller mayor de Castilla, nuestro muy caro y muy amado amigo*»; y le decía «*que aun cuando el Rey su abuelo no le hubiera nombrado, el mismo no pudiera, ni rogara, ni exigiera otra persona para la Regencia; sabiendo que así cumplía al servicio de Dios y al suyo, y al bien y pro de los reinos.*»

El Cardenal de España no extremó sus exigencias, y aceptó desde luego la participación en el gobierno del Deán

de Lovaina, que por la docilidad de su carácter no le había de oponer ningún obstáculo á su poderosa iniciativa.

Corrían los primeros meses del año 1516 cuando Cisneros, autorizado ya por el príncipe D. Carlos, tomó el gobierno de Castilla, y seguramente que ante su perspicaz mirada aparecieron todos los gravísimos peligros que amenazaban destruir la obra de la unidad de la patria española, tan hábilmente conseguida por el esfuerzo de los Reyes Católicos. Lo hemos dicho ya: el mayor peligro se hallaba en el poderío de la nobleza, que aun recordaba con pena los tiempos de la Edad Media, en que el poder Real se hallaba á merced de sus ambiciones, ora nobles y gloriosas como las que simboliza el Cid Campeador, ora bastardas é indignas como las que conmueven el trono de D. Juan II, y como las que después de muerto el Cardenal de España habían de malograr el generoso anhelo de Castilla en la guerra de las Comunidades. La idea de organizar una fuerza pública encargada de hacer respetar la autoridad del poder monárquico, idea entrevista por D. Alvaro de Luna; la idea de organizar lo que hoy se llama *ejército permanente* cruza por la imaginación del Cardenal, y queriendo asesorarse con el parecer de personas competentes en el asunto, pide su opinión al coronel Rengifo, que gozaba fama de entendido; y evacuada esta consulta, que le confirma en la bondad de su idea, expide con fecha 27 de Mayo de 1516 lo que hoy llamaríamos una Real orden, que puede y debe considerarse como la base de toda la legislación de España durante siglos en lo relativo al reclutamiento de la fuerza pública.

Entre las dos clases de fuerza armada que existen, las instituciones de seguridad pública, destinadas á reprimir los atentados contra el derecho de carácter individual, y lo que hoy se llama *ejércitos nacionales, la nación en armas*, como los nombran en Alemania, *el armamento nacional*, como en español debemos decir; *ejércitos nacionales* cuya misión es reprimir los atentados contra el derecho de carácter colectivo, esto es, el atentado que puede cometer una nación tratando de privar á otra de su independencia ó de mancillar su honra, ó un partido político ó una provincia alzándose en armas contra el poder del Estado; entre las *instituciones de seguridad pública y los ejércitos nacionales*, se halla el *ejército permanente*, que es algo más que las instituciones de seguridad pública y que es algo menos que los ejércitos nacionales. Y esta clase de fuerza armada era precisamente la que debía crearse para reprimir las turbulencias de los poderosos nobles, porque también estas turbulencias eran algo más que atentados al derecho de carácter individual, sin llegar á ser atentados de carácter colectivo, como los que producen las ambiciones de un pueblo conquistador, de un partido político ó de una provincia levantisca. Así Cisneros organizó la fuerza pública, no con arreglo al ideal abstracto de los sabios de gabinete, sino conforme á las necesidades políticas de su tiempo; que siempre será regla de conducta en legisladores y estadistas tener muy presente aquel famoso dicho de Solón: «*No doy á los atenienses las leyes que yo juzgo mejores, sino las que entiendo que pueden recibir, según el estado en que actualmente se hallan.*»

La consulta hecha por el cardenal Cisneros al coronel Rengifo animó al capitán Hernando Pérez á dirigirle una Memoria que se conserva aún en el Archivo de Simancas, y comenzaba en esta forma: «*Muy ilustre y reverendísimo*



AGUAMANIL DE CRISTAL DE ROCA TALLADO, CON APLICACIONES DE ORO Y PEDRERÍA,
EXISTENTE EN EL MUSEO DEL PRADO.

señor: Porque he visto que V. S. se inclinaba á cosas de artes de guerra, parecióme que servía á V. S. Roma, en que viese este memorial, é daré razón cuando V. S. Roma fuere servido, de todo lo que aquí digo. Como vea la desorden é poca industria é mucho descuido que en este arte militar de guerra, parecióme que los que han de vivir de este oficio é arte que deben ser astrutos (*instruidos*)... parecióme que los hombres de guerra han de ser examinados é saber la razón de su oficio, porque de otra manera non se pueden decir hombres de guerra... porque veo que en todos los oficios para usar de ellos como oficiales son examinados, non sé qué es la causa de que en este non lo sean, siendo oficio de tanta honra é gran peligro, que claramente se puede decir oficio Real, porque con él se sostienen é crecen los estados de los grandes Principes.» Y después de esta introducción ponía un programa de estudios, como ahora diríamos, en forma de preguntas, que abrazaba desde los conocimientos de lo que podría llamarse filosofía de la guerra, hasta los pormenores de la organización y táctica de las tropas, y del ataque y defensa de las plazas fortificadas. En esta Memoria del capitán Hernán-Pérez se ve el influjo de la iniciativa reformadora del Cardenal Cisneros, y el acierto de los militares que comprendieron desde los comienzos de la organización del ejército permanente la necesidad de que conociesen el arte de la guerra los que habían de ejercer el mando en calidad de *oficiales*; teoría que, después de tanto tiempo como ha transcurrido desde su iniciación hasta ahora, aun no se ha llevado á la práctica con todas sus lógicas consecuencias.

Las disposiciones respecto á la organización de la fuerza armada, que antes mencionamos, lucharon con la tenaz oposición de la nobleza, y hasta con la de las clases populares, que desconocían en esta ocasión sus verdaderos intereses; pero de todo triunfó la enérgica voluntad del Cardenal-Regente, puesto que, según dice el Conde de Clonard, el alistamiento de los soldados se llevó á cabo en todas las poblaciones de Castilla, produciendo un total de 31.800 hombres sujetos á la disciplina militar.

Si Cisneros merece grandes elogios por su acierto en la organización de la fuerza armada, por la rapidez con que desbarató los planes de los franceses que querían reconstituir el antiguo reino de Navarra, y por su actividad en oponerse á las rapiñas del corsario Barbarroja, aunque el resultado de esta empresa no correspondiese á sus esfuerzos, no los merece menores por la energía con que sujetó á los más poderosos magnates (1), aun cuando en este punto la razón legal — valga la frase — no siempre estuvo de parte del Regente, que, obedeciendo á las órdenes del príncipe D. Carlos, le hizo proclamar Rey de Castilla sin previa declaración de la incapacidad para regir el reino de su madre D.^a Juana.

El príncipe D. Carlos no auguraba, con la conducta que siguió en los primeros años de su reinado, las calidades de carácter resuelto y superior inteligencia que andando el tiempo habían de ilustrar su nombre, puesto que se dejaba dominar por sus consejeros, y principalmente por su antiguo

ayó Guillermo de Croy, señor de Chièvres, á quien los castellanos llamaban Xevrés, como se prueba por aquellos dichos populares, sátira y escarnio de su inmoral codicia, que hasta nosotros han llegado con más ó menos exactitud: «*Sálvese Dios, duca de á dos, pues Mr. de Xevrés no topó con vos*»; ó de otro modo: «*Dablón de á dos, norabuena estés, pues con vos no topó Xevrés.*»

Las peticiones de dinero que D. Carlos hacía á los castellanos fueron tan grandes y tan repetidas, que Cisneros y el Consejo le dijeron en una representación encaminada á poner coto á estos despilfarros: «En los meses que V. A. se sienta en el trono lleva gastado más que los Reyes Católicos, sus abuelos, durante los cuarenta años de su reinado.» Claro es que tales frases no podían sonar bien en la corte del nuevo Rey de Castilla, y quizá, y sin quizá, al mismo Rey habían de parecerle poco respetuosas; y así se explica la causa que produjo aquella carta, modelo de fría ingratitude, que D. Carlos dirigió á Cisneros poco tiempo después de su llegada á España. En esta famosa carta se daban gracias al Regente por todos sus servicios, se le señalaba el pueblo de Mojados como sitio donde se le recibiría y se oían sus consejos, después de lo cual se le decía que podría retirarse á su diócesis á esperar de Dios la recompensa que verdaderamente merecía. En Roma se hallaba el cardenal Cisneros cuando llegó á sus manos la despedida epistolar del Rey, tan cortés en la forma como indigna en la realidad de sus conceptos; y hay algunos historiadores que suponen que aquella evidente prueba de la regia desestimación fué la causa de su muerte, acaecida el 8 de Noviembre de 1517; pero otros historiadores más avisados han comprendido que la varonil entereza del conquistador de Orán no consiente tal suposición, y que la circunstancia de que el fallecimiento del Cardenal se verificase pocos días después de haber recibido la carta del inexperto D. Carlos no es razón suficiente para que exista entre ambos hechos una relación de causalidad, porque es viciosa la conclusión lógica de que todo hecho sea causa de los hechos que inmediatamente le suceden. No siempre se debe decir: *después de... luego, á causa de...*

También se ha escrito que Cisneros murió envenenado por orden de alguno ó algunos de los magnates flamencos que rodeaban al joven Rey, para evitar que su autorizada palabra pudiese ejercer influencia en la regia voluntad, y ésta se inclinase á cortar los abusos que á su sombra se estaban realizando. Cuando murió el ilustre cardenal D. Fray Francisco Ximénez de Cisneros contaba más de ochenta años de edad, y su salud hacia muchos meses que se hallaba quebrantada por el asiduo trabajo del gobierno de Castilla. Para explicar la muerte de un octogenario que está enfermo no es necesario poner en duda la fortaleza de su espíritu, ni manchar la memoria de sus enemigos con la sospecha de un asesinato.

V.

La justicia en los juicios de la Historia — Grandeza moral de la política del cardenal Cisneros. — Juicio acerca de Cisneros, que se halla en la Historia del reinado de los Reyes Católicos, por William H. Prescott.

La Historia es el más justo de los tribunales humanos. La verdad rompe las nieblas de las preocupaciones sociales en plazo más ó menos corto, porque así en lo moral como en lo

(1) La muy conocida anécdota en que se refiere que Cisneros, dirigiéndose á los grandes de Castilla, les manifestó que el mejor fundamento de su poder eran las piezas de artillería y las piezas de los infantes que desde el balcón de su palacio se veían; esta anécdota podrá no ser verdadera, pero es verosímil; y se puede aplicar á ella el refrán italiano que dice: *tradido al idioma de Castilla: «Si no es verdad, está bien inventado.»*

físico, no hay nublado eterno, ni tempestad sin bonanza. Se ha dicho: la razón concluye siempre por tener razón; y la Historia es la palabra de la razón eterna rectificando sin cesar los extravíos que pueden cometer y que de hecho cometen los seres racionales en su existencia temporal. Así ante la Historia es baldón la apoteosis del César romano, gloria inmarcesible el suplicio de Sócrates, y símbolo de honor la afrentosa cruz en que espiró Jesucristo.

Y el fallo inapelable de la Historia ensalza á Cisneros sobre todo encarecimiento, considerándole grande por sus talentos, aun más grande por la energía inquebrantable de su espíritu, y aun mucho más grande por la virtud de la sinceridad que brilla en todos sus procedimientos gubernamentales, en época donde la vil mentira se consideraba como hecho ardid de los políticos hábiles.

Recientemente un crítico extranjero ha puesto en tela de juicio el verdadero estado mental de la infortunada doña Juana, indicando la vehemente sospecha que puede existir de que su locura fuese más bien la criminal invención de bastardas ambiciones que el funesto resultado de sus desventuras conyugales; y nosotros, para destruir la serie de razonamientos y datos en que funda sus conjeturas aquel sa-gaz crítico, sólo encontrábamos una razón valedera, el testimonio de Cisneros en el período que medió desde la muerte de D. Felipe el Hermoso, Septiembre de 1506, hasta que el Rey Católico se encargó del gobierno de Castilla, Agosto de 1507: puesto que el Arzobispo de Toledo, que ocupó entonces la presidencia de un Consejo de gobierno provisional, compuesto de los Duques del Infantado y de Nájera, del Almirante de Castilla y de dos magnates flamencos, era incapaz de prestarse á la infame superchería de suponer loca á la reina D.^a Juana si en realidad no lo fuera.

La misma convicción que nosotros tenemos acerca de la veracidad de Cisneros tenía también el ilustre Fr. Benito Jerónimo Feijóo, que en su notable discurso *La política más fina*, esto es, la política que emplea como su habitual procedimiento la verdad en las palabras y la justicia en sus propósitos, ponía al Regente de Castilla en 1516 como ejemplo de esa noble y levantada política, que, con mayor fundamento que la música de Wagner, puede aspirar á florecer en lo porvenir, porque hoy por hoy, en este último tercio del siglo XIX, los políticos al uso aun consideran como cándida utopía el generoso pensamiento del autor del *Tratado Crítico*. Y sin embargo, lo cierto es que la fuerza moral que hace tan fecunda la acción del cardenal Ximénez de Cisneros consiste en la unidad de su pensamiento y la rectitud de sus miras. Cisneros como gobernante se inspira siempre en la idea del bien general, y para realizar esta idea cree necesario el empleo de la fuerza, y peca alguna vez por abuso de los medios coercitivos, que, después de todo, son la necesaria garantía del derecho; pero jamás recurre al dolo ni á la mentira, medios tan frecuentemente usados por los políticos de su tiempo.

Nos sería fácil amontonar citas de los elogios tributados al fundador de la Universidad de Alcalá por sus biógrafos y panegiristas; pero estos elogios, si estaban autorizados con los nombres del elocuente obispo de Nîmes, Monseñor Flechier; del P. Fr. Pedro de Quintanilla, que estuvo encargado de conseguir la canonización de Cisneros; del canónigo francés Mr. Marsolier, ó de otros escritores católicos, ya eclesiásticos ó seculares, podrían ser tachados de parcialidad en sus

juicios sobre un fraile revestido con las altas dignidades de Cardenal de la Iglesia, Inquisidor general y Prímado de las Españas. No podrá suscitarse tal objeción si citamos aquí las palabras de nuestro amigo el ex ministro D. Carlos Navarro y Rodrigo, esto es, de un hijo del siglo XIX, afiliado siempre en los partidos liberales, y por lo tanto, irreconciliable enemigo de la Inquisición y del absolutismo teocrático. Y sin embargo, el Sr. Navarro y Rodrigo ha escrito: «El nombre de Cisneros pasa de un siglo á otro como la más pura, como la más bella, como la más santa de nuestras glorias.» La alabanza no puede ser ni mayor ni más completa (1).

Si se dijera que el patriotismo ha podido perturbar el criterio de los historiadores nacionales, salgamos de España y hallaremos en la república democrática de los Estados Unidos al ilustre William H. Prescott, que en su *Historia del reinado de los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel* se ocupa con gran detenimiento del cardenal Cisneros, censurando razonadamente algunas de sus determinaciones gubernamentales, no aceptando el espíritu autoritario que informa su política, pero siempre poniendo de relieve la grandeza de su entendimiento y la pureza de sus virtudes.

Nosotros no hallamos mejor remate para este bosquejo biográfico que copiar aquí algunos de los párrafos de los que consagra Prescott á examinar sintéticamente la vida y costumbres de Cisneros, cuando después de relatar los pormenores de su fallecimiento dice:

«Tal fué el fin de este hombre extraordinario y el más notable de su tiempo bajo muchos aspectos. Su carácter fué de aquel temple vigoroso y altivo que se eleva sobre las flaquezas y debilidades ordinarias de la humanidad; su genio, que era del orden más elevado, cual el de Dante ó el de Miguel Ángel en las regiones de la fantasía, nos llena de ideas de su poder, que excita una admiración aproximada al terror. Sus empresas fueron, según hemos visto, las más atrevidas, y la ejecución de ellas no menos resuelta. Desdeñábase de ganar la fortuna por aquellos medios suaves y flexibles que frecuentemente son los más fáciles; iba á sus fines por el camino más derecho; en esto hallaba frecuentemente multitud de dificultades, pero parecía que las dificultades tenían cierto atractivo para él, por la ocasión que le presentaban de desplegar toda la energía de su alma. A estas cualidades juntaba una variedad de talentos que sólo suelen encontrarse en caracteres más blandos y flexibles. Aunque educado para el claustro, se distinguió tanto en el gabinete como en las campañas. Tenía, en efecto, para las últimas, sin embargo

(1) El escritor británico Robertson, en su *Historia del reinado del emperador Carlos V*, traducida al castellano por D. Félix Ramón Alvarado, también alaba mucho al Cardenal Cisneros. Las obras del Obispo Flechier, del Canónigo Marsolier, del P. Quintanilla y del Dr. Pulgar, citadas en varios lugares de este escrito, pueden considerarse más como apologías que como historias de la vida de Cisneros. A esta misma clase pertenece el *Compendio de la vida y costumbres del Cardenal Cisneros*, por el nuestro Eugenio de Robles, recopilado y reimpreso en la santa iglesia de Toledo, y aun también la obra biográfica del Dr. Hehle, catedrático en la Universidad de Tubinga. El antiguo biógrafo Alvar Núñez de Castro y los modernos D. Basilio Sebastián Castellanos, D. Carlos Navarro y Rodrigo, D. José Quevedo y D. Homero Sanja, son los más imparciales; y sin embargo, no consiguen salvarse del poderoso influjo que ejercen en el ánimo de todos los historiadores las virtudes del prelado, los talentos del gobernante y la energía del político; virtudes, talentos y energía que forman los rasgos característicos de la ya casi legendaria figura del regente de Castilla D. Fr. Francisco Ximénez de Cisneros.

de ser tan contrarias á su profesión ordinaria, verdadero genio natural, y manifestó el gusto que tenía en ellas declarando, según testimonio de un biógrafo, *que el olor de la pólvora le agradaba mucho más que los suaves perfumes de la Arabia.*

Al llegar aquí el historiador norteamericano, que es demócrata y librepensador, censura á Cisneros por su política marcadamente absolutista y por su intolerancia religiosa; y al terminar estas censuras se apresura á decir:

«Pero al mismo tiempo que debemos condenar la política del hombre de Estado, no podemos menos de respetar sus principios. Por más errada que fuese su conducta, según nuestro modo de ver, se fundaba siempre en un deseo poderoso de cumplir con sus deberes. Esto, y el hallarse convencidos de ello los demás, era lo que constituía el secreto de su gran poder, esto es lo que le había no temer las dificultades ni los peligros personales.... Sus miras eran muy superiores á las consideraciones del interés particular: como político, identificaba su propia persona con el Estado; como eclesiástico, con los intereses de su religión: castigaba con severidad toda ofensa hecha á estos objetos; pero olvidaba fácilmente cualquiera injuria personal, y se le presentaron muchos casos en que acreditarlo. Por sus medidas de gobierno se publicaron numerosos libelos contra él; los despreció como vanos desahogos del disgusto ó mal humor, y nunca persiguió á sus autores.

»Su generosidad se manifestó bien en el modo con que gastó sus grandes rentas: dábales á los pobres y para grandes objetos de utilidad pública: no levantó la fortuna de su familia; tenía hermanos y sobrinos, pero se contentó con proporcionarles un decente mantenimiento, sin emplear en su favor las grandes rentas y cargos que se le habían confiado para el servicio público; y la mayor parte de los bienes que dejó al tiempo de su muerte, quedaron para la Universidad de Alcalá.

»Fue irreprehensible en su conducta moral.... Era sobrio, parco, casto. En este último particular era tan escrupuloso, que procuró no pudiese recaer sobre él ni la menor sospecha.... En cierta ocasión, yendo de viaje, le invitaron á que pasara la noche en casa de la Duquesa de Maqueda, diciéndole que esta señora se hallaba ausente; pero la Duquesa estaba en casa y entró en su aposento antes que el Cardenal se retirara: «*Me habéis engañado, señora*—dijo Cisneros levantándose incomodado:—*si tenéis algo que tratar conmigo, mañana me hallaréis en el confesionario*»; y dicho esto se marchó bruscamente del palacio.

»Elevó á tal punto su austeridad y penitencia, que puso en peligro su salud.... Rara vez dormía más de cuatro horas, ó á lo sumo cuatro y media; los ratos que empleaba en afitarse, así como en la mesa, se hacía leer trozos edificantes, ó bien variaba y oía las discusiones de algunos de sus hermanos teólogos, que generalmente versaban sobre una cuestión sutil de teología escolástica. Éste era su único recreo.»

«Ya he indicado la semejanza que Cisneros tenía con el gran Ministro francés, Cardenal de Richelieu. En último análisis ésta más bien consistió en las circunstancias de la posición que ambos tuvieron, que en sus

caracteres, si bien sus rasgos principales no fueron absolutamente diferentes.... Uno y otro alcanzaron sus grandes fines por la rara combinación de eminentes dotes mentales y de grande actividad en la ejecución, cosas que reunidas son siempre irresistibles.... El fondo moral de sus respectivos caracteres era totalmente diverso. El del Cardenal francés le constituía el egoísmo puro y sin mezcla: su religión, su política, sus principios, todo estaba subordinado á aquella cualidad fundamental; podía olvidar las ofensas hechas al Estado, pero no las que se le hacían á él, las cuales perseguía con rencor implacable; su autoridad estaba materialmente fundada en sangre; sus inmensos medios y favor se emplearon en el engrandecimiento de su familia; aunque violento é impetuoso, era capaz de disimular y fingir; y bien que arrogante hasta el extremo, buscaba el suave incienso de la lisonja.... Richelieu murió como había vivido, tan execrado por todos, que el pueblo enfurecido casi no dejó que sus restos se enterrasen pacíficamente. Cisneros, por el contrario, fué sepultado en medio de las lágrimas y lamentos del pueblo, honrando su memoria aun sus enemigos, y siendo reverenciado su nombre por sus compatriotas hasta el día de hoy como el de un santo.»

Así termina su juicio acerca del cardenal Cisneros el autor de la *Historia del reinado de los Reyes Católicos*. El traductor castellano de esta historia, D. Pedro Sabau, añade una nota que dice: *No tanto*, aludiendo á la última palabra que dejamos copiada. Tiene razón el Sr. Sabau: la canonización de Fr. Francisco Jiménez de Cisneros, pedida por Felipe IV á los Papas Inocencio X y Alejandro VII, hasta ahora no ha sido concedida; pero sin duda el demócrata y librepensador William H. Prescott puso en los españoles el reflejo de la admiración que en su ánimo causaban las excelsas virtudes del Inquisidor castellano. Lo hemos dicho anteriormente, y ahora lo repetiremos: la Historia es el más justo de los tribunales humanos.

LUIS VIDART.

Madrid, 12 de Junio de 1886.





EL HEREDERO DE LOS BLASONES.

EL LEGAJO DE CARTAS.

Madrid 10 de Noviembre de 1836.

Querido Luis:

Soy miliciano: mis compañeros de clase me acaban de reclutar: es una lástima que no se haya podido completar la compañía con estudiantes, porque descomponen mucho la formación los paisanos barrigudos que se alistán con preferencia: sí, se ha observado que los liberales más robustos son los más dados á vestir el uniforme. Me han prometido hacerme cabo, y tengo ansia de ponerme los galones, porque es una humillación haber cumplido veinte años y no ser nada. Te aseguro que no seré un cabo vulgar; he empezado á estudiar á los caudillos más famosos, desde Sesostri hasta Cordero; y un cabo ilustrado puede aspirar á todo, cuando un sargento sin ilustración ha nombrado los ministros que hoy gobiernan. Abdo al sargento Garcia, el que nos dió la Constitución del año 12 y trajo prisionera á la Monarquía desde la Granja á Madrid, con el mayor respeto, en coches lujosos y rodeada de fusiles.

Comprenderás que mis nuevos estudios me obligan á des-
cuidar la ciencia del Derecho. No hay ciencia superior á la de la guerra: he conocido á Espartero, el nuevo general del ejército del Norte; los patriotas esperan mucho de él.

¿Quién sabe si ha de ser el salvador de España?

Tengo ganas de batirme, aunque sea con mis catedráticos: no puedes figurarte la cara que ponen algunos cuando entramos en clase vestidos de uniforme: el capitán de mi compañía, con objeto de hacerles rabiar, ha conseguido permiso para que hagamos el ejercicio en el Seminario de Nobles, donde se ha instalado la Universidad; no han podido negarse en el templo de la ciencia á que tengamos dos horas diarias de instrucción. Acaso nos la guarden para los exámenes, pero hemos prometido examinarnos con fusil y bayoneta.

Si no fuera por estas distracciones, nos aburriríamos mucho; desde el motín de la Granja no hemos vuelto á tener otro, si se exceptúa el asesinato del general Quesada, á quien algunos milicianos trajeron á rastras desde Hortaleza. Yo vi su cuerpo desfigurado y hecho una lástima, colocado en una mesa del café Nuevo, que le servía de burlasco catafalko. Me pareció una barbaridad; odio las crueldades, aunque me gusta oír las bandas de tambores que recorren las calles tocando á generala. Por eso no he querido asociarme con los *vengadores de Alibeu* (1), aunque ya sabes mis ideas. La forma de gobierno es el vestido de la nación, y la nación puede mudar de ropá siempre que se use la que lleva, ó

cuando se le antoje. No obstante, hay compañeros que me llaman reaccionario, porque concedo que los reyes son personas, y porque niego el título de héroe que se ha dado en la tribuna al general que fusiló á la madre de Cabrera.

Me parece bien que Mendizábal funda las campanas y venda las alhajas de los templos, y derribe conventos para hacer plazas, y se saque el país á pública almoneda, siempre que haga cañones con el bronce y compre municiones con el dinero; la guerra por la libertad es el estado natural de un pueblo vigoroso. Me parece bien que los hombres se destruyan á cañonazos en el campo de batalla, pero no que se asesinen.

Sabe que he tenido que cortar parte de mi magnífica melena por estética militar: la melena larga y el morrión no se avienen. Es un sacrificio que la patria debe agradecerme.

Me aburro, querido Luis, me aburro mucho; sabes que todas las mujeres me son indiferentes, y puedo decir con Figaro, en su magallico artículo *El Día de difuntos*, que leo todos los días desde que lo publicó; sí, puedo decir señalando la losa de mi corazón: ¡Espantoso letrero! ¡Aquí yace la esperanza!

La última vez que la vi, dos meses hace, estaba hermosa como siempre, pálida y fría como el marmol; sus ojos y cabello negros destacaban sobre las abiertas alas de su sombrero de paja calado y todo cubierto de flores; su cuello esbelto y el nacimiento de su seno tenían un marco de gasa en forma de hojas, que eran el cuello del vestido blanco con dibujos también claros; dos lindas charreteras caían sobre las mangas huecas y anchas, que se estrechaban cerca de la muñeca para encajar sobre los guantes, y su cinturón abrochado con un lazo oprimía el talle más bonito que se pasea por el Prado.

No quiera recordarla. ¿Quién diría que aquel cuerpo de hada tiene un corazón de judío avaricioso? Elvira es una muerta para mí. Pero ¿no soy también otro cadáver?

He tenido que desengañar á Petra; la pobre llora y jura que me quiere; pero yo no puedo amar: por otra parte, nada dice á mi espíritu una muchacha vulgar, que hace media y me borda un par de tirantes todas las semanas. ¡Ay! Elvira me cantaba la *Atala* y recitaba de memoria trozos de *Don Alvaro*. No tiene idea, seguramente, de que existen en el mundo los tirantes.

¿Y á qué recordar? ¿No habemos casi todas las noches para olvidar y embrutecernos, cuatro ó cinco amigos, todos jóvenes y todos desengañados como yo? La orgía es el único refugio de la existencia. Cinco jóvenes, víctimas todos de la falsedad de las mujeres, que no estiman ni comprenden el amor espiritual. ¿Qué importa que los excesos acorten la vida? ¿Vale acaso la pena de conservarla?

¡Ah, si yo supiera hacer versos como un amigo nuestro,

(1) Sociedad secreta francesa que se introdujo entonces en España. Alibeu era un regicida que atentó contra la vida de Luis Felipe.

llamado Pepe Zorrilla, que me recitó la otra noche una serenata magnífica, todavía inédita, digna de ser leída en el Liceo! ¿Sabes lo que habla? Un drama titulado *Los Amantes de Teruel*. Sí; pronto se estrenará, y silbará, según las personas entendidas, uno de ese título, escrito por un oficial de ebanista; un tal Hartzensbusch. Lástima de pensamiento, que habrá degollado ese infeliz poeta, creyendo que expresar el amor sublime es lo mismo que barnizar una chapa de caoba.

Y vuelta con el amor. No hay más amor que el amor que se vende en el mercado del placer, ni más distracción que vejar todas las noches á los pacíficos vecinos turbando su sueño y mortificándolos para que sufra la humanidad egoísta, ni más goce que la orgía, la guerra, la revolución eterna y la destrucción de todos los poderes de la tierra y el cielo. Sólo hay tres amores verdaderos: el de la libertad, el de la patria y el de la república.

¡La patria! Créese que esté otra vez en peligro, y los buenos ciudadanos empiezan á desconfiar de Calatrava y Mendizábal y de la Constitución que van á hacer las Cortes. Si hay traición, si están vendidos á D. Carlos, mi compañía será la primera en pronunciarse. Ya lo hemos decidido.

Adiós: tu desgraciado amigo

LEOPOLDO.



Madrid, 15 de Mayo de 1848.

Querido Luis:

Por los periódicos habrás sabido la jarana del 26 de Marzo y el pronunciamiento del regimiento de España el 7 del corriente. La primera me sorprendió en la calle de Alcalá, volviendo del Prado con mi mujer y mis dos niños, el ama y la niñera. La calle estaba llena de gente cuando sonaron los tiros, y empezó una espantosa carrera que desbandó las familias y causó muchas desgracias: vi caer en el suelo una señorita y que la pisaba el cuerpo sin consideración un elegante que acaso la dirigió en el Prado su lente de concha. No puedo olvidar, ya que pasó el susto, su figura espantada. Había perdido el sombrero y llevaba descompuesta la melena lustrosa, cuida el ala de un bigote y tiesa la otra por el cosmético hasta tocar con la patilla: aquel desorden era cómico en un caballero vestido con exquisita corrección: corbata alta y tirillas de mucho vuelo, frac azul abrochado, gabán abierto de talle muy bajo con gran faldón, y botas barnizadas. A decir verdad, no debíamos tener nosotros mejor facia cuando pudimos refugiarnos todos en un portal inmediato. Teresa, mi mujer, que llevaba su traje más bonito, de color de ceniza, sin frunces, con una hilera de picos por delante, con botones y borlas, y sombrero de terciopelo gris con plumas, de hechura de tartana, tenía el traje desgarrado por los pisotones, y el sombrero sin forma. Pasamos la noche en la habitación de un pobre zapatero, sin más luz que un candil, que yo apagaba para economizar el aceite, teniendo que encenderle cuando creíamos oír tiros ó paso de tropas; ¡qué útil me fué aquella noche una caja de fósforos de trueno que me habían regalado! Esta invención es digna de la maravilla del gas, digna de las que se atribuyen al ferrocarril que algún día disfrutaremos, si hay orden y paz

alguna vez: si los fósforos se generalizan, la noche no tendrá tinieblas: pero tienen el gran inconveniente de ser veneno puesto al alcance de todos: yo encierro los fósforos bajo llave.

Pero ¿puede haber paz entre nosotros? Bien es verdad que esta vez el elispazo ha sido general en Europa desde la caída de Luis Felipe y la proclamación de la República en Francia. Espanta, á todos los que tenemos algo, lo que sería de España á estas horas sin la energía de Narvaez y la bravura de Lersundi, si se hubieran apoderado de Madrid el 26 de Marzo los 500 hombres armados de trabucos que se lanzaron á la calle, ó se hubiera hecho dueño del país el tambor mayor del regimiento de España y nos golpease con su porra. Y no soy sospechoso: hago justicia á mis adversarios: sabes que soy esparterista, mas ahora se trataba de derribar el trono. La República es una ilusión de los primeros años, ó una preocupación de los que no aprenden con el tiempo, sin negarte que acaso pueda realizarse en otro siglo, cuando el progreso se consolide. Nosotros estamos muy atrasados, porque hemos pasado en guerra continua todo lo que va de siglo, empleado por las demás naciones en adelantar. Hace falta un hombre que funda los cañones como Mendizábal fundia las campanas.

Me preguntas cómo lo paso.... Mi mujer es buena; nos queremos, y los chicos son muy lindos; podríamos tener carruaje; asistimos á la ópera y á los bailes del Circo siempre que hay buena función; hemos visto casi todos los estrenos del Príncipe, y dos ó tres veces los dramas que han alborotado al público este año: el *Don Francisco de Quevedo*, de Florentino Sanz, y *La trenza de sus cabellos*, de Rubi, ambos desempeñados admirablemente por Matilde Díez y Romeá; y aun solemos ir al Instituto para oír á Caltañazor, y á la Cruz, donde representa la compañía de Dardalla comedias andaluzas. Pasamos el verano en el Escorial, buyendo del calor y con arreglo á la moda. Me sobra dinero: soy rico, pudiendo apreciar lo que esto vale, porque antes no lo era. Y sin embargo, me aburro y hallo mi vida monótona y pesada. La familia sujeta y quita libertad; los niños molestan y preocupan con sus enfermedades y peligros; me gustan otras mujeres que no son mías, y tengo que aparentar, sin tenerla, una gravedad de padre de familia.

Quisiera viajar y estoy atado; ver la China y la América, toda la Europa y Tierra Santa. Salir de noche disfrazado con mi marsellés, mi chaleco de botones de filigrana, pantalón ancho, faja de seda, zapato de lazo y sombrero calañés, para enamorar á las manolas del Rastro, que ahora las hay soberbias. Sí, me aburro de vestir con arreglo al patrón de Utrilla, obligatorio para todos, y de dar vueltas en el Prado. En donde hace falta la revolución es en las costumbres. Cuando todos nos paseamos gravemente, vestidos según el figurín de París, me dan ganas de interrumpir aquella seriedad y hacer piruetas imitando los solos de la Guy.

Hoy me ha encontrado una cana, mejor dicho, la ha descubierto Pepa, la niñera de mi hijo: estaba yo acariciando á Leopoldin, que ella tenía en brazos, cuando me dijo:

—¡Ay, señorito, le ha salido á V. una cana!

—Arrancamela tú—dije, reparando entonces que es una morenilla muy graciosa.

—No entiendo de peluquería—replicó con gracia—y le puedo hacer daño.

Por fin separó la cana, yo di el tirón, y entre los dos echamos una cana al aire.

La verdad es que aquella chúpilla vale mucho. Hoy he salido con ella al Retiro para pasear al chico: debe haberse recibido algún parte telegráfico importante, porque estuviéndonos viendo subir y bajar la bola en los aparatos de la torre, aunque cesó pronto el movimiento; sin duda leeremos mañana en la *Gaceta* un despacho telegráfico por este estilo:

«Paris está consternado por la muerte de.....» (interrumpido por las nieblas).

¿Si vieras cuánto echo de menos los tiempos de nuestra juventud! ¡cómo nos divertíamos en alegres francachelas! ¡Elvira! ¡Petra! eran más espirituales que las muchachas de hoy; aun conservo tirantes de los que ésta me bordaba.

Adiós, que voy a los toros con el niño: Pepa se la empujando en que la llevase en calesín.

Tu verdadero amigo

LEOPOLDO.



Madrid, 20 de Mayo de 1860.

Querido Luis:

Vengo de saludar á mi ilustre jefe D. Leopoldo O'Donnell, el vencedor de los marroquines, el creador de la unión liberal, es decir, del partido conservador práctico y sensato. Pasaron las fiestas de la entrada triunfal del ejército en Madrid, y aun cantan los muchachos por la calle el himno de la guerra de África, y resuenan el nombre de Prim como el de los héroes fabulosos: los soldados están contentos y no hay uno que se haya quedado sin corona: parece un ejército de reyes. Sin la insurrección de San Carlos de la Rápita, la prisión de D. Carlos y su hijo en la famosa tartana, y el fusilamiento del general Ortega, suceso misterioso en que parece se hallaban complicados altos personajes, todo hubiera sido júbilo, aclamaciones y alegría. La gloria atrae, y la unión liberal aumenta sus partidarios entre la juventud inteligente: díganlo Núñez de Arce y Alarcón, notables periodistas, que se han hecho de los nuestros.

La verdad es que el gobierno del general O'Donnell ha vencido con gloria y facilidad á sus enemigos, y el país florece y adelanta bajo su administración: Madrid se embellece por instantes: hay crédito y dinero, y los hombres de negocios estamos satisfechos. Porque ya habrá llegado á tu noticia que he hallado al fin la clave de mi verdadera inclinación: yo había nacido para las especulaciones industriales y bursátiles. Soy consejero de algunos ferrocarriles, accionista de las sociedades más acreditadas, y encarno perfectamente en el mercantilismo de mi época.

Sólo la fiebre de los negocios podría consolarme de mi viudez y soledad. Desde que perdí á mi mujer y poco después á mis dos hijos, mi vida es muy triste. Se acabó para mí la tranquila existencia de familia: los besos infantiles de mis hijos; sus gracias y travesuras, que nunca fatigaban. Ahora vivo solo con mis criados; y las que vienen á acompañarme, entran en mi casa como la tempestad, desordenándolo todo y pidiéndome lo que más estimo: tendrán más gracia, más infernal atractivo, pero el alma no se satisface

con la excitación material de los sentidos. Nunca me he fastidiado tanto.

¿Querrás creer que la desvergonzada Inés ha tenido el atrevimiento de decirme que se casará conmigo cuando se canse de correrla?

—¿Me crees tan imbécil?—respondí al instante.

—¡Psh!—contestó riéndose.—Ni más ni menos que los demás hombres: sé que te gusto mucho, y me costaría poco obligarte á hacer toda clase de locuras.

He reflexionado mucho sobre la verdad que esto pudiera encerrar, y he roto con Inés, buscando otra y luego otras de tipo semejante, hasta que su tipo se desgaste y me alurra.

¡Chico! mi cara empieza á arruinarse, y el peluquero me incita continuamente á teñirme el pelo; yo me resisto; ¡si no se conociera! Pero el pelo teñido sólo engaña al mismo que se lo tiñe.

Con los ferrocarriles y el telégrafo, las costumbres varían rápidamente: ya no se veranea en el Escorial y la Granja, sino en los puertos de mar de las provincias: Madrid pierde el color local: los provincianos abandonan sus trajes pintorescos, y apenas se encuentra en esta corte una calesa.

Me han dicho que Elvira, la espiritual Elvira, tiene casa de huéspedes. No he querido visitarla, porque mi presencia la humillaría. ¿Sabes quién me dió la noticia? Petra, que hoy es una jamona muy gnapa, generala y condesa, y que ya no me hace caso cuando la hablo de amores.

—Es V. otro—me contesta;—ha perdido V. la esbeltez que tan bien le sentaba hace veinticinco años, cuando llevaba aquella levita ajustada, sujeta en el pecho por cordones, con grandes solapas, corbata y cuello muy altos....

—Mucho recuerda V. mi traje.

—Como que voy creyendo que estuve enamorada de la ropa.

—Voy á dar cuenta de ese triunfo á Utrilla, que tiene por competidor un sastre literato.

Si, querido Luis: Caracnel sólo habla del Duque de Rivas, Hartzembusch, Bretón, García Gutiérrez, Vega, Tamayo, Ayala, Serra, Cazorro, Eguilaz, Larra, Florentino Sanz, y niega que haya decadencia en el teatro, con tales autores, sin contar los muchos jóvenes que cada día demuestran su talento; pero los críticos se quejan en sus revistas. En lo que tienen razón es en escandalizarse de los sueldos enormes que exigen los actores, pues este año tronó la empresa del Príncipe por los mil quinientos reales que tenía señalados Matilde Díez por función. A mi juicio, lo que pierde al teatro de verso es la alición á la música: este año, además del Real, la hemos tenido en el teatro de Jovellanos y en Lope de Vega. El público se divierte en la zarzuela, y los autores de nota desdennan ese género como poco literario, exceptuando Ventura de la Vega, que es hombre de mucho mundo y se inclina ante el gusto general, sin rebajarse nunca. Por cierto que la zarzuela empieza á transformarse y reducirse á un acto, en forma de pasillos, en que nadie aventaja al gracioso escritor Narciso Serra.

Muchas más cosas te diría, si no tuviera que vestirme para asistir á una sesión de magnetismo. Desde que el prodigioso Herman magnetizó al rey D. Francisco, se ha hecho de moda recibir el fluido, y la clase elevada se disputa á todo el que tiene la propiedad de transmitirle. Hay incrédulos, pero todos van cayendo dormidos por el magnetizador á fuerza



«REGINA.»—(Cuadro de Benjamin Vautier.)

de pases y miradas. La humanidad ha conquistado un mundo nuevo y misterioso, al que dan más importancia algunos pensadores que al descubrimiento de Colón. Sin embargo, creo que tiene sus inconvenientes. ¿Será posible magnetizar á un pueblo y hacerle esclavo de un prestidigitador político? Pero podría ser un bien, si le magnetizase un hombre tan ilustre como O'Donnell, en un reinado tan feliz como el de nuestra querida soberana.

El magnetismo y el crédito. Aunque se burle de ellos Selgas, son la base de nuestra civilización: aquél concluirá con las preocupaciones del espíritu, revelándonos las verdades sobrenaturales: el segundo, llenando el mundo de empresas industriales, hará imposibles las guerras y pacificará á los hombres para siempre. Sólo se hará la guerra á los pueblos atrasados que interrumpen el concierto universal.

¿Te acuerdas de Pepa la niñera? Tiene un puesto de agua en el Prado y un frasco de aguardiente superior reservado exclusivamente para tu antiguo y verdadero amigo

LEOPOLDO.

□ □

Madrid, 15 de Noviembre de 1873.

Querido Luis:

¡Qué vejez tan triste y agitada nos preparan!; porque, no podemos ocultarlo, nos vamos haciendo viejos; están al caer los sesenta, y empiezan á conocerlo las mujeres, aunque te aseguro que no hay una cana en mi cabeza. Afortunadamente, las libertades de la novela y de los bufos han influido en las ideas, desterrando antiguos escrúpulos: la revolución, trastornándolo todo, ha empobrecido muchas familias acostumbradas al lujo; y hasta la construcción de las casas, impropias para la vida cómoda, ha lanzado la mujer á la calle: de todo lo cual resulta gran libertad de costumbres, y mezcla de gentes que antes vivían separadas, y hace tolerable la existencia á los hombres maduros que pueden soportar esta vida cara y ruinosa para algunos. Si la mujer encarece con exceso y se hace cada vez más interesada. Yo recuerdo que hace diez años, cuando estuve loco por Inés, hasta el punto de quererme casar con ella, olvidándolo y perdonándolo todo, ella misma me dijo noblemente:

—No puede ser, porque te quiero y te desacreditarías casándote conmigo.

Y ella misma me salvó. Los jóvenes sostienen el desinterés de las mujeres del día; no han alcanzado nuestros tiempos: ¿no es verdad que eran antes más generosas y tenían más gracia?

Murieron la pobre Petra y su marido, y Pepa la aguadora, é infinitad de amigos: yo no sé cómo, desapareciendo tanta gente, no se despuebla el mundo. Yo me encuentro fuerte; doy grandes paseos por la Castellana, que nunca ha estado tan poco concurrida; y no hago caso del médico, que me recomienda huir de la mujer. ¡Imposible! Me siento joven interiormente, y aun creo que nunca he sido tan joven como ahora. Perteneceemos indudablemente á una generación más vigorosa que la nueva.

España no tiene arreglo si no triunfan de una vez los carlistas, que llevan la mejor parte desde que se desorganizó

el ejército y los soldados se burlaron de sus jefes. Y es que en España los hombres públicos descurian el estudio de las ciencias sociales y políticas, que son las ciencias superiores á las cuales me entrego con locura. ¿Por qué no habré pasado mi vida estudiándolas? Ellas me indican que el derecho es la base de todas las sociedades, y estamos padeciendo la desorganización natural de un estado que niega todos los derechos.

Por eso el país se disuelve en cantones: las turbas se imponen á la Asamblea y hacen que se proclame la república; desaparece un día el presidente del Estado y huye á Francia; los que tienen fusiles tiranizan á las gentes pacíficas.... y entretanto los ferrocarriles cortados, el telégrafo interrumpido, la escuadra diseminada y los arsenales sublevados, todo da motivo para creer que el país se ha vuelto loco.

Y eso que en Madrid no podemos quejarnos; la gente no ha cesado en el verano de asistir de noche á los jardines del Retiro, desahogo que nos hemos procurado para pasar bien el verano; los voluntarios de la libertad son gente pacífica, como ninguna de las milicias anteriores, por estar formados con dependientes de la villa; y si no tenemos Real, ni se inaugura el teatro de Apolo, recién construído en la calle de Alcalá, aquí hay orden relativo, y sólo hacen locuras las autoridades. Empiezan á convertirse en alfonsinos muchos revolucionarios; pero desde que murió Prim asesinado, y Serrano perdió su popularidad, no hay general alguno que pueda encauzar esto; y en España no se hace nada, como no lo haga un general.

Creo que soy carlista; en último caso, las Cortes que excluyeron á D. Carlos y sus descendientes en 1835 eran un tribunal compuesto de enemigos, y protestó del hecho media España sublevada á favor de los proscritos, condenados sin defensa.

En poco tiempo han muerto el gran pintor Rosales, Ríos Rosas, y hace pocos días las actrices del Español cubrían de flores el carro mortuario que conducía á Bretón de los Herreros. ¡Cuánta ruina!

Terminaré mi carta con un episodio que seguramente no te esperas.

Me acabo de mudar de casa: cuando fui por primera vez á verla, la portera, una vieja que parecía setentona, más arrugada que una nuez, y con los ojos llorosos y el cuerpo de la hechura de un talego, me dijo santiguándose:

—¡Válgame Dios! ¡Si creo que es usted D. Leopoldo Salazar!

—Si lo soy; ¿me conoce usted ahora?

—¡Que si le conozco!... Nos hemos conocido mucho hace bastante años....

—¿En dónde?

—En muchas partes; tenía entonces otra posición; no adivinará usted quién soy....

Querido Luis, no he vuelto aún de mi sorpresa.

¡Era Elyra! Si; aquella abuela tan martirizada por el tiempo, y que fué mi primer amor, es hoy la portera de mi casa.

Todos los días me detiene y me habla de mis tiempos; yo no la escucho, y me entretengo en jugar con su nietecilla Pilar, encantadora niña de tres ó cuatro años.

Compadece á tu pobre amigo

LEOPOLDO.

Madrid, 30 de Enero de 1886.

Querido Luis:

¡Oh qué tiempos aquellos, hace seis ó siete años nada más, en que salía á la calle diariamente! El mundo se ha enfriado, y sólo se puede vivir al lado de la estufa.

Agradéceme esta carta: tres meses hace que no salgo de casa, donde estoy clavado en mi sillón y atarazado por el reuma, sin más distracción que *El Siglo Futuro*, mis libros de teología moral y mi petaca, ni más compañía que la de Elvira, insoportable vieja que sólo me habla de la otra vida y de hacer testamento: como la quitaron la portería, la tuve que recoger en mi casa, y á la verdad no me arrepiento.

Chico, estoy decidido á casarme; la muchacha está conforme, y aunque hay alguna diferencia de edad entre nosotros, ella tiene quince años y yo setenta y uno, estoy dispuesto á que se verifique el matrimonio, digan las gentes lo que quieran: cada cual debe casarse á su gusto, no al de los demás.

No sé si alguna vez te he hablado de Pilarcita, la nieta de Elvira: ha sucedido lo natural: el trato nos hizo estimar mutuamente: ella me hace los cigarros y cuida del arreglo de mi cuarto; en fin, nos hemos gustado y somos novios.

Hasta ahora no hay más inconveniente que mi reuma; pero apenas pueda levantarme.....

Cuando el anciano D. Luis acabó de leerme las cartas anteriores, se detuvo en los puntos suspensivos.

—Esa carta última no está concluída—dije.

—No—respondió D. Luis;—murió el pobre Leopoldo escribiéndola; es una carta interrumpida por la muerte; pero ¿no es verdad que esas cinco cartas que he entresacado entre el legajo de las suyas son el extracto de su vida, vacilaciones, cambios de ideas y carácter, y demuestran la variedad de individuos que hay dentro de un mismo hombre, dentro de la unidad de su conciencia?

—Sí, señor; y explican la lógica de las mudanzas políticas que tanto criticamos en los hombres públicos, cuando los ideales se desgastan en el uso de la vida. Y la poesía con que vemos el pasado y la prosa de lo presente.

—¿Hizo testamento?

—Le tenía hecho dejando su fortuna á Pilarcita, que acaba de casarse con un teniente.

—¿Si no hace cuatro meses que murió D. Leopoldo!

—Eran amores antiguos. ¡Pobre amigo! he soñado esta noche que me escribía esta carta desde el cielo:

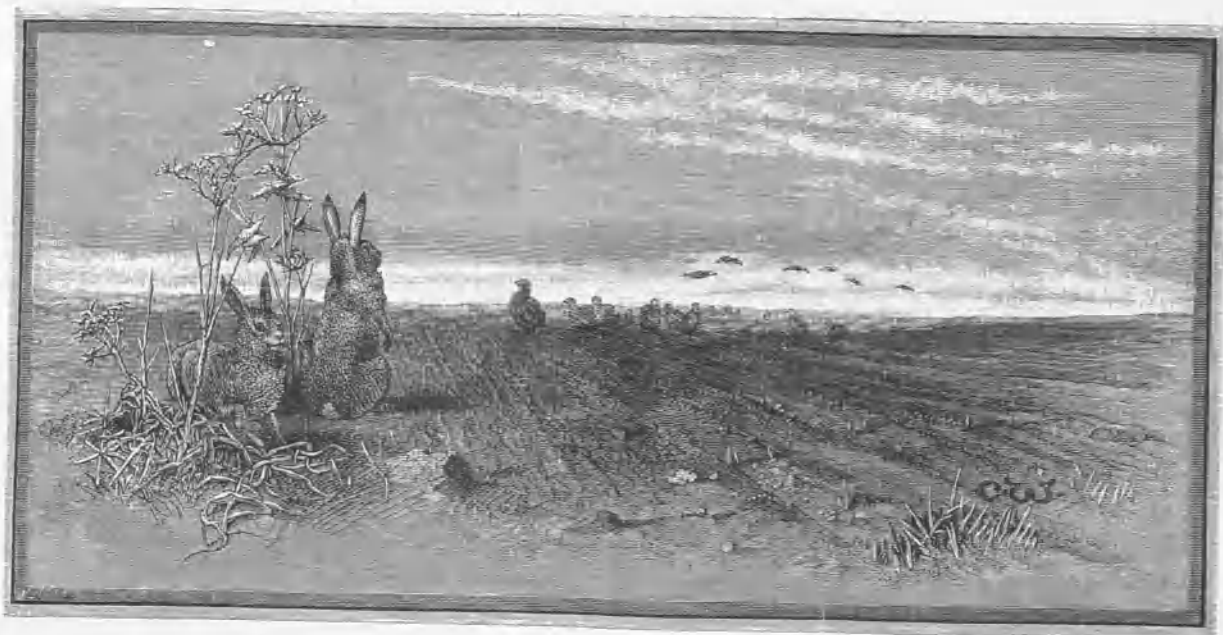
Querido Luis:

Estoy en la gloria, rodeado de bienes, y no puedo olvidar la tierra desde el cielo. No sabes lo que recuerdo á Pilarcita; ella sí que era un ángel, y no éstos que revolotean á mi lado. Jamás hallaré un lugar tan grato como mi gabinete de Madrid; compadéceme; paso la eternidad echando de menos aquel sillón tan cómodo, mi reuma y mi petaca.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.



UN EGOÍSTA.



LA MONINA.

L hombre es más débil que malo, dice Balmes, y dice bien.

No somos malos, somos débiles.

Esta debilidad nos lleva á cometer ó á tolerar iniquidades é injusticias.

Cuando no somos delinquentes, somos cómplices, por lo menos en dos pesetas.

El hombre es una obra perfecta, pero....

Luisito era mi amigo íntimo.

Hablamos estudiado juntos en la Academia de ingenieros mecánicos.

Luis era un carácter, como dicen ahora.

Es decir: un muchacho incapaz de doblegarse á voluntad ajena.

Esto parece significar que Luis era un niño mal educado; pero no, era un chico excelente en su trato, y aun distinguido por sus maneras.

Sus ideas de independéncia no iban más allá de cierto límite.

Cuando le decían:

—Tú te casarás con Rosita —que era su novia, replicaba con fiereza de Tenorio matriculado:

—Primero me casó con las de abajo.

Las de abajo, en el idioma del juego del monte, son dos cartas más próximas al banquero que las otras dos.

Pero como el hombre no puede predecir lo que ha de ocurrirle, ocurrió á Luis que, terminada su carrera, casó con Rosita.

La muchacha era un ángel.

Durante seis meses Luis fué un marido perfecto.

Cariñoso, complaciente, casi empalagoso.

No hablaba sino de *ella*, de su mujer.

—¿Qué dirás que ha hecho hoy? —preguntaba.

—¡ Hombre! —le respondíamos los amigos —habrá hecho tantas cosas....

—Pues un plato de dulce de cocina que no hay repostero en Europa que le sueñe.

—Es lo mismo que nos decía la patrona, ¿recuerdas? « Hoy van ustedes á comer una paella, que ha de dejarles memoria.»

—¡ Hombre, hombre!

—Y efectivamente, recuerda que la comimos; yo lo recuerdo bien; en día de Santa Mónica, patrona de la nuestra; y también recuerdo que estuvimos los dos para salir de este mundo, pero en exprés.

—Es verdad.

—Una paella con cangrejos de Roquefort, es decir, con gusanos.

Luis no gustaba de estos recuerdos.

Su mujercita era su encanto, y lejos de ella no había felicidad.

Habrán observado ustedes que las muchachas recién casadas sienten cierta repulsión á los amigos y condiscipulos ó compañeros de sus maridos; así como celos de que las roben parte de atención y de cariño.

¡ La mujer recién casada es tan dulce en los primeros tiempos!

Pues el hombre no se queda corto.

¡ Qué ternezas en la luna de miel! ¡ qué recelos cuando la esposa mira cualquier pariente ó amigo, cuando sonríe, siquiera saludando al portero ó al criado!

Es que nos conocemos ellas y nosotros, y dudamos de nuestra respectiva fidelidad.

Luis no salía de su casa sin que le acompañara Rosa.

Al teatro, al paseo.... siempre con su Rosita.

Como le decía algún amigo:

—Antes la llevabas en un ojal de la levita, y ahora la llevas del brazo.

—Cuando el hombre se decide á ser marido, á entrar en la sociedad, á crear familia, ha de cumplir lealmente con sus deberes.

—Si, señor.

—Ha de ser buen esposo—continuaba Luis con entusiasmo creciente—y buen padre.

—Y buen hijo político: no olvides el cariño de tu suegra—le aconsejaba algún amigo.

—Y buen tío y excelente primo—observaba otro.

La casa donde habitaban Luis, su esposa y la suegra, era un Paraíso antes de que sirvieran los postres.

Es decir, antes de probar la manzana.

Por esta razón no se permitía la entrada á los que fuimos condiscipulos y amigos de Luis.

Éramos personas sospechosas, como decía doña Susana, la mamá política de Luis y afirmaba Rosa.

Pasaban los días jugando como chiquillos, los cónyuges, la mamá, hasta las criadas.

No se veía una cara seria.

Ni cuando doña Susana recordaba al señor de Enriquez Alcalde Mariscal y Palomino Negro, su difunto, conseguía entristecer á los moradores en aquel nido de amor y felicidad.

—¡Pobrecito!—repetía la viuda.—Si viviera, ¡cuán feliz sería á nuestro lado!

—Algo daría porque nos viera—apuntaba Luis.

—Y él también—añadía doña Susana, enternecida momentáneamente.

Excitaban la envidia de los matrimonios mal avenidos, y aun de la gente soltera, aquellos cónyuges, modelos de cariñosa ternura.

En paseo, en el teatro, en las reuniones.

Pensaron en recibir un día en cada semana, y resolvieron no consumir la suerte, para evitar tropiezos y complicaciones.

—Abrir la puerta para los amigos es entregarse atados de pies y de manos para que nos molesten y nos despedacen—opinó Luis.

La madre y la niña asintieron.

Se habían mudado al piso entresuelo de la misma casa dos hermanitas, «huérfanas de un *brigadiel* cada una», según ellas decían.

Eran dos buenas mozas, jóvenes, elegantes y hermosas.

Particularmente la menor de ellas era una preciosidad.

—Son dos señoritas muy principales—decía el portero;—el mobiliario que han traído vale un capital; en fin, tienen hasta lero.

Vivían con una señora mayor, algo andaluza como ellas, y viuda de otro *brigadiel*.

A contar por el número de viudas voluntarias de *brigadientes*, que andan por ahí, el ejército español ha de haber perdido en pocos años más de un millón de jefes con esa graduación.

Una de las jóvenes era rubia.

La otra lucía cabello negro.

La tía, castaño *entrepelao*.

Su trato era esmeradísimo.

Como que estaban relacionadas con lo mejor de Madrid en el género masculino.

Señoras no las visitaban.

—Como no *conosemos*, y *hase poco* que nos *hayamos* en Madrid, no tenemos amigas—decía la tía.

—Hemos pasado en América *argunos* años—apuntaba alguna de las niñas—y estamos aquí sin *relaciones*.

—Solamente—añadía la otra niña—las que tenemos *por mor* de papá.

—¿Papá vive?

—No *señó*; murió de *brigadiel*.

—¿Qué enfermedad será esa?—se preguntaba la persona que oía esta revelación.

Como Luis y su esposa y compañía ocupaban el entresuelo del lado, á los pocos días Rosa y las vecinas se saludaban.

Se veían en el balcón, y como las mujeres son tan comunicativas con las mujeres, no tardaron en armar conversación.

A doña Susana parecieron buenas muchachas las vecinas.

Quando conoció á la tía, no vaciló en declararla marquesa de reemplazo ó generala de cuartel.

—Es una señora, no hay más que verla—decía.

A Luis no parecieron mal las vecinas, sin parecerle tan bien como á su mamá política.

Rosa era la única refractaria al trato con aquellas mujeres. Presentimientos quizás, ó emulación de la hermosura de las vecinas.

—Son preciosas—decía;—particularmente la de los ojos negros.

Esta predilección se comprende, porque Rosa los tenía azules.

—La del pelo negro es una mujer hermosa—opinaba también doña Susana.

Y luego decía:

—Y están muy bien educadas; saben francés y otras lenguas, tocan algo en el piano....

Luis, sin darse cuenta de la razón, sospechaba que aquellas señoritas huérfanas y aquella tía no eran muy católicas, como suele decirse.

Pero no podía negar que fuesen muy hermosas.

—¡Ojalá no lo fuesen!—pensaban Luis y Rosa.

—Yo soy débil—continuaba pensando Luis.

—¡El hombre es débil!—proseguía reflexionando la esposa.

María Mercedes era un peligro para cualquiera mujer recién casada.

Sin que esto fuera despreciar á Amparo.

Amparo pudiera ser el cielo para algún peregrino.

Pero María Mercedes era más mujer; vamos, tenía más salientes, más figura.

Los ojos negros de María Mercedes se fijaron alguna vez en Luis.

El fidelísimo esposo la saludaba, y ella le correspondía.

Conversación «no habían gastado aún.»

Llegó un día en que Luis, mi buen amigo, pensó:

—Esta María Mercedes es más *gmpa* que mi Rosa.

Este «*min*» es la nota más deseada, la que mejor suena en la escala del amor, y la que lastima el oído después de algún tiempo de oírlo á diario.

Los días no pasan inútilmente.

Nadie calcula *à priori* la influencia poderosa de veinticuatro horas en el ánimo y en la voluntad de cualquiera persona.

Rosa era un ángel.

Pero María Mercedes era más hermosa.

—Luego, que Rosa era mi Rosa—confesaba el pobre Luis, —y María Mercedes, no.

Rosa no tocaba el piano más que dentro de los límites de la *Stella confidante* y de los valses de *Les Cloches de Corneville* y trozos de *Traviata*.

Y todo esto con algunas variaciones de su invención.

María Mercedes tocaba y cantaba como una profesora; desde *Souámbula* hasta las habaneras y los tanguitos del hermoso país de las bellezas ardientes y de la caña y del café.

María Mercedes era superior en méritos exteriores á la inocente Rosa.

Y luego, como el hombre es débil, según hemos convenido....

Dicho sea en descargo de Luis, se defendió contra las tentaciones.

Luchó como un héroe.

Pero empezaron los disturbios domésticos.

El carácter de Rosa se agrió.

Doña Susana empezó á usar y aun á abusar de sus derechos maternos.

Ya no reinaba en aquel nido de amores la alegría que en los primeros meses.

Por cualquier motivo estallaba la guerra civil.

Luis apelaba á la estratagemas de la fuga.

Cuando no podía acudir á este medio, reñía, «levantaba la voz», como dice la gente, y sacaba el Cristo; es decir, llegaba al extremo de ejercer la tiranía conyugal.

¿Que Rosa pretendía ir al teatro?

Pues, no señor, no iba.

—¡Yo no admito ni tolero imposiciones!—repeta Luis. —Soy el dueño de mi casa y soy el dueño de mis actos.

Rosa protestaba.

Doña Susana caía enferma, y así continuaba hasta el día siguiente.

Se nombraba al difunto Palomino Negro.

Se lamentaban madre é hija de haber conocido á Luis.

Se hablaba de separación, de divorcio....

—¿Qué pasa aquí? ¿Quién tiene la culpa?—se preguntaba Luis.

¿Quién?

Algunos meses después se lo explicaba él mismo, y lo decían cuantas personas le conocían.

La culpa era de María Mercedes.

¿Cómo llegaron á esto el marido modelo y la distinguida y hermosísima María Mercedes, hija de un *brigadier*, muchacha candorosa y bien educada?....

Pues ahí verán ustedes.

Ello fué que se vió á Luis con María solos y en un carruaje, en el paseo de los coches.

Que ella, esto es, María se desgajó del hogar doméstico de su tía.

Que abandonó á su hermanita.

Que en los círculos distinguidos se dijo que María Mercedes era la amada por Luis.

Que vivían juntos....

Y lo que era peor para él: que la hermosa María Mercedes le dominaba, le ponía en ridículo y se burlaba de él y le gastaba su fortuna en caprichos y puerilidades.

—¿Y Rosa?—le pregunté un día.

—No me hables de ella; tiene un carácter imposible.

—Pero tú sabrás contemporizar.... El hombre, cuando se decide á ser marido, ha de ser modelo de esposos y de padres y de....

Entonces me confesó lo que había hecho.

—Si quieres—añadió—te presentaré á mi *monina*.

—¿Tu *monina*?

—Sí, la llamo así porque me parece un mote más cariñoso que su nombre.

No la abandonaba.

Al paseo, al teatro, á baños, iba siempre con su *monina*.

—Soy feliz—me decía;—he roto pacíficamente con Rosa; no la abandonaré, aunque ella no necesita de mí para vivir; es rica; no hemos tenido hijos, de suerte que soy libre.

—¡Pero Luis!

—El hombre de entendimiento ¿ha de sujetarse á las prácticas de la rutina? El matrimonio verdadero es el que se forma por la unión espontánea de dos seres, y no el que sanciona con sus ridículas tradiciones la sociedad. Mi esposa verdadera es mi *monina*.

Y luego añadía:

—¡Qué mujer, chico! Es un ángel. ¿Por qué no tropezaría yo con ella antes que con aquella necia? ¡Buena diferencia! Mi *monina* es mujer espiritual, artista....

—Pues en ese caso, y ya que no te sirven consejos ni observaciones, nada tengo que decirte, y adiós, monín.

Le dije, y no volví á verle en algún tiempo.

El suficiente para que la *monina*, conociendo que la fortuna de Luis disminuía con harta rapidez, ó encontrando mejor poster, le plantase y desapareciera de la mansión de la felicidad, sin despedirse del empresario.

Cuando lo supe, fui en busca de mi amigo, á quien Madrid conocía y toreaba con el mote de *Monsieur Monín*.

—Ya te habrás convencido—le dije—de los peligros que ofrecen esos amores *monisimos*.

—Sí; pero ¿qué quieres? El hombre es débil.

—Mira, Luis, hablemos con franqueza: el hombre es tano.

—Tienes razón.

Hoy vive con su Rosa y sin doña Susana, que ha salido de esta vida en busca de su Palomino Negro.

Y son felices Rosa y Luis, porque éste asegura que la escarmentado para siempre.

A lo cual replica ella con mucha gracia y con mucha justicia:

—Si yo necesitara sufrir un escarmento semejante para volver á ti, ¿qué dirías?

Y alguna vez le pregunta, al tiempo que le acaricia:

—¿Vas á ser bueno, *monín*?



«EN EL PUENTE DE TRIANA.» — (Cuadro de García Ramos.)

COSAS.

No hay palabra más elástica que la palabra *cosa*; á todo se pliega, á todo se amolda, á todo se refiere, todo lo significa, dado el carácter indeterminado que la distingue. Por significarlo todo, hasta significa *nada*; y como si no fuera bastante ese imperio omnimodo de que en nuestra lengua disfruta, todavía ha venido el prurito, cada vez en aumento, de afrancesarlo todo en nuestro suelo, á dilatar más y más sus dominios en ocasiones en que lo rechaza la índole peculiar de nuestra habla, cuando no el eufemismo, ó seáse la *biensonancia*. Discurramos, pues, ahora algo acerca del particular, ó como dirían otros: Discurramos *alguna cosa* acerca de la *cosa*.

Y que sea verdadera la proposición que acabo de sentar respecto de la enorme influencia que la lengua francesa está ejerciendo en la nuestra de algún tiempo á esta parte, basta para comprenderlo, el hecho de que nuestra Academia compendia en sola una definición la significación de la palabra *cosa*, al decir que vale á todo lo que tiene entidad, ya sea corporal ó espiritual, natural ó artificial, real ó abstracta, en tanto que los léxicos franceses le destinan multitud de acepciones. No quiere decir esto, ni mucho menos, que con lo dicho por la Academia Española se pueda satisfacer debidamente en todos los casos sin excepción á cuantos usos se presta la significación de esta voz; pero también es cierto que en la definición citada todo se comprende, siquiera sea de una manera harto vaga y general.

Una acepción de esta palabra, que salta desde luego á la vista, y cuya omisión en las páginas del Diccionario se hace tanto más extraña cuanto que pertenece al tecnicismo gramatical, es la de su oposición con la palabra *persona*. Se dice, v. gr.: *Amar á Dios, aborrecer el vicio, decir verdad*. En la primera de estas frases la acción del verbo *amar*, seguido de la preposición *á*, recae en la persona *Dios*; en las otras, la acción de los verbos *aborrecer* y *decir*, sin preposición intermedia, recae en las cosas *vicio* y *verdad* (1).

Y no sirve el que nos salga ahora alguien con la embajada de que las personas no son *cosas*, porque á eso replicaré que en ocasiones sí lo son: la Academia misma lo reconoce así cuando dice: «*Poquita cosa*. Familiarmente dicese de la persona débil en las fuerzas del cuerpo ó del ánimo.»

Fuerte cosa, dice la Academia, y dice bien, es «*cosa molesta, difícil y trabajosa*»; pero así como consigna que *perdida cosa* es lo mismo que *cosa perdida*, no hubiera hecho nada de más en decir que también se dice *cosa fuerte* en igual significación á la arriba enunciada, de que me sal-

drá garante un cantar popular, de todos conocido, que dice así:

Tres cordeles á un tiempo
Me están tirando,
Y el que menos me tira
Me está matando;
Y es *cosa fuerte*,
Que el que menos me tira
Me da la muerte.

De igual manera consigna *cosa dura*, pero no *dura cosa*, que es lo mismo, en comprobación de lo cual bastará con citar el siguiente ejemplo de Villegas, el cual resume ambas formas por los términos siguientes:

No amar es *cosa dura*,
Y amar es *dura cosa*;
Pero amar sin retorno,
La más dura de todas.

Á quien no haya filosofado un tanto acerca de los primores de la lengua, le parecerá una perogrullada eso de decir que lo mismo es *cosa fuerte* que *fuerte cosa*, *cosa dura* que *dura cosa*, y *cosa perdida* que *perdida cosa*; pero de que no hay tal *cosa* se convencerá tan luego como pare mientes en que no siempre tienen igual valor ciertos calificativos antepuestos como pospuestos á los sustantivos, pues, sin ir más lejos (y este ejemplo se echa también de menos en el Diccionario de la Academia), *cosa cierta* es aquella que no da lugar á la duda por ser real y verdadera su existencia, en tanto que *cierta cosa* lleva en sí una idea indeterminada, indefinida ó vaga, por cuanto se calla su naturaleza y razón de ser ó concepto.

He dicho antes que por significarlo todo (*la palabra cosa*), hasta significa *nada*. Vamos á verlo.

Si bien la palabra *nada* parece á primera vista como «la negación de la existencia», eso es debido á que su uso casi común es en proposiciones negativas; pero, ¿quién podrá desconocer que entra á veces en proposiciones afirmativas?... «¿Hay *nada*, hay *algo*, ó hay *cosa* en el mundo más lisonjera para el corazón que el aliviar la suerte infortunada de su prójimo?» Esto se dice, y está bien dicho; ¿por qué? porque la palabra *nada* es sinónima de *cosa*, de que será buen testimonio el que *nada* tiene por equivalente en francés á *rien*, y á *res* en catalán; y sabido es que *res*, en latín, origen de estas últimas voces, lo que significa es *cosa*.

La palabra que nos ocupa entra modernamente á formar parte abusiva de nuestro lenguaje, como ya indiqué arriba, plagándolo de galicismos sin cuento á cuál más innecesarios y hasta ridículos, y probando una vez más la falta de riqueza y galanura de que en ocasiones adolece la lengua de nuestros vecinos de allende los Pirineos puesta en parangón con la nuestra. Sirvan de ejemplo:

(1) GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA, pág. 72, edic. de 1874.

En español afrancesado.

En español neto.

La COSA dirá.
¿Cómo pasó la COSA?

La COSA es que....
El nombre no hace nada á la COSA.

Usted nos da palabras, y no COSAR.

Nada hay más común que el nombre de amigo; pero nada más raro que la COSA.

¿Sabes una COSA?
Vamos á la COSA.
Comprendo la COSA.

Alguna COSA de bueno.
No valer gran COSA.

La COSA no lo vale.
Así van las COSAS.

Es la misma COSA.

Una COSA es decirlo, y otra COSA es hacerlo.

Con lo dicho basta y sobra para que cualquiera pueda formarse un juicio cabal de lo mucho que pierda una lengua cuando se la despoja de sus propias ricas vestiduras para cubrirla, sin necesitarlo, con las inferiores del vecino.

Y cuenta con que la palabra que viene sirviendo de tema á este esbozo tiene un gran número de aplicaciones en nuestra lengua, regularmente en frases figuradas y en refranes, y cuya mayor parte en vano se buscarían en las columnas de nuestros diccionarios. Pondré aquí algunos ejemplos, tomados á la ventura, que comprueben mi aserto.

¡No es cosa lo del ojo!

Como quien no quiere la COSA.

Capítulo de otra COSA.

La COSA no tiene (trae ó lleva) malicia.

Ello dirá.
¿Qué ha pasado? ó ¿Qué ha sido ello?

El caso es que....
El nombre es lo de menos, ó nada supone, ó es lo que menos importa.

Déjese usted de palabras, y vengan hechos ó realidades (1).

Nada más común que el nombre de amigo; pero nada más raro que encontrar una que lo sea de veras.

¿Sabes qué te digo?
Vamos al asunto, al grano.
Estoy al cabo; no necesito de más explicaciones.

Algo bueno.
Valer poco; ó, cuando más, No valer cosa, ó Valer poca cosa.

El asunto no lo merece.
Así anda ello, ó Así anda el mundo.

Es lo mismo: ó Lo mismo es; ó Es indiferente.

Una cosa es decirlo, y otra hacerlo; ó No es lo mismo decirlo, que hacerlo (2).

La COSA marcha (1).

Cada COSA, para su COSA.

Estar, ó Quedarse como si tal COSA.

Cualquiera COSA es, chorizos (ó longanizas) con huevos.

Las COSAS, claras; y el chocolate, espeso.

Las COSAS al derecho las hace cualquiera; ¡a gracia está en hacerlas al revés.

Las COSAS, en caliente.

Haber casos y COSAS.

Hay COSAS que más vale crearlas que ir las á averiguar.

Hay COSAS que no están escritas.

Las COSAS de admiración no las cuentas.

COSAS tenedes, el Cid, que farán hablar las piedras.

Tres COSAS demando (¡ si Dios me las diese!): la tela, el telar y la que la teje (2).

Las COSAS claras los bendice Dios.

No hay COSA más barata que la que se compra.

No hay COSA segura en esta vida.

COSA cumplida, sólo en la otra vida.

No haber COSA con cosa.

Tres COSAS hacen al hombre medrar: Ciencia y Mar, y Casa Real.

Á la muerte no hay COSA fuerte.

El que no duda, no sabe COSA alguna.

COSAS que van y vienen.

Dejando una COSA por otra.

Tres COSAS echan de su casa al hombre: el humo, la gotera y la mujer cocinglera.

Oír, ver y callar, recias COSAS son de obrar.

No todas las COSAS suceden de un mismo modo.

Tal vez hay que se busca una COSA, y se halla otra.

Como quien no quiere la COSA.

Como quien hace otra COSA; ó

Como quien tal COSA no hace.

Cada COSA en su tiempo, y los nabos en Adviento.

Munda, y desuvida; no se hará COSA ninguna.

Ni COSA que lo valga.

Quien desalaba la COSA, ése la compra.

Otra COSA es con guitarra,

Quien las COSAS mucho apura, no tiene vida segura.

Todas las COSAS de este mundo, cuando menos, son dos.

En efecto, nada se da naturalmente simple ó sencillo: todo es más ó menos compuesto ó complicado; el hecho que más indiferente parece á primera vista, lleva ordinariamente en sí una segunda intención, cuando no una duodécima: cualquiera diría que, á medida que han ido civilizándose los pueblos, han progresado juntamente el dolo y el fraude, y que, en vez de ser el lenguaje el vehículo para declarar la verdad, es el medio más á propósito para disfrazarla. Pero.... vamos á otra cosa.

En este mundo no hay COSA como llegar á tener una persona COSAS.

Consideremos fisiológicamente por un momento este ver-

(1) De estrotora galicana esta locución, está reconocida ya por nuestra Academia, y sancionada (verbo *Marchar*) desde el año de 1879 en la 11.ª edición de su Diccionario.

(2) La Academia escribe de la siguiente manera este refrán: *Tres cosas demando si Dios me las diese: la tela, etc.* Así puntado, nada quiere decir; y si algo dice, es precisamente todo lo contrario de lo que se intenta significar.



«CRÍTICOS DE ARTE.»—(Cuadro de Leloir.)

dadero tipo de una de las fases humanas, y demos fin luego al presente mal bosquejado rasguño.

Existe en la sociedad una especie de buleto, patente, salvoconducto ó pasaporte para decir y hacer algunas personas impunemente cuanto se les antoja, y no sólo impunemente, sino hasta con aplauso de la generalidad; semejante diploma responde al nombre de: ¡*Cosas de Fulano!*

En efecto: Que se produce ese sér privilegiado faltando en sociedad á las reglas de urbanidad y cortesania; nadie se da por ofendido, porque.... ¡*son cosas de Fulano!*

Qué un quidam que se ha comido los caudales de medio mundo, y por equivocación no arrastra una cadena, sube al poder, y, queriendo acreditarse de justificado y celoso, persigue hasta llegar á perder á un infeliz pobrete, sólo porque se habia interesado éste en una mezquindad....— ¡*COSAS de Fulano!*

Que otro tal arrastra coche, ostenta lujosa casa y opípara mesa, y cobrando varios sueldos por otros tantos destinos que no desempeña, le está debiendo al mundo entero por la sencillísima razón de que á nadie paga....— ¡*COSAS de Fulano!*

Que aquella lengua viperina es la delicia de las tertulias, tanto más cuanto más se ceba en quitarle el pellejo al prójimo....— ¡*COSAS de Fulano!*

Que aquel otro danzante se pavonea muy estirado con el

título de autor, merced á que, cual el grajo de la fábula, no conoce más pluma que la que ha quitado á otros pájaros, y, sin embargo, de todos es aplaudido....— ¡*COSAS de Fulano!*

Que el de más allá.... Pero doblemos la hoja, porque siendo tantas y tales las *cosas* y los *casos* que con este motivo nos asaltan ahora la imaginación, tendríamos que engolfarnos en un maremágnum del que no podríamos salir sin que se nos aplicase la contestación que dió cierto farruco que volvía de la iglesia de oír el sermón.—Instábale su señorita á que le dijera circunstanciadamente lo que habia dicho el predicador, y el pobre muchacho, que en su vida las habia visto más gordas, no salía de: «Mi ama, hanus dichu muchas y lindas *cosas*.»—«Bien; pero, ¿qué *cosas* son esas que ha dicho?»—«Hanus dichu muchas y lindas *cosas*.» Y de aqui no le sacaba ni el carro de la basura. Acosado ya en fuerza de tan imprudente empeño, pues el del ama de la casa equivalía en esta ocasión á pedir peras al olmo, echó la cerradera á la cuestión, diciendo:

—Mi ama, yo no sabré decir otra *cosa* á su merced, sinu que *el padre, para cada cosa sacaba su cosa*.

Desde entonces quedó en refrán la contestación del rapaz que habia abierto los ojos á la luz del dia en las tierras que riega el Miño.

JOSÉ MARÍA SEABE.





EN INVIERNO.

RECUERDOS DE VIAJE.

Nosotros entramos en Suiza por donde se debe entrar en los países pintorescos, por un túnel, ó como si dijéramos, por un antejo. Habíamos amanecido en las llanuras de Macón, el Valdepeñas de Francia, y aun cuando el terreno no es tan árido como el de la Mancha española, ofrece, como el nuestro, poco interés. De repente se alza una montaña ante nuestros ojos, nos introducen en ella, y un momento más tarde nos encontramos á decir si es Suiza la que se nos entra, ó nosotros los que entramos en Suiza.

Siempre que atravesamos un gran túnel, nos sucede lo propio: creemos asistir al ensayo de la muerte. La obscuridad de un túnel no se parece á ninguna obscuridad; el aire frío que por allí circula no se parece á ningún aire; los ruidos que en él se producen no se parecen á los otros ruidos: si uno se hubiera muerto alguna vez, se imaginaria que le iban á enterrar la segunda. Los indios adivinaban la civilización al labrar sus tumbas en forma de túnel. La única ventaja que sobre aquéllos ofrecen estos agujeros modernos, es que tras de su medroso camino hay siempre un valle que sonríe. Esto le sucede á la entrada de Suiza por la parte de Francia.

Hacia un sol muy hermoso, contra la costumbre de las cordilleras al amanecer; y el Rodano, que por allí es un río blanco, parecia enteramente de plata. Sólo en la magnitud y belleza del río sobrepaja al paso de nuestros Pirineos el paso de los de Ginebra; los mismos puntos de vista, la propia vegetación, idéntica grandeza; hasta la misma aptitud bellisca y pacífica á la vez de los montañeses que los labran.

Nosotros nos instalamos en el centro de la ciudad, que es donde deben instalarse los viajeros para dominarlo todo y estar cerca de todas partes. Nuestro hotel brotaba del Lago, como del lago brota toda la antigua Ginebra; teníamos á nuestro alrededor el agua suficiente para que pareciera un mar, y los edificios bastantes para que pareciera un pueblo. Al frente se destacaba un monte cubierto de verdura y de caseríos; era el Monte Blanco; á la derecha y por detrás nos circunvalaba otro monte obscuro y poblado de antiguas edificaciones, sobre las que descollaba una torre de iglesia; era el monte de San Pedro, ó, con más propiedad ahora, de Calvino; cercaban nuestra casa fábricas y tiendas de relojería; por último, el letrero de la calle más próxima, que pudimos leer con la ayuda de nuestro antejo, decía así: *Calle de Juan Jacobo Rousseau. ¿Qué más Ginebra?*

Aprovechando los primeros momentos de la mañana nos dirigíamos á la altura, porque en las ciudades nuevas los llanos se ven á todas horas, y lo que el viajero debe buscar antes es lo inaccesible. Él inaccesible parecia ciertamente la

subida á la catedral de San Pedro, pues callejuelas hay á su alrededor que, no pudiendo soportar la rampa, se ascienden por escalones con pasamanos para no caer. Todo el barrio en que se halla situada es sucio, negro, tortuoso y de una estrechez tal, que lo asemejaría á un barrio de gitanos, si no presentara á trechos las señales de una muy refinada civilización. Hay en él, por ejemplo, edificios suntuosos, como la Casa de la Ciudad, las oficinas del Gobierno y algunos antiguos palacios que lo aristocratizan; pero no aludimos con ellos á la cultura, sino con las librerías que allí se encuentran, los almacenes de estampas, las tiendas de relojeros, de anticuarios, de mueblistas, de sastres, y los establecimientos de comer y beber barato. En uno de estos, que no tenía mejor apariencia que la de nuestras tabernas, se hallaban almorzando cuando pasábamos nosotros treinta ó cuarenta hombres de blusa, pobremente vestidos, como allí lo está el pueblo trabajador; pero que en vez de escandalizar con sus gritos ó sus desórdenes, escuchaban atentamente la música de un piano que tocaba una señora de tan modesta apariencia como ellos. En aquellas esquinas de calles, además, que casi se dan la una con la otra, se veían triples muestras de reloj, movidas por alambres eléctricos, que señalaban la hora de la ciudad, la de Berna y la de París, para indicación del movimiento de los ferrocarriles. Por último, no había chicos desarrapados ni gente vagamunda por ninguna parte.

La cuesta de Guillermo Tell nos condujo á una plaza donde pudieron muy bien reunirse los cantones á fines del siglo XIII, para bajar contra el Austria por aquellos desfileros al compás de una música como la de Rossini. Un banco de madera que al pie de un magnífico árbol habia, nos convidaba al reposo frente de la catedral.—«Esta pobre Suiza (nos decíamos allí), cuyo suelo es tan endeble é infecundo; cuya aspereza obliga á los ferrocarriles á gatear por sus montañas; cuyas lagunas obligan á sus habitantes á nadar sobre el campo; cuya situación en el centro de Europa la somete al embate continuo de todas las ambiciones, ¿cómo ha podido adquirir, tras de su revuelta historia, este grado de prosperidad y de cultura? Ella, que ha sostenido guerras de religión y guerras civiles; ella, que tenía que mandar á sus hijos á sueldo para que los mantuvieran los poderosos de otras partes; ella, que carecía de industria, de elementos de cambio, de mares y de colonias; ella, que sólo poseía un hermoso cuerpo, ¿cómo ha podido agenciarse esta bella alma?»—Y entonces advertimos que el fenómeno consistía en haber amalgamado el orden con la libertad. Suiza es un pueblo que parece creado para ser visto; sus lagos azules, sus montañas verdes, su aire saludable, su ingenuidad en el mapa central de Europa y su carácter humanitario y obsequioso, atraen allí un ejército de extranjeros que viven

libremente en el seno de la naturaleza y ordenadamente en el seno de la sociedad. Aceptando un solo despotismo, el despotismo del orden, y ofreciendo una sola garantía, la garantía de la justicia, los confederados de las montañas helvéticas reúnen en torno suyo una población cosmopolita que los mantiene. A la sombra de ésta nacen y florecen las industrias, se ejercitan las actividades, se difunden los bienes, se abarata el gobierno, se moraliza y contenta el país. —¿Por qué nuestra (España (nos decíamos) no se coloca también en disposición de que la vean? ¿Por qué nuestras hermosas montañas del Norte y nuestros risueños valles del Mediodía no atraen con los encantos de su suelo y de su clima la población opulenta y maltratada de Europa?—Porque en España (nos contestábamos) cuando tenemos orden solemos no tener libertad, y cuando tenemos libertad, de seguro carecemos de orden.»

Estas y otras muchas cosas semejantes discurríamos mientras tomábamos aliento. La iglesia estaba cerrada y no podía verse sino en compañía de un *cicerone* que nos esperaba con sus vulgaridades y majaderías de costumbre, sin dejarnos admirar lo bueno que contuviese. Además, un cartel que pendía de la verja del atrio nos aconsejó dejar la visita para la noche, y luego dívemos por qué. La fachada del templo es románica, no bastante antigua para ser buena, ni bastante moderna para ser graciosa; y es tanta la soledad que la circuye, por lo difícil del acceso hasta sus umbrales, que la plaza aquella parece más lugar de recogimiento y meditación que el templo mismo. No suben carruajes, ni pasan bestias, ni hay comercio á su alrededor; algunas casas de gentes acomodadas que se han establecido allí, sin duda por el silencio, y unos árboles seculares que tienen tranquila carta de naturaleza donde se les antojó nacer; eso es todo. *Plaza de los Filósofos* se llama, y quizá vivieron en ella Calvino, Rousseau, Gessner, Müller, Lavater, Necker y tantos otros que ilustraron la escuela filosófica de Ginebra.

La convocatoria que leímos en el atrio no anunciaba ninguna *Misere*, ni ningunas vísperas ó triduos; anunciaba con la mayor formalidad, para las ocho en punto, un concierto de órgano á peseta la entrada. Aquella noche representaban en el teatro *Las Cien Virgenes*, á peseta también, y entre profanación y profanación, escogimos la más solemne.

El Lago de Ginebra es como esos hombres de bien que no se incomodan nunca; el día que lo hacen hay que temblar. Parece mentira que aquella charca de agua, que permite la construcción de casas y calles con su enrejado de puentes para dominarla en todas direcciones, cruzada apenas por el vienteillo de la atmósfera y por las máquinas de los esquifes de vapor, se levante y encespe con la pujanza aterradora que lo verifica. Desde el principio de la tarde nubes negruzcas cubrían el horizonte; los chubascos se sucedían sin interrupción con alguna violencia; los cocheros habían procedido á cerrar sus carruajes, y las familias inglesas y americanas no asaltaban, como de costumbre, los barcos para subir al Monte Blanco. A nosotros nos contristó la idea de si no se verificaría el concierto en la catedral. El conserje de nuestro hotel nos dijo que sí, pues nunca el Sr. Haring había dejado de tenerlo cuando lo anunciaba.

A las siete y media, pues, con una lluvia gruesa que azotaba el rostro, con los rugidos del lago que ponían en el alma cierto estupor, y con la obscuridad y aislamiento propios de

la noche, nos encaminamos casi á tientas por las cuevas arriba, en busca del postigo de la catedral. La *Plaza de los Filósofos*, que de día estaba triste, esta vez estaba pavorosa. Las altas y gruesas cañas de los olmos se doblaban al empuje del viento como miserables miembros, y si abajo en el lago los buques corrían riesgo de zozobrar, allí desde la altura podía temerse que zozobrase la montaña. En un pliegue del manto de la iglesia se divisaba un agujero con luz: era el despacho de billetes. ¿Para qué? Para que entráramos el viento y nosotros.

Al tomar nuestra entrada, el conserje nos dijo: «Se conoce que sois muy aficionada, caballero.» Y nos recordó esos industriales de nuestro país que se empeñan en disuadirnos de que les compremos alguna cosa. ¡Cuán orgullosos nos sentimos de nuestra afición y de nuestro atrevimiento! La *soirée* de Mr. Haring, uno de los primeros organistas de Europa, iba á ser para nosotros solos. Cinco minutos antes de la hora salió una mujer del despacho de billetes con un quinqué de reflejo que se le apagaba, y se encaminó á la iglesia. Seguimosla silenciosamente, y penetramos en el templo cuando ella ya salía de colocar á la entrada el velón. No habla nadie.

La iglesia nos había engañado por la mañana con sus remiendos grecoromanos de la peor época. Es de estilo ojival, nada menos que del siglo x, trazada elegantemente en forma de cruz latina, con tres espaciosas naves y un gusto de perfecta arquitectura cristiana, á cuyo culto perteneció en su origen. Pero Calvino hizo con ella lo que con la religión católica: mutilada para que pudiera servirle á él. Han desaparecido los retablos, las imágenes, las pinturas y cuanto emplementa entre católicos la casa de Dios; parece un templo rabado.

Esta noche estaba imponente, y aunque por sus rastros de destrucción era menos piadoso, tenía algo más de artístico. Al proyectarse nuestra sombra en las lisas de las columnas y en los testeros raspados de las capillas, creímos estar representando la escena del caballero Bertran en *Roberto el Diablo*, y casi estuvimos por cantar con él: — *Le rocine son queste dell'antico veclato, ove un asilo del signora alle figlia Rosalia consacrò.*— Porque á nuestra derecha había una tumba con su estatua yacente, á la cual sólo le faltaba el ramo de los conjuros. Y para que la ilusión fuese mayor, entraron al mismo tiempo en la iglesia cuatro señoras, que aun cuando no venían vestidas de bailarinas, ni traían los cabellos destrenzados, ostentaban una seductora marcialidad: debían ser francesas, porque se les conocía en el aire, y porque se sentaron en el único banco donde daba la luz. A los pocos minutos apareció una familia de siete personas, hombres, mujeres y niños: éstos debían ser ingleses, y lo probaremos. No ha quedado en la iglesia más obra de arte que un trozo de sillera de coro, de escuela florentina, el cual es maravilloso de adornos y esculturas, y sirve de acompañamiento á la silla original desde donde celebraba Calvino. Esto se repite en Ginebra á todas horas para inducir á los viajeros á que visiten la catedral, y como los recién llegados se dirigieron allí, con su *cicerone* á la cabeza, y sin mirar á ninguna parte ocuparon la sillera, no nos cupo duda de que eran ingleses. Además, sólo ellos llevan niños á esos espectáculos medrosos.

Cuando nos reunimos los doce en un silencio absoluto,

sólo contrariado por el rugir del aire en los cristales del templo, apareció una luz verde en el órgano, y luego otra, que dieron nueva arquitectura á las tinieblas de lo alto, pues que el órgano ocupa el fondo superior de la nave principal. Eran dos quinqués con pantalla que iban á alumbrar al músico. Entonces, sin que precediera entonación ni sacadura de registros, es decir, nada profano ni vulgar, desatóse allí arriba en solemne arpegio de trompetas un torbellino de armoniosos acordes, que suspendieron el ánimo y dejaron absorta la fantasía. En aquel momento es cuando asustaba la iglesia.

El órgano había sido ofrecido pocos años antes á la catedral de San Pedro por el Consistorio de Ginebra, para dotar al culto reformado de una maravilla que pudiese competir con los que ostentan otros cultos, singularmente el católico. Pasa por ser el mejor de Suiza, y los órganos de Suiza pasan por ser los mejores de todas partes. Fué construido en Francia, sin embargo, pero ante una comisión de profesores y artistas del país que vigilaron y dirigieron las obras. Tiene cuarenta y seis registros diferentes, desde el píar de los pájaros hasta el rugir del trueno, y sus voces medias, que son siempre las más difíciles de obtener, asombran por la claridad del timbre y la dulzura de la modulación. En esto ha habido algo de fortuna, porque con los órganos sucede lo que con otras muchas obras de la industria moderna. Nunca se ha conocido la mecánica como hoy, nunca mejor la acústica, nunca la aleación y purificación de los metales; y con todo eso, los órganos mejores de la actualidad apenas sostienen parangón con los medianos de la antigua iglesia. Aquellos organeros ignorantes, como los ignorantes campesinos, como los alarifes, escultores y mecánicos de toda especie que hacían iglesias, daban á sus órganos un sabor religioso, tan solemne, tan litúrgico, tan varonil, que ante ellos los de ahora parecen hembras. En los órganos del día se pueden tocar óperas; en los otros no podía tocarse más que el *Tantum ergo*.

Sacaron los ginebrinos á oposición la plaza de organista, con la solemnidad propia de tan grande alhaja, y un hijo del país, que había estudiado con el célebre Lachner de Maguncia, la obtuvo por aclamación, pues era un maestro consumado. Ya hemos dicho que se llamaba Haring, y como su mérito exigía extraordinaria recompensa, y como el culto protestante no es el de toda la ciudad ni el de los extranjeros que la visitan, acordó el Consistorio que pudiesen celebrarse tres veces por semana conciertos de órgano, en horas excusadas, para que á todos les fuese dado admirar el instrumento y el artista.

Esto atenúa un tanto la rara impresión que produce el anuncio de la fiesta religioso-musical á cuatro reales.

Y ciertamente aquello no era fiesta; ni un templo reformado, donde no existe sacramenta ni imágenes, se profanaría gran cosa aun cuando lo fuese. Aquello es un culto al arte, tributado en ocasión oportuna y en el único sitio donde el órgano puede oírse; porque el órgano fuera de la iglesia se desnaturaliza y pierde sus atractivos de resonancia y color sagrado. Haring no profanaba el órgano, sino que lo enos-

decía, y su clásica habilidad no era justa que quedase obscurecida por falta de medios.

Tocó, después de la introducción, que era obra suya y para dar á conocer las dotes del instrumento, los *Kívies* de la gran Misa de Cherubini; uno de los admirables preludios de Sebastián Bach; la escena de la coronación de *El Profeta*, de Meyerbeer; una melodía de Schubert, dedicada al campo, y la gran *Alleluja*, de Handel, bajo cuyo peso armónico parece que se derrumbaba la iglesia.

El órgano es el rey, decimos mal, es el gigante de los instrumentos. Ninguno le alcanza en poderío, ni en volumen, ni en su fiera grandeza. Hasta cuando apiana sus sonidos y se domestica, digámoslo así, por la mano del hombre, es el poderoso que se avasalla sin descender de su rango; todo lo dice, todo lo expresa, pero, sobre todo, canta la gloria.

Nadie puede fingir la moral humana con medios físicos como el órgano; no es la reunión, como dicen algunos, de todos los instrumentos; es un instrumento que reúne la virilidad corpórea que á todos les falta.

El órgano esta noche representaba por completo su papel; cogía el viento de la tempestad, lo encadenaba en sus tubos de plomo, y por medio del alma de un artista que se había inspirado en los traductores de las más bellas armonías de la naturaleza, se apoderaba de todas las almas, pocas ó muchas, allí presentes, y las conducía al conocimiento de la perfección moral de la propia naturaleza, es decir, allí donde no alcanza el aire ineducado y salvaje de la atmósfera.

Singularmente cuando el órgano junta multitud, controversia y explosiones, no tiene rival ni aun en la más numerosa orquesta, sobre todo si la lucha es religiosa, porque la orquesta participa de una terrenalidad que el órgano excusa por completo. En música, además, los efectos seguros son los del contraste, y el contraste no reside en ningún instrumento, ni en la unión de muchos instrumentos, como reside en el órgano. Esta vez, cuando todavía gritaba la multitud en un pasaje y las *contras* ensordecían el templo con su zambido, hacia ya rato que una melodía dulce y angélica se iba destacando por la espalda del órgano, y al cesar éste en sus sonoridades tumultuosas, quedaba ella escueta y libre, como debe quedar el alma después de las tempestades del cuerpo. No queremos aludir siquiera á la ventaja de que el órgano obedece á una sola inspiración, porque temeríamos empequeñecer el asunto; pero en manos de un hombre como aquel, en quien la orquesta entera está subordinada á su inteligencia y gusto artístico, el órgano es una perfección sólo comparable á la máquina que tuviese memoria, entendimiento y voluntad.

Una hora duró la sesión, que se pasó en vuelo; y á las nueve, impelidos por la furia del viento, que amenazaba bajarnos á empujones, descendimos los doce valientes del Monte Negro, mucho más satisfechos y gozosos, sin duda alguna, que lo estarían á la misma hora los cándidos admiradores de *Los Cien Virreyes* ó los exploradores atrevidos del Monte Blanco.

JOSÉ DE CASTRO Y SEBRANO.





EL HOMBRE-ORQUESTA.

ARENKA DE HIPATIA.

(FRAGMENTO DEL POEMA «LA MUERTE DE HIPATIA».)

En vano hoy en mi boca sedienta de justicia
Querrás hallar ¡oh pueblo! la ciencia de Platón:
No es hora al puro goce de la verdad, propicia,
La que en los tiempos suena de espanto y turbación.

Ante el inmenso duelo que de repente apaga
Sobre los labios todos las risas del placer,
Crecida de las sombras, que al universo amarga
Con perdurable noche sin nuevo amanecer:

Cuando en la arcada rota del templo solitario
El árabe camello sesteaba en libertad,

Y olvida por los riscos del áspero Calvario
Las sendas del Olimpo la ciega humanidad,

Doquiera, nuestro oprobio con lágrimas escrito,
Enfrente, de amenazas preñado el porvenir,
No queda otra eloquencia que el indignado grito;
Tan sólo hay un ejemplo que dar: el de morir.

¿No véis? el seno estéril; por fuerzas enemigas,
Del pecho, antes ubérrimo, secado el manantial,
Su frente, coronada de torres y de espigas,
Abate sobre el polvo Cibeles inmortal.

No pueblan ya los dioses la gran naturaleza
De juegos y de amores, de risas y de luz;
Tan sólo sobre el mundo su trágica tristeza
Proyectan, extendidos, los brazos de una cruz.

De los arcadíos montes no huella ya la falda,
Corriendo tras las ninfas el bullicioso Pan,
La hírsuta piel de lince pendiente de su espalda
Y ornados los cabellos de rústico azafrán;

Al aire sacudiendo los firsos cimbradores
Donde ágiles se enroscan culebras del Ladón,
Sus danzas desenvueltas tejiendo sobre flores,
De los ruidosos címbalos al destemplado són,

No corren por las selvas, desnudas, las bacantes,
Del vértigo y del vino tomadas á la par;
Ni al ebrio dios consagran, anullando delirantes,
La ofrenda del harnero sobre el campestre altar;

No se abre en hondo sureo la arena del estadio
Bajo la llanta de oro del carro volador,
Mientras de pie y ansiosos, por el extenso radio
Cien mil espectadoras levantan su clamor.

Ni baten sobre el yunque de sus abruptas fraguas
Dactilos y curetas el duro pedernal,
Ni las hercúlicas hilan debajo de las agnas
Aljófares de espumas en ruelas de coral.

Callado está el oráculo; rendida y sin aliento
Cayó la Pitonisa del tripode á los pies;
El polvo que en los valles arramolina el viento,
Mármol de Partenones y Capitolios es.

¿Que fué de aquellas naves cercadas de prodigios,
Que el ciclago azotando con remos de marfil,

Al són de liras jonias y caramillos frígios
Bogaban hacia el puerto de Delos la gentil?

¿Quién sabe de la ciencia que el velo desgarraba
Del tiempo, ante los ojos del inspirado augur?

¿Dónde hoy, á los mugidos de la hecatombe brava,
Con sangre de las víctimas humea la segur?

Esfinges esculpidas en rocas seculares
Donde encerró el Egipto su enigma colosal,
Granitos erizados en selvas de pilares,
Vegetación disforme del libico arenal;

Proféticas encinas del bosque de Dodona,
A que prestara el viento la voz del frenesi,
Laureles con que Delfos tejiera su corona
Cuando aun al mundo hablaba la inspiración allí;

Adelfas que á la margen creciendo del Iliso
Bordábais sus orillas con desigual festón,
Rebaños que las hojas amargas del citiso
Paciáis á la sombra del verde Citerón;

Abejas que poblásteis las hayas del Himeto,
Cigarras que alegrásteis las cuencas del Tempé,
Montículos de Sínium, laderas del Taigeto,
Vestigios de las artes, reliquias de la fe;

Llorad vuestro abandono. Ya el hombre miserable,
Turbado por ensueños de ascético terror,
En vez de la armoniosa belleza inalterable,
Adora los sangrientos emblemas del dolor;

Y sólo ve en la vida, que cruza peregrino
Trocando sus halagos por hambre y desnudez,
La tienda que una noche levanta en el camino,
Y al despuntar el alba, recogerá otra vez.

¡Oh dioses! De qué modo contrastan los cristianos
Misterios tenebrosos del ágapa común,
Con los gentiles goces, que en días no lejanos
Al mundo deslumbraban con su esplendor aún!

¿Quién ¡ay! como en el friso mármoleo se conserva,
Con la perenne vida que le prestó el cincel,
La angusta ceremonia del culto de Minerva,
No lleva en su recuerdo, grabada dentro de él?

Atenas hierve en fiestas. Aquí, en mareiales danzas
Se cruzan los candillos que á Grecia honraron más,
Al choque estrepitoso de escudos y de lanzas
Que marca de sus giros el bárbaro compás;

Allá, entre las columnas del pórtico severo
Que cercan los umbrosos olivos del jardín,
Al són de los rotundos hexámetros de Homero
Los rapsodas divierten las horas del festín.

Ya un año retiradas del ateniense suelo
A lo alto de la Acrópolis, entre himnos de placer,
Diez vírgenes habían bordado el saero velo

De manos de las Gracias salido al parecer;

Y á miles de cautivos de todas las naciones
Devuelta por tres días la dulce libertad,
Entre armoniosos cantos y aceptas libaciones,
La Pompa lentamente recorre la ciudad.

¡Cuál, llena la falange de gala y gentileza,
Paso abre á los heraldos que van de dos en dos,
Con el beocio casco cubierta la cabeza
Y en alto el caduceo, de la falange en pos.

Tras éstos, encorvando los brazos con arillos
Como asas modeladas en ánfora sutil,
¡Qué hermosas las canéforas, sobre anchos canastillos
Conducen las primicias del opulento Abril;

Y viénis luego, al eco de músicas divinas,
Pasar á las esclavas ceñidas de laurel,
Llevando á la cadera las urnas cristalinas
De cuyos bordes fluye la límpida hidromiel!

Con un rumor confuso que extiéndese y circula,
Creciendo según crece la pública inquietud,
Cual mies que bajo racha de temporal ondula,
Se agita en la carrera, por ver, la multitud:

Es que llegar se mira la nave artificiosa
Montada en ruedas y hecha de sándalo y carey,
En donde izado á un mástil va el péplos que á la diosa
Se ofrecerá con sangre de la inmolada grey.

Detrás, ¡cómo retoza con sus becerros tiernos
El toro, conducido del áspero roncal;
Qué es ver cómo sacude los enramados cuernos,
En torno de la madre balando el recental!

La clámide á los hombros, ceñida la sandalia,
Los grupos de mancebos descúbrense por fin,
De potros que pacieron la hierba de Tesalia,
Como ágiles centauros, asidos á la crin;

Y á modo que las olas al paso del navío
Se apartan contenidas, cerrándose en pos de él,
Así tras el cortejo, las masas del gentío
Se estrechan, se confunden, se agolpan en tropel.

¡Oh Grecia, musa eterna, Sibila de la historia,
Cuyos cabellos, cuerdas de nuestras líras son!
¿Quién puede tu hermosura borrar de la memoria,
Ni al culto de tu nombre cerrar el corazón?

Tus golfos se recortan en frescas ensenadas,
Tus montes ensombrece, pomposo, el abedul,
Las islas te circundan cual perlas desgranadas
De tu collar, ó cisnes en el remanso azul.

Tú diste á todo un alma. Por tí su imperio ejercen
La fiera de los bosques y el águila veloz,
Las ramas como brazos, lascivas, se retuercen,
El eco habla en las grutas del viento con la voz;

En tí las espesuras detrás de cada fronda
Descubren un silvano dormido en el marjal,
Y en tus corrientes aguas es cada móvil onda
El pecho de una ninfa que habita su cristal.

¡Salud, Hélada madre! De Jonia y de Corinto
Besada por los mares que arróllante á la vez,
Tu suelo fué tallado como un inmenso plinto
Donde la forma alza su angusta desnudez.

Tus tiempos ignoraron el mal y la tristeza;
Para tus hijos, ebrios de juventud sin fin,

La vida era un tributo rendido á la belleza,
La muerte un dulce sueño por término á un festín.

Si acaso en tus anales relampaguea el odio,
Ó el crimen comparece de la Justicia al pie,
El arma vengadora con mirto cubre Harmodio,
Y triunfan de las leyes las gracias de Friné.

Entre tus puras manos la línea que ondulante
Sus ricas inflexiones doquiera desplegó,
Fue verbo del granito, fué ritmo palpitante
Del himno que á los cielos la piedra levantó:

En cada huella tuya trazada sobre el barro
El molde de una Venus dejastes al pasar;
Las chispas que encendieron las ruedas de tu carro,
Constelación de estrellas subieron á formar.

¡Cuán otros nuestros tiempos! Hoy triste el alma humana,
La tierra sacudida por interior vaivén,
Anuncian la espantosa catástrofe cercana
Que atónitos los siglos aproximarse ven.

Oíd. En todas partes, cual torrencial diluvio,
Cual témpanos dispersos de despeñado alud,
El Vístula y el Óder, el Elba y el Danubio
Vomitan de cien pueblos extraña multitud.

Por cima de las tumbas que le dilatan soridas,
En medio de las ruinas que abate el huracán,
Resuena el formidable galope de esas hordas
Que un mundo hecho pedazos á disputarse van.

¿Quién son? Nadie lo sabe; del Norte y del Oriente
Secreta voz escuchan que ordenales partir;
El que del mar las olas en la borrasca cuente,
Podrá de sus legiones el número decir.

¿Buscáis donde acamparon? Allá por las alturas
Lo dicen los despojos del animal montés,
¿Queréis seguir su marcha? Mirad esas llanuras
Taladas, esos pueblos hundidos á sus pies.

Allí viene el sicambre de roja cabellera,
El hérulo salvaje de abigarrada faz,
El hunno que á caballo trafica y delibera,
El franco indomeñable y el sármatas voraz.

Y vienen en pos suyo sus hembras desgreñadas
Que ablan las frameas en el altar de Odín,
Y recorriendo el campo después de las jornadas,
Al hmitre y á la hiena disputan el botín.

Y al par viene con ellos, cual prenda de rescato,
Su prole embrutecida por el continuo horror,
Que en el sangriento carro, la noche del combate,
Sobre armas destrozadas, engendran sin amor.

A pie, sobre animales, sirviéndoles de barcos
Los troncos de las selvas que desgajó el destrál,
Rugiendo, mientras pulsán la cuerda de sus arcos,
Las bélicas estrofas de un canto nacional.

Afluyen, inundando las polvorosas sendas,
Y todo á su designio parece obedecer;
Los brutos son sus guías, los árboles sus tiendas,
Su cómplice el espanto que inspiran por doquier.

No hay salvación. Ya Roma, que su grandeza expía
Desde el infame lecho de su áureo lupanar,
Volviendo, amedrentada, del sueño de la orgía,
Les oye ante sus puertas, fatídicos, anllar.

No hay salvación. En breve celebrará el cristiano

Su culto, de esas teas á la siniestra luz,
Y con el hacha misma del opresor germano
Se esculpirá en los templos la vencedora cruz.

Nosotros, ¡ah! nosotros, de nuestra estéril obra
Los esparcidos restos mirando en rededor,
¿En dónde fijaremos la planta sin zozobra?
¿A dónde volveremos los ojos sin horror?

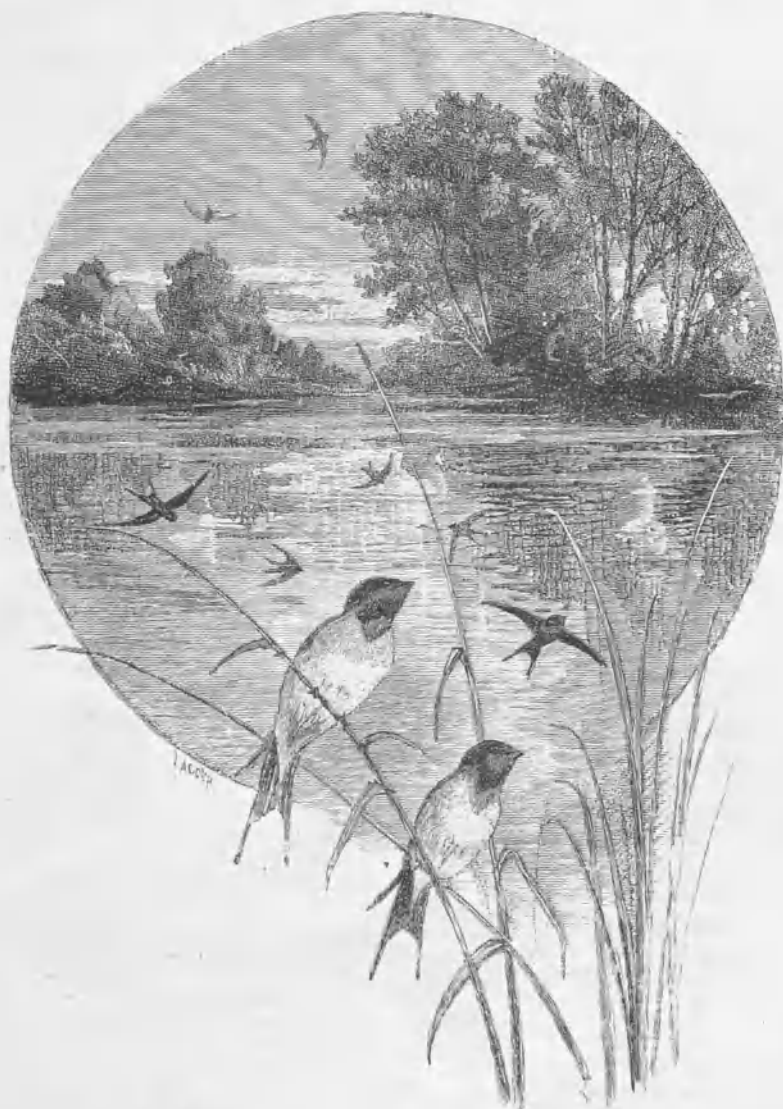
Como el patricio austero que su materna tierra
Por extranjeras manos despedazada ve,
Y á inabundables costas, de grado, se destierra,
Llevándose en el pecho la patria con la fe,

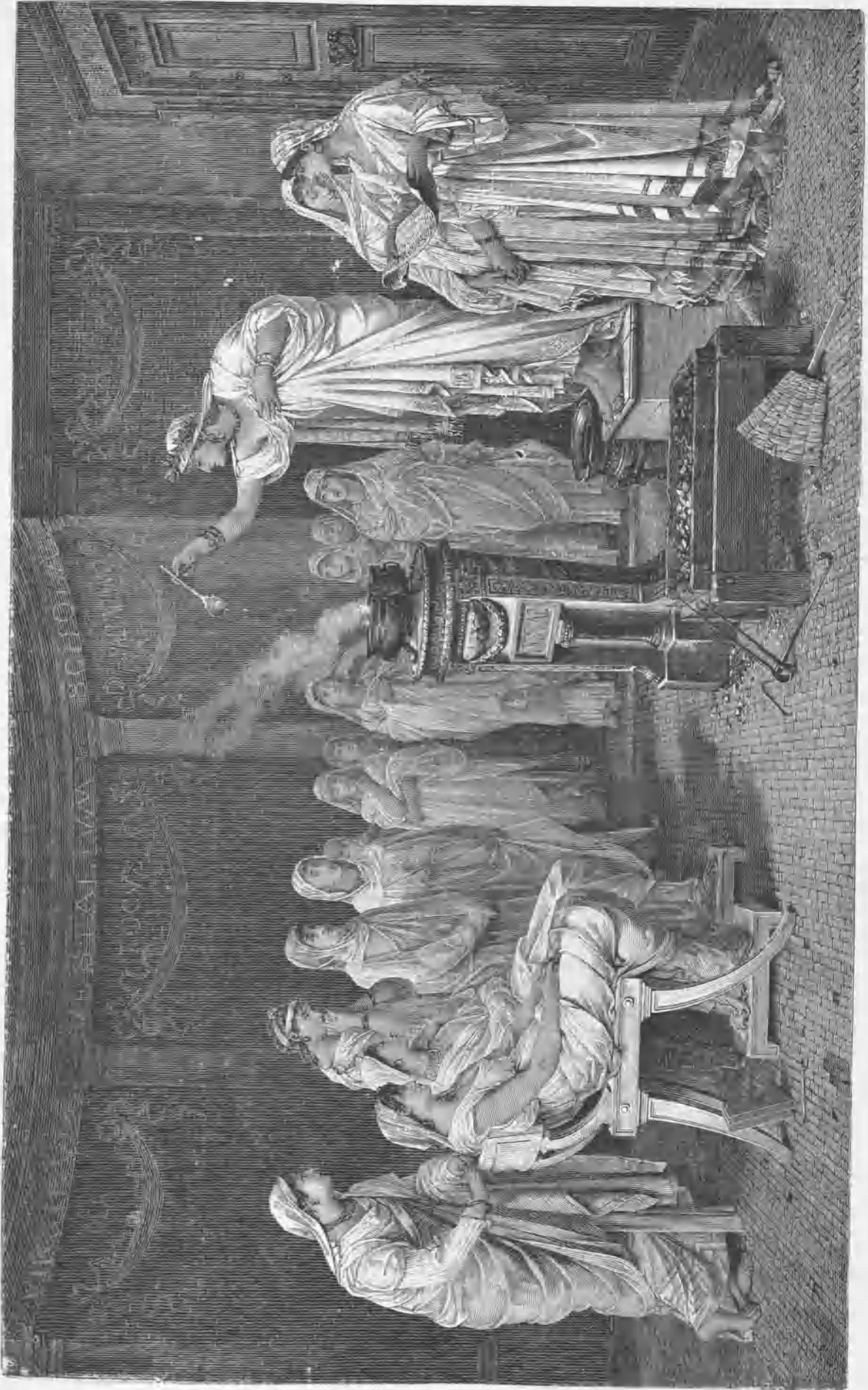
Proscritos de la vida, vencidos de la suerte,
En tanto el cielo nubla la densa oscuridad,
Tranquilos, al encuentro salgamos de la muerte,
Llevando con nosotros el alma de una Edad.

Caigamos, mas no á modo de ejército maltrecho
Que en fuga vergonzosa desbándase al morir;
Caigamos abrazados al mundo que hemos hecho,
En torno á nuestra enseña, de cara al porvenir.
¿Quién sabe! En las tinieblas el misterioso germen
Trabaja soterrado para brotar en flor;
Durante el largo sueño que en el capullo duermen,
A los insectos nacen sus alas de color.

No puede ser que todo disípese ó sucumba
En esta dolorosa transformación social.
El alma de un gran pueblo con él no se derrumba,
Y sepultada viva, para romper su tumba,
Tan sólo espera, acaso, la voz providencial.

EMILIO FERRARI.





LA ESCUELA DE LAS VESTALES.

FÓRMULAS

FOR EL DOCTOR THEBUSSEM.

§ I.

N oficial de marina literato, observador y reparón por añadidura, que hace años me favorece con su amena correspondencia epistolar, consignaba en una de sus últimas misivas lo siguiente:

«Por no leer á la ligera ninguna de las interesantes cartas de Vm., no han pasado inadvertidas para mí las letras que figuran al final de ella.—¿Es casual ó intencionado el cambio que hace Vm. de poner *que le besa la mano* en vez de *que su mano besa*?—Yo supongo que será lo segundo para evitar las dudas á que se presta en español el posesivo *su*, que á veces puede aplicarse á dos personas; y en el caso de que se trata, tanto al amigo que escribe como á la persona á quien se dirige la epístola, lo cual nunca puede acontecer con el giro que Vm. emplea.—Si el cambio ha sido casual, atribuya Vm. mis indicaciones á la idea que tengo de que Vm. nada hace al acaso, y de que en todos sus escritos, hasta en las cosas más sencillas, procura Vm., y en realidad lo logra, ceñirse á las reglas más estrictas de la lógica y de la gramática.»

A tan honrosa y lisonjera observación de mi corresponsal, diré que ciertamente por la ambigüedad del pronombre *suyo*, cuando por apócope se reduce á *su*, no se sabe con firmeza si al escribir en el remate de una carta *que besa su mano*, se estampa el beso en la propia mano del autor (según la usanza del saludo mormo), ó en la de la persona á quien la misiva se dirige.

Las últimas ediciones de la Gramática y Diccionario de la Academia sancionan el uso general de las cartas de nuestros días, advirtiendo que las mayúsculas ó minúsculas Q. B. S. M. ó q. b. s. m. significan *que besa su mano*; y aun cuando ni uno ni otro libro apuntan *que su mano besa*, claro es que trocadas las letras es fácil comprender la abreviatura sin necesidad de más explicaciones.

Harto sabido es el caso del deudor que no pagaba por *cuñas razones*, de las cuales la primera se reducía á no tener dinero... «Pues no diga V. más, replicó el acreedor, que con ésa basta.»

Partidario yo del principio de autoridad cuando la autoridad es respetable, diré que la primera razón que tengo, y con ella basta, para usar la frase *que le besa su mano*, es la de que la usaba mi sabio maestro el eminente D. Juan Eugenio Hartzenbusch,

Y cuando Hartzenbusch lo dijo,
Estudiado lo tendría.

Citemos, sin embargo, algunos textos para confirmar que

debe escribirse *la mano* y no *su mano*, en el caso de que tratamos.

Previenen las leyes de Partida que sepultado que sea el Rey, deben los principales personajes del reino venir al Rey nuevo besándole el pie ó *la mano*, en conocimiento de señorio...; que un ome se puede hacer vasallo de otro otorgándose por vasallo ó *besándole la mano*...; y que al Rey, tanto los ricos-omes como los otros de su señorio son tenudos *de le besar la mano*.

Cervantes dice: «Viendo, pues, ya acabada la pendencia, y que su amo volvía á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiese, se hincó de rodillas delante dél y asiéndole de *la mano se la besó*...»

«Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez *la mano* y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante...»

«Dió los escudos Sancho, unció el carretero y besó *las manos* el leonero á Don Quijote por la merced recibida...»

En el final de la carta que dirigió Teresa Panza á la Duquesa, se consigna que «Sancho mi hija y mi hijo besan á vuestra merced *las manos*.»

Hublando Cervantes por su propia boca y no por la de los personajes de sus obras, dice en las dedicatorias de *Galatea* y segunda parte de *Don Quijote*: «besa *la mano* de V. S... y venga V. E. con la salud que es deseado, que ya estará Persiles para besarle *las manos* y yo los pies como criado que soy de V. Excelencia.»

Explica el Diccionario que la frase *besar la mano* se usa de palabra ó por escrito en señal de urbanidad, y que *besalamano* es esquila con la abreviatura B. L. M., que se reduce en tercera persona y que no lleva firma. Si el pronombre *su* fuese admisible, tendríamos *besasumanos* al mismo tiempo que *besadamanos*, y no nos extrañaría leer que el *Ministro de Hacienda besa su mano al Sr. D. Fulano de Tal*, etc., ni tampoco que al saludarnos algún sujeto empezara diciendo *beso á Vm. su mano*, en vez de *beso á Vm. la mano*, según aconsejan el buen uso y los hablistas.

Textos de gran autoridad para estas cuestiones juzgo los *Formularios de cartas*, libros á mi parecer de gran importancia, y dignos de estudio por revelar más y mejor que otros las costumbres de nuestros antepasados. Desde el siglo xv en adelante hallamos al final de las cartas mensajeras estas cortesías:

Las manos de vuestra señoría besa;

Las manos de vuestra señoría beso;

Besa las manos á vuestra señoría;

Beso las manos á vuestra señoría, etc., etc.

Distinguen y señalan los autores del siglo xvi la gran diferencia que había en usar de una ú otra locución, y cuál se consideraba de mayor ó menor respeto, por ser (añaden) *tan*

delicado esto de los cortesías, que aunque se diga una misma cosa, con sólo ponerlo detrás ó delante hace gran diferencia y es notado el que lo hace. Ponen ejemplos para aclarar su doctrina, y manifiestan que

Las manos de vuestra señoría *besa*, es más que las manos de vuestra señoría *beso*;

Las manos de vuestra señoría *beso*, es más que *beso* las manos á vuestra señoría;

Besa las manos á vuestra señoría, es más que las manos de vuestra señoría *beso*, etc., etc.

Y sigue por este orden llenando páginas el buen Gaspar de Texeda, y haciendo unas distinciones (teológicas que digamos) de cortesías, que á nuestros oídos casi se confunden y quebran de puro sutiles.

Una pragmática de 1586 abolió las epistolares, previniendo que comenzase la carta ó papel por la razón ó por el negocio, sin poner debajo de la H cruz en lo alto, ni al principio del renglón, ningún título, ni cifra, ni letra, y acabar la carta diciendo *Dios guarde á V. S.*, ó á *Vm.*, ó *Dios os guarde*. Y luego la data del lugar y del tiempo, y tras ella la firma, sin que preceda ninguna cortesía. Lo ordenado en esta disposición, que subsiste hoy en la correspondencia de oficio, debió dar origen á la frase *de la cruz á la fecha*, para significar desde el principio hasta el fin de alguna cosa.

En el siglo XVIII resucitó el besar la mano, diciéndose *besa la mano de Vm.*; y en el XIX nació y hoy subsiste la fórmula *que besa su mano*, á la cual hallamos preferible la de *que le besa la mano*, por las razones que se dejan manifestadas.

Y por cierto que no he podido salir de la duda que tengo hace años, reducida á saber en qué se funda la costumbre de que ahora *la mano* se bese generalmente en singular y *los pies* siempre en plural. Sirva de autoridad y ejemplo que cuando Sancho Panza escuchó la relación de la vida del caballero del Verde Gabán, dice la historia que con devoto corazón y casi lágrimas le besó *los pies* una y muchas veces; y que al recibir nuestro famoso escudero el gobierno de la insula que le mandaba el Duque, le ordenó Don Quijote que se hincase de rodillas y besase *los pies* á su excelencia por la merced que le había hecho. Causaría extrañeza leer al final de carta dirigida á una señora la frase de *le besa el pie* en vez de *los pies*, que es la apuntada en el Diccionario y la que, de palabra ó por escrito, se usa hablando con personas reales, por respeto y sumisión, y con damas, por cortesía y rendimiento. Y es raro, por consecuencia, que no se usen ni se mencionen en el léxico *besalospies* para dirigirse á las señoras, como se usan *besalamanos* para escribir á los caballeros. Deberían existir papeles para cada sexo, ya que son diversas las fórmulas que se emplean con las damas y con los galanes.

Convendría asimismo que se discutiese y aclarase, por ser de gran importancia, el punto que ni proponer á mi excelente amigo Castro y Serrano, quien sostiene, y á mi ver con mucha razón, lo absurdo de la frase con que las mujeres contestan al saludo de.... Señora!, á los pies de Vm., diciendo.... Caballero!, beso á Vm. la mano.

¿Dónde se ha visto, leído ó oído, dice Castro, que las damas españolas besasen en público y como señal de cortesía la mano de los hombres?—Creo que fuera sencillo demostrar

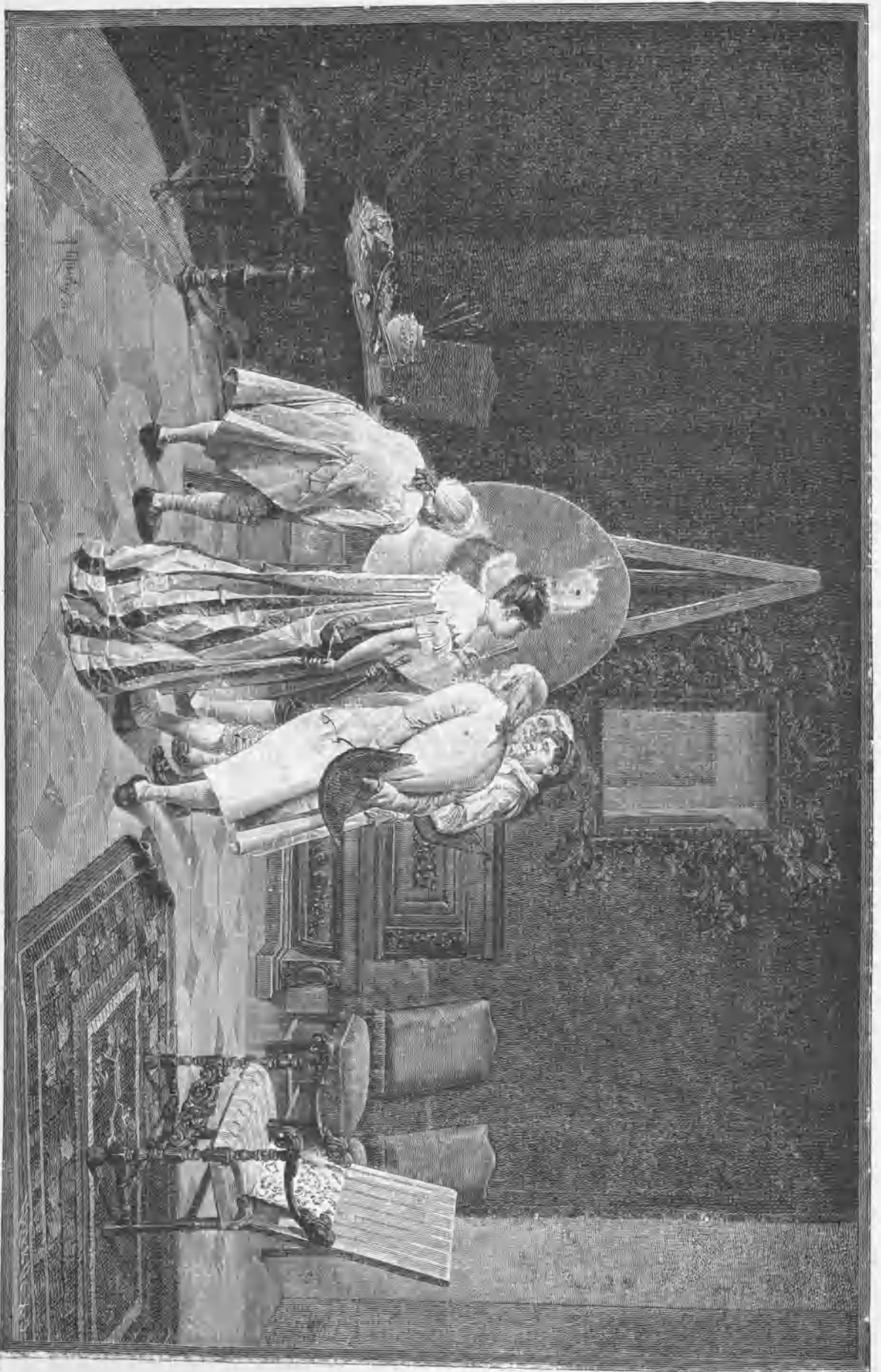
con pinturas, historias, novelas y comedias de los siglos XVI, XVII y XVIII, que los caballeros son los que han besado las manos á las señoras.—Al decir el galán á los pies de Vm., la dama, correspondiendo á semejante señal de cortesía y rendimiento, debe contestar con otra frase que dé á entender:—(muchas gracias);—uno se humille Vm. tanto;—uno baje Vm. hasta los pies;—caballero, beso Vm. la mano.—Vemos, pues, que la variante ó trueque de una sola letra ha dado origen á la frase absurda de nuestros tiempos, según la cual se toma el rábano por las hojas y se manifiesta lo contrario de lo que se intenta explicar. Y si es lícito tener al Quijote por bíblia de las costumbres españolas, diremos que Sancho suplicó á Dorothea le diese *las manos para besárselas* en señal de que la recibía por su reina y señora....; que Don Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante y con gentil denuedo fué á *besar las manos* á la Duquesa...., y que cuando el hidalgo hablaba con la semidoncella por el agujero del pajar, le dijo: tomad esa mano.... *no os la doy para que la beséis*, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos y la anchura y espaciosidad de sus venas. Por descabellado juzgaríamos que el Manchego, modelo de caballeros, se dejase besar la mano por las señoras; y no menos que algún galán de Lope ó Calderón admitiese tal prueba de amor ó cortesía por parte de una dama. Si posible fuera tomar declaración á las de nuestros tiempos, seguro estoy de que pocas habrán besado realmente manos varoniles, y muchas las que, á semejanza de Luscinda, habrán permitido que algún Cardenio tome una de sus blancas y bellas manos para llegársela á la boca (casi por fuerza, se entiende), caso que explicó un poeta moderno, diciendo que

El amante logra así
Dos manos de blanca tez,
Y tras corto restar,
Se las deja ella aprimir....
Oprimiéndote á su vez.

§ II.

Queda indicado el gran valor de los *Formularios de cartas* para el estudio de las antiguas costumbres. Consagraremos algunos renglones á semejante materia, por ser indispensables para tratar del *Muy Señor mío*, disparatado ingreso de nuestras cartas, ya que antes nos ocupamos del *que besa su mano*, disparatado final y remate de las mismas.

Desde el siglo XVI al XIX tenemos el *Art y stil ya scriure á totes pones*, de Tomás Perpenya; los formularios de Gaspar Texeda, tan raros como curiosos; el de Juan de Tejar; las *Cartas familiares*, de Diego Martínez, de Juan Vicente y de Paulo Manzanares; el *Secretario de Señores*, de Pérez del Barrio; el *Estilo de cartas*, de Jerónimo Zaldivar, dedicado al cabildo de la iglesia metropolitana de Zaragoza; el *Secretario español*, por Sobrino; la *Práctica de Secretarios*, por D. Gaspar de Expeleta, caballero de la orden de Santiago; el *Nuevo estilo de misivas*, por Begus; el *Arte de cartas*, por D. Manuel Thesauro; el *Epítome de la elocuencia*, escrito en verso por Artiga; el *Secretario de Comerciantes*, por Iturburu; el *Arte epistolar*, por Melchor Sas; la *Retórica*, del presbítero Marques Espejo; el *Novísimo Manual*, de Saura; el *Correo*



ESTUDIO DE PINTOR.—(Cuadro de A. Ghisetti.)

de amor, de Argimiro Blay; el *Ramilleto de los amantes*, por Constanzo.... y otros ciento, sin contar los latinos de Verre-pai, Palmireno, Erasmo, Apollonio, etc., ni los muchos y curiosos formularios manuscritos que tanto abundan en diversas bibliotecas públicas y privadas. Si tales libros merecieran la honra de ser llamados á concurso bibliográfico por algún centro literario, quizá no faltasen plumas autorizadas y discretas que nos reseñasen su historia en Europa, describiendo al por menor los tratados españoles, con sus dedicatorias á príncipes y magnates; sus censuras y aprobaciones por un Lope de Vega y otros preclaros ingenios, y sus versos laudatorios de Espinel y de Cervantes, en demostración de que en ciertas épocas eran necesarios á todas las clases sociales, según advertía el poeta Juan de Tapia al consignar á mediados del siglo XVI en el *Estilo de cartas*, de fejar, dirigido nada menos que al Ilustre Señor Ruy Gómez de Silva, que

El rosillo y el galán
Que son torpes en decir,
Y los que no lo saben,
Con pocas cartas podrán
Tener arte de escribir;
Que harán después de vistas
Todos muy aprovechados.
Palabras y Jorjetas,
Los mercederos artífices
Y diferentes estados.

Si las repetidas ediciones de los actuales formularios son para uso exclusivo del vulgo, y no sirven ni se hallan, por consiguiente, en las secretarías de reyes, príncipes y obispos, en los siglos pasados no sucedía lo mismo. La aceptación y reimpresiones de las *Cartas mensajeras*, del ya citado Gaspar de Texeda, dedicadas por los años de 1547 á 1552 al nuncio don Juan Poggio, obispo de Tropea, al licenciado Galarza, del Consejo de S. M., y al Duque de Prías, condestable de Castilla, justifican la importancia que tuvo dicho libro por aquellas calendas.

Dice allí que el secretario debe ser sabio, fiel y experimentado, y tener el estilo grave y amoroso para poner gusto donde fuere menester....; que las cartas han de llevar algún zumo, porque las secas no se reciben ni obedecen de buena gana....; que aquel á quien se escribe amorosamente, hace con voluntad lo que hace el caballo por las espuelas....; que en una carta, más que en otra ninguna demostración, vemos el retrato de lo que alcanza el que la escribe...., y que quisiera el autor del libro tener la lengua y la pluma de fuego, para quemar el mayor vicio que se puede cometer en el arte del bien escribir. El vicio consiste en poner *el, te, hago, vea y su*, cada cosa de estas sin ninguna *merced*, aunque se le deba á quien se escribe; ó sea que en lugar de decir *ahaga Vm.* lo que le parecieren dicen *ahaga el* lo que le parecieren; en vez de *afidano* hijo de Vm.,—*afidano su hijo*, etc., cosas todas que no tienen otro nombre sino una gentil discreción de mala crianza y uso de palabras eufemias y afeminadas.

Numerosas páginas consagra Texeda á los títulos, cortesías y *sobre-escritos*, porque *esto del sobre-escribir arribadamente* (dice) *es menester mirar en ello por ser cosa muy notada*; así como previene, con respecto á las cortesías, que *algunos son mal criados por usar demasiadas, como otros lo son por quitar la que se debe*. Pone la lista de tratamientos para todas las categorías sociales, empezando por

Su Santidad y siguiendo por diversos reyes, príncipes, infantes, grandes, cardenales, arzobispos, obispos, señores, caballeros, ciudades, priores, guardianes, cabildos, monjes, canónigos y religiosos, hasta terminar con los ciudadanos, mercaderes, escribanos y notarios, ó *particulares que sean menos que éstos*.

Con respecto á las mujeres avisa que tienen otra ley en el escribir; y es la de cercenar títulos y cortesías, y ser éstas amorosas. De las viudas en Castilla dice que después de firmar la carta ponen una raya de tinta por su nombre, borrándolo como señal de soledad y tristeza.

Manifiesta que *vos* es el tratamiento más inferior; que después sigue el impersonal, y luego *vuestra merced*; que *excelentísimo* es más que *muy excelente*, ó *ilustrísimo* más que *muy ilustre*. Además de estos y otros altos tratamientos, según los dictados de la persona, existían para el uso general, que digamos, los de *inclito, circunspecto, reverendo, es-pectable, erívio, egregio, noble, magnífico, prudente, virtuoso*, etc.

Fácil es comprender que el mayor número de las cartas empezaba con el superlativo, escribiéndose, v. gr.:

Muy noble señor;

Muy reverendo señor;

Muy magnífico señor, etc.

Aquí se ve que el *muy* se ponía en el lugar conveniente para demostrar el grado sumo de la significación del adjetivo. Pero eran tales las dificultades de aplicar á cada persona el que su vanidad le dictaba, y de tener en la uña la minuciosa escala gradual de Texeda, que así como hoy fuera motivo de queja escribir *Don* en vez de *Señor Don* al que no tiene tal tratamiento de *señoría*, entonces también se enojaba de ser calificado, v. gr. de — «prudente»—el que se creía *noble*, ó de —«circunspecto»—el que se juzgaba *inclito*. Por eso sin duda manifestó Cristóbal de Castillejo que

Por afrenta y disfavor
Ya se tiene y se recibe,
Si áno á otro acuso escribe
Muy virtuoso señor.

Para cortar por lo sano, comenzó á fines del siglo XVII la costumbre de abandonar el peliagudo calificativo, empezando las misivas con las voces de *Señor mío* á secas, en las cuales existe rigurosa concordancia gramatical. Llegan los últimos años del XVIII, y entonces nace la peregrina locución de *Muy señor mío* (producto híbrido del *Muy noble* ó *virtuoso señor* y del *Señor mío*), que el uso repetido y constante ha llegado á convertir en eufónica para nuestros oídos.

La Gramática (1880) dice que en la mencionada frase el *muy* modifica al *señor*. Así será; pero entendiéndose que la tal modificación pretende elevar y engrandecer, que no deprimir al *señorio*. Y como el término de cortesía *señor* es sustantivo masculino de los que no admiten para el caso que nos ocupa aumento ni disminución, resulta que *muy señor mío* viene á ser como si dijéramos — *muy brigadier mío*— *muy abogado mío*—ó *muy canónigo mío*.—Si *muy señor* indicase más respeto y consideración que *señor* sólo, tengo por cierto que á los reyes se les diría *muy señor*, y que en el Credo, Ave María, Salve, Confesión y Artículos de la Fe se hubiera puesto—creo en Jesucristo, su único hijo, nuestro

muy señor.....; llena eres de gracia, el *muy señor* es contigo.....; ea, pues, *muy señora* abogada nuestra.....; para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro *muy señor.....*; que roguéis por mí á Dios nuestro *muy señor.....*; creo que nuestro *muy señor* Jesucristo nació de Santa María Virgen....., y por último, empezariamos el acto de contrición exclamando: *Muy señor mío* Jesucristo, Dios y hombre verdadero.....

Repito, pues, que la causa y origen del *muy señor mío* nos la dan los citados formularios de cartas. Súplase el adjetivo magnífico, noble, virtuoso, ilustre á otro de ellos, y resultará claro y gramatical que se ha querido decir—*muy ilustre—ó—muy virtuoso—ó—muy noble—ó—muy magnífico señor mío*.

Para confirmar el aserto de que la redacción de las misivas revela algo de las ideas y estado social de cada época, copiaré algunas muestras de los formularios correspondientes al primer tercio del siglo XVIII.

Dicen así:

UNA SEÑORA SE QUEJA DEL PRESIDENTE DE LA SALA POR LA PRISIÓN DE UN CRIADO.



Señor mío: esta mañana he echado de menos en mi asistencia á Don N., paje mío, y al preguntar el motivo de faltar de ella, me han respondido que la ronda que anoche iba mandando el Alcalde Don N. le llevó preso á la cárcel, sin más motivo (enfádame el decirlo) que de haberle encontrado á deshora paseando las calles, con aquella alentada libertad que suele disimularse á hombres mozos, cuando no la mezclan con perjudiciales é indecentes travasuras. Yo creyera que sólo el nombre de criado mío podría ser bastante para indultarle de la prisión; pero sin duda debo persuadirme de que ignorantes y poco advertidos los ministros, se olvidaron de esta obligación. V. S. me haga el gusto de mandar ponerle luego en libertad, y advertir para otra vez que por motivos tan menores no se ha de avergonzar con el público de una cárcel á quien viste mi librea, pues me bastará el menor aviso de sus inquietudes para que yo las castigue con más severidades.—Guarde Dios, etc.

RESPUESTA.



Excma. señora:

Señora: Hasta ahora que leo el nombre de V. E. en el papel con que se es servida honrarme, no había oído en el preso que la ronda hizo anoche el de criado de V. E., ni puedo persuadirme á que lo supiese el Alcalde Don N., porque tiene muy bien aprendidas las obligaciones de atento; y aunque por nuestra ignorancia no merecíamos toda la mortificación con que V. E. viste las expresiones de su orden, la venero como es justo y obedezco como debo, enviándole á V. E. con libertad á Don N., bastándole la sola prerrogativa

de criado de V. E. (con cuyo título todos nos honramos), para que yo cese en el intento de la averiguación del por qué á hora tan irregular andaba buscando los peligros en la soledad de las calles.—Guarde Dios á V. E., etc.

CARTA DE PASQUAS, CON TRATAMIENTO DE SEÑORÍA.



Señor mío: En este festivo tiempo de Pasquas, llego á ofrecérmelo gustoso al servicio de V. S., más por deuda forzosa de mi obligación, que cumplimiento molesto del común estilo, y lográndolas V. S. con todo el lleno de gozo que le previene mi buen afecto, de lo yo asegurármelas muy dichosas, mayormente mereciendo mi obediencia que la libre V. S. de la ociosidad en que la tiene, con repetidos empleos de su mayor agrado y satisfacción, cuya vida guarde nuestro Señor los muchos años que deseo.—Zaragoza y Diciembre á 13 de 1721.—B. L. M. de V. S., su más cierto y seguro servidor, D. N.—Señor Don N.

RESPUESTA, CON TRATAMIENTO DE MERCED.



Señor mío: Recibo la de Vm. de 13 de éste, en que continuándome sus favores, se sirve anunciarme las Pasquas del Nacimiento de nuestro Señor; y admitiendo mi estimación su atenta y grata memoria de Vm., estaré igualmente gozoso de que la Divina Clemencia se las comunique á Vm. con el lleno de las mayores felicidades, y que no se olvide Vm. de mandarme con repetidos empleos de su agrado y satisfacción, cuya vida guarde Dios los muchos años que deseo. Madrid y Diciembre á 22 de 1721.—B. L. M. de Vm., su más afecto servidor, D. N.—Señor Don N.

Hoy nos sorprende y admira la redacción de semejantes cartas, por su olor á espadín y peluca. Entre los papeles de amantes, *materia peligrosa* al decir del M. R. P. Presentado Fray Joseph Pinedo, censor del libro, se hallan los que copio:

SEGUNDO PAPEL QUE ESCRIBE EN GALÁN Á UNA SEÑORA, QUE BIEN QUERE, DÁNDOLA Á ENTENDER POR ÉL SU AFICIÓN.

Señora: Segunda vez vuelvo á tomar la pluma entre medroso y confuso, dudando si en cuenta de lo rendido se me perdonará lo osado; mi delito consiste en querer á Vmd.; y si éste lo es, confíesole y como reo me expongo al castigo de las iras de Vmd., que siendo tuyas las tendré por dulces, con propósito no de enmendarme, y si de continuar la empresa hasta tanto que merezca saber si Vmd. me hará dichoso dándome permiso para que en la hoguera de mi ardor arda continuamente la memoria de Vmd., de quien espero se ha de dar por servida de mi fina voluntad, si no para corresponderla como agradecida, compadeciéndose lastimada. Guarde Dios á Vmd. más que á mí, etc.



«EN LA FUENTE.»—(Cuadro de Schlefinger.)

RESPUESTA DE LA DAMA, ADMITIENDO.

Señor mío: Sus corteses expresiones de Vmd. disculpan el atrevimiento, aunque debe Vmd. advertir que las mujeres de mis obligaciones deben, por razón de estado, hacer gala de altivas sin incurrir en la nota de ingratas, asegurándole á Vmd. que el continuo paseo de mi calle y mirar mis ventanas ha puesto mi desvelo en reparo, noticiándole por otra que aunque no esté en posesión de admitido, no desagrada con lo que sirve. Dios guarde á Vmd. muchos años, etc.

RESPUESTA DE LA DAMA, EXTRAÑANDO LA DECLARACIÓN DEL GALÁN.

Señor mío: El más propio y severo castigo para su atrevido y licencioso papel de Vm., era el dejarle yo sin respuesta; pero para no darle lugar á que me ofenda ni aun con la duda de pensar si el callar podría ser parte de conceder, he tomado la pluma (sin reparar en que es gastar el papel en lo menos digno) para hacerle ver á Vm. el desengaño y la novedad que me ha hecho el que la mal pensada proposición de Vm. haya podido haber, ni aun como ente de razón, en su pensamiento. Guarde Dios, etc.

PAPEL DE UNA DAMA Á UN GALÁN CORARDE.

Afición es solamente la que me obliga á escribirlos. Así no amor, que no estoy tan ciega. Si queréis ser venturoso, no seáis cobarde; que yo que intento ser entendida, os doy de esta suerte la mano para levantarme. No perdáis la ocasión, pues en ella consiste vuestra ventura. *Quien pretende ser vuestra igual.*

Creo que á las damas y galanes de nuestros tiempos les produciría desamor la lectura de semejantes papeles, que hablan de sospechar hijos de pluma burlona y maleante ó de gente falta de razón y de juicio.

En la actualidad se reaprimen y tienen gran despacho las fórmulas de cartas redactadas á la moderna, que el vulgo alto y bajo usa como norte y guía para sus escritos. El formulario viene á ser el ropaje de la idea, y nada más cómodo que hallar un vestido á la moda ya listo y arreglado. La sociedad se halla bajo la presión de una atmósfera de formularios, de la cual le es imposible separarse. Á formularios se sujetan las ceremonias, oraciones y certificados de la Iglesia en bautismos, matrimonios y entierros. Copia de la fórmula usada en los antiguos tiempos son las cartas llamadas *de ruego y encargo* que en nuestros días dirigen los Reyes de España á los *Reverendos en Cristo Padres Arzobispos y Obispos* en ciertas y determinadas ocasiones. Á fórmulas se arreglan las misivas que unos á otros se escriben los soberanos. Con fórmula se redactaban los antiguos privilegios rodados, cartas plomadas, cédulas, albales y pragmáticas, lo mismo que hoy se extienden las leyes, decretos y reales órdenes. Las bulas de carne, de cruzada y de difuntos, y los títulos y diplomas de cargos civiles y militares, cruces y honores, se copian de formulario. Los pleitos, sentencias, escrituras y otros productos de gollillas y curiales, modelos en su mayor número de la ninerva más ridícula, mazorral y grotesca que puede exhibir el habla castellana, nacen de

plantillas y formularios. De fórmula son muchos discursos del parlamento, muchos artículos de fondo y muchas reseñas de bodas, saraos, bailes, fiestas y banquetes, que imprimen los periódicos. Las participaciones de casamiento y defunción; los carteles de toros, teatros y novenas; los billetes de lotería ó de banco; las letras, recibos, pagarés y otros infinitos documentos, obedecen también á fórmulas ciertas, fijas y determinadas.

Y hasta las Academias científicas ó literarias, que representan el *non plus ultra* del saber humano, toleran, admiten, usan y sancionan la aplicación de un formulario que convierte al individuo en juez de su propia causa. Y el pobre electo todo conmovido, y vergonzoso, y turulado, y abochornado, según nos explica, al verse tan sin merecerlo en aquel augustó recinto, se cubre un poco con la garnacha de la modestia y declara paladinamente su insuficiencia, rudo ingenio, pobreza de fama, exiguo valer, propia pequeñez, cortos trabajos, escasos merecimientos, falta de ciencia, humildad de doctrina, y otras mil lindezas por el estilo, que parecen indicar á la corporación que anduvo desafortunada y torpe en elegir, ó que abre para el ingreso las puertas de la misericordia y no las de la justicia.

Aplauso y loa merecen aquellos sabios y literatos (pocos en verdad) que en semejante ocasión no han levantado la bandera de la modestia ni se han acogido á la sombra del formulario. Y vitores merece también el insigne poeta dramático que en el prólogo de su discurso de recepción espetó á la Academia Española las siguientes palabras: «Comprendo que deberán hallarse fatigados ya vuestros oídos de escuchar el poco variable tema con que los académicos electos se esfuerzan en obscurer sus propios merecimientos, impulsados por el laudable propósito, sin duda, de que brille en toda su plenitud la benevolencia del voto con que los habéis favorecido, y conozco lo mucho que de estéril tiene una fórmula tan admitida como exhausta de originalidad...» (1).

Bien sé que el autor de estos renglones no tuvo la intención que he querido atribuirle; pero, en fin, si semejante indirecta hubiese anulado la costumbre académica, claro es que en el discurso de contestación no leeríamos (porque muerto el perro, acabada la rabia) lo de que en el brillante, luminoso, bello, filosófico, útil ó elocente discurso *que acaba de oír*, se contiene la prueba del mérito del nuevo compañero, cuyo ingreso es motivo de júbilo para la corporación. Existen, pues, dos fórmulas recíprocas á las cuales, si no podemos aplicar el igualmente ciertas de los matemáticos, no se les negarán dotes de finura, educación y buena crianza. ¡Que vivan mil años para bien de las letras y galardón de la modestia!

§ III.

Creo que el resumen de cuanto queda manifestado se halla en los rolularios siguientes:

(1) La persona que dudase si este párrafo es ó no de D. Tomás Rodríguez Rubio, puede consultar el tomo II, página 417, de la obra intitulada *Discursos leídos en las recepciones públicas que ha celebrado desde 1847 la Real Academia Española. Madrid, Imprenta Nacional, 1860.*—En este libro se falta á la buena costumbre de apuntar el día, mes y año en que se leyó cada discurso, novedad que hallamos indigna de imitación y de aplauso.

PRIMERO. Que conviene conservar las fórmulas, por mentirosas que sean, pues sabiéndose de antemano que carecen de verdad, nadie puede llamarse á engaño con lo que ellas digan.

SEGUNDO. Que la mentira puede y debe expresarse sin faltar á las leyes de la gramática y del bien decir, según prueban, entre otras, las fórmulas usadas en los discursos de recepciones académicas.

TERCERO. Que en tal supuesto parecen más correctas las frases de *Señor mío*, *Querido señor*, *Muy querido señor*, ú otra equivalente á las usadas hoy en varias naciones de Europa, que la española de *Muy señor mío*, la cual casi (y sin casi) puede calificarse de ridícula, porque según el Diccionario significa ó es igual á... *Señorón mío*.

CUARTO. Que las damas nada arriesgaban en trocar el engaño del—*beso á Vm. la mano*—con la falsedad de *bese Vm. la mano*, por ser ésta más lógica y galante, y hallarse fundada en las antiguas costumbres españolas.

QUINTO. Que juzgamos preferible, por lo claro y clásico,

escribir al final de las cartas mensajeras *que le besa la mano*, en vez de *que besa su mano*.

SEXTO. Que es tan corta la substancia del presente artículo, y tan fútiles, insignificantes y de escaso interés los temas que en él se apuntan, que bien pudiera ofrecerse un premio de diez mil pesetas á quien presentase otro más baladí, más trivial y peor hilado.

Y como unos lectores tendrán esto último por mera fórmula académica, y otros por expresión de la verdad, me conviene decir, con el célebre mono adivino de Maese Pedro, *que parte de las cosas son falsas y parte verisímiles*, y *que si quieren saber más, el viernes venidero responderá á todo lo que se le preguntare, pues por ahora se le ha acabado la virtud* al

DOCTOR THEBUSSEM,

Cartero honorario de España y de sus Indias.

Huerta de Cigarra (Medina Sidonia) y Julio á 27 de 1886 años.





EL ACTOR D. JOAQUIN ARJONA.

«LA ESCALA DE LA VIDA.»
«UN AVARO.»

«LA ALDEA DE SAN LORENZO.»
«UN AGENTE DE POLICIA.»

«LOS LAZOS DE LA FAMILIA.»
«EL TIO TABARRERA.»

EL INSIGNE ACTOR ESPAÑOL JOAQUÍN ARJONA.

DESDE que en el siglo XVII dijo Boileau que *la crítica es fácil y el arte difícil* (y á fuer de preceptista y de crítico debía saberlo, máxime siendo también elegante cultivador de la poesía) han repetido ese aforismo cien y cien veces, sin que hasta ahora se haya tomado nadie, que yo sepa, el trabajo de comprobar su completa exactitud. Dicho sea con perdón de aquel aselado maestro considerado largo tiempo como un oráculo y mirado actualmente con injusto desdén, de los dos términos de su antedicha proposición sólo el segundo me parece incontestable. Pero no proponiéndome dilucidar hoy este punto ni enumerar aquí las dificultades de la crítica, tan grandes, á mi juicio, como las del arte, aunque de naturaleza muy diferente, habré de concretarme á reconocer que en efecto el arte es difícil, sean cualesquiera el objeto á que se dirija y los medios que emplee para hablar al alma.

Dando por sentado que realizar obras de arte es ardua cosa, en lo cual no hay divergencia de pareceres, cumple á mí actual propósito añadir que en el ancho círculo de las manifestaciones artísticas hay unas más difíciles que otras, que acaso ninguna excede en dificultades á la representación teatral, como encargada de mostrar la realidad de la vida en apariencia que ilusione y cause interés, poniendo en relieve á los ojos del espectador, con tinte poético, pero esencialmente verdadero, y á veces en todo su desarrollo, pasiones y caracteres humanos.

Si se atiende bien á los peculiares medios de expresión de las distintas bellas artes, y muy en particular á los que son ineludible instrumento de las figurativas ó plásticas, nadie juzgará exagerado este parecer. Lo mismo el pintor que el escultor cuyas obras de mérito viven y se perpetúan (teniendo además la ventaja de poder ser quitadas exactamente en todas partes y en todas épocas), aunque la llama del genio los ilumine y posean las facultades imaginativa y sensitiva más extraordinarias y vigorosas, no les será dado representar en ninguna de sus creaciones donde figure como principal elemento el ser humano sino un momento de la vida. En cambio el actor encargado de interpretar cualquier personaje importante del poema escénico ha menester representarlo en muchos momentos, y hasta en los varios acedentes de una vida entera, no sólo manteniendo sin alteración la unidad é identidad del carácter que lo determine, sino modificándola según los casos en armonía con los efectos que le muevan ó con las diversas circunstancias en que se encuentre durante el curso de la acción. Esta variedad de matices y de pormenores adecuados á la índole de cada cual de las situaciones por que el interlocutor vaya pasando, no menos indispensable que la unidad fundamental

del carácter que haya el artista de animar ó individualizar en las tablas, sobre exigir estudio constante de la sociedad, de las costumbres, de los sentimientos, de cuanto es propio del hombre ó puede influir de algún modo en sus acciones y suscitar lógicamente su manera de proceder, requiere en el actor dramático dotes y facultades personales que para nada necesitan los que profesan artes como la pintura ó la escultura.

Si á esas dificultades inherentes á las peculiares condiciones de la representación teatral se une la triste idea de que la inspiración del actor, aun la más sublime y más felizmente expresada, además de nacer y morir en un mismo punto, ha de reproducirse cada vez que se ejecute el poema que le sirva de fundamento; si se tiene en consideración que, por lo fugaz de su naturaleza, el mérito de inspiración tan costosa no pueda ser bien conocido ni apreciado sino de aquellas personas que hayan asistido á las representaciones de la comedia ó del drama que el actor interprete, ¿cómo no admirar la abnegación y entusiasmo del que sigue tan espionosa carrera? ¿Cómo no aplaudir un amor al arte condenado por ley fatal á no legar á los futuros ningún testimonio permanente que dé razón de sus calidades y que justifique su gloria? Tal es, un obstáculo, la inevitable condición á que se reduce el hombre de superior talento que consagra la actividad de su espíritu á la representación escénica, y que logra conmover ó enunciar á sabios é indoctos en la esfera del teatro. Al número de los heroicos é inspirados artistas dedicados desde la primera juventud con incansable avidez y con sediento amor de gloria á las fatigas de la escena, tan fecundas en grandes placeres y en grandísimos sinsabores, perteneció el egregio actor JOAQUÍN ARJONA, honra del arte dramático español del presente siglo.

Cuando Arjona comenzó á brillar en nuestros mejores teatros, la situación de los de España era menos deplorable que hoy día, sobre todo en lo concerniente á los tres principales factores de la representación dramática: el poeta, el actor y el público. Entonces los poetas cómicos se llamaban Bretón de los Herberos y Ventura de la Vega; los dramáticos Martínez de la Rosa, Larra, el Duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch, y algo después Tamayo y Adelardo Ayala, sucesores unos de nuestra gran pléyada de ingenios de los siglos de oro, solos otros del drama contemporáneo, llevado por ellos á un grado de perfección no igualado, ni mucho menos excedido, posteriormente. Entonces contaba la escena española entre sus astras de primera magnitud actrices como Joaquina y Teresa Eans; como Pepa Palma, Pepa Valero y Matilde Díez; como Bárbara y Teodora Lamadrid; y actores como Latorre, Caprera, García Luna, Marc, Valero, Cubas, Guzmán, Julián Romea, Lombá, Montaño, y varios más que no han tenido (salvo rarísimas excepciones) quien dignamente los reemplace. Entonces también era el público

muy distinto de lo que es ahora, porque todavía no lo habían civilizado los aires de la libertad sin freno hasta el punto de hacerle posponer obras de verdadera belleza artística, eficaces para interesar á espíritus bien cultivados, á producciones sin sustancia, cuando no á las estupideces ó vilezas de caricaturas políticas groseramente personales.

Y no se crea que al hacer esta observación pago tributo al común sentir de los que opinan que para los viejos

cu cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

Aunque me encuentro ya muy distante de la juventud, no soy de los que reniegan del tiempo en que viven, ni de los que desconocen ó afectan desconocer sus inconvenientes y sus ventajas. Seguro estoy de que cuantas personas hayan visto representar á los actores y actrices mencionados anteriormente convendrán con este dictamen, no lo estimarán consecuencia de sistemática preocupación en favor del tiempo pasado. Por que bien mirado, si prescindimos del anciano Valero, raro ejemplar de la eterna juventud del alma, que se ha sobrevivido á sí propio, y en quien las facultades físicas tan indispensables para el actor no pueden ahora menos de resentirse al peso de la edad que abruma al laureado octogenario; si hacemos caso omiso de Vico, de Mario, de Rafael Calvo, de Victorino Tamayo, y de algunos otros como Cepillo y Mata, ¿dónde están hoy los aventajados sucesores, no ya de aquellos preclaros maestros, sino de artistas como Manuel y Fernando Ossorio, como José Calvo, tan notable en *Virginia* y en *La Ricahembra*; como Esteban del Río, elíctico continuador de la castiza tradición de Cubas; como el padre de los Tamayos, tan bien inspirado en *Teresa*, en *Doña Mencía*, y en mil otras producciones; como Pizarroso, acertadísimo en *Dalila* y en *Crisólida y mariposa*; como Caltafazor; como Enrique Arjona, á quien dejó en sombra la gran fama de su hermano Joaquín, y que en papeles de característico rayó tan alto como el que más? Y tratándose de actrices, desde que en la flor de su juventud y en la plenitud de su gloria se retiró voluntariamente del teatro Elisa Beldiú, ¿cuál, sino Elisa Mendoza Tenorio, ha logrado alguna vez elevarse á la altura en que alcanzaron tantos y tan legítimos triunfos Joaquina Baus, Teodora Lamadrid y Matilde Díez? Ciertamente que María Tabau es actriz de dotes muy recomendables, y que á Pepita Hija, que al principio de su carrera dió muestras de superior talento en *Lances de honor* (soberana creación de nuestro admirable Tamayo), le ha perjudicado mucho haber vivido largo tiempo alejada de la escena; pero aunque así no fuese, una golondrina no hace verano, según dice el adagio vulgar. El hecho es que son pocas, muy pocas las actrices que entre nosotros pueden hoy satisfacer, en ninguno de los diversos géneros dramáticos, á las personas ilustradas y de buen gusto.

Hay más aún, y eso es quizá lo que principalmente me ha decidido á escribir estos renglones. Por lo mismo que el actor dramático no lega á la posteridad monumento alguna donde pueda apreciarse con entero conocimiento de causa el valor de sus facultades y de su talento; por lo mismo que su fama póstuma depende de la opinión ó de la buena voluntad de sus contemporáneos, es en éstos casi un deber, que puede considerarse cual obra meritoria y plausible, poner las cosas en su punto y hacer justicia al mérito verdadero. El de Ar-

jona, estimado en vida cumplidamente por críticos juiciosos é imparciales, no ha tenido después de su muerte la resonancia que el de otros actores célebres coetáneos suyos á quienes el arte no debió tanto como á él, y que no han dejado á su paso por el teatro nacional estela tan luminosa y fecunda. ¿No es esta razón bastante para consagrar un recuerdo á la memoria del actor insigne?

II.

D. Joaquín Arjona y Ferrer nació el año de 1817 en la hermosa reina del Guadalquivir, donde vió también por primera vez la luz del día el eminente decano de nuestros actores, D. José Valero, digno rival de cuantos han sobresalido en nuestra época, ya en la tragedia y en el drama, ya en la comedia de costumbres ó en piececillas meramente divertidas. Fueron padres del héroe de esta narración el coronel D. Manuel de Arjona, hermano del celeberrimo Asistente de Sevilla D. José Manuel de Arjona (que tanto procuró hermosear la ciudad del Betis, y á quien su extraordinario poder é incontrastable autoridad hicieron que los sevillanos le apellidaran hiperbólicamente *Rey de las Andalucías*), y la actriz D.^a Josefa de Nicolás Ferrer, que á su natural donosura, claro ingenio y finos modales unia en el teatro singular espontaneidad para expresar y dar valor á los chistes, prendas que le valieron gran fama en el género cómico y le conquistaron alta posición entre las actrices que por entonces se denominaban *graciosas*.

De distinto carácter, aunque ambos de noble índole y ánimo despierto, Joaquín Arjona y su hermano mayor Enrique recibieron desde un principio esmerada educación, merced á la esudadosa solicitud del cariño maternal. En los días de la niñez, y aun en los primeros de la juventud, mostrábase Enrique de genio alborotado é impetuoso, tenaz en sus voluntariedades, aficionadísimo á divertirse, y no muy apegado al estudio; viéndose obligada su madre á ser con él en ocasiones muy rigurosa, para enfrenarle un tanto y poner coto á sus muchachadas ó travesuras. Joaquín, al contrario, manifestó desde luego profundo amor al saber, espíritu juicioso y reflexivo, y un empeño tal en no dar disgustos á su madre, que le granjeó lugar preferente en el corazón de aquella señora, amantísima de todos los suyos.

Como los recuerdos de la niñez se graban en el alma de un modo que no se barra jamás, pareceme estar viendo aún á Joaquín Arjona según le vi por vez primera en los ya remotos días en que tuve el gusto de conocerle. Tendría yo entonces unos ocho años; acababa de entrar con mi muy querido amigo Carlos Solano (que heredó después el título de Marqués de Mansalud y hasta su reciente y doloroso fallecimiento me ha conservado fraternal cariño) en el Colegio que dirigía en Sevilla D. Andrés del Pino Auriolos, contiguo á la iglesia parroquial de San Martín. Entre los muchachos á quienes, por su constante aplicación y felicísima aptitud, estimaba con particular predilección aquel hábil y bondadoso maestro, se llevaba la palma Joaquín Arjona. El que andando el tiempo había de ser gloria de la escena, era de todos los chicos que se denominaban allí *mayores* quien más sobresalía en cuantas materias se estudiaban, distinguiéndose principalmente en los ejercicios de lectura, la misma en prosa que en verso.



CASCÓ QUE PUEL INECIÓ Á D. JUAN DE AUSTRIA, EXISTENTE EN LA ARMERÍA REAL DE MADRID. — (De fotografía de Laurent.)

A pesar de que nos llevaba algunos años, Solano y yo tardamos poco en hacer amistad íntima con Arjona, en dándole atenciones y preferencias que no tenía con otros compañeros de nuestra edad, modernos como nosotros. Había en aquella casa la piadosa costumbre de celebrar á 13 de Agosto el día de San Casiano, maestro de asenala en Luola, martirizado por no haber querido renegar de la fe cristiana, y del cual hace Prudencio en sus hermosísimos himnos honrosa conmemoración. Á tan solemne fiesta asistían convidadas, amén de varias personas notables, las familias de los educandos. Los ejercicios que se ejecutaban consistían en coros cantados por los alumnos, en un discurso alusivo á la vida, virtudes y excelencias del Santo mártir, y en la recitación de algunas composiciones poéticas. Para la lectura del discurso fué elegida Joaquín Arjona, como el más aventajado entre los discípulos de mayor edad. Solano y yo tuvimos la satisfacción de ser escogidos para recitar las poesías, aunque pertenecíamos al número de los llamados *menores* y hacía pocos meses que estábamos en el Colegio. Todavía recuerdo la especie de infantil orgullo que despertó en mí la cariñosa indulgencia de aquel respetable auditorio. Aún me figuro estar oyendo los calorosos aplausos que la lectura del discurso proporcionó al que tantos había de recibir en los principales teatros de nuestra península y en varios de la América española. ¡Quién me hubiera dicho entonces, al oír con gozo entrañable aquellos primeros aplausos tributados en público á Joaquín Arjona, que más de cuarenta años después había de oír también los últimos en acto de muy distinta naturaleza, pero de gran solemnidad y esplendor, en el que ambos tomamos parte, como en la fiesta de San Casiano, ante un auditorio, si menos íntimo y familiar, mucho más brillante y numeroso!

A poco de haberse celebrado en el bien acreditada Colegio de D. Andrés del Pino la mencionada fiesta del 13 de Agosto, abandonó Arjona aquellas aulas para emprender, en las que los PP. Jesuitas de la calle Real de San Marcos ilustraban con sus fecundas lecciones, el estudio del latín y de las humanidades. De igual suerte que en la primera enseñanza logró Arjona en breve sobresalir en sus nuevos estudios, captándose desde luego por su aplicación y buena conducta la afectuosa benevolencia de los reverendos maestros encargados de atenderle y dirigirle.

Á esta época se remonta el primero de sus triunfos escénicos, al cual se debió tal vez que empezase á germinar en su alma la idea de seguir la profesión teatral, en vez de la carrera universitaria á que le destinaban sus padres.

Por aquel tiempo (debió ser á fines de 1830 ó á principios de 1831) figuraba en el Teatro Principal de Sevilla, situado entonces en la calle de la Muela con vuelta á la de San Acacio, la mejor compañía dramática de España. Era su empresario y director el celeberrimo francés D. Juan Grimaldi, persona de gran ilustración y de carácter muy varonil, cuyas discretas advertencias y sanos consejos habían formado ó mejorado á nuestros principales actores, y el cual contribuyó más adelante á echar los cimientos de la fama artística de Julián Romea, ensayándole con particular esmero el difícil papel de *Gloucester* en *Los Hijos de Eduardo*, primero de sus grandes triunfos teatrales. En dicha compañía figuraban como primera actriz la famosa Concepción Rodríguez, esposa del director, á la que no igualaba ni mucho menos

aventajaba entre nosotros ninguna otra, y como primer actor el insigne Carlos Latorre, á quien, en el género trágico especialmente, tampoco igualaba ni excedía por aquel tiempo ninguno de sus rivales. Había, además, en tan selecta reunión de artistas dramáticos y cómicos personas de tanto mérito como Bárbara Lamadrid, Joaquín Caprera y el ingenioso y chistosísimo Cubas. En esta compañía ocupaba con general estimación la plaza de *primera graciosa* Pepa Ferrer, según llamaban todos en el teatro á la madre de Joaquín Arjona. Utilizando el arte con que éste declamaba y la extraordinaria precocidad de Teodora Lamadrid, niña entonces de muy cortos años, dispuso Grimaldi para un beneficio la representación del drama traducido del francés con el título de *Pablo y Virginia*, encargando los respectivos papeles de protagonistas á los dos niños citados, verdaderos actores en miniatura. El éxito sobrepujó á cuanto podía esperarse. La obra hubo de repetirse varias veces durante la temporada con gran aplauso del público. Sin embargo de ello, el entusiasmo con que los espectadores acogieron la feliz interpretación del interesante papel de *Pablo*, que hubiera podido engrair á cualquier artista de acrisolada reputación, no desvaneció á Joaquín Arjona á pesar de que contaba tan pocos años, ni le apartó por un momento de los estudios preparatorios de la carrera á que se habían propuesto dedicarle.

Continúdos en Zaragoza, á cuyo teatro fué contratada Pepa Ferrer el año siguiente. En los inmediatos sucesivos prosiguió estudiando con igual perseverancia en la opulenta Barcelona, á donde por igual razón tuvo que marchar con su familia. Dejándose llevar en aquel emporio de cultura del constante afán de ilustrarse con varios conocimientos, dedicóse con ahínco al francés, idioma que llegó á escribir y hablar correctamente; sobresaliendo al par, durante los años 33 y 34, en el estudio de las matemáticas, de la música y del dibujo. No contando por entonces con otro apoyo que el de su madre ni con más bienes de fortuna que su despejado entendimiento, puso Arjona este capital á *ganancia de luces y virtudes*, como alguien ha dicho. En su vivo anhelo de ser útil á la que tanto se desvelaba y sacrificaba por educarlo bien y proporcionarle medios de adquirir una posición honrosa (dado que para recoger el fruto de cualquier carrera facultativa necesitaba emplear bastantes años sin posibilidad de inmediata ganancia), discurrió que el mejor modo de no serle gravoso y de corresponder á sus esfuerzos era consagrarse desde luego á la escena, con la cual le habían ya familiarizado y conaturalizado hasta cierto punto la profesión de su madre y la circunstancia de haber ejecutado con buen éxito, desde que representó en Sevilla *Pablo y Virginia*, varios papeles de niño. Renunció, pues, á seguir la carrera de medicina, que contrariaba su natural vocación, y obteniendo el beneplácito materno decidió arrostrar los inconvenientes y peligros de la del teatro.

III.

Por aquel tiempo era más difícil que lo ha sido posteriormente escalar de improviso altas posiciones en política, en administración, en artes ó en literatura. Conservábanse aún mejores hábitos de disciplina en las distintas esferas de la

vida social, y no era dable, por lo tanto, á cualquier astuto ó osado advenedizo atribuirse la calidad de personaje ó de genio, ya merced al interesado empuje de una pandilla de seculares, ya por indiscreto favor de unos cuantos amigos, bastante ciegos ó despreocupados para ir contra el viento empujándose atrevidamente en deslucrar y embancar á la multitud con el fin de someterla al propio dictamen. Cediendo al influjo de estas circunstancias, Arjona empezó por el principio su carrera de actor, cuando aun no contaba diez y ocho años de edad, contratándose en la Cuaresma de 1835 para la compañía donde iba á figurar su madre en primera línea, y que debía actuar desde Pascua de Resurrección en el teatro de Granada. Á pesar de sus felices disposiciones y de su varia ilustración, superior á la de muchos de sus compañeros de más alta categoría teatral, no se creyó Arjona rebajado ni humillado en la *parte de por medio*, que según el tecnicismo de bastidores equivale á la de aspirante ó meritorio de muy corto hablar. Modesto por naturaleza, de carácter varonil, de juicio tempranamente maduro, exacto conocedor de sus facultades y de su talento, sabía que la precipitación y la impaciencia son comunmente enemigas del buen éxito, y no ignoraba lo que podría llegar á conseguir por sus pasos contados en el ejercicio del arte, favorecido con el auxilio bienhechor del estudio y de la experiencia. Los hechos tardaron poco en acreditar sus previsiones.

En aquellos días el teatro había comenzado á experimentar en nuestro país una verdadera transformación. La escuela romántica, que desde algunos años antes imperaba en la escena francesa, empezaba también á captarse entre nosotros el favor público en poemas originales como el *Macías* de Larra y *La Conjuración de Venecia* de Martínez de la Rosa, ó en traducciones, que se representaban sin demora en los mejores teatros de nuestra península, de los dramas y comedias más notables del novísimo repertorio francés. Semejante circunstancia contribuyó mucho á realizar las aspiraciones artísticas del novel actor. Como la mayor parte de las obras dramáticas que á la sazón se componían abundaba en crecido número de personajes, y el de éstos excedía con frecuencia al de artistas de primero y segundo orden contratados por las empresas de teatro, las de provincia, y aun las de Madrid, necesitaban á menudo echar mano de actores de clase inferior para desempeñar papeles de cierta importancia. Á esa coincidencia debió Arjona el darse á conocer desde un principio en términos ventajosos. La falta del personal necesario para interpretar algunos dramas de los que más gustaban entonces, hizo que se confiara repetidas veces á nuestro principiante el encargo de desempeñar papeles muy superiores á la subalterna posición que ocupaba en la compañía. Por fortuna logró en todos ellos salir airoso, gracias á los naturales impulsos de su talento, al afán con que los estudiaba, al gran empeño que ponía en caracterizarlos convenientemente.

Las muestras que dió de su aptitud para sobresalir en diversos géneros desde estos primitivos ensayos, le fueron muy provechosas. El hábil empresario del teatro granadino D. José Mayquez y el distinguido primer actor D. José Tanaayo, encargado de la dirección de escena, comprendieron fácilmente lo mucho que podían dar de sí el talento y los recursos artísticos de Arjona, y se propusieron abrir al desarrollo de sus facultades más ancho campo, sacándolo al

año siguiente de la humilde condición de *racionista ó parte de por medio*. Al obrar así, llevados de la profunda simpatía que había despertado en ambos el joven pamfletoso é inteligente que sin ninguna clase de exigencias les prestaba tan útil concurso, no sólo procedían con su habitual nobleza y encadenaban la voluntad de una actriz como Pepa Ferrer, amantísima de su hijo y muy querida del público, sino miraban y atendían á su interés propio.

Conociendo bien la no común formalidad é indole caballerosa del perezoso artista, dejaron á su arbitrio elegir el puesto que debía ocupar en adelante, considerando que había desempeñado con igual acierto papeles de géneros muy diferentes, ya en la cuerda de *galanes jóvenes*, ya en la de *graciosos* ó en la de *característicos*. Una proposición como ésta hubiera servido á la mayor parte de los dedicados al arte cómico, aun siendo ya hombres formales, para llenarse de viento, para exigir lo que en razón y justicia nadie les habría concedido. Arjona, prudente de suyo, dócil siempre á los consejos de su madre, se limitó á pedir la plaza de *segundo gracioso*, que le ofrecía menos ventajas y menos sueldo que algunas otras que le habrían otorgado sin dificultad. Al hacerla así tuvo en cuenta, no sólo su mediana estatura, que no le parecía la más á propósito para desempeñar con brillantez los papeles de *galán*, sino el fruto que en piezas jocosas podría recoger de las atinadas lecciones de un actor de tan gran mérito y que le quería tanto como el anciano D. Pedro Cubas, *primer gracioso* de la compañía y modelo que se había propuesto seguir. Tan acertada resolución fué para él fecunda en satisfactorias consecuencias, porque aquella misma temporada le proporcionó éxito ruidoso que acrecentó notablemente su fama colocándole en primera línea, sin necesidad de apelar á violentos esfuerzos.

Uno de los autores dramáticos que estaban entonces más en boga, cuyas producciones, apenas estrenadas en París, pasaban traducidas á los demás teatros europeos, era el sucesor de Picard, el célebre Eugenio Scribe, á quien sus compatriotas los corifeos de la novísima escuela naturalista juzgan hoy con cierto aire desdeñoso, pero al cual no podrá quitar ninguno la gloria de haber sido en nuestros días, hasta cierto punto, regenerador ó renovador de la comedia francesa. La primera tal vez de las obras en que ingirió tan celebrado y tan popular en todas partes abandonó el carácter ligero y entretenido de sus primitivas producciones para emprender nuevo rumbo, dirigiéndose á esferas más altas y de mayor trascendencia; fue la comedia en cinco actos y en prosa titulada *Bertrand el Raton*. Sátira política, no al modo de las groserías personales que ahora hostea en España la literatura industrial, sino compuesta con suma arte y finura, la comedia de Scribe, estrenada el 14 de Noviembre de 1833 en el teatro parisíense genuinamente conseruador de las tradiciones clásicas, tuvo un éxito en alto grado satisfactorio para el autor. Llegada á Madrid, logró la fortuna de caer en manos del más ingenioso de nuestros críticos, del célebre autor del *Macías*, cuyos escritos firmados con el seudónimo de *Figaro* gozaban entonces de gran popularidad, y á 17 de Enero de 1835 se estrenó, traducida discretamente por él, en el coliseo de la Cruz. El éxito que alcanzó en esta corte con el título de *El arte de conspirar* fué tan estrepitoso y brillante como el que obtuvo en París. Debíose principalmente al singular acierto con que inter-



¡ABANDONADO!

prefó el papel de *Bertran de Rantzau* (uno de los dos protagonistas de la obra) el célebre primer actor D. José Gáratea Luna, á quien poco después tuvo ocasión de verla representar en Sevilla. En Granada se representó también al año siguiente con extraordinario aplauso, debido más que á nadie á Joaquín Arjona, que en el difícil y animado papel de *Juanillo* (el *Raton* de la comedia francesa) logró arrebatarse el entusiasmo del público. Este señalado triunfo del joven que en la anterior temporada teatral había comenzado su carrera en la humilde condición de mero *racionista*, dió á conocer sus relevantes facultades é hizo comprender á todos que no tardaría mucho en rivalizar con nuestros actores más ilustres.

IV.

Dos años después, en la Cuaresma de 1838, se contrató Arjona para el Teatro Principal de Sevilla con la mayor parte de la compañía que había estado actuando en Granada, á la cabeza de la cual figuraban como director de escena el distinguido actor D. José Tamayo y como primera actriz su casta esposa la admirable Joaquina Baus, modelo de hermosura, de inspiración, de talento, de dignidad de carácter. En aquella larga temporada (porque entonces el ajuste de las compañías cómicas se efectuaba comunmente por años enteros, salvo los días de Cuaresma, durante los cuales se cerraban los teatros en señal de respeto á la santidad de esa época de oración) se acrecentó notablemente la importancia del novel artista. Escriturado como *primer gracioso*, puesto que compartía con su querido maestro el septuagenario Cubas, dedicado ya con preferencia á papeles de *característico*, no se limitó á desempeñar los de la clase á que pertenecía, sino interpretó varios otros de distinto género, conquistándose cada vez más la simpatía de los espectadores.

Muy favorable debió ser la idea que de él formaron en Sevilla los más conocedores del arte, cuando un poeta y escritor tan aventajado como D. José Fernández Espino (que más adelante desempeñó con honra la cátedra de Literatura de la Universidad hispalense y el alto cargo de Director general de Instrucción pública), al dar aquel año á la escena su primer drama original en verso, titulado *Don Fadrique*, le confió el trágico papel de protagonista. Al poner en relieve la interesante figura del desventurado Maestro de Santiago, hermano del rey D. Pedro de Castilla á quien unos apellidan *cruel* y otros *justiciero*, y por cuya orden le mataron violentamente en el salón regio del Alcázar sevillano, demostró Arjona de un modo indudable el acierto con que había procedido en su elección el autor del drama. Los recursos de que el aplaudido *primer gracioso* hizo alarde, á pesar de su mediana estatura, en la interpretación de tan difícil papel de *galán*, contribuyeron poderosamente á decidir su suerte colocándolo en la categoría de los actores egregios, y tuvieron bastante eficacia para hacerle comprender que debía dejar á un lado los escrúpulos de su natural modestia.

Contratada la compañía, de que Arjona iba siendo elemento ineludible para funcionar en el Teatro Principal de Cádiz desde la Pasión de Resurrección de 1839, nuestro héroe siguió dando allí repetidas muestras de la flexibilidad de su talento y entusiasmando al público en papeles de diversa

índole. Aquel año mismo, durante su permanencia en la encantadora ciudad convertida por la imaginación de los poetas en inmenso canastillo de flores nacido en las olas del Atlántico, efectuó uno de los hechos culminantes de su vida privada, hecho que influyó también en su vida artística. Enamorado con la vehemencia propia de la juventud, cuando aun no contaba veinte años, de una actriz llamada D.^a Manuela Láinez, joven de esbelta figura, de rostro delicado y expresivo, de exquisita sensibilidad, que á su claro entendimiento unía ingénita finura realzada por distinguidos modales, y que tendría próximamente la misma edad que él, pero á la cual nunca permitieron sobresalir en escena la timidez de su carácter y su poco apego al teatro, consiguió al fin vencer los obstáculos que hasta entonces había opuesto á su ardiente deseo el cariño maternal, á quien todo enlace, aun siendo muy ventajoso, parecía mezquino para el hijo amado. Obtenido el consentimiento de su familia (pues no era Arjona de los que menosprecian la autoridad paterna y atropellan por todo, á trueque de satisfacer sus pasiones ó sus caprichos), se unió en matrimonio con la que adoraba. Testigo de la ceremonia, que tuvo un aire patriarcal, pareceme estar viendo aún la íntima alegría de ambos cónyuges, las lágrimas de satisfacción de sus respectivas madres, el gozo desinteresado y sincero de los parientes y de los amigos.

Esposo ya, dedicóse Arjona con mayor ahínco al estudio, ansioso de adquirir nuevos lauros y de adelantar en su carrera. Él, que con tanto afán había procurado crearse una posición que le proporcionara medios de ayudar en su día debidamente á la buena madre cuya ternura cuidó siempre de atender á la educación y al desarrollo intelectual del hijo predilecto, lo mismo cuando quería que cursara la ciencia de Hipócrates, que cuando convino en que se dedicase á la escena, entró más en sí mismo, reconcentrando las fuerzas propias, persuadido de que, casado ya y con prole su hermano mayor; habiendo empezado su madre á padecer una especie de alergia que á veces la molestaba mucho, y que en plazo más ó menos corto podía imposibilitarla de representar anulando sus recursos; á punto él mismo de ser padre, necesitaba hacer nuevos esfuerzos para ponerse en aptitud de servir de sostén á todos los suyos, si llegaba á ser necesario y se realizaban las esperanzas que hacían concebir sus continuos triunfos teatrales.

Animado de estos hidalgos sentimientos, pasó á Málaga en 1840. Allí fué tan bien acogido aquel año, como en Sevilla y en Cádiz. Los que inmediatamente subsiguieron tuvo igual suerte en dicha ciudad y en otras andaluzas muy populosas, para las cuales se contrató ya en la codiciada categoría de primer actor. Sin embargo, á su ambición artística, estimulada por tan nobles propósitos, no le bastaban tales éxitos. Comprendiendo el bien que, á pesar de sus rápidos adelantos y de los aplausos que le tributaban, no se consancharia y consolidaría su reputación ínterin no la sancionase de una manera eficaz el público de esta corte, se propuso hacer por lograrlo hasta el sacrificio del amor propio, costoso para todo el mundo, pero más aun para enantos cifran porvenir y fama en los halagos del aura popular, sujeta desgraciadamente á caprichos ó veleidades. Con tal fin se contrató á principios de 1844 en la numerosa compañía que D. José Mayquez formó por encargo del famoso ban-

quero Salamanca para el Teatro del Circo de la Plaza del Rey, donde entonces actuaba también, con decidido favor de la alta sociedad madrileña, la extranjera compañía de baile de la Guy-Stephan. De aquella en que, á par de Arjona y de su familia, figuraban sus caros amigos Tamayo y la eminente primera actriz Joaquina Baus, ocupaba la jefatura como director de escena Valero, á la sazón en la plenitud de sus peregrinas facultades.

Los habituales concurrentes del Teatro del Circo hicieron desde luego justicia al mérito de tan buenos actores aplaudiéndolos con entusiasmo. Pero dóciles al imperio de la moda, solían acudir en mayor número, aplaudir con más fervor cuando, en vez de darlos comedias ó dramas que conmoviesen su corazón y recreasen su entendimiento, hallaban á sus sentidos con vistosas decoraciones, con lujosas comparsas de bailarinas, con saltos y piruetas. Esto apenas y disgustaba á los artistas dramáticos, principalmente á Valero, cuyo amor propio, puntilloso hasta la exageración en materias relativas al arte, se sentía contrariado y mortificado por tan insensata preferencia. Dado el carácter impetuoso y un tanto irascible de este gran actor justamente orgulloso de sus triunfos, acostumbrado á ser ídolo del público en los principales teatros de la península que en aquellos días se lo disputaban con empeño, fácil era presumir que no acabaría la temporada en el de esta corte. Claro está que su extraordinario mérito, su maravillosa intuición en los diversos géneros del arte dramático no podía menos de suscitar admiración, haciendo prorrumbar al auditorio no pocas veces en entusiastas aclamaciones. Pero así y todo le ofendía que pantominas bailables como *El Lago de las Hadas* ó *La linda Beatriz* despertasen más interés que las selectas creaciones de los mejores poetas felizmente interpretadas. Semejante disposición de ánimo le indujo á romper la escritura y ausentarse de Madrid antes de arribar al término de su compromiso.

Entre las obras estrenadas en el Circo mientras Valero permaneció al frente de la compañía de verso, ninguna tal vez obtuvo éxito más ruidoso y permanente que *El peluquero en el baile*, pieza en un acto arreglada á nuestra escena con buen gusto nada vulgar por el ingenioso *Estudiante* D. Antonio María Segovia. Joaquina Baus, Valero, Tamayo y Arjona, encargados de interpretarla, formaron cuadro tan perfecto que, aunque andaba el público distraído por su afición á los espectáculos de danza francesa, concurrió multitud de veces á saborearla. En esa obrilla logró Arjona afirmar aquí su justo renombre. Es imposible caracterizar con más distinción, con estudio más profundo de la realidad humana, con matices más verdaderos y delicados la figura, en cierto modo extravagante, del *Barón de Tockenbourg*, sin descender jamás al grotesco terreno de la caricatura (como lo habría hecho el noventa y nueve por ciento de nuestros cómicos) y sosteniendo con naturalidad impenetrable la difícil acentuación del caballero alemán que se produce en lengua extraña. Para hacer ese papel con la elegante sobriedad y ática gracia con que lo hizo Arjona, se necesitaba ser un gran artista. Él, que sin duda lo era en sí, lo fué desde entonces para todos, por juicio unánime de cuantos tuvieron el gusto de admirarlo y no se cansaban de aplaudirlo. Esta circunstancia contribuyó singularmente á que, retirado Valero de la dirección de la compañía, se viese

obligado á sustituirlo en ella, cediendo á consideraciones atendibles, y lograse realizar su aspiración de colocarse al frente de uno de los principales teatros de Madrid, sin ningún apremiante esfuerzo de parte suya, cuando apenas rayaba en la edad de veintisiete años.

V.

Hasta aquí me he detenido mucho más que pensaba en exponer los sucesos concernientes á la vida de Joaquín Arjona, llevado del atractivo que tienen los recuerdos lejanos para cuantos vivimos en el páramo de la vejez; considerando la exactitud con que exclamaba en tiempo de los Reyes Católicos el inclito Jergo Maurique, doliéndose del olvido en que caían las cosas antiguas:

Vengamos á lo de ayer
Que también es olvidado
Como aquello.

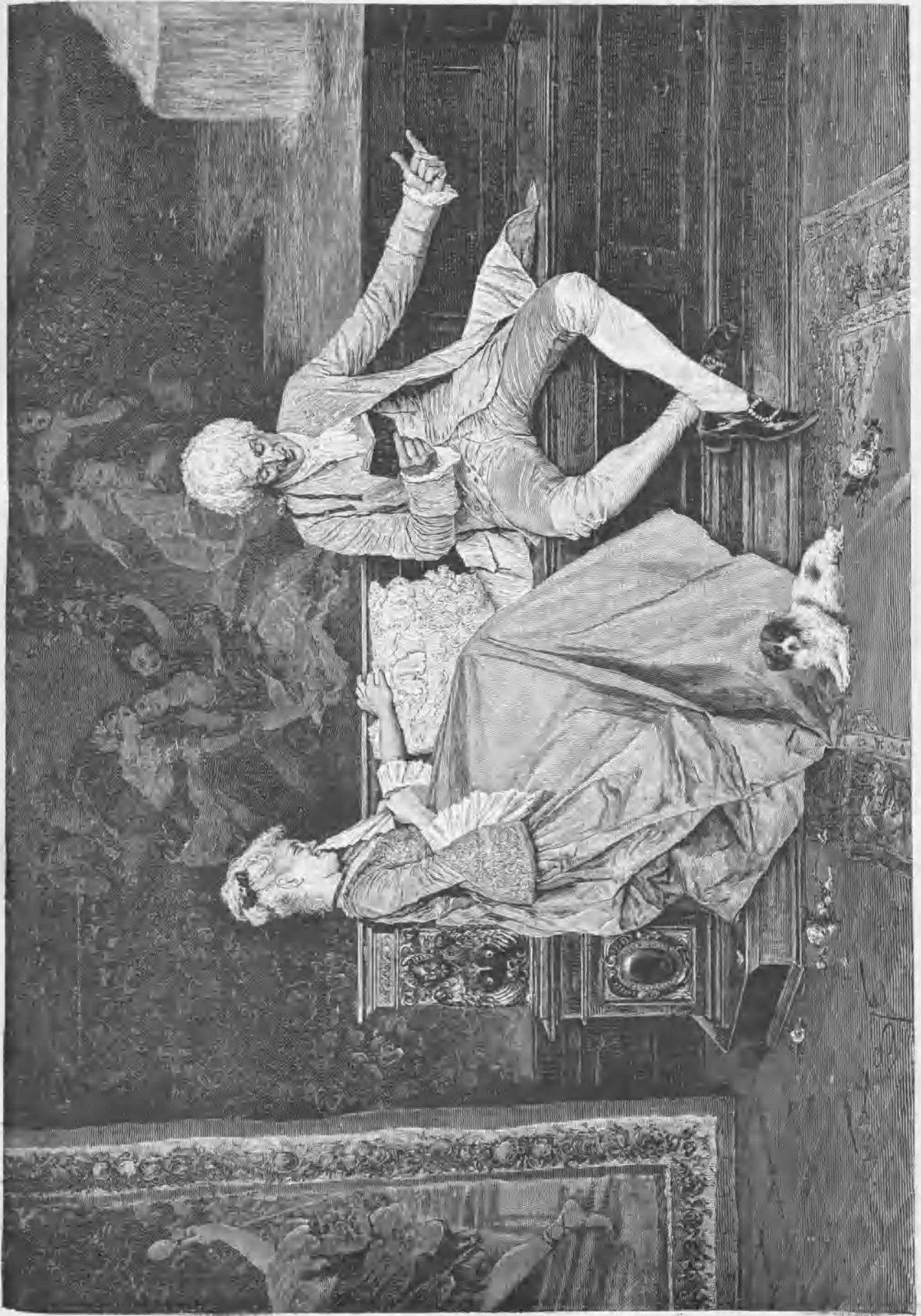
He tenido además en cuenta para hacerlo así, que las biografías de nuestro actor publicadas en periódicos ó diccionarios no contienen casi ninguna de las noticias que doy en los párrafos precedentes. Y como las circunstancias que concurren á la formación y desarrollo de los grandes ingenios ó egregios artistas ofrecen sumo interés para apreciarlos mejor en el apogeo de su gloria, he juzgado oportuno detenerme en lo menos conocido. De aquí adelante procuraré ser tan conciso como el asunto lo permita, porque los hechos á que he de referirme son más recientes y no han debido borrarse aún en la memoria de los amantes del teatro español.

Terminada su honrosa campaña en el de la Plaza del Rey, Arjona volvió á dirigir el de Cádiz en 1845. Acriollada su fama por los fundados é incesantes elogios de la prensa madrileña, recibióle allí de nuevo con vivo entusiasmo; y aunque aquella empresa y las de otras capitales se esforzaron por contratarlo para el año siguiente, no consiguieron torcer su propósito de perfeccionarse aún más estudiando en otros países la marcha y progresos del arte. Un hombre como él no podía menos de sacar fruto abundoso de tal excursión. Así es que al volver de París se lo disputaron las poblaciones donde era ya conocido, porque sabían que su nombre, su formalidad, su amor al trabajo eran para las empresas prenda segura de ganancia. Prefirió, no obstante, aceptar las ventajosas proposiciones que le hicieron en Barcelona, donde no habían tenido aún ocasión de conocerle, y donde estrenó en 1847, á par del insigne Carlos Latorre, el gran Teatro del Vico. Desde éste pasó luego al de Santa Cruz: en ambos fué, por decirlo así, el niño mimado del público barcelonés.

VI.

Llegamos ya al periodo culminante en la vida artística del que ha originado estos renglones; á la época durante la cual puso Arjona el sello á su bien ganada reputación de actor eminente.

De cuantos ministros ha habido en España de medio siglo á esta parte, ninguno ha hecho tanto en pro de las artes y



«LEVENDO POESÍAS DE RABELAIS.»—(Cuadro de M. Vinca.)

de las letras como el Conde de San Luis. A ningún otro debían los poetas dramáticos beneficio más digno de perdurable gratitud. Su creación del Teatro Español, inaugurado en 1849, y su Reglamento relativo á todos los teatros de España, vinieron á sacar á los ingenios de la especie de servidumbre en que yacían tiranizados, á comunicar nuevo ser á la decida escena. ¿Con cuánta razón le decía por aquel tiempo, en su *Epístola gratulatoria*, el autor de *Los amantes de Teruel*, el inmortal Hartzensbusch:

«Por vos, Conde ilustre, tina
El se tractar al ingenio
Poco modo
Corona cingiale digna:
Non ya el cultor de Cilenia
Vive en lodo.
Mil quisieron ayudalle,
Mil aborralle pretendieron
Dias tristes:
Vos supistes solo honralle;
Vos lo que tantos dijeron,
Lo fecistes.»

Y así era en efecto: el Conde de San Luis estableció que los autores dramáticos recibiesen un tanto por ciento de la entrada en todas las representaciones de sus obras, disposición que ha proporcionado á varios pingüe renta, y efectuó el milagro de reunir en el antiguo coliseo del Príncipe, convertido en Teatro Español, á no pocos de los mejores actores de nuestra patria, y por consiguiente á Valero y á Joaquín Arjona.

De los comienzos de aquella institución, que pudo ser tan fecunda para el arte y á cuya inopinada ruina contribuyeron algunos de los que debían estar más interesados en mantenerla, darán razón á los lectores las palabras del ya difunto académico D. Eugenio de Ochoa, crítico tan ilustrado y severo como imparcial. Refiriéndose á las primeras funciones del Teatro Español decía en uno de nuestros más acreditados periódicos, á 29 de Abril del dicho año 49: «El aspecto que en los pocos días que lleva de vida va presentando el Teatro Español, anuncia una era nueva para las letras y para el arte escénico..... Cualesquiera que fuesen las causas que tenían alejados de Madrid á dos actores de tan indisputable mérito como los Sres. Arjona y Valero, es lo cierto, 1.º, que se debía procurar, en interés del arte, que desaparecieran esas causas para que uno y otro viniesen á Madrid; 2.º, que con la formación del Teatro Español esas causas han desaparecido, supuesto que ya tenemos en Madrid, y en el lugar que les corresponde, á esos dos excelentes actores. Natural es que todos los que se interesan por la prosperidad de la escena española se congratulen en vista de tan plausible resultado; y algo de ese legítimo sentimiento se nos figura entrever en los furiosos aplausos con que el público entero saluda todas las noches á esos dos actores á quienes tanto deseaba ver, y con respecto á los anales parece como que se considera obligado á una especie de desagradado ó remuneración por todo el tiempo que han estado ausentes. Hay en toda gran reunión de personas un sentimiento instintivo de lo justo y de lo injusto que nunca engaña; el público conoce que esos dos actores han estado cinco años despojados sin razón de un derecho precioso para el artista de talento y de porvenir; y hoy, en virtud de su alta justicia distributiva, los indemniza como puede de aquel perjuicio, de que él sin embargo está inocente. De los innumerables

aplausos que hoy les prodiga, los más van dirigidos á su raro mérito; otros van á cuenta de atrasos por los que en estos cinco años últimos ha dejado por fuerza de tributarles..... «El público, en suma, con su estrepitoso palmeteo de todas las noches celebra su propio triunfo en el de los señores Valero y Arjona. Quería que viniesen al primer teatro de Madrid y han venido; por eso está contento y aplaude. Nada más natural.» Naturalísimo era sin duda que así procediera tratándose de artistas de tanto mérito.

Arjona se estrenó en el Teatro Español con el *don Diego de El sí de las niñas*, que el año antes había ejecutado en Barcelona por primera vez cautivando á los inteligentes pagados aún de la perfección con que Prieto lo representaba. En esa magistral comedia, que acaso no tenga rival en ningún teatro, y en la que todos sus intérpretes formaron una armonía de conjunto que no pudo menos de sorprender á espectadores poco acostumbrados á tal belleza, nuestro inspirado actor arrebató al público en términos indescriptibles (1). Poco después ejecutó *El Avaro*, donde alcanzó nueva victoria, secundado gallardamente por Teodora Lamadrid y Joaquina Baus, por Manuel Ossorio, Caltañazor y Boldú. Con tal motivo escribía el crítico antes citado: «El señor Arjona nos confirma cada día más en la alta opinión que nos hizo formar de su mérito desde el primero: es un excelente actor en toda la extensión de la palabra: lleno de talento, como lo prueba su perfecta inteligencia de los papeles que se le confían; apasionado de su arte, como se ve por el celo extremado con que los estudia y llega á dominarlos hasta en sus últimos pormenores; lleno de conciencia artística, en fin, como lo demuestra la franqueza suma, dignos así, con que acepta todas las exigencias de su papel, unoldándose admirablemente á la edad, á la figura, al traje, á los ademanes del personaje que va á representar (2). En el *don Diego de El sí de las niñas* vimos al caballero bondadoso, respetable, cortés y de presencia agradable que imaginó Moratin: en *El Avaro* hemos visto al viejo sordido, despreciable y casi odioso que quiso pintar Scribe..... «Lo repetimos: el Sr. Arjona es todo un actor.»

Para corroborar estas palabras de Ochoa, que resumen y caracterizan con exactitud la índole y condiciones artísticas de nuestro héroe, añadiré aquí las dichas treinta y tres años después por uno de los críticos más independientes, más agudos é ingeniosos de la generación de escritores que nos va empujando. En su excelente estudio acerca de *D. Manuel Tamayo y Baus*, el popular *Fernandor* (D. Isidoro Fernández Flores), con su habitual perspicacia y ameno estilo, deja consignado lo siguiente: «Más favorecido por la naturaleza en las dotes intelectuales que no en las físicas, Arjona era todo pensamiento, estudio, labor; á fuerza de talento había llegado á ser elegante, siendo, como era, de figura vulgar; á fuerza de expresión, convencia en sus papeles de galán. Se diferenciaba de los demás actores en que

(1) Analizando su manera de interpretar'a, escribí entonces tres largos artículos. No los tengo, ni recuerdo bien el periódico en que los di á luz. Sospecho que hubo de ser *El País*, diario político que dirige Gabriel Tassara y redactaban Cayetano Cortés, Lorenzana, Manuel Bacoés (hoy Marqués de Casafigueroa) y yo.

(2) Lo demuestran palpablemente los seis retratos fotográficos, en obreros tantos papeles de viejo, que orlan el ayo natural á la cabeza de este escrito.

siendo, como era, primoroso en los detalles, abarcaba el conjunto de la representación; pensaba por todos los actores; explicábales su propio valor artístico dentro de una obra; armonizaba voces, ademanes y actitudes; hacía hombres de carne y hueso de muñecos de palo. Todos los actores tenían talento mientras formaban parte de su compañía.»

VII.

Malgrado el pensamiento del Conde de San Luis por causas que no es de este momento apreciar; dispersa la numerosa compañía del Teatro Español, Arjona reunió algunos de los elementos que la formaban, para proseguir obra tan útil en lo que de él dependiese. Con ellos se refugió en el Teatro del Drama, establecido en el que fué convento de los Basilio en la calle del Desengaño, durante la temporada de 1851 á 1852. Equivócanse los biógrafos del célebre artista cuando aseguran que con posterioridad á aquel desastre hizo en 1850 una compañía gloriosa en el Teatro Español auxiliado de Victorino Tamayo, y que «en aquella famosa temporada» estrenó obras tales como *Virginia*, *Angela* y *Alarcón*. Ni andan más atinados al afirmar que desde el año susodicho hasta el de 1857 «no volvió á figurar en los teatros de Madrid», y que después de esta fecha estrenó en Variedades la comedia de Eguilaz *Verdades amargas*. No recuerdo bien si Victorino Tamayo, apenas entrado en la juventud, era ya actor el año 50. Lo que sí recuerdo perfectamente es que ese año el Teatro Español no había dejado de existir con la organización que le dió el Gobierno. Un solo hecho basta para demostrarlo: en él, bajo los auspicios del Conde de San Luis, se dió á conocer Adelardo Ayala con su brioso drama *Un hombre de Estado*, á 25 de Enero de 1851. *Virginia* se estrenó en el Teatro del Príncipe; mas no el año 50, sino el 7 de Diciembre del 53; *Angela* en Variedades á mediados de Noviembre del 52, y en la misma temporada y en el mismo teatro *Verdades amargas*, á la que *Alarcón* siguió muy pronto.

Lisonjeado, pero no engreído, con sus envidiables éxitos del Español, donde además de los citados papeles representó con igual aplauso muchos otros tan importantes como el *don Francisco de Quevedo* de *¿Quién es ella?*, dió Arjona principio á las representaciones del Teatro del Drama con *La escuela de los maridos*, en la cual mejoró nuestro Moratín la creación de Molière. En el cómico carácter de *don Gregorio* llegó al pináculo de la perfección artística. Desde aquel día el humilde coliseo de la calle del Desengaño fué á los ojos del público madrileño, que diariamente lo llenaba, el primero de la corte. En él se estrenaron, á par de otras obras, *Adriana Lecouvreur*, de Scribe, expresamente traducida por D. Ventura de la Vega, representada por todos con singular maestría, y en la que Teodora Lamadrid alcanzó el mayor de sus triunfos, y ella y Arjona superaron á cuantos dentro y fuera de España interpretaban sus mismos papeles; *La escuela del matrimonio*, una de las mejores, si no la mejor comedia de Bretón de los Herreros, y *La ley de raza*, hermoso drama de Hartzzenbusch.

Acompañada del favor público, tan lúe organizada compañía se trasladó al Teatro de Variedades, de mayor capacidad que el de los Basilio, con intento de permanecer en él

la temporada del 52 al 53. Ni el infatigable director ni sus compañeros, que tanto le querían y respetaban, se durmieron allí sobre sus laureles. *Angela*, del joven y ya magistral Tamayo; *El valor de la mujer*, de Bretón de los Herreros; *Boudicca*, de D. Juan Federico Muntadas; *Verdades amargas*, con la que se dió á conocer Eguilaz merced al ilustre actor, y otros dramas y comedias tan bien representados como fervorosamente aplaudidos, amén de piezas en un acto de menos importancia literaria, pero no de menos lucimiento para sus intérpretes, como *El tío Tavarira*, (irreglo de D. Ventura de la Vega) y *El Niño perdido* (ingenioso bosquejo de costumbres, original de D. Luis Fernández-Guerra), en las que Arjona ofrecía el contraste de un chico inberbe y de un octogenario caracterizados con insuperable acierto, signieron despertando vivo interés, llevando al coliseo de la calle de la Magdalena copioso número de espectadores, demostrando que, afinado el gusto del público, no se contentaba ya con aplaudir aisladamente el mérito de uno ú otro artista, sino prefería cuadros completos aderezados con propiedad, con esmero y corrección.

La temporada sucesiva (del 53 al 54) tomó Arjona por su cuenta el Teatro del Príncipe. Reconoció generalmente como el más entendido quizá, como el más laborioso y de más escrupulosa conciencia artística de cuantos directores de escena habíamos tenido desde la época de Grimaldi, el que tanto contribuyó á formar actrices como María Rodríguez y actores como Manuel y Fernando Ossorio (y como más adelante Emilio Mario, que tan dignamente sigue hoy sus huellas) tuvo el gusto de dirigir en aquella temporada los pasos de Victorino Tamayo, todavía en los principios de su carrera, y la fortuna de aumentar el caudal de nuestra poesía dramática con producciones originales del mérito de *Un sí y un no*, comedia moratiniana de Hartzzenbusch; de *La Ricahembra*, modelo que honra á sus autores D. Manuel Tamayo y D. Aureliano Fernández-Guerra; de la *Judit* de Cervino; del *Rioja* de Adelardo Ayala; y sobre todo, de la *Virginia* de Tamayo, de la cual decía el gran Quintana que era *la mejor tragedia* de nuestra nación, y se puede añadir sin hipérbole que la mejor también del moderno teatro europeo. En este medio tiempo había conseguido Arjona otras dos victorias escénicas representando *El Agente de policía* y el papel de *cabo Simón* en el melodrama *La Aldea de San Lorenzo*. En este último probó, según observa atinadamente un biógrafo, «que se puede hacer llorar al público aun sin hacer uso de la palabra.»

El siguiente año cómico (del 54 al 55) siguió en el mismo Teatro del Príncipe obsequiando á sus favorecedores con obras de nuestros primeros ingenios, y entre ellas con *La locura de amor* ó *Hija y madre*, sazonados frutos del laureado autor de *Virginia*, que había sabido granjearse con la hermosura de sus creaciones admiración universal. La temporada posterior (del 55 al 56) permaneció Arjona en dicho teatro, reforzada su compañía con el valioso auxilio de Julián Romea, que en *El Café* de Moratín, en comedias nuevas, ahora medianas, como *Al pie de la letra* de Bretón, ahora de relevante mérito, como *La bola de nieve* de Tamayo y *El tejado de vidrio* de Ayala, le prestó brillante concurso, rivalizando ambos con la noble rivalidad de la inspiración artística. Se ve, pues, que desde el año 51 al 57 Arjona figuró en los teatros de Madrid sin solución de

continuidad, como si dijéramos, ocupando en ellos y en la estimación del público lugar preferente.

Desde esa fecha realizó varias campañas no menos gloriosas para él que las referidas, ya en el Teatro de Lope de Vega (nombre por el cual trocó el suyo anterior el coliseo de la calle del Desengaño), en el que estrenó *Lo positivo* á 25 de Octubre de 1862, ya en Variedades, en el Príncipe ó en el Circo, donde el 1.º de Septiembre de 1863 estrenó también una de las más sublimes creaciones del teatro moderno, *Lances de honor*, de Tamayo. Á ese periodo se refieren otros dos de sus más notables triunfos, obtenida el uno en *La escala de la vida*, de D. Tomás Rodríguez Rubí, y el otro en *Los lazos de la familia*.

VIII.

En 1865 pasó con su compañía á la Isla de Cuba y á Méjico. Tanto en la reina de nuestras Antillas como en la capital de la antigua Nueva España le hicieron demostraciones de entusiasmo que rayaban en delirio (1). Hasta hubo allí aficionado que puso su biografía en variedad de metros, apurando el catálogo de los encomios. Pero, á decir verdad, en ese desahogo de un entusiasta la intención vale más que la literatura.

Vuelto á España de tan fructuosa expedición, entró á formar parte de la selecta compañía formada para actuar en el Teatro del Príncipe (de 1867 á 1868) por el activo empresario y excelente actor D. Manuel Catalina, cuya reciente pérdida llora el arte. La enfermedad mortal de Julián Romea, también contratado en ella, le impidió tomar parte en las representaciones, viéndose Arjona por tal circunstancia precisado á compartir con Catalina el peso del trabajo y la gloria del éxito durante aquella temporada, última que trabajó en los teatros de nuestra península.

Como en América le dispensaron tan cariñoso recibimiento y era hombre agradecido, fácilmente le indujeron á prometer que volvería. Esclavo de su palabra, tornó á Cuba el año 70 llevando consigo á Mario, decidido á visitar las principales poblaciones de las repúblicas del Sur. Una cruel dolencia, que al fin le ocasionó la muerte, impidió que realizase tal propósito y le obligó á regresar á Madrid antes de tiempo. En vano esperó hallar á su vuelta el suspirado alivio. Y como en el ejercicio del arte cifraba, no solamente su amor de gloria, sino la suerte futura de sus hijos, el hondo pesar de no poder practicarle le atormentaba constantemente dando pábulo á su enfermedad.

Estando aún en el vigor de la edad viril experimentó el dolor de perder á su joven esposa, á quien amaba tiernamente y á la que muy luego había retirado de la escena. De ella le quedaron tres hijos: Emilio, tan estudioso desde la niñez que todos los amigos de la familia le daban el nombre

(1) Un periódico francés de Méjico, parangonando á nuestro gran actor con Federico Lemaitre, que estrenó en París *La Aldea de San Lorenzo*, escribía: «M. Arjona a réellement enlevé la salle, qui a déclamé en applaudissements profonds, au passage de la plus terrible des émotions, celle qu'il éprouve en se voyant repris par son fils comme un volonte, entre au capitaine Simon l'usage de la parole. — La vérité, sans flatterie, c'est que M. Arjona est dans ce rôle un artiste consommé.»

de Séneca; Joaquín, muy parecido á su padre en el aspecto, en la modestia, en la bondad; Enriqueta, de lindo rostro y delicada figura, de carácter un tanto melancólico y soñador como el de su madre. Oficios de tal hizo con ellos durante algunos años la cariñosísima abuela, retirada también del teatro hacia tiempo, y cuya pérdida causó profunda herida en el alma del que siempre le consagró la mayor ternura.

Ufanábase Arjona con los triunfos literarios de su hijo mayor, que en dos distintas oposiciones á cátedra de Historia había contendido con D. Nicolás Salmerón y D. Miguel Murayta, demostrando superior juicio y más sólido saber que uno y otro. Y cuando Emilia, casada ya con una sobrina del célebre actor D. Juan Lombá, logró en la Universidad hispalense la cátedra que las intrigas y el espíritu de secta le habían negado en Madrid, los estragos de rápida enfermedad le arrebataron la vida el 17 de Agosto de 1873. En el estado de abatimiento físico y moral en que se encontraba Joaquín Arjona, tan terrible golpe influyó notablemente en el curso de su dolencia. Todavía, sin embargo, su amor al arte y su respeto á los ingenios oscurecidos le prestaron aliento para figurar, como antes dije, en un acto público de gran importancia.

El 8 de Noviembre de 1873 dejó de existir una de las más altas glorias del teatro español contemporáneo, el fecundo autor de *Marcela* y de *La escuela del matrimonio*. Artistas y escritores quisieron rendir homenaje de admiración á la memoria de D. Manuel Bretón de los Herreros; y, auxiliados por el Gobierno y por la Representación nacional, celebraron el 21 de Diciembre una *solemnidad artistico-literaria* en el salón de sesiones del palacio del Senado. Allí recitó Arjona la letrilla de *¿Quién es ella?* como no la había dicho jamás, aun habiéndola repetido en el teatro tan bien multitud de voces. Allí leyó el artículo de costumbres titulado *La Castañera* con tal perfección, con tan maravilloso colorido, que hizo prorrumpir en frenéticos aplausos á un auditorio compuesto de lo más ilustre de la corte. Esa recitación y esa lectura fueron el canto del cisne. Aquellos aplausos los últimos que oyó en público el gran actor. Veinte meses después, fortalecido con los consuelos de la religión, espiraba en brazos de sus hijos, rodeado de parientes, amigos, compañeros y discípulos, en el cuarto que habitaba en la casa número 2 de la calle del Florín.

Como recompensa á su mérito y á sus servicios habíale otorgado el Gobierno en 8 de Junio de 1854 la cruz de Carlos III, y la encomienda de Isabel la Católica el 15 de Octubre de 1870. Nombrado profesor de número del Conservatorio para la enseñanza de la Declamación á 16 de Abril de 1865 (lo era *supernumerario* desde 28 de Marzo del 58), siguió las vicisitudes de aquel establecimiento, hasta que el 4 de Octubre de 1874 le confirmaron en su cátedra con el sueldo anual de tres mil pesetas. Desgraciadamente, apenas pudo desempeñarla desde ese nombramiento definitivo. Quien sobresaló en tantos papeles de géneros tan distintos, quien desenterró con feliz éxito comedias de nuestro teatro antiguo como *La verdad sospechosa* de Alarcón y *El Lindo D. Diego* de Moreto, no habría podido menos de dar en su cátedra frutos saludables, dirigiendo la enseñanza por el camino del buen gusto.

Al morir Arjona, la prensa estuvo unánime en celebrarlo.

Después le han echado en injusto olvido, como á Latorre, como á Mate, como á Lombia, como á tantos otros. Hoy los periódicos apenas recuerdan con elogio á más actor que á Julián Romea, del cual decía un gran crítico en la *Revista Española de Ambos Mundos*, por los años de 1853, que, á pesar de sus grandes cualidades, carecía de *la muy esencial*

de formar discípulos. El espíritu de Arjona, que sabía formarlos, resplandece aún, para bien del arte, en el modo de ensayar y representar comedias de las compañías que dirige Emilio Mario.

MANUEL CAÑETE.



DÍA DE INVIERNO



UN PAYSAGE DE CUBA.—(Dibujo de Campuzano.)

Á CUBA.

¡Isla gentil, al pulsar
En tu honor el plectro mío,
Mi alma en mi canto te envió
Con el viento y con el mar!
Muere el sol.... y al matizar
Las nubes con su arrebol,
Te saludo de ese sol
En los últimos reflejos;
Para amarte desde lejos
Me basta ser español.

—
Si; que cuando muere el día
Y el sol tras las cumbres arde,
Te consagro en cada tarde
Mi tierna melancolía.
Entonces mi fantasía,
Con tus recuerdos ufana,
A aquellas nubes de grana
Pretende, loca, ascender
Y volar.... y amanecer
En la costa americana.

—
En la luz de primavera
Con que tus colinas doras;
En las palmas cimbradoras
Que forman tu cabellera;
Sobre la fértil ribera
Que es tu eterno valladar,
Tus galas al ostentar
Entre todas elegida,
Pareces, virgen querida,
La Jerusalén del mar.

—
Si; que cual perla guardada
Bajo el agua que murmura,
Fué tu cándida hermosura
Sólo al genio revelada.
Por eso en triunfal jornada,
Que aun bendice el Océano,
Colón, con osada mano
Y con esfuerzo valiente,
Levantó sobre tu frente
La cruz del templo cristiano.

—
La ondulante vela henchía
El aliento del marino,
Que del golfo cristalino
La inmensidad recorría.
El dedo de Dios le guía;
Le presta su bendición;
Le da sombra el pabellón
De la comarca española,
Y para mi patria sola
Abrió tus puertas Colón.



De allí, de tu fértil suelo,
Brotó intrépida la planta.
Que en su pompa se levanta
Hasta mecerse en el cielo.
De virgen cándido velo
Te forman pálidas brumas;
Con sus alfombras de espumas
La mar tus plantas cubrió,
Y el iris mismo bordó
De tus pájaros las plumas.

Tu noche recuerda al día;
Tan breve y encantadora,
Que más que noche..... es aurora.
Llena de melancolia.
La luna en tí se extasia
Como vestal inocente;
Y cuando tu blanca frente
Esmalta con suave brillo,
Mezcla el ópalo amarillo
Con el nácar transparente.

En tí la planta se orea,
La hoja fragante y tostada,
Que en humo luego trocada
Nuestros sentidos recrea;
El plátano balancea
Su ramaje en tu verjel;
Frutos que envidia el pincel
En tu ardiente suelo entrañas,
Y las fibras de tus cañas
Destilan gotas de miel.

Y aun existe por tu mal
Quien á tus glorias ajeno
Desgarra tu amante seno
Con su bárbaro puñal;
Quien te acecha criminal;
Quien oculto te devora
Y anhela en nefanda hora,
Destrozándote á pedazos,
Arrancarte de los brazos
De la madre que te llora.

Quien te amarra á sus cadenas,
Y quien traidor más que bravo
Limpia el sudor al esclavo
Y arranca sangre á sus venas:
Si están tus comarcas llenas
De ese fecundo sudor,
Pregúntales qué es mejor
Á tus verdugos traidores;
Si sudor que engendra flores,
Ó sangre que inspira horror.

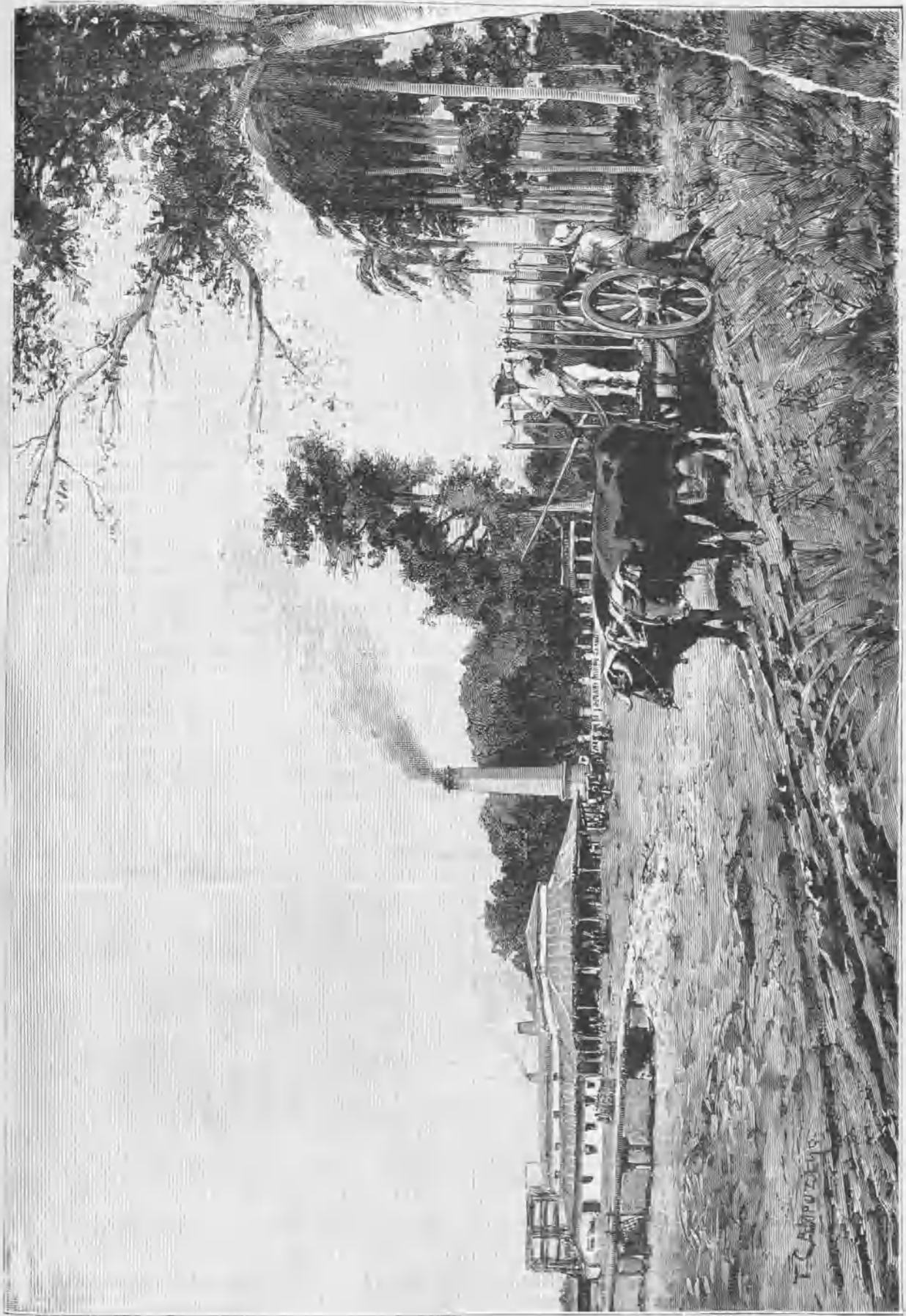
No temas el férreo yugo;
Levanta altiva la frente,
Que la virgen inocente
Nunca tiembla ante el verdugo.
Por algo al cielo le plugo
Fijar en tí su mirada;
Por algo jura en su espada
El guerrero, al defenderte,
Morir primero que verte
Ó vendida ó deshonrada.

Antes se obscurecerán
Los reflejos de tu sol;
Antes el pueblo español
Será el cráter de un volcán;
Antes tus héroes irán
De harapos viles cubiertos;
Antes en campos desiertos,
Heredad, valles, colinas,
Serán montes de ruinas
Y pirámides de muertos.

Antes en ronclos clamores
Y en tremendo poderío
Saldrá del sepulcro frío
La voz de nuestros mayores;
Antes tus conquistadores
Pisotearán su laurel;
Antes en lucha crüel
Nos darán su maldición,
Desde sus naves, Colón;
Desde Granada..... Isabel.

ANTONIO F. GRILLO.





UN INGENIO EN LA ISLA DE CUBA.—(Dibu o de Campuzano.)

T. Campuzano

LA BLANCA LUNA.

*Incluz Actvov vidit sine vete Dianam
Præda fuit canibus non vilis ille vitæ.*

OVIVIO, *Trist.* LIB. II.

MENTIRIA como un bellaco el mortal capaz de aseverar que jamás fijó atención ó vista en el astro de los pálidos resplandores y de las perdurables tristezas. Cuando su argenteo disco nada en el sereno azul de noche sin estrellas ni nubes, hasta los niños la buscan y le tienden sus anhelosas manecitas, abriéndolas y cerrándolas al instinto de adquirir y lograr, ya rudimentario en la niñez, cáscara ó película donde se contienen y encierran todas las simientes productoras de ideas y acciones para los estados sucesivos de nuestra existencia. En tal inclinación de los niños originase la frase vulgar, que los cree, por pediguños é interrogantes en la inquietud propia de su desarrollo intelectual, ó por juguetones y movetizos en la inquietud propia de su desarrollo material, tentados á demandar, si los consienten, miman y malcrian, hasta la luna en peso y en persona. Con frecuencia se me presentan á la memoria los vespertinos crepúsculos del valle meridional donde corrieron mis primeros años y despertaron mis primeras emociones. Cuántas veces, al anochecer, en el regreso de las huertas á los hogares, cuando acababan de tocar las campanas á oración y acabábamos de rezar nosotros el *Ave Maria*, descubriéndonos y parándonos acompañados del jornalero que llevaba su azadón reluciente al hombro y del leñador que llevaba sus tomillos olorosos á la espalda, surgía el astro de la noche por el oriente plateado á su luz, en contraposición al ocaso eurojecido por las reverberaciones últimas del sol; y al verla suspensa con tanta hermosura sobre la meseta de alta montaña, cual una hostia sobre las aras de sacro altar, nos arrobábamos como embobados, sintiendo afanes incontrastables por subir hasta las cumbres y acariciarla con nuestras manos. Ignoro qué misteriosísima superstición inspiraba los frecuentes avisos dados por las niñeras de no mirar á la luna mucho, pues recordábanse casos de haber bajado á comerse y tragarse los niños mirones. Podría repetir hoy graciosa disputa de hace cuarenta y más años sobre tal tesis, entre una vieja del lugar y un astrónomo del campo, industriados los dos por decirse antiguos en cosas lunares. Juraba alla en Dios y en conciencia saber de cierto que descendía la luna en perseguiimiento de los niños malos, y achacaba él á embusterías de brujas tales consejas, provenientes de una cosa: de que la luna ofrece sobre su redonda superficie la imagen de triste pastorcillo, cargado con haces y circuido de ovejas, en los días de su luz más viva y de su plenitud más completa. Y en efecto, yo sé decir de mí que, mirando y remirando el disco en los plenilunios, encontraba por su esfera de transparente alabastro reproducido el tal

dibujo, como reproduce la plancha fotográfica los objetos sobre ella impresos por los correspondientes cristales. Y luego, allá en el examen de la ciencia infantil instintivamente aprendida, y análoga de suyo á la nutrición tomada por los poros en absorciones continuas, ya extraídas del suelo, ya del aire, preguntándome yo á mí mismo por qué velamos un pastor y no ningún otro ser ó objeto, en la luna llena, me fué imposible de comprender y explicar tal misterio, hasta que vinieron á mis manos en la cátedra de latín los *Metamorfóseos* de Ovidio, los cuales muestran cómo las ninfas se convertían en las rocas de las marinas riberas ó en las adelfas de los secos torrentes. Y allí encontré la imagen del pastor visto por nuestros ojos, conteniendo vagos recuerdos de la fábula del misero Endimión, dormido al susurro de los arroyos, al borde de la fuente, á la sombra de los árboles, y besado por su casta luna, en la voluptuosidad que presta de suyo, aun á los más castos, una tranquila noche de primavera ó estío, aromada por tantas esencias y henchida de tantas melodías. ¡Cómo se conservan las tradiciones universales en medio de su continua transformación! Los festejos con que celebramos los dos solsticios de invierno y estío, en las noches de Navidad y de San Juan, provienen de las liturgias helénicas; al comienzo de Febrero, por la Candelaria, encendemos luces como en sus lupercales antiguas las encendían los romanos por el mismo mes; ponemos, como los asiáticos, nuestros sepulcros á la sombra de los cipreses y de los sauces; coronamos nuestros poetas de laureles en el Parnaso moderno como en el antiguo, mientras á nuestros héroes los coronamos de roble bajo los arcos de triunfo; preferimos orientar la mayor parte de los templos, como los persas, hacia la salida del sol, y como los indios encendemos en Sábado Santo la lumbré divina y renovamos el agua lustral entre himnos y estremecimientos de natural alegría. Pues los dos aspectos de la historia de Endimión, las castas inclinaciones de Diana hacia él, correspondidas con amor audaz por el joven cazador, despedazado en castigo de tal audacia, se desparraman por las consejas de mi pueblo, por los cuentos de sus viejas, por los terrores de sus niños. El culto y devoción á la luna existía en los apriscos y en las majadas mucho antes de que allá, en el templo de la misteriosa Éfeso, coronasen los sacerdotes orientales con una cabeza de ternera un troncó de encina, y transmitiesen los mitos repetidos oralmente por los poetas y por los cantores populares á los poemas de Orfeo, á las teogonías de Hesiodo, á los *Metamorfóseos* de Ovidio, donde han hallado luego pintores y escultores los mármoles de rico Paros y las líneas de incomparable armonía para sus Dianas adoradas en los templos y sobre los altares del arte.

A ningún astro han los poetas cantado como á la blanca luna, porque ni rayo de nuestro sol ni contelleo de lejana estrella exhalan la poesía exhalada por el melancólico

satélite. ¡Cómo se deslizan sus resplandores místicos entre las ramas de los olmos! ¡Qué argenteos dan sus rayos á las ondulaciones del arroyo! ¡Cuál baño el de la luna llena cuando se refleja desde su zenit, en el silencio de la noche y en el misterio de las sombras, dentro de un lago tranquilo y celeste! Quien haya visto la luna de Agosto y Julio en el Mediterráneo, comprende toda la clásica perfección del mundo antiguo, aquella hermosura sin contrastes, aquellas armonías concertadísimas, aquellas proporciones acabadas, aquellas consonancias de cielo y tierra; el mar parecido á un horizonte y el horizonte parecido á un mar, lloviendo aquél su luz con tanta calma y reverberándola éste á su vez en la superficie tranquila, como si recibiera por las rompientes y ondulaciones de sus aguas una lluvia de luminosas estrellas. El cementerio toma tristeza sublime del astró de las noches. Una estatua funeraria se reviste de grandeza sobrenatural en el incierto centelleo de aquellos rayos suaves. Los vascos llaman á la luna luz de los muertos. Así no hay para los arcos rotos, para las estatuas destrozadas, para los acueductos interrumpidos, para todas las ruínas, entonación como las que suelen prestarlas, envolviéndolas en gasas fúnebres, las noches de luna. Ved á sus tintas el murciélago, la lechuza, el lobo, y os parecerán aves fantásticas recamadas de un destello ideal. Oid el ruiseñor, y os creeréis transportados al Paraíso. Los rayos de la luna, y las cuerdas de la guitarra, y las canturrias del amante, y los latidos del corazón de la amada se corresponden á una en la serenata, como se corresponden las notas del pentágono y los colores del prisma en la Naturaleza. De aquí aquella impresión dejada en nuestros oídos por la célebre melodía de *Norma*, cuando se levanta la luna llena por los bordes del horizonte, y la sacerdotiza puesta de pie sobre las aras del dolmen rudo y bajo los ramajes del encinar sacro, recorta el mándago de los troncos húmedos con su hoz áurea y lo reparte á todos entre las cadencias de un himno, á cuyos acentos las sepulturas se abren como cálices de flores y las almas de los muertos se levantan para unirse al coro armonioso, demostrando la inmortalidad. Y con este himno se corresponde y enlaza la magnífica relación de Fausto, el cual, cansado de su ciencia, consumido en sus retortas, cubierto por el polvo de los libros como la momia por el polvo de los siglos, petrificado en su laboratorio de tristes esqueletos y vacías redomas, siente que le llaman á la poesía inmortal de la Naturaleza los rayos de la luna cernidos por los vidrios góticos y reverberados en las losas frías, convidándole á subir por las cimas de las montañas y á vagar por los senos de las selvas en busca del placer, para inmerger así todo su cuerpo en los effluvis de la vida cósmica y caldear toda su alma en las llamas del amor universal. La luna penetró en el pensamiento de Byron y lo iluminó con sus delicadísimos rayos. Una tarde venía del Lido por la entrada del Gran Canal que comienza en la piazzetta de San Marcos. La barca se deslizaba entre iris misteriosos al reverberar de un crepúsculo fantástico en los cielos, y al reflejo de los cielos en las aguas arboladas, de cuyos cristales salían los monumentos como de bello engarce compuesto por guirnalda de perlas y de ópalos. Todas las torres de Venecia echaron al vuelo sus campanas en la víspera de gran fiesta religiosa; y sus conciertos, dulcificados por las lagunas, parecían venir de otros horizontes y hablar al espíritu de otros cielos, de otros soles, de

otros mundos. El escéptico, al eco del campaneo y al reverberar del crepúsculo, sintió cómo su alma tomaba sin quererlo alas de ángeles y propendía irresistiblemente á subir hacia lo infinito por medio de una oración que lanzaba de su seno tan espontáneamente como lanzan á las alturas sus vapores los hondos senos del mar. Y vió deslizarse, vestida de azul, calzada con la luna, por los aires arbolados, sobre los lagos celestiales, entre aquellos edificios parecidos á evocaciones religiosas, la Madre del Verbo, saludada por coros de poetas, que llenaban todo el espacio, como las notas del órgano llenan todo el templo, produciendo los melodiosos adjetivos de una letanía sin fin.

Los seres más vulgares, por manera inconsciente, alcanzan las misteriosas relaciones entre nuestra compleción de hombres y la nocturna esposa del planeta. Si otras revelaciones no dijeran cómo nadamos en la vida universal, diríanlo á una las tristes y dolorosas de los humanos achaques. La nube formada en la curva del horizonte pesa con abrumadora pesadumbre sobre la curva de nuestro cerebro; y el rayo encendido allá en lo alto culebrea por nuestros nervios y los sucede antes de que hayan estallado sus estampidos y centelleado sus chispas en la tempestad. El hierro de las minas viene por misteriosos conductos á los glóbulos de nuestra sangre; la cal del camino se aglomera en las armaduras de nuestros esqueletos; los jugos de la tierra se transfunden á nuestros humores; y vivimos del aliento de los árboles, cual ellos á su vez viven de nuestro aliento. Pues lo mismo sucede con esa luna tan recatada, que sólo quiere mostrarnos una de sus fases, lo mismo. Dejando aparte su relación sabida con las mareas, preguntadles á los pescadores, y os dirán cómo influye sobre los mariscos; preguntadlos á los jornaleros, y os dirán cómo influye sobre la vegetación y sobre los frutos. En todo el Mediterráneo se reconoce cómo la luna del frío Enero tiene una especie de filtro, de calce ante, de narcótico tan eficaz para las aguas, que nunca dueñen cual en ese mes, pareciéndose, por lo petrificadas é inmóviles, á turquesas unas veces, á esmeraldas otras, y las más á ópalos. El pobre labrador, cuando ve por Febrero madurar tanto á su almendro y coronarse con las guirnalda de rosáceas flores, tiembla por la terrible luna de Marzo. Roja la llaman los franceses en su habla popular, imputándole todas las heladas que abrasan los brotes de los árboles y ponen maltrechas las cañas de los sembrados en las prematuras primavera. Por el Trópico no puede una herida quedarse á la luz de la luna, según lo mucho que se recrudece; y como nosotros padecemos de insolaciones, padécese de inundación allí. Pero ¿qué más? un gran poeta puso el juicio de cada ser humano en los espacios de la luna, cual partidas de bautismo en libros parquiales. Ha convenido el habla en llamar lunático á quien carece de madurez en sus pensamientos, de consecuencia en sus actos, de medida en su vida, y que, ligero de propósitos, déjase arrastrar al acaso por el curso tortuoso de los acontecimientos sin dominarlos ni dirigirlos. Cuando le asalta de súbito un arrebato á cualquier vehemencia, apasionado, loco, suele decir con acierto el vulgo que le ha cogido una mala luna, como se dice del borracho triste y pendenciero que le ha tomado mal vino. Comprendense todas estas supersticiones, llegadas hasta constituir cierta liturgia de la luna, cuando rudimentaria ciencia, desprovista de auxiliares é instrumentos, imugiba los dos primeros astros



ALDEANA DE LA SELVA NEGRA.

del espacio á los dos que ven mayores nuestros sentidos en día y noche. Mas, creedlo, aumentando el conocimiento relativo de nuestro cielo, y disminuyendo ese conocimiento la importancia del satélite, no disminuye por eso el poder atribuido á los rayos lunares sobre las cosas humanas. Prescindamos de aquella religión antipagana y monoteísta, que hizo como un símbolo de sus victorias la media luna, tan brillante y hermosa por los desiertos y por los cielos de Arabia. Prescindamos de aquellos pueblos sabeístas, que reduciendo la teología y sus dogmas á nociones astronómicas, mejor dicho, astrológicas, personificaron en la luna todo el lado femenino de la divinidad. Prescindamos de aquellos otros pueblos sacerdotales que profesaron el dogma de la inmortalidad, é hicieron de la luna, tan dulce, aquella Hécate sombría, conduciendo en los pliegues de sus sombras las almas de los muertos á los abismos infernales. No hablemos siquiera de las liturgias más santas entre los pueblos más cultos, que mueven ciertas fiestas mayores en correspondencia con los movimientos lunares y determinan días y semanas solemnes por la luna creciente y por la luna llena. Podrá parecernos diminuta en nuestros cálculos matemáticos; una mortaja de generaciones extintas atada inseparablemente á nuestra tierra como el sudario de un muerto al caluroso cuerpo de un vivo; tosca pedrusco tan triste y tan pavoroso como la losa ó inscripción de un sepulcro; pero por esto mismo quizás á su luz confiarán los tristes las penas más hondas y más calladas de sus pechos, y los poetas las inspiraciones más elegíacas de sus fantasías, y los músicos las serenatas más melodiosas de sus arpas, y los amantes sus vagos suspiros, sus inciertas esperanzas, sus dolores sin consuelo, todas las tristezas compañeras inseparables de las grandes pasiones amorosas, las cuales preferirán la luna débil y triste al sol encendido y luminoso, pues, aunque predestinadas en el plan de la Providencia eternamente á propagar la vida y á mantener por su generación las especies, sentirán invencibles propensiones á la desesperación y á la muerte.

Así como todo planeta puede llamarse satélite del sol, se llama toda luna satélite del planeta. Cuando nuestros meteorólogos experimentan las muchas perturbaciones traídas al aire terrestre por el satélite único de la tierra, miran á veces con horror verdadero aquellos mundos seguidos de varios satélites, como Júpiter, y ni por el oro de aquí ni por el oro de allí sumados emigrarían á tan subvertidas atmósferas. Y sin embargo, ¿cuántos y cuán maravillosos secretos del Universo no ha revelado la luna, y cuántos misterios no hemos sorprendido en sus miradas á nuestro mundo y en sus coloquios con nuestros reveladores y nuestros sabios! Terminaba el siglo décimoquinto cuando Copérnico dirigía su anteojo imperfectísimo al disco del satélite por reveladora noche de total eclipse. Sobre aquel romano Foro, cuyas ruinas sobrepuestas unas á otras parecen fragmentos de un sol extinguido, el cura eslavo asestaba el instrumento, que debía producir una revolución en el cielo, al rostro de nuestro satélite, pidiéndole indicaciones del misterioso Todo. Por los mismos años otro eclesiástico, un fraile germano, preparaba en la conciencia religiosa una revolución análoga de sayo á la concebida por el canónigo polonés en los conceptos del espacio, y la preparaba por los senos misteriosos de Roma, eterna madre de todas las maravillas del espíritu moderno, aun de aquellas, al parecer, atentatorias á su poder y á su

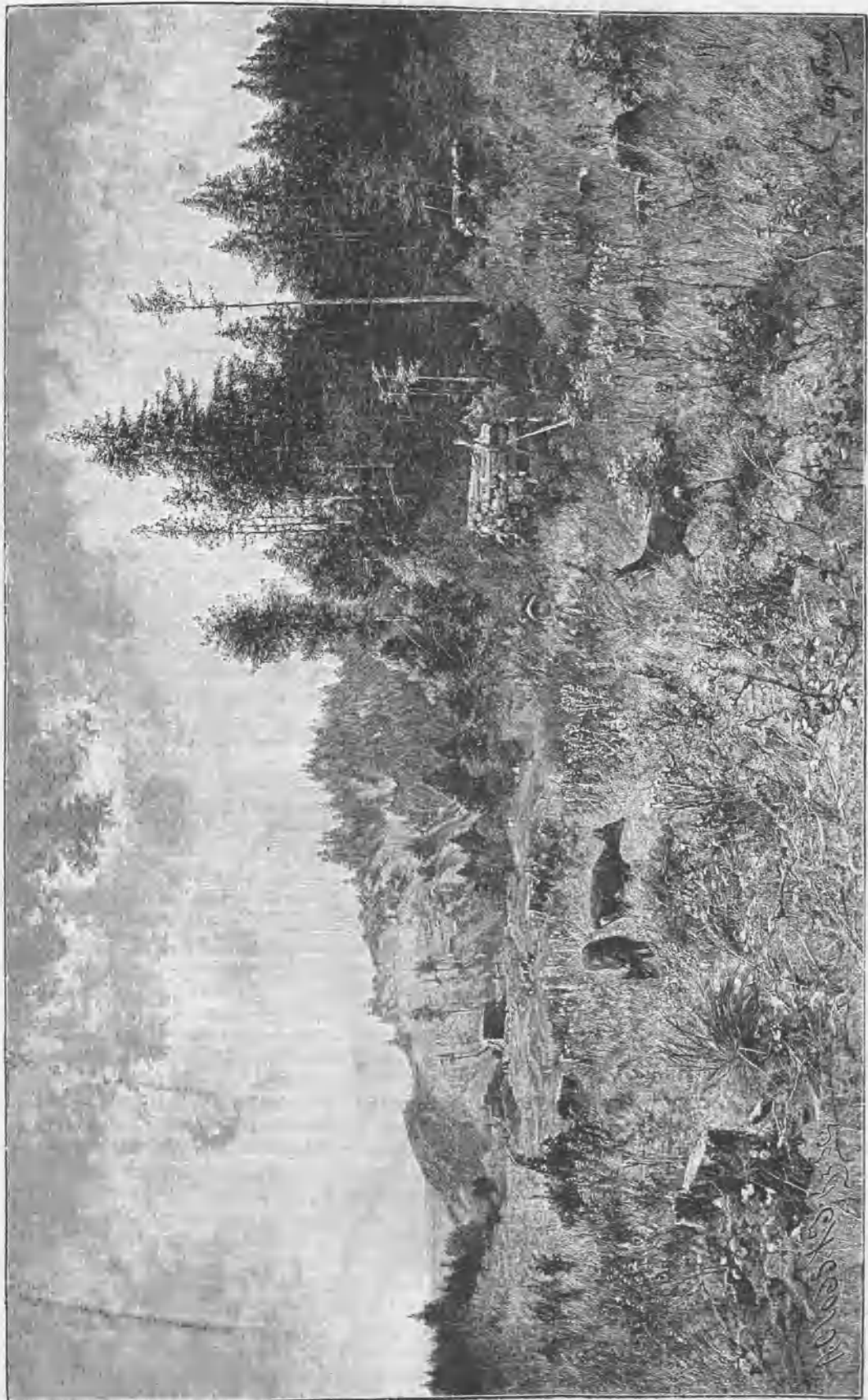
grandeza. La noche de aquellas observaciones, el melancólico astro, que brillaba con vivo resplandor, esclareciendo los arcos y los intercolumnios, recamando las cresterías y los relieves y los triángulos, rompiéndose como en espejos en las lisas piedras de la Via Sacra, comenzó á oscurecerse, porque la encubría del sol común á todo nuestro sistema solar el ingreso é interposición de la terrestre sombra en su disco. Y mirando de hito en hito el paso de esta sombra planetaria por su satélite, la vió el sabio esférica, y alcanzó así la esfericidad de nuestro mundo. Y de tal esfericidad dedujo como era la tierra un astro parecido á los demás en los espacios, y no una extensión plana, cual querían las nociones hasta entonces divulgadas. Y de pensamiento en pensamiento, de deducción en deducción, de hipótesis en hipótesis, llegó á concebir y divulgar el concepto entrevisto por algunos filósofos antiguos, que fijando nuestro sol en el foco de las elipses planetarias, imprimen un movimiento á la tierra, comunicable al espíritu también, para prestarle con las apariciones sublimes de nuevo ideal el calor de nueva y más preciada vida. Desde aquel entonces anduvimos de invención en invención, y unas veces por el estudio de los satélites, otras por los viajes emprendidos y acabados alrededor del globo, ya siguiendo las oscilaciones del péndulo indicadas por una hermosa lámpara bajo las bóvedas de la iglesia mayor de Pisa, ya levantándose desde la caída de una manzana sobre la frente hasta interrogar por qué la luna jamás cae sobre nuestra tierra, comprendimos y explicamos el sistema de la universal atracción, completado por el sistema de las químicas afinidades; y creímos haber hallado en la mecánica celeste una clave para descifrar hasta el origen de los aerolitos, de los planetas y de los soles en la infinitud del espacio. De aquí la grande atención y cuidado con que seguimos á la luna y le arrancamos sus secretos. La vecindad tan próxima la pone más cerca del radio de nuestras experiencias y la hace preferente objeto de nuestras miradas movidas por una inconsciente, pero sana curiosidad. Créese mucho más fácil penetrar por medio de nuestros sentidos, ayudados de los modernos instrumentos, en ese astro que allá en los apartados por espacios incommensurables, ó perceptibles sólo á la indagación de nuestros más íntimos telescopios. Como hay un sistema filosófico muy célebre y muy vulgarizado, que cree á la tierra templo y habitación única del espíritu, negando á los astros todos la presencia de seres libres y racionales en sus espacios, hay otro sistema conjetural, puramente conjetural, pero que induce por analogía la existencia en todos los planetas análogos al nuestro de seres orgánicos, unos más cerca de la materia como nuestra especie infernara, otros dotados de inteligencia, libertad y razón. La Naturaleza no produce nunca seres únicos y singulares; los multiplica en su increíble fecundidad, exclaman los creyentes en la pluralidad de mundos habitados. Y así como no produce una flor sino muchas flores, no un ave sino muchas aves, no un átomo sino muchos átomos, no un sol sino muchos soles, no ha podido producir en ese urenal de orbes dilatado en el espacio infinito un solo mundo habitable, sino muchos habitables y habitados. Era natural que la luna pudiese resolver esta conjetura y tornarla en realidad antes que ningún otro mundo, y por eso á la triste luna con preferencia se han dirigido las interrogaciones, y todos hemos echado en broma ó de veras nuestro

cuarto á espadas sobre los habitantes de la luna, á pesar de la célebre interrogación del aquel baturro que decía: «Si la luna estuviese habitada, compadre, ¿dónde se meterían sus habitantes cuando mengua?»

Declaro que, inquieto á mi vez por estos problemas, cuando el deber preferente de cultivar las ciencias históricas y literarias al par de las morales y políticas lo permite, ¡ah! éntrome también, aunque á guisa de profano, por los reinos de la difícil astronomía, y estudio algo en ellos, como vagar, por lo menos, de otras ocupaciones más indispensables y más imperiosas. Me avergüenzo trayendo á las mientes aquí ahora cómo nunca estuve, por pereza, en sitio tan cercano á mi casa y tan dentro de mi Universidad como el Observatorio de Madrid. Mas en París no me sucediera lo mismo; y se comprende. Solemos estudiar las ciudades que visitamos, con preferencia natural á las ciudades en que vivimos. Aquí, en Madrid, creo disponer de la vida entera para verlo todo, mientras en París, Florencia, Roma, Londres, aprovecho el tiempo de mi paso, por si no vuelvo. Y visité, una clara noche invernal de luna, rarísima por las latitudes aquellas, con frío de diez grados bajo cero, el Observatorio parisiense, conducido á él en alas de mi amor á la ciencia, ó como dijieran los antiguos, de mi filosofía. La Historia, en nuestro tiempo, abarca todo el desarrollo de la humanidad. Así, lo mismo atiende á sus facultades intelectuales que á sus facultades, por ejemplo, estéticas; y lo mismo narra los momentos por donde ha pasado el arte y la ciencia que los momentos por donde han pasado la legislación y la política. Necesita el historiador saber desde la historia de los médicos hasta la historia de los astrónomos. Imposible, ignorándola, calificar como se debe y se necesita la dominación musulmana en la Península. Yo no puedo decir que tenga competencia en estos varios estudios, pues cada cual exige la devoción completa de un alma entera; mas siento por ellos, como por todas las ciencias, aficiones incontrastables. Así miré con atención verdadera por el telescopio, y vi la blanca luna con la vista más escudriñadora y más intensa que la vista vulgar, con la vista del astrónomo. Dirigí entonces el Observatorio Leverriere, sabio ilustre, á quien sus estudios profundos habían revelado algún que otro planeta, pero á quien sus planetas habían dado alguna que otra pasadumbre, por aquel tiempo en que hasta los astrónomos imperiales, como Leverriere, sabían merecer de los astrónomos republicanos, como Arago, idéntica oposición que César y el cesarismo. Senador, bonapartista, hasta cortesano, decían sus émulo, había medio para tomar falta de obsequiosidad á un democrata, como yo, en toda la ebullición de su sangre por aquel entonces, y con todos los fanatismos conaturales á doctrinas ardientemente profesadas y de todo órazón queridas. Pero equivoquéme de medio á medio, hallando al sabio tan obsequioso conmigo como si recibiera, en vez de á un emigrado lamulde, á un colega ilustre ó á un soberano europeo. Bien es verdad que llevaba recomendación muy eficaz del gran periodista Girardin, y compañía fraternal en sabio redactor de *La France* y en el querido amigo Güell y Renté, muertos todos, menos quien esto escribe, un poco fatigado ya de la vida y un mucho dolorido de sobrevivir á tantas personas amadas en este valle de lágrimas. Por la inevitable asociación de ideas, frecuentísima en mi fiel memoria y en mi activa sensibilidad, evocaba

yo las lecciones de astronomía lunar dadas en el campo á mi niñez por la tía Madeja y las ponía en parangón abierto con las lecciones de astronomía lunar dadas por el sabio Leverriere á mi edad madura en el Observatorio, pareciéndome asistir en espíritu, no á dos periodos cortísimos y cercanos de mi vida individual, á dos edades máximas de la historia, si, á la edad en que predominaba la magia y traían del cielo noticias los aparecidos, y á la edad en que predomina la ciencia y traen del cielo noticias los prismas y los telescopios. Miré mucho, y vi poco. La impaciencia embargaba naturalmente mi atención, y el deseo de no molestar al maestro aceleraba mucho aquella rápida enseñanza de una sola noche. ¡Cuán diversas todas las cosas vistas desde lejos á vistas desde cerca! El Mont-Blanc, que mirado, al caer la tarde, por el ginebrino lago parece un coloso, mirado á sus pies, en la mar helada de Chamounix, parece una colinilla, no obstante su diadema de nieves perpetuas. Pues no creáis al astro de la noche tan poético retratado en la lente del telescopio como retratado en la retina de vuestros ojos. El telescopio afea el rostro de la pálida luna, como el microscopio afea el rostro de la mujer bella. La imagen me causaba mareos como la vista de un cuadro disolvente. Lo primero en llamar mi curiosidad y atención fué aquel contraste brusco de luz y sombras. Luego no acertaba con lo que veía, distando mucho la sensación de mis sentidos y las designaciones de mi maestro. Parecíame como una esponja lo designado por su palabra como verdadero monte, y bautizado de antiguo con nombres y apellidos propios. Unas veces creía descubrir gigantescas arañas de cuerpo blanco y patas negras, como esos seres monstruosos guardados en los archivos de las edades geológicas; otras veces se me antojaba columbrar una selva de hongos ciclópeos, aislados los unos de los otros, pero numerosísimos y enormes; ya la imaginación, poniéndose tras el sentido, fingía pirámides trencadas y agujas esbeltas y rotondas, como si toda la superficie lunar estuviera cubierta por Montserats infinitos; ya en ciertos lados, muy oscuros, creía divisar madróporas muy raras; pero todo sin color, sin gradaciones, sin suavidad en las tintas, sin arrebolado de matices, al revés, mezclas de albayalde y carbón cristalizados en figuras geométricas imposibles, todo cuanto queráis, menos aquella melancólica y dulce luna que derrama tanta poesía en todos los objetos y aviva emociones tan dulces en todas las almas.

Había pasado mucho tiempo de tal visita, y así me acordaba yo de los estudios lunares como de las coplas de Calainos. La primera época de vida parlamentaria, y el paso por las altas regiones de un gobierno tan proceloso y combatido como el mío, divirtieron el ánimo de los estudios, puestos en olvido, bien criminal é ingrato, pues ellos, y sólo ellos, nos prestan esparcimiento con sus noticias é ideas, y nos ilustran la inteligencia, motor del albedrío y determinante de todas nuestras acciones. Así que la derrota de mi causa y la expulsión de mi partido trajéronme ciertos ocios, incompatibles con la tribuna y el gobierno, reanudé las antiguas ocupaciones científicas, y las reanudé allá en París, de intento y á conciencia. No se publicaba libro ninguno en la capitalidad intelectual de nuestra Europa sin que yo lo adquiriese, ni se decía conferencia literaria ó científica sin que yo la presenciase. A maravilla me ayudaba en tal empeño con su inteligente actividad mi fraternal amigo Adolfo



MAÑANA DE PRIMAVERA.

Calzado, trayéndome noticias de libros y procurándome reuniones de literatos y sabios, cosa fácil á su incansable actividad, tan dispuesta de suyo á un cálculo matemático y á una operación bancaria como al culto de los principios puros y al cultivo de las artes bellas. Dió por Noviembre ó Diciembre de 1875 el célebre Flammarion una lección oral acerca de la luna, y allí me presenté yo, conducido por mi curiosidad y su compañía con la familia de Calzado y con mi propia familia. No puede contarse, á pesar de la primacía que ligeramente otorgamos entre nosotros á cuantos escriben extrañas lenguas, muy subido rango dentro de la sabiduría hoy al sabio de que hablamos. El mérito de los servicios por él prestados y prestables no puede ponerse de ningún modo junto al mérito de los servicios prestados en química por Dumas, en fisiología por Bernard, en ciencias naturales por Darwin, en astronomía por Sechi. Espíritu alejandrino, por razón de sus cualidades sincréticas, y por la mezcla de un panteísmo materialista con ciertas ideas cristianas, este astrónomo, absorbido á la continua en una contemplación magnética de los astros, exhala sus teorías envueltas en rosadas nubes y en aromados vapores, sobre cuyas nubes y vapores van tendidos iris varios, muy semejantes á los que llevaba sobre sus poéticas doctrinas el oriental misticismo. La inteligencia de Flammarion pertenece á la estirpe de las inteligencias vulgarizadoras. Aunque no peca de vulgar, es uno de los ejemplares psicológicos más merecedores de alta estimación, si bien por la fuerza de su fantasía y no por la exactitud de sus conceptos. Las generalizaciones atrevidas, la inducción aulaz, el método semifuncionista de la universal analogía tomado como una lógica manera de llegar á la verdad, prestan á los trabajos de este filósofo un carácter más bien de poema en prosa que de rigorosísima serie científica. No colocaré yo sus libros de ciencia, como ha hecho algoien, junto á los libros de literatura producidos por Julio Verne y encaminados á vulgarizar las ideas y las nociones científicas. Todo libro de Flammarion, más que un carácter novelesco tiene un carácter épico, y se propone con bien firme propósito enseñar, no divertir, traer á quien leyere instrucción útil y no recreo estético. Estas inteligencias vulgarizadoras, que semejantes á las aves en celo, llevan las pajillas y los granos al nido y al buche de los pequeñuelos para mantenerlos y abrigoarlos, están como dotadas de un carácter maternal que las vuelve inviolables y sagradas á mis ojos. Quien hiere allí en mis campos del Mediodía á una golondrina, se atrae tanto anatema como si hubiera herido á una persona. Cuando las democracias suben, y suben por ascensión incontrastable, como la que llevan en su crecimiento los cedros del Libano, y han menester los infimos, los menores, de una ilustración con que reivindicar sus derechos, las inteligencias encargadas de la vulgarización del ideal ó ideales necesarios al humano linaje no aparecerán como las mayores, mas de seguro aparecen como las más útiles tarde ó temprano en el juicio universal. Fuera de aquellos profetas á cuyas revelaciones debemos las Biblias de la ciencia, el sistema de Copérnico, los libros de Galileo, no reconozco en las estirpes segundas y terceras del humano saber quienes aventajen á estos Bantistas, reñidos con las fórmulas de ignota jurisprudencia ó con las liturgias esotéricas del misterio, para conducir los pobres de sabiduría y los pequeñuelos de estatura intelectual á conmlgar en las ideas aprendidas á tanta costa,

y recibir, merced á tal comunión, la sangre y la vida del genio, consustanciándose con su divina esencia. Como el pajero pone trampas en el campo á fin de prender vivas las aves del cielo y llevarlas á vuestras manos, pone libros en el acervo de la instrucción contemporánea Flammarion para cazar las estrellas del firmamento y ponerlas á vuestro alcance. No son sus libros esos magistrales llenos de cálculos, que guardan las ideas más abstrusas y las claves más difíciles de la ciencia, y que necesitan una larga preparación de otros saberes, como el metafísico y el matemático, para ser entendidos, por accesibles á una grande aristocracia, única verdaderamente capaz de penetrar en ese Mirab ó santuario de la ciencia, vedado á los profanos; son unas guías de Herdiker ó de Joanne, como las que gustan los viajeros al uso, y que os enteran de cuanto necesitáis saber, sin esfuerzo ni fatiga, en vuestras excursiones por la pobladísima etérea inmensidad del firmamento.

Pero los discursos del popular y popularizador astrónomo no alcanzarán jamás la estima que sus libros. Cuanto produzca Flammarion en la cátedra distará mucho de cuanto produzca en la prensa. Carece de aquella prontitud en unir el concepto á su expresión, que constituye las grandes naturalidades oratorias, aptas para trocar cátedra y tribuna en tripode sublime de súbitas inspiraciones. La menor facultad, la menor, de los verdaderos oradores, quizás sea la que más al vulgo asombra, esa rapidez en verter el pensamiento en su forma con exactitud científica, corrección literaria y propiedad gramatical. Para mí no hay orador sino en el ejemplar psicológico, donde aparece un filósofo artista con facultades bastantes á encerrar dentro de limitadísimo espacio y tiempo una serie de ideas enlazadas por medio de lógica rigurosa cual están los términos de un sistema enlazados, y en proporciones como las de un monumento y una oda. Pensar, decir, ordenar de palabra, sin auxilio alguno, ya por medio de reveladoras inspiraciones, ya por medio de profunda reflexión, una obra, tanto de ciencia por su fondo, cual de arte por su forma, resulta ¡oh! tan por extremo difícil, que hacen bien los pueblos estimándola como la estiman y poniéndola donde la ponen por una especie de consentimiento universal manifestado en universales aplausos. ¡Cuán raros de suyo los grandes oradores! Por tal rareza no debe maravillarnos que Flammarion falte allá en el restricto número de tan escasa estirpe; mas debe maravillarnos que pierda por su lengua el justo renombre ganado con su pluma. Pareceme verlo, tras el tiempo desde aquella noche transcrito, en su rubicunda placidez, la pechera ornada de relumbrantes botones, el reloj pediente de áurea cadena, particularidades baladies de suyo, pero notables allí donde los hombres visten con verdadera sencillez y hasta con descuido; muy dispuesto y ágil trazando cálculos astronómicos y repitiendo mapas lunares en el encerado con su albayalde, pero muy torpe y tarde en decir con claridad lo mismo que sabe con exactitud. El continuador de Fontenelle, empeñado en mostrar por la experiencia científica lo que aquel insigné literato fiaba con mayor acierto á la imaginación creadora, la pluralidad de mundos habitados, no tiene ninguno tan cerca de nosotros para sus observaciones y experimentos y estudios como esa blanca luna, planeta de un planeta, pero esclarecido y sustentado por el sol, que mantiene todo nuestro sistema planetario en su concierto y armonía. Ese mundo

aparece como el teatro más próximo y más propicio para enseñarnos en sus paisajes ó escenarios aquellos seres orgánicos y espirituales á un tiempo, buscados por las indagaciones astronómicas en los innumerables orbes. ¡Qué desengaño el contenido en su conferencia popular sobre la blanca luna! Nuestra compañera es un cementerio, donde la vida no pareció nunca ó se ha extinguido para siempre. Así enciende la luz del sol asemejase, al tocar su disco, á la reverberación de pálida lámpara funeraria en mármolea losa sepulcral. Ved el resplandor de oro que ostentan todos los soles más ó menos lejanos enfrente del resplandor argenteo de la luna, y observad cuán diversos. Parecen los unos brasas, rubies; parece la diosa de nuestras sombras como el blanquecino fosforo de los fuegos fatuos producidos por las frías osamentas desparamadas en las innumerables sepulturas de mundos sobre los cuales no todas las regiones sirven para producir el calor de la vida y todas sirven para guardar los despojos de la muerte. ¡Oh! la media esfera ofrecida en los plenilunios siempre á nuestros ojos, tómaríaisla, según resulta de la observación, por el abandonado laboratorio de un astrólogo ó el museo de un anatomista, colección de fríos esqueletos por los cuales pasaron hace siglos las encendidas burbujas del oxígeno y los rojos glóbulos de la sangre. Hasta las montañas en su aislamiento, pues jamás componen cordilleras; en su aspecto extraño, que las asemeja de suyo á setas y esponjas; en su forma de conos truncados; en su color blancuzco, parecen funerarios túmulos. Aquellos átomos se confunden con partículas de ceniza y copos de nieve. Así no encienden, apagan; y no acaloran, enfrían. Sin embargo, examinados mediante los espectros solares, resultan en su composición química los rayos de la luna idénticos con los rayos del sol, por ser estos mismos, si bien reflejos. Mas el sol carece de poder bastante á vivificar aquella soledad espantosa. Esta continua ebullición de vida en los senos terrestres, los cuales hierven á modo de calderas gigantes, ya encendiendo jugos fácilmente convertidos en savia ó sangre, ya cuajando cristalizaciones fácilmente convertidas en cuerpos geométricos; toda esta suprema y saludable agitación del planeta nuestro vuélvose abandono y silencio profundísimos en el satélite. Los indolentes podrían allí, de respirar, consagrarse al eterno descanso, como el imperturbable de los cadáveres. En ella no temerían los medrosos el huracán que troncha los mástiles, ni el ciclón que desarraiga los árboles, pues no hay tormenta, porque tampoco aire. Así el trueno atorrador, el relámpago culebreante, las granizadas azoladoras, la centella fulminadora por nubes fragorosas y tormentosísimas no se producen jamás en aquellas tristes petrificaciones y en aquellos mortales fríos. Nada hiende, porque nada huele. En vano abriríais las varices para recoger las moléculas imperceptibles que componen aquí los aromas penetrantes; el mineral insípido, incoloro, inodoro llena sus desiertos. Esta paleta de colores que se llama tierra, y que nos presenta desde las praderas hasta los iris, no tiene oficio alguno que cumplir en aquellos contrastes bruscos entre luz y sombra, incapaces de coloreos y matizamientos. Calma eterna sin correspondencia posible aquí donde la vida penetra en los dominios de la muerte y un cadáver amontona gérmenes infinitos de seres nuevos por doquier, y la podredumbre resulta levadura nueva, y el fermento licor henchido de jugos vivificantes. Poneos en idea fuera del aire, y os encontraréis en esa in-

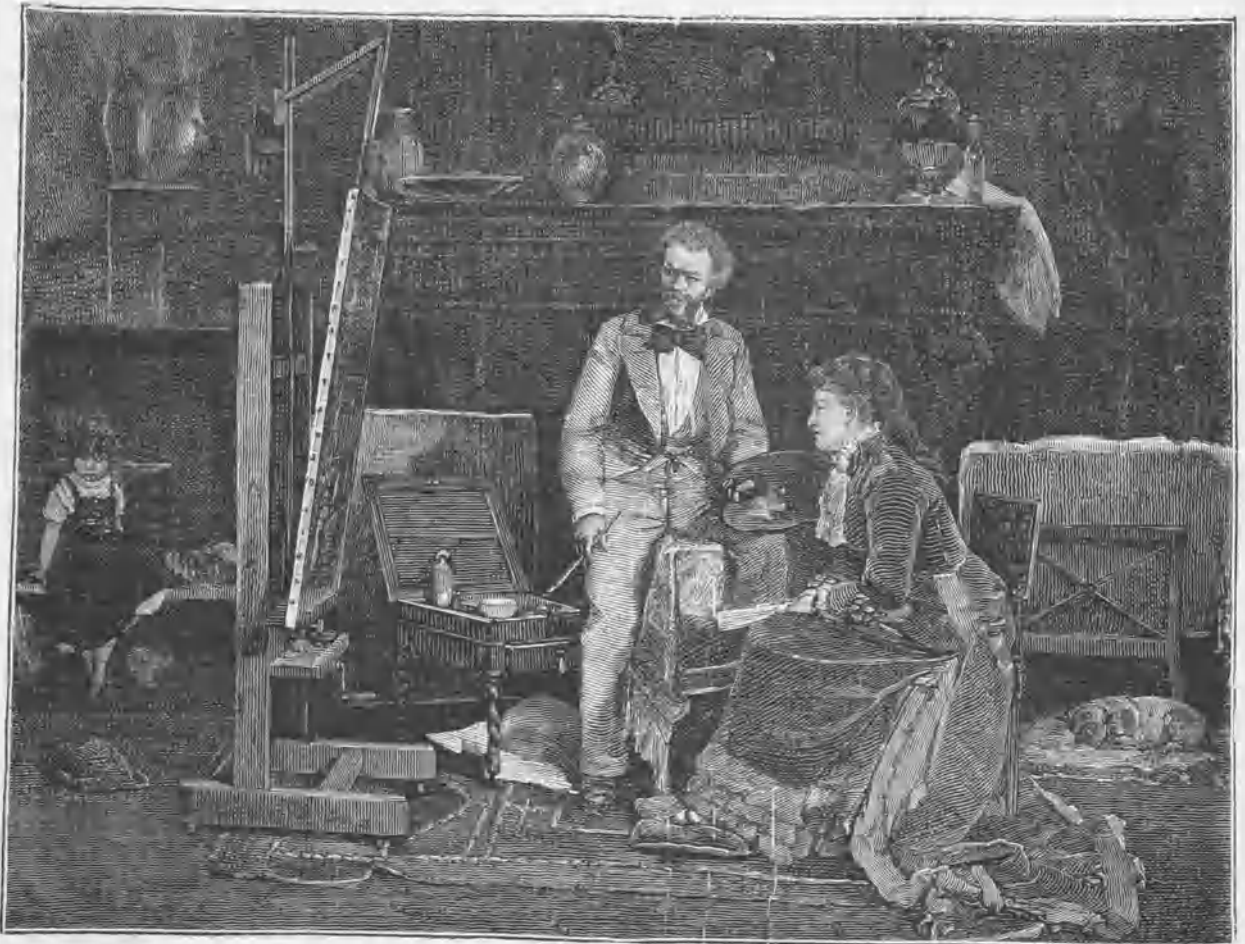
mensa máquina pneumática, donde no se respira. Más fácilmente nos formaríamos, pues, claro concepto del sobrenatural infierno soñado por nuestros místicos en el horror de sus visiones diabólicas, que del globo lunar por los adelantos astronómicos revelado á la ciencia. El desierto donde mueren los camellos exhaustos por no bastarles los odres naturales puestos por la Providencia en sus grandes buches, y donde la nave de semejantes soledades terrestres, el avestruz, cac asfixiado, parecerían un edén de frescura y humedad enfrente de aquellos abismos faltos de aire y agua vitales. Figuras que así como los mares de nuestro polo se truecan en hielo, pudieran todos truecarse á una en granito; pues en tal figuración acaso tuviérais una fotografía del océano lunar. Y espantoso negro lo envuelve todo, como el paño fúnebre al mudo atand. Lo que aquí es cielo azul etéreo, es allí abismo negro profundísimo. Las montañas se tienden aisladas por todas partes junto á grietas insondables; fauces de monstruos parecidos á los engendrados en una pesadilla. Bien es verdad que hasta las montañas son huecas á manera de inmensos apagaluces puestos allí para extinguir la vida. Creedlo, este planeta nuestro va por el inmenso cielo desposado con un cadáver fío.

Naturalmente debemos, al describir la luna de tal suerte, jurar nuestra descripción por la palabra de los maestros. Tiempo, competencia, estudios preliminares, lo necesario para poseer conocimiento propio y seguro en la materia, me faltan. Solamente un genio tan múltiple y vario como Echegaray, mi célebre inmortal amigo, escribe con idéntica maestría un drama romántico y una disertación astronómica. Juan Bantista Vico incapacitaba en su profunda *Ciencia nueva*, tan leída en otro tiempo y tan olvidada hoy á peaar de su mérito, al hombre para conocer efectos de que no fuera él causa, y obras de que no fuera él autor. Mas, á la verdad, si hubiéramos de proclamar como cosas verdaderas y sabidas tan sólo aquellas experimentadas en nuestras observaciones y experiencias personales, diariamente recomenzaríamos trabajos ya concluidos por otros, y lo que ganaríamos en certidumbre, habríamos de perderlo en sabiduría. Todas las ramas científicas exigen librar algo al criterio ajeno y estatuir con cualquier motivo una inevitable autoridad por mayor ó menor derecho. Ahora mismo recuerdo cómo no descubri, ni en las observaciones telescópicas de Leverriére, ni en los mapas lunares de Flammarion, todo cuanto notaban sus dos autores en sus sendas explicaciones. Pero, al observar ciertos fenómenos psicológicos, nada tan justo y natural como decir que no descubrimos en el cielo cuanto descubren los astrónomos, ni vemos en los paisajes aquello que ven los pintores, ni oímos las armonías advertidas por el músico en las consonancias del universo, ni sacamos de las cosas aquel intenso de poesía percibido por los poetas, ni consideramos al universo envuelto en las ideas pensadas por el filósofo y constitutivas del éter espiritual difuso en lo infinito. Por tanto, hay que concederles algo en albricias á sus invenciones y en tributo debido á su incontestable superioridad. Ya lo véis por ellos, por los maestros; esa luna es fría momia. Su faz dulce y poética no tiene una gota de agua que llevarse al paladar, ni un soplo de aire que recoger en sus labios. Pobre y triste petrificación, la vida no late allí tal como la experimentamos y la conocemos en nuestro planeta. Y cuenta que telescopios potentísimos han acercado hasta pró-

ximamente catorce leguas los humanos ojos al disco lunar. Pues ni á estas catorce leguas se columbran los gigantes atribuidos en el *Micromegas* de Voltaire á otros más grandes y más tardos planetas. La luna es inmovilidad, abandono, muerte, olvido, silencio, y en comparación de tanto sol como ilumina el espacio, un átomo de fría ceniza. He ahí cuanto alcanzamos del astro más próximo á nuestro bajo mundo y más sujeto á nuestras imperiosas preguntas. Y, sin embargo, la tal esfera, desierto cementerio, en su mudez, en su pucuma, en su soledad, todavía es aquella luz que platea los cielos por las más hermosas y serenas noches; aquel astro que retrata su fuz purísima en los lagos celestes; aquella musa que despierta el gorjeo en la garganta de los ruiseñores enamorados y el melodioso acento en la serenata de los jóvenes enardecidos; aquella poetisa de quien aguardan las arpas un suspiro que agite sus cuerdas, y los poetas un beso que haga vibrar en cánticos sus labios; aquella

diosa que ha encontrado templos y aras en los promontorios más armoniosos de nuestro planeta, y sacerdotes y fieles entre los hombres más ilustres de la historia, presidiendo á los nacimientos, perpetradores de las generaciones, velando sobre nuestras cunas, las cuales prometen alegrías á los hogares como los capullos rosas al rosal; aquella confidente á cuyo regazo entregamos el secreto de nuestras penas, recibiendo en cambio consuelos, manantial eterno de poesía y de vida. Seguramente nuestra tierra desde otro mundo parece un cielo ideal, y los infelices humanos, ángeles ó bienaventurados. Cuando se observa cómo un cadáver, cual ese cadáver de la luna, vivifica, nos da ganas de gritar á cuantos lo estudian y revelan: callad con vuestros análisis, no me quitéis mis ilusiones, más ciertas y más consoladoras que todas vuestras verdades.

EMILIO CASTELAR.



JUZGANDO EL EFECTO.

UNA NOCHE EN TORTONI.

El café resplandece. Besos de oro
La luz de las artísticas lucernas
Da en mármoles, espejos, porcelanas
Y en las brillantes copas de Bohemia.

Las cristalinas notas del piano
En la cálida atmósfera se besan
Con los chasquidos de las blancas bolas
Y el rumor de la alegre concurrencia.

Todo es placer. Abandonado y solo
En medio del bullicio está el poeta,
Buscando del licor en la onda amarga
Olvido á su pesar, tumba á sus penas.

Es el cantor de Porcia; el gran Alfredo;
El que ha ceñido la gentil cabeza
De la amorosa juventud alegre
Con coronas de mirto y azucenas.

Es el vate inmortal cuyas canciones
Son copas de diamantes y de perlas

Llenas de rico Chipre perfumado
Con ojas de jazmines y violetas,
El lírico sublime de *Las Noches*,
El gladiador que en la encendida arena
Cayó herido de muerte, y palpitante
Su ensangrentado corazón nos muestra.

Vedle apurar el vaso. Su anchá frente
Que ayer ornó la rubia cabellera
Y el laurel, el laurel verde y triunfante,
Hoy abatida está, rugosa y tétrica.

De repente su rostro se ilumina;
Sus ojos de león relampaguean
Y sus labios sarcásticos sonríen:
Es que su mente enardecida sueña.

Sueña el desventurado con el tiempo
En que adoraba la beldad suprema
De la virgen de túnica estrellada:
Su siempre fiel y amante compañera.

Con la edad en que el sol resplandecía
En su laúd de melodiosas cuerdas,
Y en que anidaba la canción celeste
En su espíritu noble de poeta.

Sueña con el idilio de oro y rosa
De aquellas tardes tibias y serenas
En que reía sobre el fresco césped
Y cantaba feliz con su griseta.

Con el tiempo radiante y venturoso
Del laurel y el amor: la edad risueña
En que hay besos divinos en el labio,
Fuego en la sangre, y en el alma estrellas!

Sueña también con la argentada noche
En que bogaba en góndola ligera,
Abrazado á una pérfida hermosura,
Por los negros canales de Venecia.

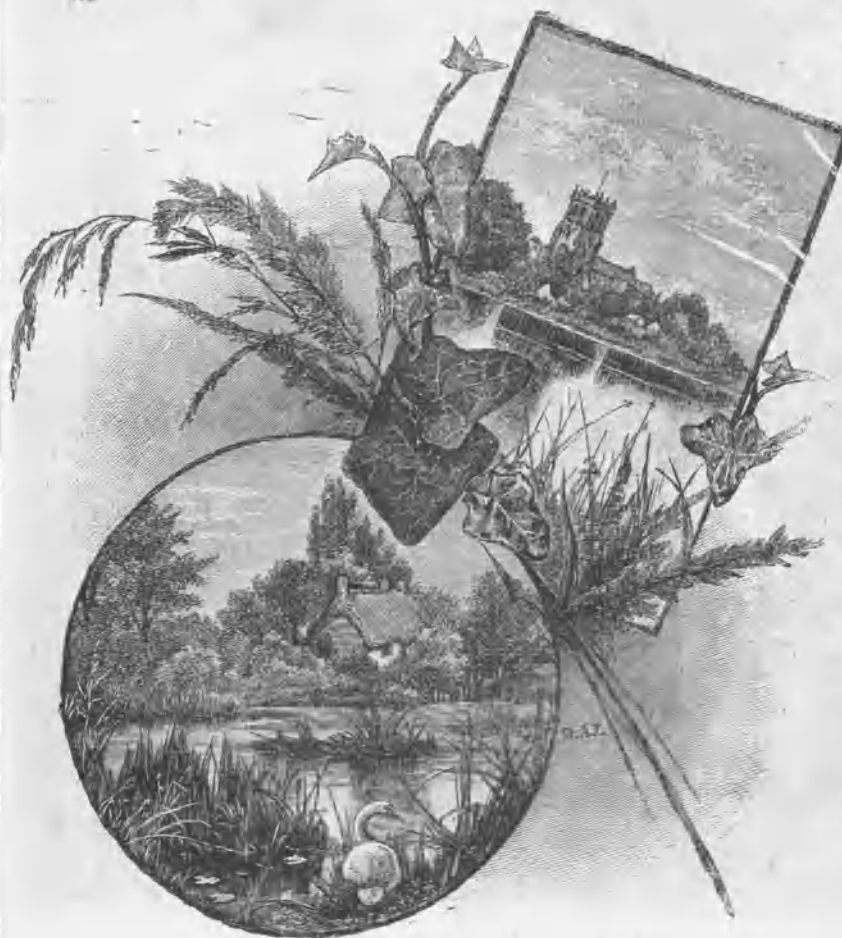
Y al recordar aquel hermoso tiempo,
Viéndose hoy abismado en la siniestra
Noche del vicio y del dolor, las lágrimas
Por sus mejillas demacradas ruedan.

¡Ay! nadie el llanto ve del dios caído,
Más que una joven degradada y bella,
Que con sus labios rojos y culpables
Enjuga aquella faz pálida y yerba!

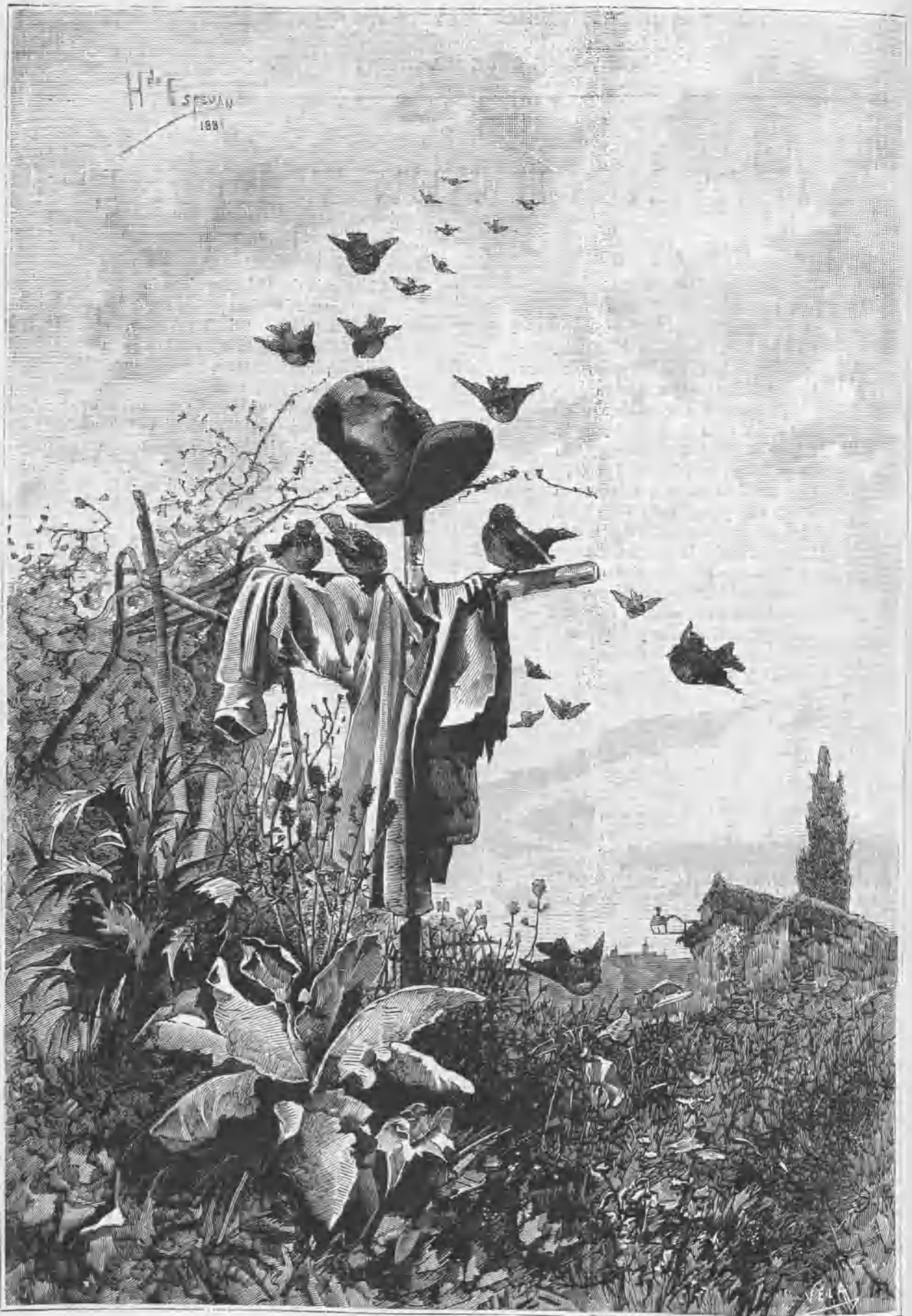
El lodazal del vicio en que te hundiste
; Oh corazón sublime de poeta!
Me recuerda el pantano en cuyo fondo
Miro temblar la fulgurante estrella.

MANUEL REINA.

Madrid, Julio 86.



H. ESTEVAN
1881



MAL GUARDIÁN.—(Dibujo de H. Estevan.)

EL HOMBRE-PÁJARO

CUENTO POPULAR

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.

I.



Nos, decía un maestro de escuela á sus discípulos, no hagáis porquerías, porque los cerdos las aprenden, y hartas saben ellos sin enseñarles más.

Recuerdo esto para que se me perdone el que calle el nombre del pueblo donde pasó lo que voy á contar, porque hartas cosas saben los pueblos para darse mate unos á otros, sin que les enseñemos más los que nos dedicamos á recoger cuentos populares para pulirlos y aderezarlos de modo que regocijen y enseñen un poco y no sean indignos de ingresar en la literatura patria, como lo son cuando los recogemos baboseados de boca del vulgo.

Érase un pueblecillo, no sé si de la Rioja ó de Navarra ó de Aragón, cuyo nombre pertenece á los innumerables geográficos de España que, hijos de la primitiva lengua ibérica, aun subsistente como por milagro de Dios en un rinconcillo sombreado por los montes Pirineos, no los conoce ya como tales ni la madre que los parió, que hasta pasa por el dolor de que cuando por instinto maternal ó por rasgos fisonómicos que observa en ellos sospecha que son sus hijos y quiere cerciorarse de si lo son ó no, la echan enhorramala hasta los más presumidos de sabios, diciéndole que no sea mentecata, pues aquellos nombres son griegos, ó árabes, ó celtas, ó hebreos, ó latinos, ó cualquiera otra cosa que la pobre señora no sospecha, cegada por preocupaciones de la tierra donde se refugió huyendo de invasiones extranjeras.

El pueblecillo de mi cuento está situado en un valle tan estrecho, que parece casi en absoluto de tierra siquiera un poco llana para el cultivo de cereales que no gusten de la costanera como gusta la vid, según el proverbio latino *Bacus amat colles*; y así los vecinos tienen que subsistir casi exclusivamente del cultivo de esta última planta, que se extiende por ambas vertientes del vallejuelo.

La única parte llana de éste es la que ocupan el pueblecillo y un campo llamado de la Peña porque le domina una muy alta, cuyo campo no se cultiva porque es indispensable para solaz del vecindario, que de carecer de él, apenas tendría donde pasear y desahogarse un poco, y sobre todo donde celebrar la llamada por excelencia fiesta del pueblo, sin la cual éste se vería perdido, pues con motivo de ella vende cada año la mayor parte de su cosecha de vino.

II.

Cuando sucedió lo que voy á contar, no tenían los riojanos, ni los navarros, ni los aragoneses la ganga que ahora tienen con haberse dado á la química vinícola los franceses: entonces estos señores se contentaban con dar nombre de Burdeos y Champaña á vinos que tenían derecho natural á tal nombre, y no á vinos que le tenían á rabiár porque les pusiesen motes.

Así era que los vecinos del lugarcillo de mi cuento pacaban la pena negra el año en que no vendían toda su cosecha de vino por cualquiera circunstancia, tal como la de haber hecho mal tiempo el día de la fiesta del pueblo y no haber concurrido á ella los millares de forasteros que cuando el tiempo era bueno concurrían y consumían buena parte de la cosecha.

Un año había sucedido esta desgracia, y todos los vecinos estaban que se les podía ahogar con un cabello, porque, lo que ellos decían:

—Señor, ¿qué va á ser de nosotros este invierno, teniendo la cosecha de vino casi sin vender una cántara con el chasco que nos dió el condenado temporal de la fiesta del pueblo! Nos vamos á morir de hambre si la justicia no inventa alguna otra fiesta que traiga al pueblo los miles de forasteros que entonces nos faltaron. Es menester que el pueblo pida al señor alcalde que esta otra fiesta se haga, y que invente para ella algo que sea muy sonado por lo nuevo. Y muy sonado tiene que ser lo que el señor alcalde invente; que si no salimos de los consabidos novillos, de los consabidos fuegos artificiales y de la consabida música, no va á venir la gente que necesitamos para vender lo mucho que por el condenado temporal de la fiesta del pueblo nos queda por vender de la bárbara cosecha del año pasado.

Había en el pueblo un vecino llamado por mal nombre el tío Manifestaciones, por lo mucho que se entusiasmaba cuando tenía noticia de que en España ó en el extranjero se había hecho alguna; y este tío Manifestaciones anduvo de casa en casa aconsejando que el pueblo hiciera una de doscientos mil demonios pidiendo al señor alcalde que inventase é hiciese una fiesta que fuese sonada en toda España. Esta petición, según el parecer del tío Manifestaciones, debía ser solemne, unánime, imponente y amenazadora, y debía hacerse en forma de manifestación, porque si se hacía de otro modo, pongo por caso por escrito, firmando todos los vecinos,

de su puño y letra los que supieran, y los que no, á ruego ó con una cruz, los señores de justicia harían cigarros con el papel y no se calentarian los sesos inventando una cosa que fuese sonada por lo nueva, que era lo que necesitaba el pueblo.

Todos los vecinos fueron asintiendo con entusiasmo al parecer del tío Manifestaciones, y autorizando á éste para que se encargase de organizarla, puesto que en eso le echaba la pata al más pintado del pueblo, y todos le fueron encargando que la manifestación fuese como él decía, de docientos mil demonios, ó sea solemne, unánime, imponente y amenazadora.

III.

El tío Manifestaciones se puso en seguida á cavilar á fin de cumplir del modo más eficaz y brillante el encargo con que se le había honrado, y al cabo de unos cuantos días de cavilaciones dejó redondeado el proyecto en los siguientes literales términos:

1.º En un gran lienzo se escribirá en letras como morellas lo que desea, ó más bien exige el pueblo en virtud de su soberanía.

2.º El pueblo soberano se reunirá en el campo de la Peña; allí se desartollará el lienzo, y puesto éste en un gran palo á modo de estandarte, el susodicho pueblo soberano, llevando á su cabeza el letrado, se dirigirá en manifestación solemne, unánime, imponente y amenazadora, á casa del señor alcalde, ó donde éste se halle.

3.º La petición escrita en el lienzo en letras como morellas será del tenor siguiente:

«El pueblo soberano pide al señor alcalde, y en caso necesario exige bajo pena de la cabeza del mismo dino funcionario, que para antes de las próximas vendimias invente una fiesta que sea sonada en el mundo con ser mundo, á fin de que traiga la barbaridad de forasteros que nos quitó el condenado temporal de la fiesta del pueblo, y se venda todo el vino que queda de la cosecha de antaño, que aunque fué bárbara, no lo fué tanto como amenaza serlo la de ogaño.—
LA MANIFESTACIÓN.»

Aceptado el proyecto del tío Manifestaciones, llegó el día de la organizada por él, y el pueblo partió, como estaba acordado, desde el campo de la Peña á la Casa de Ayuntamiento, donde se supo que estaban el señor alcalde y demás señores de justicia ayudando patrióticamente al consumo del vino del pueblo con unos marranillos asados.

Tal sobresalto causaron á los señores de justicia los patrióticos gritos que daba la manifestación al llegar á la casa consistorial, que con las barbas aun relucientes de grasa de los marranillos asados, se apresuraron á salir al balcón á ver qué demonios era aquello.

El tío Bramática, con cuyo sobrenombre era conocido el señor alcalde, porque su eterna mulefila era que el hombre sin bramática ni aun llegaba á mujer, leyó, al cabo de un cuarto de hora de deletreo, la petición del pueblo soberano é hizo señas de que iba á hablar.

El pueblo calló como un tuerto de hombre, y el señor alcalde gritó como un repleto de pan, vino y marranillo asado:

—Pueblo soberano, veó que tienes bramática, y como yo y mis dinos compañeros la tenemos también, aunque en cuanto á letura casi nos estorba lo negro, ¡porrazo, docientos mil de á caballo nos haude llevar si la bárbara cosecha de vino de antaño no queda vendida antes que venga la de ogaño, que en efeto amenaza ser más bárbara aún! Retírate, pueblo soberano, que tus dinos señores de justicia tienen bramática bastante para responder con su cabeza de que pronto ha de venir acá la barbaridad de forasteros que nos quitó el condenado temporal de la fiesta del pueblo. He dicho, y si he dicho mal.... porrazo, es porque no tengo bastante bramática para decir mejor.

El pueblo soberano prorrumpió en patrióticas aclamaciones, tales como la de ¡mueran los consumos y los consumiores!, y se retiró á sus hogares mientras los señores de justicia se retiraban á acabar los marranillos asados, contribuyendo patrióticamente con su ayuda al consumo del vino del pueblo.

IV.

Se iba acercando la nueva cosecha, que amenazaba ser aún más bárbara que la del año anterior, y el pueblo soberano refunfuñaba porque el señor alcalde y los demás señores de justicia no habían inventado aún la fiesta que bajo pena de su cabeza habían prometido, y hasta el tío Manifestaciones opinaba que se debía hacer otra aún más solemne, unánime y amenazadora que la anterior, para obligarles á obedecer al pueblo soberano.

Ya no les quedaba pelo sobre las orejas á los señores de justicia, y muy particularmente al señor alcalde, á fuerza de rascarse allí cavilando para inventar una fiesta que fuese sonada, pero aun no habían dado con esta fiesta.

—Tío Bramática—decían los demás concejales al señor alcalde,—esto va rematadamente mal, porque á todos los señores de justicia, y particularmente á ti, nos cuesta la cabeza si no cumplimos el mandato del pueblo soberano. Que nosotros no tengamos bramática bastante para cumplirlo, puede pasar; pero que no la tengas tú que siempre la estás predicando, no puede pasar sin que el pueblo soberano nos pase un cordel por el cuello y nos cuelgue de un árbol en el campo de la Peña.

—¡Porrazo! es verdad—contestaba el señor alcalde estremeciéndose de terror;—pero por mucha bramática que uno tenga, ¿cómo inventa una fiesta que sea lo sonada que el pueblo soberano quiere, cuando en Vitoria, en Logroño, en Pamplona, en Zaragoza, en Bilbao y hasta en Madrid con ser Madrid, en lo tocante á fiestas no suben salir de los consabidos toros, de los consabidos fuegos artificiales y de la consabida música?

—Eso también es verdad—asintieron los demás concejales, y el señor alcalde continuó:

—¡Porrazo! los señores de justicia nos cortamos la cabeza con prometer al pueblo soberano lo que le prometimos, pues estábamos al fin de la calle con haberle respondido: «¡Pueblo soberano! los señores de justicia, por mucha bramática que tengamos, no podemos tener tanta como los que en Madrid gobiernan á España, y si aquéllos no cumplen lo que prometen, y eso que gobernar bien á una nación es más



EL PREFERIDO.

fácil que inventar una función nueva, pues según dijo no sé qué sabio, nada nuevo hay bajo el sol, ¿cómo lo hemos de cumplir nosotros? Conque, ¡pueblo soberano! no me las pidiéndonos lo que no hemos de poder cumplir.»

—¿Y por qué, tío Bramática, no le respondiste al pueblo soberano eso?

—Porque.... ¡porrazo! eso no se puede responder cuando le apuntan á uno lo otro marranillo asado y compañía.

—¡Malhayan los tales marranillos asados!—exclamaron en coro todos los señores de justicia, bajando tristemente la cabeza y sumiéndose en hondas y penosas cavilaciones, á ver si daban con la condenada fiesta que pedía y tenía ofrecida el pueblo soberano.

V

De estas cavilaciones sacó á los señores de justicia la llegada de un soldado licenciado que se presentó al señor alcalde solicitando papeleta de alojamiento, en virtud de la licencia absoluta que exhibió.

Con motivo de dudar el señor alcalde y los demás señores de justicia que los soldados licenciados tuviesen derecho á tal boleta, el licenciado tomó la palabra y habló con tanta elocuencia, que el señor alcalde, convencido y admirado de su mucha bramática parda, le interrumpió exclamando:

—¡Porrazo! estoy ya convencido de que todos los señores de justicia estábamos errados. Derecho tiene V. á alojamiento, y donde se va á alojar esta noche y las demás que quiera es en la mejor casa del pueblo, que es la mía, aunque me esté feo el decirlo.

El licenciado aceptó con mil amores el ofrecimiento y se fué con el alcalde á casa de éste, sospechando que allí no tendría que hacer uso de la invención de aquel soldado que llevaba en la mochila un guijarro, y mandando á los patrones que se le guisaran con aceite, agua y sal que concede la ley á los alojados, y lo demás que quisiesen añadir, por ejemplo, un par de huevos ó unos tropezones de jamón, una vez guisado así el guijarro, le añadía sopas que cenaba y le sentaban tan ricamente.

La sospecha del licenciado no había sido vana, pues licenciado y alcalde cenaron juntos, poniéndose de cuanto Dios crió, y particularmente de chuletas, pan y vino, hasta alcanzarlo con el dedo.

Conversando los dos de sobremesa, el alcalde contó al licenciado lo que á él y á los demás señores de justicia les pasaba con el pueblo soberano, y añadió:

—¡Porrazo! hombre, á ver si V. que de seguro tiene dormido más bramática que despiertos todos nosotros los señores de justicia, inventa una función nueva en que salgamos del peligro en que nos vemos de perder la cabeza, y el pueblo soberano salga del endemoniado conflicto de tener sin vender una cosecha de vino bárbara en vísperas de otra cosecha que amenaza ser más bárbara aún.

—Mire V., señor alcalde—contestó el licenciado modestamente—yo, aunque me esté mal el decirlo, por debajo de la pata invento, si me pongo á ello, una fiesta como la que á VV. les hace falta.

—Ya se ve que V. es pájaro de cuenta, ¡porrazo!

—Tan pájaro debo ser, señor alcalde, que en mi batallón me llamaban el Hombre-pájaro.

—¿Y por qué? ¿Por su mucha bramática?

—No tanto por eso como por una habilidad que me ha dado Dios.

—¡Porrazo! ¿qué habilidad es esa?

—Nada menos que la de volar como un pájaro hasta perderme de vista.

—¡María Santísima, qué habilidad tan rara! ¡Porrazo, eso es increíble!

—Increíble parece á primera vista, pero no si se reflexiona un poco. Si aprendemos á nadar en el agua, ¿por qué no hemos de aprender también á nadar en el aire? Si para nadar de un modo tenemos agua que nos sostenga, para nadar del otro tenemos viento que nos sostenga también.

—Eso, ¡porrazo! el Evangelio de la misa es.

—Pues bien, señor alcalde, el asunto es acertar con el modo de sostenerse con el aire como al fin se acierta con el modo de sostenerse con el agua.

—¡Porrazo, qué razón tiene V.!

—Pues yo he acertado con ese modo, y figúrese V. si traería acá barbaridad de forasteros una fiesta que se anunciase en veinte leguas á la redonda diciendo que el Hombre-pájaro volaría delante del público hasta perderse inmediatamente de vista, desde esa Peña que da sobre el paseo.

—¡Porrazo!—exclamó el señor alcalde dando con el puño en la mesa uno tremendo y abrazando radiante de alegría al licenciado;—con la venida de V. los señores de justicia hemos salvado la cabeza amenazada por el pueblo soberano!

VI.

Reunidos el día siguiente los señores de justicia y el licenciado bajo la presidencia del señor alcalde en la casa consistorial y en torno de una mesa donde entre otras cosas alegraba la vista un cordero dorado á fuego lento, el licenciado expuso las condiciones con que se comprometía á volar desde la Peña el día y hora que previamente se anunciase en todos los pueblos de veinte leguas á la redonda.

—Á mí—añadió—no se me arruga el ombligo por hacer las cosas gratis, y más cuando las hago en obsequio de quienes se han portado tan campechanamente como el señor alcalde y los demás señores de justicia se están portando conmigo.

—¡Porrazo! nos portamos nada más que como V. se merece—respondió el señor alcalde con la cortesía que le era peculiar.

—En efecto—asintieron los demás señores de justicia.

Y el licenciado continuó:

—Pero en la presente ocasión necesito dejarme de ramposidades. Yo era de oficio cavador cuando me tocó ir á coger el chopo, y al volver á mi pueblo, después de andar algunos años de viga derecha, tengo que buscar algún modo de vivir con que no necesite doblar el espinazo, porque se me ha de hacer muy cuesta arriba el volver á doblarle. Con la hoja de servicios que llevo, mas limpia que una patena, ya podré sacar un estanquillo; pero tras esta saca viene otra más pesada, que es la de tabaco para surtirle, y necesito siquiera un par de docenas de onzas de oro, que son las que ustedes me han de dar para volar desde la Peña, y además una buena jaquita para hacer el resto del viaje á mi pueblo

después de haber volado, y sobre todo para subir al voladero sin cansancio, que no me dejaría volar como es debido.

—¡Porrazo, veinticuatro onzas de oro y una jaca, mucho es para un pueblo tan pobre como hoy está el nuestro—dijo el señor alcalde frunciendo la boca y meneando la cabeza.

—En efecto que lo es—asintieron los demás señores de justicia.

—Pero, señores—replicó el licenciado—¿qué importa que hoy esté pobre el pueblo, si el día que yo vuele ha de volar la bárbara cosecha de vino que está por vender, quedando en su lugar el oro y el moro, y la seguridad de otra cosecha más bárbara aún?

—¡Eso, porrazo, también es cierto!—exclamó el señor alcalde, secundado con un cen efentos de los demás señores de justicia.

Cerrado el trato entre el licenciado y los señores de justicia, con la condición exigida por el primero de que al entregarle la jaca se le habían de entregar las veinticuatro onzas de oro, porque su modestia no le permitía volver al pueblo después de haber hecho alarde de la gracia que Dios le había dado, pues se creería que volvía á recibir ovaciones, la emprendieron licenciado y señores de justicia alegre y fraternalmente con el cordero dorado á fuego lento y sus accesorios.

VII.

La víspera y el día de la gran fiesta en que el Hombre-pájaro debía volar, millares de gentes de veinte leguas en contorno afluyan por todas partes al pueblo en que se iba á ofrecer un maravilloso y nunca visto espectáculo.

El vuelo del Hombre-pájaro estaba anunciado para una hora antes de anochecer; pero para esta hora ya no quedaba en el pueblo una cántara del vino de la bárbara cosecha del año anterior; y hasta saber esto para saber cuán turbia estaría la vista, y sobre todo cuán turbio estaría el entendimiento de los millares de forasteros que llenaban de bote en bote el pueblo y el campo de la Peña, casi tan borrachos de curiosidad como de vino.

El campo de la Peña estaba á punto de pegar un estallido con el concurso que encerraba, y los señores de justicia se vieron negros para facilitar el paso al Hombre-pájaro, que se dirigía á la Peña montado en la consabida jaca, de la que se debía apearse detrás y al pie de la Peña, dejándola arrendada á un árbol hasta que después de volar volviese, volando ó andando, á montar en ella y tomar el camino de su pueblo, que precisamente pasaba por allí.

El Hombre-pájaro había pedido al señor alcalde que al mismo tiempo que él se dirigiese á la Peña, el pastor del pueblo se dirigiese á la ladera opuesta del valle, provisto (con perdón de VV.) del cuerno, y en cuanto le viese en la Peña dispuesto á volar, tocase el cuerno como señal de atención.

En efecto, el pastor ya estaba en la ladera opuesta frente de la Peña cuando en la cima de ésta apareció el Hombre-pájaro.

Esta aparición levantó un inmenso grito de alegría y ansiedad en la muchedumbre, grito que se renovó al ver que el Hombre-pájaro hacía con los brazos ademán de volar, como ensayándose y preparándose para aquel nunca visto ejercicio.

En aquel supremo instante sonó una tocata de cuerno en la ladera opuesta, y al oír la muchedumbre, incluso el señor alcalde y los demás señores de justicia, que desconocieron el estilo musical del pastor con motivo de los primores de ejecución que éste hizo al tener por primera vez la honra de tocar su instrumento delante de millares de personas, volvió la espalda á la Peña para mirar á la ladera opuesta y ver qué inesperada novedad artística ocurría allí.

Cuando terminó la magistral tocata de la ladera opuesta, como los señores de justicia, volvió la cara á la Peña y se encontró con que de ésta había desaparecido el Hombre-pájaro.

Maravillados todos, incluso el señor alcalde y los demás señores de justicia, de aquella desaparición, supusieron que el Hombre-pájaro no tardaría en volver á aparecer allí para emprender su vuelo, porque habría bajado para tomar de las alforjas que llevaba en la jaca, bien provistas de municiones de boca, algo que se le habría olvidado, con que reforzar el estómago en las alturas.

Todos esperaron un buen rato, y el Hombre-pájaro no aparecía en la Peña.

—¡Porrazo!—dijo para sí el señor alcalde, viendo que la muchedumbre empezaba á alborotarse;—¿qué va á que el pueblo soberano hace una barbaridad conmigo y los demás señores de justicia, si el Hombre-pájaro tarda un poco más en volar!

El señor alcalde descendió del árbol más gordo del paseo, donde se habían instalado él y los demás señores de justicia, pensando, con mucha cordura, que la autoridad debe estar por encima del vulgo, y se dirigió á la Peña á ver qué había sido del Hombre-pájaro.

La muchedumbre se tranquilizó, calló y esperó con viva ansiedad.

El señor alcalde apareció sobre la Peña, y anunciando por señas que iba á hablar, pidió al pueblo soberano que callase.

El pueblo soberano, que á veces obedece á la autoridad, obedeció entonces, callando como un muerto.

—Pueblo soberano—gritó el señor alcalde—no esperes por más tiempo el vuelo del Hombre-pájaro. El Hombre-pájaro voló mientras tú y nosotros los señores de justicia hacíamos la barbaridad de mirar hacia otro lado, por la única razón de que hacia otro lado sonaba un cuerno. Por semejante barbaridad debíamos darnos de cachotes tú, pueblo soberano, y nosotros los señores de justicia.

Así diciendo, el señor alcalde empezó á dárselos en la cabeza con ambas manos, y después de imitarle el pueblo soberano, se fué alejando, alejando á sus hogares de veinte leguas á la redonda, reconociendo que tenía razón el señor alcalde al decir que pueblo soberano y señores de justicia habían hecho una barbaridad al volver la espalda á un hombre que iba á volar como un pájaro, para ver y oír á un hombre que tocaba un cuerno como un pastor.

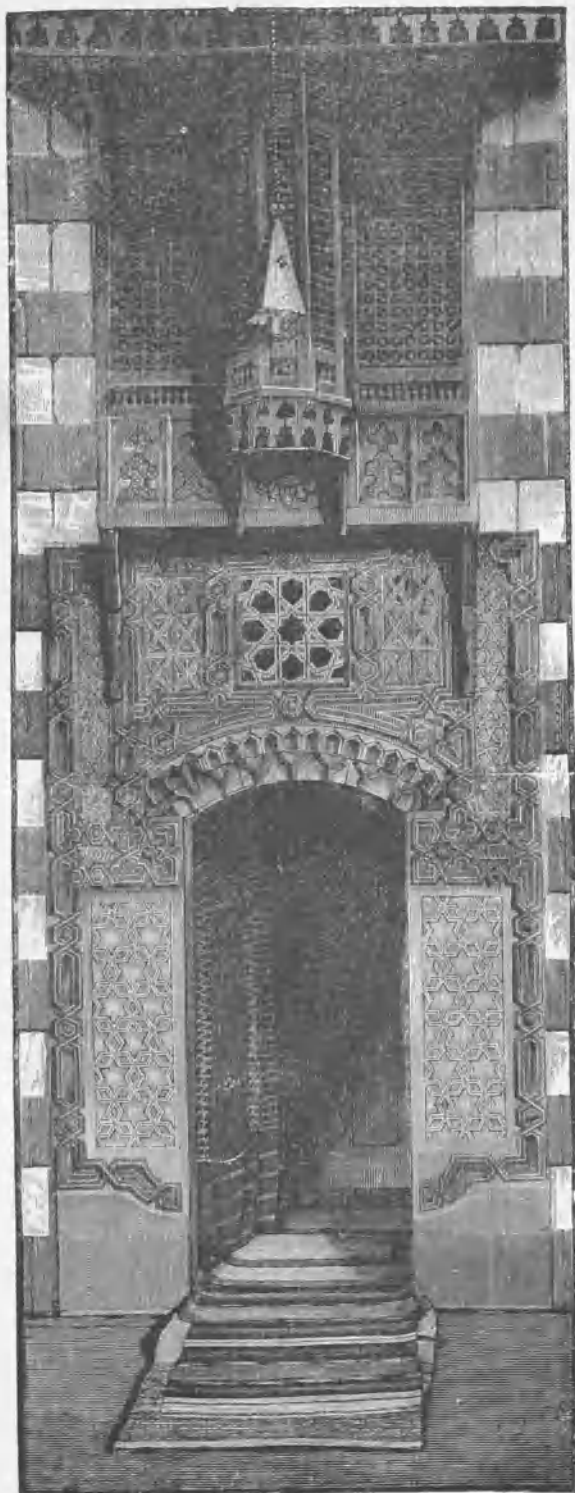
Al día siguiente el tío Manifestaciones organizó una de doscientos mil demonios para dar las gracias al señor alcalde y los demás señores de justicia porque habían librado al pueblo soberano de la amenaza de morir de hambre con una bárbara cosecha de vino sin vender en vísperas de otra cosecha de vino más bárbara aún.



«PARA SU AMADO...»—(Cuadro de M. Herder.)

EL CORAZÓN.

(CARTA Á UNA SEÑORA.)



Voy, señora, á escribir de un tema bello:
Del corazón; lo haré sin que os moleste;
Mas ya estoy escribiendo, y prueba es de ello
Que van tres versos y que el cuarto es este.

Inspiración celeste
Quisiera poseer la mente mía,
Y entonces correría
Mi dulce vena, en verso numeroso,
Encantando con grata melodía
La paz de vuestro pecho generoso.
Pero ni el cielo me otorgó esa gracia,
Ni visité el Parnaso, ni á Helicón,
Ni bebí de Castalia los raudales,
Ni conozco á las Musas en persona;
Lo que no es ciertamente una desgracia
En nuestro siglo, porque abundan tales
Y tan malos poetas, que el no serlo
Es un mérito en él, y el parecerlo
Es el mal más insigne de los males.

Rey de los animales
Dicen que es el león. ¡Cuántos vasallos
Tiene su majestad! Sus fueros reales
Se extienden hasta el hombre, que antes era
Rey de los animales racionales
Y hoy es un pobre, un quidam, un cualquiera
En ambas latitudes tropicales.
(La mujer, por supuesto, queda fuera
De los alcances de la fiera fiera.)

Perdón os pido y obtenerlo quiero
Si el pensamiento que emittí os enfada:
Señora, perdonadme: así lo espero
De vuestra gran bondad, tan celebrada
En esa hermosa y oriental Granada.

Formalizome, pues, y en llano estilo
Ó en alto son continuaré mi obreja,
Irritado ó tranquilo:

Veremos si yo aclaro esta madeja:
Si se llega á enredar cortaré el hilo,
Pues lo enredado así se corta y deja.

¡Ay de mi corazón amarga queja!
Sal, en verso ó en prosa,
Del pobre corazón, que se rebosa
Como vaso de hiel y acibar lleno,
Y como nube donde estalla el trueno.

¡Mi corazón! ¡mi corazón! ¿Qué suerte
Cabe á esta rica entraña,
Que la vida le daña

Y no hallará la paz sino en la muerte?

Y ¿qué es el corazón? Cien opiniones
Al definirle oí: cada vecino
Le explica á su manera, y cien razones
Al explicarle da. Centro divino
De amor y de virtud le llama el bueno:
Caverna de mentiras, el malvado:

Viscera sanguinal, Luque y Galeno:
 Asiento del valor, el fiel soldado:
 Hoguera de pasión, la enamorada
 Mujer que al hombre á quien adora escribe:
 Tesoro de placer, el hombre loco
 Que, en los abiertos brazos de su amada,
 Pruebas de amor y liviandad recibe...
 Yo creo que no es tanto ni tan poco.
 ¡Sin él viven muchísimos! Si fuera
 El manantial de todo sentimiento,
 La humanidad entera
 Culto sagrado al corazón rindiera
 Con una sola fe y un pensamiento!
 Entonces no sería
 De tan diversos modos definido,
 Y á nadie faltaria
 Un bien que en mal la humanidad impia
 Ve con harta frecuencia convertido!
 ¡El corazón! ¡el corazón! Perdido
 De pasiones inmundas
 Le llevan muchos, y otros ¡ni le llevan!
 ¡Ah! tristezas profundas
 Del alma dolorida, que la elevan
 Sobre la vil materia en santo vuelo...
 ¡No sois, no sois el corazón vosotras!
 Pero él recibe con piadoso anhelo
 Vuestra visita, y os concede abrigo,
 Porque enviadas sois del mismo cielo!
 ¡Bárbaro mundo, de mi mal testigo:
 Tu risa eterna mi rencor provoca:
 Tu orgullo vano compasión me inspira!...
 ¿De quién se rie tu soberbia loca?
 ¿Y en qué la cifras? ¿en la ruin mentira?
 ¡Buena base, por Dios! La infame boca
 Muestras abierta siempre!.... Por lo pronto,
 Ó eres malvado ó tonto!
 Reir ó blasfemar; he aquí tu oficio,
 Mundo esclavo del vicio!
 Escarnecer lo temporal y eterno!...
 Pues es tu boca boca del infierno!...
 Mas vuelvo al corazón, que él es mi tema,
 Señora, y tengo en estudiarle empeño.
 Él es de mi trabajo el triste lema.
 ¿Será la guerra su misión? Pequeño
 Fuera, en verdad, entonces! Si las lides,
 Si la fuerza cumplieran su destino;
 Si á morir ó á matar él aqui vino,
 Sólo fué grande en Hércules y Alcides,
 Y en Sansón, y en Nerón, y en Diocleciano,
 Y en Nembrod, y en Busiris, y en Atila,
 Y en otros cuantos mozos de igual mano,
 Del mismo temple, que la historia apña,
 Negros verdugos del linaje humano!...
 No, no es la guerra su misión! La gente
 Llama gran corazón al generoso,
 Al pródigo, al rumboso;
Verbi gratia: Vicente
 Gasta, derrocha, triunfa, juega, tira
 Enamora, delira,
 Disipa su fortuna!..

—¡Gran corazón!—exclama el vulgo necio;
 —¡Gran calavera!—exclamo yo muy recio;
 —¡Gran pilló! ¡gran maestro de la tuna!
 Juan regala á Teresa una mantilla,
 Un corte de vestido, una pulsera,
 Una sarta de perlas (gargantilla)
 Un mantón de lanilla,
 Un polisón de crinolina huera
 Y un enorme abanico;
 Porque el buen Juan, para artesano, es rico,
 Y Teresa bastante zalamera.
 —¡Qué corazón el de este Juan!—exclaman
 Con tanta boca abierta las vecinas:
 Unas á otras se llaman;
 Ver el regalo con afán reclaman,
 Y hablan del caso en puertas y en esquinas.
 Algunas, más ladinas,
 Voladas por la envidia, muy bajito
 Murmuran, con sus lenguas viperinas,
 De Teresa y de Juan, lo que yo omito;
 Pero otorgan á Juan ¡fallo profundo!
 Un corazón tan grande como el mundo!
 Y ¿es así? No, señora; ved lo cierto:
 Juan es un imprudente
 Que regala á Teresa,
 Y que deja, sin causa, su honor muerto;
 Y ella, á quien interesa
 Que brille puro, acepta el tal presente
 Y autoriza á la gente,
 Que de picar honrillas jamás cesa,
 Á que en la suya clave el duro diente.
 Va Enrique á un baile y, sobre casi nada,
 Sobre si Elisa le miró con ceño,
 Ó si no le miró y miró á Losada,
 Que es de que todas le contemplan dueño,
 ¡Un desafío á muerte, una estocada!...
 Y—¡qué gran corazón Enrique tiene!
 ¡Lo juega con la vida á una mirada!—
 ¡Unos grillos, por Dios, para este nene!
 Que Juan es loco; que Atanasio bruto;
 Que Pedro espadachín; que Andrés borracho;
 Que Diego jugador y disoluto;
 Que Antón no tiene de vergüenza hilacho....
 ¡Sociedad, sociedad, ponte de luto!
 No llames corazón al corrompido
 Vivir ni á la demencia:
 Condena á tales monstruos al olvido
 De un calabozo fuerte y escondido,
 Y hallarás tu salud en tu sentencia!...
 Pero ciento sesenta y cinco versos
 Hice, con éste que acabar procuro,
 Y ¡oh resabios perversos
 De que enmendarme juro!)
 Con tanto y tanto digresar en vano,
 Señora, todavía
 No he definido el corazón humano
 Según mi singular filosofía.
 Y ¿qué es el corazón? Al Océano
 Lánzase altiva la potente nave,
 Mariposa del mar que por él vuela

Con alas de vapor: brisa suave
 Hincha y empuja su tirante vela;
 Y ora resbala por el mar sereno,
 Tras sí dejando plateada estela,
 Ora la tempestad y el ronco trueno
 Bajo la quilla y sobre el tope braman:
 Su víctima reclaman
 El agua, el rayo, con soberbio grito...
 ¿Dónde el camino está? ¡La noche cierra!
 ¡He aquí la inmensidad! ¡el infinito!
 ¿Cómo llegar á la anhelada tierra?
 ¡Un abismo, otro abismo, y otro, y ciento!
 ¡Ni una estrella en el negro firmamento!
 ¿Dónde el camino está?... Dios, Dios lo sabe;
 ¡Dios nada más!... La combatida nave
 Sube y baja en las olas; gime; cruje;
 Se revuelve con rápida violencia;
 Ciñela el huracán con fiero empuje,
 Y si Dios á la humana inteligencia
 No hubiera revelado
 Un secreto sublime de su ciencia,
 Que abarca lo creado é increado
 Y el porvenir lo mismo que el pasado,
 ¿Qué fuera entonces de la pobre tabla
 Sola en la tempestad y sin camino?
 Pero esa ciencia habla
 Con el lenguaje de su Autor divino,
 É intrépido el marino,
 Gobernando el timón como ella ordena,
 Salva el banco de arena,
 El bajío, la roca,
 La borrasca, la noche de horror llena,
 Y llega al nuevo día
 Y á un mar tranquilo y terso,
 Bañado por el sol resplandeciente;
 Una oración de amor y de alegría
 Dirige al Hacedor del Universo,
 ¡Y cae de rodillas reverente!
 ¡La brújula está allí! Lengua sagrada
 Que hablaba en la tormenta,
 Leyes dando al piloto
 Para romper la bruma condensada,
 La avalancha violenta
 Y el golpe rudo del airado noto!
 La brújula está allí, fija, constante,
 Tenaz mirando al polo, cuya fuerte
 Atracción la domina!
 Instrumento de Dios, al navegante
 Ella sacó del caos y la muerte;
 Ella en la calma el rumbo determina;
 Ella el escollo sin cesar le advierte.
 ¡Tal es el corazón!... Valiente el hombre
 Lánzase al turbio mar de la existencia,
 Alguna vez hasta sin propio nombre
 Y en brazos del dolor y la indigencia:
 Del tiempo la inclemencia
 Sobre su frente nubes amontona;
 Á sus plantas agita tempestades;
 De espinas le corona;
 Le burla con engaños y maldades;

Le llena de ilusiones;
 Enciende sus pasiones;
 Le ofusca; le arrebata,
 Y con impia crueldad desata
 El tropel de sus locas ambiciones!...
 Como la nave, entonces, combatido
 En la noche del alma tormentosa,
 Por el mar de la vida va perdido:
 La amargura rebosa
 De su pecho agitado,
 Y herido, fatigado,
 Lucha y relucha ciego...
 Un paso más, é irá desesperado
 Á sumergirse en piélagos de fuego!
 Mas no lo da!... ¿Por qué? Porque su alma
 Joya inmortal, divina,
 Es en el mundo triste peregrina,
 Que de la eternidad busca la palma
 Y hácia la eternidad siempre camina.
 Porque su corazón con insistencia
 Fijo está siempre en el celeste polo,
 Marcando de la mísera existencia
 El bien único y solo,
 Y porque, en fin, de Dios por la clemencia,
 Es en la tempestad, como en la calma,
 El corazón la brújula del alma.

JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR.



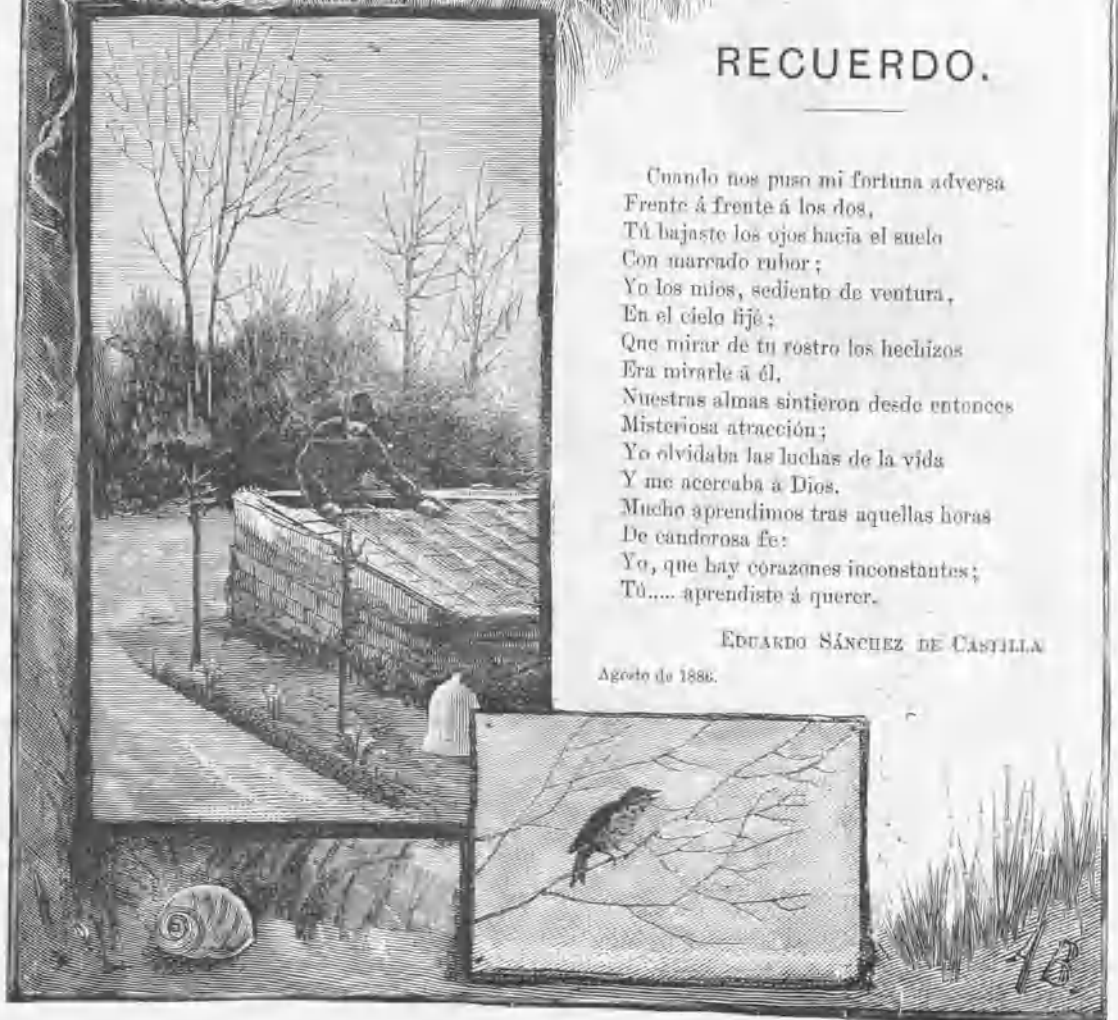


RECUERDO.

Cuando nos puso mi fortuna adversa
 Frente á frente á los dos,
 Tú bajaste los ojos hacia el suelo
 Con marcado rubor ;
 Yo los míos, sediento de ventura,
 En el cielo fijé ;
 Que mirar de tu rostro los hechizos
 Era mirarle á él,
 Nuestras almas sintieron desde entonces
 Misteriosa atracción ;
 Yo olvidaba las luchas de la vida
 Y me acercaba á Dios.
 Mucho aprendimos tras aquellas horas
 De candorosa fe :
 Yo, que hay corazones inconstantes ;
 Tú..... aprendiste á querer.

EDUARDO SÁNCHEZ DE CASTILLA

Agosto de 1886.





ALSACIANA.

EL MUNDO DE JÚPITER.

Júpiter el gigante de los orbes planetarios, a quien el ciego paganismo designó con el nombre de su más poderosa divinidad, los antiguos egipcios con el de *dios de la vida*, y los hebreos con el de *equidad ó justicia*. Navega en el piélago insondable de los espacios bajo la dependencia inmediata del astro rey, el cual le traza perdurable rumbo, obligándole á describir en derredor suyo una curva cerrada de figura oval, permitiéndole alejarse y acercándole dentro de límites fijos y calculables. Su mayor alejamiento del Sol es de 807 millones de kilómetros; su mayor proximidad, de 732 millones, y la distancia media, de 770 millones. A esta distancia la intensidad de la luz y del calor que recibe del Sol es 27 veces más débil que la que recibe nuestro globo. Recorre aquella curva en once años, diez meses, diez y nueve días, ó sean doce años en número redondo; por manera que su velocidad media por segundo es de 12 600 metros. Su distancia á la Tierra varía, naturalmente, según la posición que ambos astros ocupan en sus respectivas órbitas; de que resulta que el mínimo espacio que puede separarlos es de 582 millones de kilómetros; un tren rápido, como el de la línea París-Lyon-Mediterráneo, tardaría en recorrerlo 1076 años.

El colosal planeta es realmente digno de este nombre, no sólo por su volumen, 1 234 veces mayor que el de la Tierra, sino también por su masa, 310 veces más considerable, la cual ejerce una influencia decisiva en todo el sistema planetario, hasta el punto de que apenas hay cuerpo alguno de los que la componen ó de los que inopinadamente se le asocian, como los cometas, cuyo movimiento no se resienta de una manera apreciable de su poderosa atracción. Tiene la forma de una naranja muy achatada, en que el diámetro menor ó polar es al ecuatorial ó mayor como 16 es á 17. Los cuerpos pesan sobre su superficie dos veces y media más que sobre nuestro globo. Una piedra que cayese allí libremente recorrería en el primer segundo 12 metros, en tanto que sobre la Tierra recorre, en el mismo intervalo, tan sólo 4 metros y medio. Su densidad, considerada en conjunto y comparada con la del agua, se representa por el número 1,36, ó en otros términos, excede apenas á la de dicho líquido; y como es una ley que los materiales que constituyen las regiones profundas de un astro han de ser más densos que los de las capas superficiales, es consiguiente que la densidad de éstas en Júpiter no llegue á equivaler á la del agua, lo cual indica que se hallan formadas de gases y vapores.

Observado con el telescopio, aunque sólo sea con un modesto antejo de 55 milímetros de abertura, lo primero que llama la atención es la forma oval ó elíptica del disco y la existencia de dos bandas oscuras paralelas que lo atraviesan

en el sentido del eje mayor simétricamente y á corta distancia del ecuador. Instrumentos de mayor fuerza hacen distinguir minuciosos detalles, observándose fácilmente el aspecto sinuoso que ofrece el recorte exterior de las bandas, cuyo color es de un gris que tira á sepia, y además la existencia de otras fajas ó bandas desleídas y de manchas menos sombrías, así como también las diferencias de intensidad luminosa con que brillan las diversas regiones de la superficie. La observación repetida á intervalos durante dos ó tres horas basta para apreciar los cambios de aspecto que se presentan y el sentido en que se renuevan, que es del Oeste al Este, en anteojos inversos, signo evidente de que el astro gira sobre sí mismo en el sentido llamado *directo*, ó sea en el que se efectúan casi todos los movimientos de rotación y de revolución en el mundo solar. Fijando la atención en algún objeto sobresaliente de la superficie, cuando se presenta en la parte más céntrica de su camino aparente sobre el disco, y midiendo el tiempo que invierte en volver á presentarse en la misma situación, es posible, previas algunas correcciones cuyo detalle huelga en este sitio, averiguar el transcurso de la rotación. Por este medio se ha calculado que es de nueve horas cincuenta y cinco minutos treinta y cinco segundos, para la región ecuatorial. El transcurso crece á medida que la región considerada se halla más próxima á los polos.

Aparte de estos cambios de aspecto, que dependen de la perspectiva originada por la rotación, obsérvanse otros, efectivos, que radican en el cuerpo mismo del astro, y que reclaman, para hacerse sensibles, mayor transcurso. Desde que Galileo dirigía por primera vez el antejo hacia este planeta y descubría las particularidades de su superficie, hasta hoy, las transformaciones han sido muchas y profundas, pudiendo decirse que, por regla general, las dos fajas oscuras y el espacio blanco que las separa no faltan nunca, si bien aquellas y éste experimentan notables variaciones en su forma y configuración. A un lado y á otro de las fajas aparecen de vez en cuando grandes manchas oscuras; otras veces una mancha blanca se destaca sobre el fondo sombrío de las bandas. En general, las regiones polares, en una vasta extensión, afectan una tinta uniforme mucho más oscura que la zona clara ecuatorial y aun que la zona exterior de aquellas fajas.

Entre las manchas más notables que se han observado, ninguna como la que en el verano de 1878 apareció en el hemisferio austral, cerca de la banda de este lado. Media 14 000 kilómetros en su mayor anchura, por 46 000 de longitud, y su color era de un rojo de ladrillo muy acentuado. Fotografiado su espectro el 26 de Septiembre de 1879, se notó que ofrecía los caracteres que son peculiares á los espectros de ciertos cuerpos que brillan con luz propia, deduciéndose en consecuencia que la mancha poseía luz y color intrínsecos; descubrimiento de importancia excepcional, pues,

contra lo que hasta entonces se creía, á saber, que todos los planetas de ha tiempo extinguidos brillan por la luz que reciben del Sol, resulta ahora demostrado que Júpiter brilla no sólo por esta causa, sino también en virtud de los vestigios de su primitiva incandescencia, que conserva todavía. Esta prueba de la elevada temperatura que allí reina explica de un modo plausible las profundas transformaciones que se operan en la superficie del planeta, la cual hay que considerar decididamente como capa externa de una atmósfera inmensa, cuyo espesor se calcula en 16 000 kilómetros, constituida por una aglomeración de nubes de naturaleza particular. La mancha ha permanecido visible en el mismo lugar hasta 1885, en cuya época comenzó á palidecer, ofreciendo el aspecto de una nebulosidad difusa, y en Abril de 1886 parecía adquirir nueva recrudescencia. Merece consignarse que, desde la invención del telescopio, se han hecho observaciones análogas, lo cual indica que la expresada mancha, ú otras de la misma naturaleza, han aparecido en diversas ocasiones. Según la hipótesis más racional, hay que considerarlas como suelo mismo del planeta, medio igneo todavía, que una abertura de la atmósfera nebulosa deja visible durante largo transeurso. El autor de estas líneas ha observado la última repetidas veces, primero con un anteojito de 95 milímetros, y luego con otro de 108; con el segundo se percibían perfectamente los contornos y era posible dibujar la forma.

Al interés que entrañan la preponderancia, la magnitud y las vicisitudes del majestuoso planeta, se añade el que ofrece el séquito de satélites ó lunas que, en número de cuatro, giran en derredor suyo. Un anteojito de 20 milímetros de abertura es suficiente para distinguirlos con toda claridad. Sus distancias al centro del planeta y los períodos de su revolución se expresan en el adjunto cuadro:

Satélites.	Distancia en leguas kilométricas.	Período de su revolución.
I	104 962	1 ^d 18 ^h 27 ^m 33 ^s
II	167 088	3 13 14 36
III	254 009	7 3 42 23
IV	493 825	16 16 31 50

El tercero es el más voluminoso y de mayor masa, y luego siguen, en orden al tamaño, el cuarto, primero y segundo. El volumen de éste es casi igual al de nuestra Luna, y el del tercero cinco veces mayor. Los planos de sus órbitas discrepan apenas del ecuador de Júpiter, y como este último plano discrepa, á su vez, muy poco del de la eclíptica, ó sea del de nuestra órbita, siguese que el de los satélites lo vemos como de canto, y de resultas estos cuerpos, en sus movimientos, aparecen siempre, sensiblemente, en la alineación de las bandas del planeta, las cuales, como queda dicho, marcan la posición de su ecuador. De esta disposición de las órbitas y de la rapidez de aquellos movimientos se origina, además, que la perspectiva para un habitante de la

Tierra varíe de un modo apreciable de una noche á otra, y que los satélites se presenten, por lo tanto, repartidos de mil maneras diferentes, ora á un lado del planeta, ora á uno y otro lado. La figura 1.^a los representa en la disposición que afectaban, mirados con anteojito inverso, á las once horas de la noche del 24 de Mayo de 1886.



Figura 1.^a

Júpiter arroja, á la parte opuesta al Sol, una sombra cónica, que se halla contenida en el plano común antes expresado, y alcanza una extensión máxima de 2 308 050 leguas kilométricas. Dada la posición de este cono y la de las órbitas de los satélites, se comprende sin dificultad que cuando pasen por el punto diametralmente opuesto al Sol queden envueltos en la obscuridad ó *se eclipsen*, como lo deja entender la figura 2.^a, en la cual el satélite describe la órbita ACD en el sentido directo indicado por las flechas, alrede-

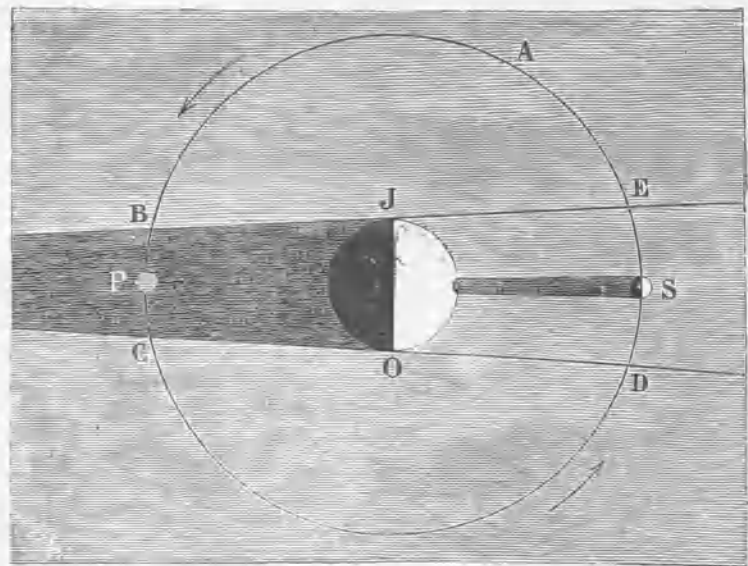


Figura 2.^a

dor del planeta JO, cuyo cono de sombra JBCO se extiende á la izquierda, supuesto el Sol á la derecha. Al hallarse en B efectúa su *inmersión* en la sombra, y permanece eclipsado hasta su salida ó *emersión* en C, ocurriendo el medio del eclipse al encontrarse en el punto P. Los tres primeros se eclipsan en todas sus revoluciones al hallarse en dicha situación; el cuarto deja algunas veces de eclipsarse en razón á que, siendo muy considerable su distancia al planeta, por poco que el plano de su órbita se halle inclinado sobre la de Júpiter, puede darse el caso de que pase por fuera de la sombra. El último período de sus eclipses ha tenido lugar desde Septiembre de 1882 á Abril de 1886, y no volverá á co-

menzar hasta el verano de 1888. Los eclipses de los satélites de Júpiter han desempeñado importante papel en la historia de la Geografía, por lo que han contribuido á facilitar la determinación de las longitudes de numerosos lugares del globo.

Cuando los satélites se hallan en la parte de su órbita opuesta á aquel cono, ó sea entre D y E, su sombra se proyecta sobre el hemisferio iluminado del planeta y define sobre el disco una mancha negra circular, que se ve pasar de occidente á oriente (visión inversa) á lo largo de las bandas ó paralelamente á las mismas, según la situación del satélite. Por la razón ha poco apuntada, las sombras de los tres primeros tropiezan siempre con el planeta; la del cuarto puede pasar sin tocarle. El periodo de los pasos de la sombra de este satélite se relaciona, como es fácil comprender, con el de sus eclipses, habiendo terminado el último con el paso de 22 de Abril de 1886. Dichos fenómenos son un espectáculo encantador, aun para las personas más ajenas á la contemplación de las maravillas celestes. Para los iniciados, siquiera medianamente, en la ciencia de Urania, ofrecen un atractivo excepcional, por lo que pueden contribuir á perfeccionar la compleja teoría de los satélites, que todavía no es todo lo completa que el inusitado rigor de la astronomía matemática exige. El último paso de la sombra del cuarto era por tal concepto muy interesante, y el que abajo suscribe, que se ocupa en este estudio desde hace algunos años, encargó la observación de aquél al eminente Schiaparelli, director del Observatorio de Milán (1), por si el cielo se mostraba desfavorable (en Valencia) para la observación, y porque debiendo ocurrir la entrada de la sombra poco antes de ponerse el Sol, era más fácil asegurar esta primera observación en un punto como Milán, que adelanta la noche 38 minutos 3 segundos sobre Valencia. Quiso, empero, el destino que el cielo se hallase despejado en la segunda localidad y cubierto en la primera, habiéndome sido posible percibir distintamente la sombra desde el medio del paso hasta la salida, que sucedió á 7 horas 18 minutos de tiempo local.

Con el objeto de que los aficionados puedan disfrutar del espectáculo de estos pasos y de los eclipses que han de verificarse en 1887, doy adjunta lista de los que han de revestir mayor interés y podrán observarse á horas bastante cómodas. Los eclipses están tomados de las efemerides que publican algunos Observatorios importantes, como la *Connaissance des temps* del de Paris y el *Almanaque Náutico* del de San Fernando, sin haber tenido que modificar más que la hora, para referirla al meridiano de Madrid.

Los pasos de las sombras no se dan en las efemerides y he tenido que calcularlos directamente, con la suficiente aproximación para el objeto que han de llenar. Los satélites van indicados con números romanos, según su orden de situación, á partir del más próximo al planeta.

ECLIPSES.

13 Marzo.	I á 11 h 10 m 20 s,	inmersión.
29 » .	I » 9 25 31	, inm.

3 Abril.	II » 10 39 24	, inm.
8 » .	III » 8 39 46	, inm.
» » .	III » 9 49 7	, emersión.
14 » .	I » 7 51 4	, inm.
21 » .	II » 7 41 12	, emers.
28 » .	II » 10 17 29	, emers.
30 » .	I » 8 4 38	, emers.
21 Mayo.	III » 8 31 26	, inm.
» » .	III » 10 14 18	, emers.
23 » .	I » 8 15 18	, emers.
30 » .	II » 10 2 34	, emers.
» » .	I » 10 19 33	, emers.
22 Junio.	I » 10 21 28	, emers.
1 Julio.	II » 9 50 44	, emers.
3 » .	III » 8 26 14	, inm.
» » .	III » 10 4 16	, emers.
8 » .	I » 8 39 18	, emers.

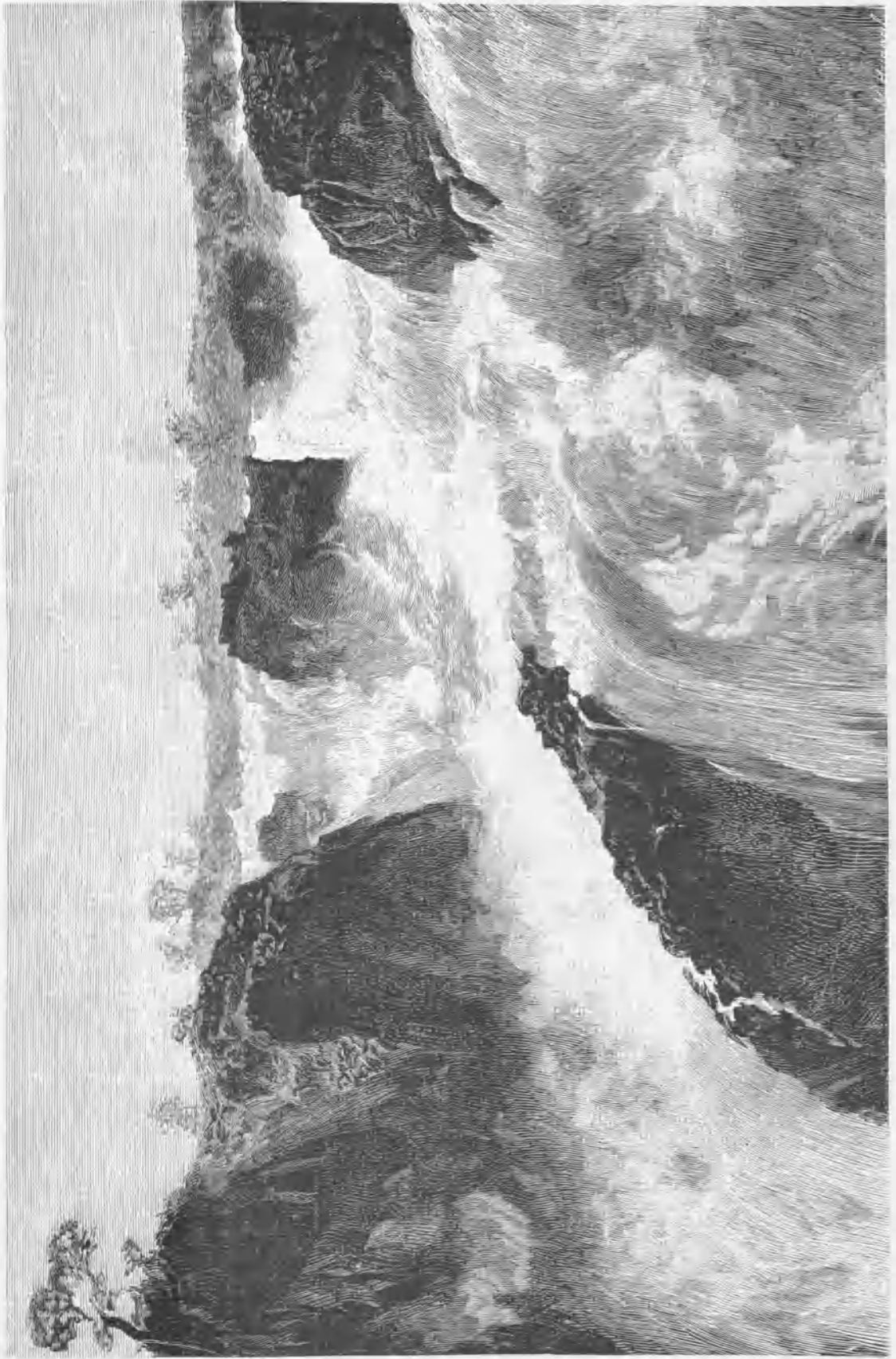
PASOS DE LAS SOMBRAS.

21 Marzo.	III á 10 h 36 m,	entrada.
» » .	III » 12 25	, salida.
» » .	I » 10 23	, entr.
» » .	I » 12 17	, sal.
22 Abril.	I » 6 58	, entr.
» » .	I » 8 56	, sal.
26 » .	III » 6 24	, entr.
» » .	III » 8 10	, sal.
3 Mayo.	III » 10 25	, entr.
» » .	III » 12 7	, sal.
15 » .	I » 7 10	, entr.
» » .	I » 9 7	, sal.
15 Junio.	III » 10 15	, entr.
» » .	III » 11 49	, sal.
28 Julio.	III » 10 10	, entr.
» » .	III » 11 40	, sal.

La sombra del primer satélite correrá casi en contacto con la banda boreal del planeta. La del tercero, lejos de esta banda, casi en las inmediaciones del polo boreal. En anteojos inversos este polo será, sensiblemente, el que aparezca menos elevado.

Para prepararse á la observación es útil saber que cuando estos fenómenos se verifican durante la época del año en que Júpiter pasa por el meridiano antes de media noche, sólo se ve, de los eclipses del primero y segundo satélites, la inmersión, lo cual proviene de que el cuerpo del planeta oculta la porción del cono de sombra por donde se efectúa la emersión. Lo contrario sucede después de dicha época. En los eclipses de los otros dos satélites se puede ver la inmersión y la emersión. Hay, además, que tener en cuenta que, en anteojos inversos, la inmersión de los dos primeros ha de buscarse al oriente del planeta, y la emersión á occidente. En los otros dos, ambos fenómenos se ven á oriente en la primera época y á occidente en la segunda. En 1887, el día en que Júpiter pasará por el meridiano á media noche, ó sea el que marcará la separación de las aludidas épocas, será el 21 de Abril. Con todos estos datos, el aficionado que quiera observar y se halle en otra localidad distinta de Madrid, no tiene más que añadir ó restar, respectivamente, á

(1) Que posee una magnífica comatoidal de 50 centímetros de abertura célebre ya en los anales de la Astronomía, por ser el primer instrumento con que se han visto los famosos canales del planeta Marte.



LA CATARATA DE SAN PAULO (BRASIL)

las horas que aquí doy, las horas, minutos y segundos á que equivalga la longitud occidental ú oriental del lugar, contada del meridiano de la capital de la Península.

La observación de los eclipses puede hacerse con un anteojo de 55 milímetros de abertura, provisto de un ocular que aumente 50 ó 60 diámetros. Los pasos de las sombras reclaman instrumentos de más potencia. La del tercer satélite puede seguirse muy bien de un extremo á otro del disco con un anteojo de 75 milímetros, con tal de que la atmósfera se halle despejada y no sople viento seco (1). Las de los otros tres, singularmente la del segundo, no se perciben sino con un anteojo de 95 milímetros, y mejor aún con uno de 108, que permite distinguir, no sólo la muesca aparente que en el borde ó limbo del disco produce la sombra en los primeros momentos de la entrada y últimos de la salida, sino también el satélite mismo al proyectarse sobre el disco; como puede verse en la figura 3.ª en que he representado el aspec-



Figura 3.ª

to que ofrecía el planeta el 24 de Mayo de 1885, á 7 h 40 m de la noche, y el paso del tercer satélite y de su sombra que observé la misma noche. En los primeros minutos de su entrada (á la derecha del dibujo), á 7 h 6 m, tiempo medio de Tortosa, el satélite se destacaba como un punto blanco sobre el fondo, menos brillante, del disco. Algún tiempo después, á 9 h 19 m y 9 h 35 m el satélite se destacaba (á la izquierda) como un punto obscuro. La muesca del limbo se percibió á 11 h 46 m, y pocos minutos después se hallaba ya en pleno disco, como se ve á la derecha. En algunas ocasiones, como durante todo el paso ocurrido el 25 de Noviembre de 1881, en que el satélite recorría una cuerda del disco muy próxima al polo austral, se destaca como un punto blanco. El cuarto satélite suele aparecer como un punto casi negro, aun des-

facándose sobre el fondo obscuro de las bandas, como lo observé el 18 de Abril de 1885, desde 6 h 57 m á 8 h 22 m.

Sobre la espesa capa de nubes que constituye, según queda explicado, la superficie visible del astro, existe una atmósfera diáfana, que puede considerarse como la parte más elevada y tenue de aquella. Dicha capa ejerce una absorción selectiva muy notable sobre determinados colores componentes de la luz solar. Sabido es que la luz blanca del Sol consta de siete especies elementales de luz, á saber: roja, anaranjada, amarilla, verde, azul, azul obscuro y violada. Pues bien, la atmósfera de Júpiter absorbe de preferencia los colores azul y violado, de que resulta que los restantes, el amarillo sobre todo, son los que quedan libres, y por consiguiente, los que más contribuyen á dar al planeta su coloración amarillenta. Como, por un efecto de esfericidad, el rayo visual atraviesa de estas capas atmosféricas un espesor tanto mayor cuanto más oblicuamente, ó lo que es igual, cuanto más lejos del centro del disco tropieza con la superficie del astro, la absorción se hace, necesariamente, tanto más sensible cuanto más lejos de aquel centro se halla la región considerada, y de ahí la diferencia de intensidad luminosa que se nota entre el centro y los bordes de este planeta. Una razón parecida explica el hecho de que el borde dirigido más directamente al Sol aparezca más iluminado que el opuesto. Estas diferencias son bastante perceptibles con un anteojo de 95 milímetros. Ahora se comprenderá por qué, cuando los satélites se proyectan sobre el disco, se ven, por regla general, tanto más claros cuanto más cerca de los bordes pasan, aparte de que la rotación misma de dichos cuerpos interviene también como factor en el resultado, haciendo que varie la cara que mira hacia la Tierra y presentando sus manchas más ó menos oscuras.

Las condiciones de habitabilidad del planeta Júpiter se infieren lógicamente de su estado actual, siendo permitido concluir que el género de vicisitudes y trastornos de que es teatro se complace mal con la existencia de la vida. Hay, sin embargo, quien abdica del criterio de la observación y de la experiencia, que son el sólido y único fundamento de toda inducción racional, y vislumbra seres imaginarios en todas las esferas celestes; mas la Astronomía positiva desecha la fantasía y la quimera, y partiendo de los hechos y de las leyes que regulan el ciclo de la evolución en los mundos orgánico é inorgánico, deduce la *posibilidad* de la existencia de seres vivientes allí tan sólo donde las condiciones del medio ofrecen analogía con las de esta Naturaleza en que respiran y prosperan las floras y las faunas sujetas á nuestro examen. Sólo subordinando el razonamiento á este riguroso proceder puede aseverarse que el mundo de Júpiter es un desierto todavía, sin que sea dado prever si, al terminarse la fase cosmológica que hoy recorre, despuntará la aurora de la vida y del pensamiento. Atengámonos, pues, á las enseñanzas de la ciencia que merece realmente el nombre de seria, á la que rinden culto los talentos más preclaros de nuestros tiempos, y admiremos los arcaños que á cada paso se descubren en el plan que en el vasto Universo desarrolla su Supremo Autor.

(1) El lector que desee más pormenores sobre instrumentos y condiciones atmosféricas más favorables, puede leer á El eclipse de Uránus que publico en La Ilustración de 22 y 29 de Mayo de 1884.



«EL ESCULTOR PAJOU HACIENDO EL LUFTO DE LA CONDESA DUBARRY.» — (Cuadro de Jorge Cain.)

CAMINO DEL PARAISO.

(DEL «REGISTRO DE JOYAS PERDIDAS»).

I.

En los primeros días del invierno de la tercera campaña del Norte, se hizo cargo de la división de Alava mi compañero de colegio y de carrera el general Peña Trujillo. Entonces pudimos poner en práctica, sin obstáculo alguno, el plan de un nuevo sistema de combate, que habíamos concebido después de discutir mucho, en nuestras conferencias amistosas, la historia y el desarrollo del arte militar moderno.

Convinimos en realizar la primera experiencia en la notable posición estratégica del cerro de Jundiz, situado á doce kilómetros de la capital, en la zona ocupada por el enemigo. Proyectamos sorprender el pueblo de Ariñez, inmediato al cerro, tomar éste, ponerlo en estado de defensa, resistir un largo asedio, rechazando toda clase de ataques, y constituir una base de instrucción de la nueva táctica, haciéndola extensiva á otros cuantos centros de acción de la llanura y de la montaña. La fuerza que iba á realizar esta tentativa inicial constaba de cien hombres á mis órdenes. No pertenecían á ninguna de las armas que hoy se conocen; eran soldados de nuestra nueva escuela, ya aducados, útiles y aptos para todas las armas, y componían en conjunto lo que se ha dado en denominar *guerrilla completa*.

Montados en cien caballos del país, de esos que lo mismo se escurren por las veredas estrechas, desempedradas y mal cuidadas del llano, que suben y trepan por los ásperos senderos de las cordilleras, eran todos excelentes jinetes, y pertenecían, dentro de la guerrilla, á diversas secciones, aunque indistintamente podían formar, si era necesario, en cualquiera de ellas. Habían aprendido la táctica completa de la guerrilla de infantería, eran consumados tiradores y sabían batirse en el llano y en las cumbres sin faltar á ninguna de las reglas del último tratado de los movimientos. Al montar para salir á campaña, todos llevaban á la espalda el pico, la pala ó la barra-barreno corto, para efectuar la apertura de líneas de trincheras en tierra ó en roca, cumpliendo como verdaderos soldados ingenieros, conocedores de los modernos trabajos de defensa rápida de una posición. De los cien caballos, diez y seis, además de conducir á sus jinetes, arrastraban, de cuatro en cuatro, tres ametralladoras de calibre mixto y un furgón de aparatos de electricidad para señales ópticas, comunicaciones y explosiones.

Las cureñas y arcones, de chapa martillada, de ligero peso y de grandísima resistencia, podían desmontarse con gran facilidad. Las ametralladoras mixtas se componen de una pieza central fija, de mayor calibre, que funciona sola si es preciso, y de un disco que envuelve aquella y que contiene diez y ocho cañones de calibre pequeño. Con cada ar-

món desarmado y sobre el montaje del carro se hace una delantera blindada y aspillerada, que protege á los encargados de las ametralladoras, amparándolos perfectamente del fuego exterior.

Nuestra *guerrilla completa* tenía, pues, representadas todas las armas en sus cien hombres. Esperábamos que fuera utilísima para la guerra de montaña, y bien pronto nos convencimos de ello.

Al prepararme á salir para Jundiz, dividí *mi ejército* en dos partes:

Guerrilla de ataque:

60 cazadores.
60 tiradores de caballería.
60 ingenieros,
8 artilleros, con dos ametralladoras.

TOTAL..... 68 hombres.

Reserva de la guerrilla:

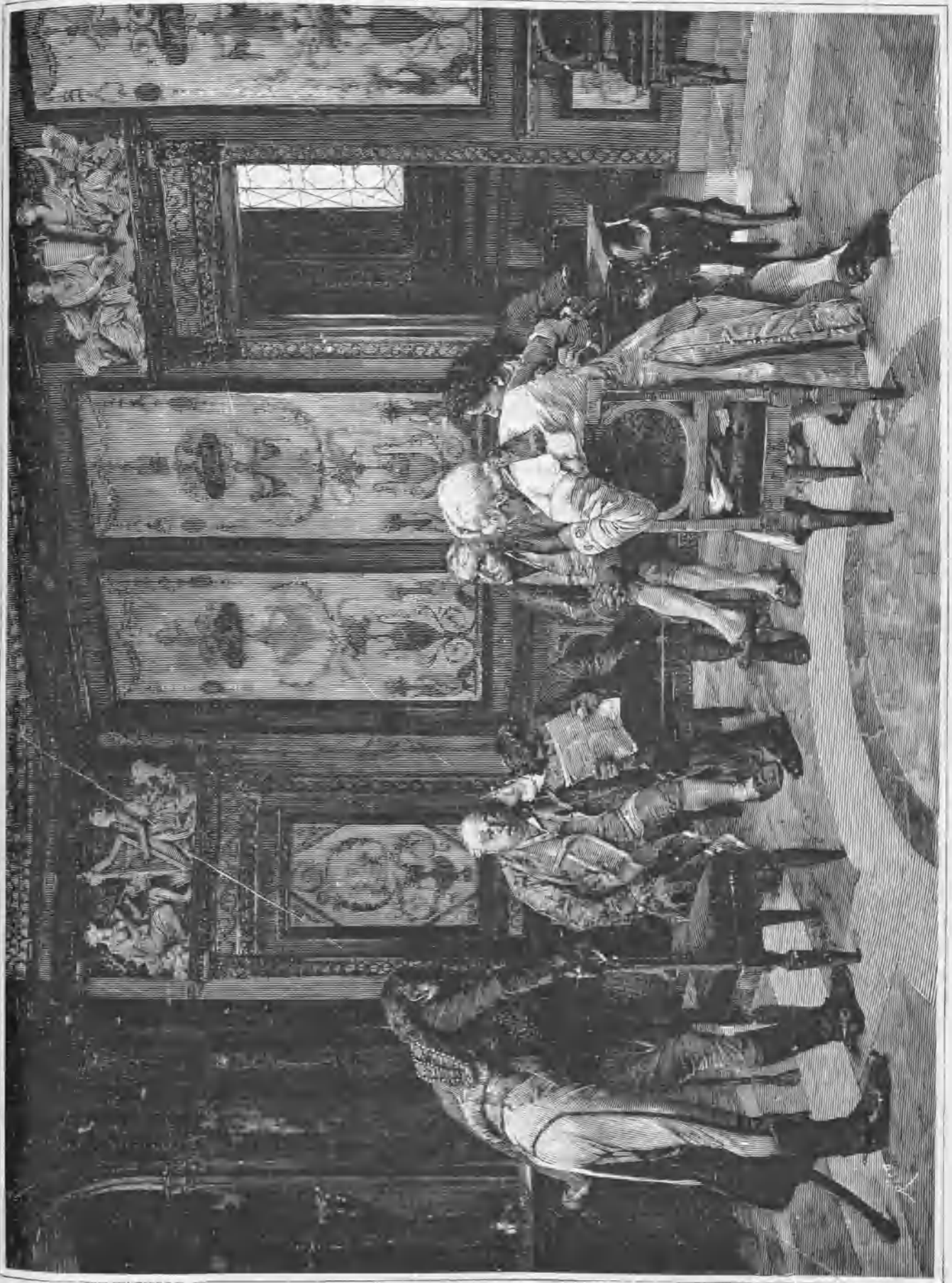
24 cazadores.
24 tiradores de caballería.
24 ingenieros.
8 artilleros, con una ametralladora
y un furgón eléctrico.

TOTAL..... 32 hombres.

TOTAL GENERAL.... 100.

A las siete de la noche salimos de la capital recorrimos los doce kilómetros en poco menos de una hora, sorprendimos la pequeña partida que guarnecía á Ariñez, uniéndola á nosotros para los trabajos mecánicos de la noche, recogimos todos los hombres útiles que había en el pueblo, destinándolos al mismo objeto, y establecí un cordón de veinte caballos alrededor del recinto, para que no saliera de él ningún habitante. A las diez ocupamos el alto de Jundiz; los prisioneros y los vecinos se dedicaron toda la noche á abrir y fortificar un amplio reducito en la línea de la explanada que rodea el pequeño monasterio de San Juan, en la cumbre de aquella colina; y mis soldados abrieron tres líneas de trincheras en espiral, que circundaban perfectamente las laderas del cerro. Al amanecer estaba ya en perfectas condiciones de defensa el alto de Jundiz.

En ningún pueblo de las cercanías se habían apercibido de nuestra operación militar. Di á mi gente un descanso de cuatro horas, pasado el cual armamos nuestras ametralladoras reductos móviles; sepultamos una doble serie de botes explosivos en la línea avanzada de nuestra posición, uniéndolos todos por medio de conductores al aparato de inducción eléctrica de la guerrilla, y convoqué por fin una asam-



«NOTICIAS DE LA GUERRA.» — (Cuadro original de Jiménez Aranda.)

blea de oficiales y sargentos, para cerciorarme de que no habían olvidado un solo detalle de nuestro nuevo sistema de campaña. Al anochecer fueron conducidos los prisioneros á la capital, por veinte jinetes, que regresaron para la media noche; y muy de madrugada, otros veinte, destacados en grupos, recorrieron los pueblecitos inmediatos, recogiendo viveres en todos ellos. Pocas horas después, el enemigo, que había tenido noticia de nuestra presencia, coronaba con sus guerrillas y avanzadas las crestas de las sierras vecinas, cuyas fuerzas descendieron poco á poco hacia las aldeas del llano, y cuyos movimientos pudimos observar con todo cuidado, gracias á nuestros excelentes anteojos de campaña.

La acometida contra nuestro cerro de Jundiz debía emprender muy pronto.

II.

La casa que yo escogí para mi alojamiento en el pueblo, durante las operaciones, fué la del Sr. Villalba, principal propietario de la comarca. Me recibió con mucha agrado, y ordenó que no se hiciera mesa aparte para mí, sino que acudiera á la suya, como de la familia. Constituían ésta su señora y dos hermosas jóvenes, que bien pronto fueron novias temporeras del segundo jefe y del ayudante de mi guerrilla. Como agregado á la casa vivía en ella un exclaustrado muy anciano, el P. Miguel, único resto vivo del monasterio de San Juan de Jundiz.

Mi patrón Villalba había hecho una buena fortuna, ascendiendo desde hortería á principal en una casa de comercio de Barcelona, y una vez en posesión del suficiente papel nacional y extranjero para dominar el porvenir, volvió á su pueblo, dedicándose á la agricultura contemplativa, á cuidar de sus tierras y montes, que otros trabajaban, y á ver cómo crecían y se desarrollaban en su huerta los rosales, los claveles, las verduras, las cerezas y las peras. Hombre rico, de buen fondo moral y de escasa instrucción, decía que era «indiferente» en todo, en política y en filosofía, en cuyas tonterías no había querido meterse nunca, aunque no así en religión, de la que era firme creyente «de nacimiento», y en cuyas «altas profundidades» opinaba que no debía meterse ni él ni nadie.

En tiempo de esta guerra recibía y trataba en su casa lo mismo á nosotros que á nuestros enemigos, porque él «no era ni negro ni blanco.» Era hombre útil, positivista, y lo mismo encargaba á un general del ejército, á quien había hospedado, que le negociara en Madrid, con toda la ventaja posible, los atrasos de Ultramar que había comprado á unos licenciados, que conseguía que un jefe de partida enemiga, también huésped suyo, consiguiese en Durango ó en Estella que la corte ordenase el pago de algunos centenares de fanegas de cebada que acaparó á poco precio en los pueblos, y que suministró él después al precio corriente, siempre muy alto, por ser servicio «de compromiso y muy expuesto para él.»

Cuando se vendieron los bienes de la Iglesia, compró, entre otros, el monasterio de Jundiz, para convertirlo en granja y corral, y cargó entonces con el censo de mantener al pobre P. Miguel, que vivía de limosna en una ruinosa habitación de aquella santa y olvidada casa, adherido con

el corazón á ella, no pudiendo separarse jamás del templo ya olvidado, del claustro tan querido y de las desiertas celdas, donde pasó sesenta años de su casi cenobítica existencia.

Villalba consideró al comprar el monasterio, que el P. Miguel no era útil, porque consumía y no producía, é iba ya á ponerle la despedida en la mano, cuando intercedieron por el anciano su mujer y sus hijas, rogándole que le mantuviese en casa, y que en cambio el pobre monje pediría á Dios por todos ellos. Culeó el economista creyente las ochavos de limosna que se iba á ahorrar con los Padrenuestros que el exclaustrado rezase al cabo del año, entendiéndolo que no había ya necesidad de repartirlos á los pobres que mendaban á rezar á la puerta, y se decidió á sostenerle hasta que muriera, «que no tardaría.»

Sabía el P. Miguel historia, literatura, muchos cuentos y muchas cosas raras, que Villalba calificaba de pasatiempos improductivos, pero que entretenían sobremanera á su cariñosa mujer y á sus dos alegres y simpáticos pimpollos. Les había referido á su modo la historia de su monasterio y las de los viejos monjes que él conociera, y les había tratado de describir las maravillas de las dos mil figuras que estaban esculpidas en el claustro, y que ningún sabio acertó á descifrar.

Conoció á todos estos personajes la primera noche que pasé en casa de Villalba, y estudié detenidamente el carácter del patrón y del monje, tipos para mí muy curiosos. Con extraordinaria atención y complacencia examinaron el contenido de mi álbum de campaña, en el que están dibujados todos los lugares famosos de la guerra y gran número de objetos y personas notables. Ni el uno ni el otro me hablaron una sola palabra de mi expedición á Arriñez y Jundiz, aparentando prudentísima reserva, que yo contribuí á mantener, por la obligación en que estaba de no dar á conocer mis planes y propósitos.

Cuando nos levantamos de la mesa y nos dirigimos á nuestras habitaciones, me dijo el P. Miguel, luego que Villalba nos hubo despedido:

— Señor coronel, mañana muy temprano tenemos que hablar.

Apreté cariñosamente la mano que me tendía, manifestándole mi asentimiento, y una vez convencido, por mi telegrama portátil, de que ni en el cerro fortificado ni en el pueblo ocurría novedad, me dormí tranquilamente.

Al amanecer, después que los oficiales tomaron mis órdenes, entró en mi cuarto el P. Miguel, sorbió un poco de perfumado rapé, y me dijo:

— Anoche, al oír á usted hablar de artes antiguas y modernas, le miré como un enviado de la Providencia. En sus manos está la salvación del templo y claustro de mi querida casa, el monasterio de Jundiz, en el que he vivido cerca de sesenta años. Yo quiero á esa reliquia del pasado como á mi madre propia. Usted ha fortificado el monasterio, pero es necesario además que impida su destrucción. ¿No ha contemplado usted el claustro ni la nave?

— No hice anoche más que cruzarlos de paso, con escasa luz, y mandar que cerraran las puertas. ¿Tienen algún mérito artístico? — pregunté al monje.

— ¡Oh señor mío! No hizo nada más acabado, ni más reducido, ni más hermoso, la orden de mi venerable P. San

Benito. Yo le aseguro—añadió el anciano con efusión—que no ha visto usted cosa que pueda comparárselo.

—¿De veras, P. Miguel?

—Vámonos allá y se convencerá el amigo; y luego que se conveza, le haré la súplica que deseo.

Subimos poco á poco la cuesta de la colina, revisé el estado de mi vigilante guerrilla, vi que el enemigo no se había movido de sus posiciones de la vispera, y siguiendo al padre benedictino, penetré en la plazuela del monasterio.

El templo, muy pequeño en dimensiones, ofrecía á la vista una rústica fachada con pobre portegal y alto timpano, en el que estaban simbolizados los cuatro Evangelistas alrededor de un óculo calado de labores ocultas entre la oscura hiedra. Al lado del Norte se alzaba una pequeña torrecilla sin adorno ni carácter alguno. La obra, por sus detalles del exterior, era de la época de la transición del arte románico al ojival. Pero no así en su interior, en el que campaba, con todas sus magnificencias, una sola y ancha nave del último periodo ojival florido. No quedaba en ella altar alguno; las grandes ventanas rotas y sin vidrieras daban franco paso, por entre las enredaderas silvestres, á la alegre luz de la mañana.

Componían la nave tres bóvedas, inclusa la del ábside, apoyadas en imitadas columnas de relieve empotradas en los muros y compuestas de múltiples fustes. En el espacio que dejaban éstos entre sí, de abajo á arriba, y en intermedios correspondientes de las ojivas que componían la bóveda, había derramado el cincel del gótico artista tal y tan variada profusión de figuras de relieve, que yo retrocedí asombrado al contemplar la cristiana maravilla. La labor de los corridos capiteles era tan rica como profusa y bien ejecutada, y en el alto piso que los unía veíanse curiosas inscripciones.

Permanecí absorto más de diez minutos, mientras el padre Miguel, situado á pocos pasos de mí, se sonreía maliciosamente con aire de triunfo, dando vueltas entre sus manos á su descomunal y verdoso sombrero de teja.

Sin hablar palabra me siguió cuando pasamos al claustro. Era éste una joya del arte del Renacimiento, y estaba cuajado de adornos, símbolos y bustos de santos en sus pilastras, en sus capiteles del muro y en las arcadas y enjutas de sus tres naves. La cuarta, cerrada desde un principio, había sido el *De profundis* del monasterio.

Volví al templo y volví á maravillarme cien veces de aquella riqueza artística. Cuando salimos á la plazuela me dijo el monje:

—¿Ha visto usted algo semejante, mi coronel?

—No, por cierto, mi abad—le contesté.

—¿Merece conservarse esta joya?—añadió.

—Á todo trance—respondí sin vacilar.

—¿Y si la convierte usted en un fuerte y los enemigos la cañonean?

—No necesito utilizar para nada el monasterio para defenderme.

—¿De modo que no hará usted nunca fuego desde arriba?

—Nunca.

—¿Y cómo lo sabría el enemigo, para que no dirigiera los tiros al monasterio?

—Pues muy fácilmente: diciéndoselo.

—¿Y quién se lo va á decir?

—Usted, si tiene interés en ello.

—Es verdad. Yo creía que podría conseguirse ese ob-

jeto poniendo la bandera de la Cruz Roja en la torre.

—La pondremos; pero además, bueno será que usted se lo suplique, porque entiendo que entre mis enemigos tendrá usted bastantes conocidos; ¿no es así, P. Miguel?

—¡Pscht! Algunos tengo, ¿para qué negarlo?

—Encárguese usted, pues, de recomendarlo; pero guárdese bien de decir lo que aquí ha visto.

—Conste, mi coronel, que para no ver nada, he subido desde el pueblo con los ojos fijos en el suelo.

—Lo he notado y le he entendido.

Volvímos á apretarnos la mano en señal de cordial inteligencia, y mientras yo recorrí las trincheras y las guardias y di algunas disposiciones, él sacó su breviario, se metió el sombrero debajo del brazo y tomó por la cuesta hacia el pueblo, andando y leyendo con sosegado compás.

Desde las ocho de la mañana hasta la una, en que me llamaron á comer, estuve estudiando el templo, ayudado de mis anteojos de campaña y utilizando una escalera de mano que, con unos troncos de chopos jóvenes, improvisaron mis soldados.

Este análisis fué para mí una revelación que me hizo recorrer con la memoria mis estudios de chico. Tomé abundantes notas en mi álbum y me propuse pasar una buena tarde con el P. Miguel.

Mientras comimos en familia trabamos el siguiente diálogo:

—¿Se ha fijado usted en lo que representan las imágenes de las paredes y bóvedas del templo?—pregunté al exclamado.

—Sí, señor; hay unas quinientas, y figuran todo el año cristiano—me respondió muy ufano.

—Dios le perdone á usted el disparate—repliqué.

—¿Cómo que no?

—Ha visto usted allí á San José, á San Roque, á Santa Bárbara, á Santa Lucía, á San Blas y á otros santos tan conocidos?

El P. Miguel se quedó pensativo un rato, como haciendo memoria, y contestó:

—¡ Hombre, efectivamente, ninguno de esos santos está allí!

Villalba, su mujer y sus hijas, y el segundo jefe y mi ayudante, que conían con nosotros, celebraron con grandes muestras de alegría la cogida del monje, que añadió después:

—Siempre había oído decir á mis hermanos, los más viejos del monasterio, que aquella es la representación de la corte celestial; pero....

—Pero ¿qué?

—Pues que parece que no es así, señor coronel. Y diga usted, ¿no ha notado que en los arcos, ó como se llaman, de las columnas hay en cada uno entre muchas flores y adornos un escudo con una letra en el centro?

—Sí, señor.

—Pues ahí tiene usted otra cosa que jamás he entendido, por muchas vueltas que le he dado; unidas todas las letras parece que dicen:

ARA DISIVI A. P.

—¿Y qué?

—Pues nada, que eso ó no es latín, ó está mal escrito, ó faltan letras, ó que yo no lo entiendo.

— ¿Por cuál escudo empieza usted a leer?

— Por el que está en la primera fila de columnas del altar mayor.

— Muy mal hecho.

— ¿Pues por dónde ha de empezarse?

— Por el principio; por donde empieza la nave.

— ¿Y qué dice entonces la inscripción?

— Vamos al monasterio, y allí lo veremos — contesté poniéndome en pie y tomando el camino de la puerta. Todos los demás comensales me siguieron, prometiéndose pasar un buen rato.

Entre la gente de mi guerrilla no ocurría novedad; las guardias aparecían muy bien cubiertas; el trabajo de apertura de una trinchera avanzada, rasante al suelo, se había terminado; y á lo lejos veíanse algunas masas enemigas, cuyo número había aumentado bastante, preparándose sin duda á darnos un mal rato.

Entramos en la nave admirable del diminuto y desierto templo, saqué mi espada para que me sirviera de puntero, me rodearon los amigos, poniéndose casi delante de mí el venerable monje P. Miguel, y señalando con la punta del desnudo acero las figuras, conforme las iba indicando, les dije lo siguiente:

— En este primer arco, inmediato al coro, empieza el glorioso poema de piedra que hábiles é inspiradísimos artistas cincelaron en el siglo xv, bajo la sabia dirección de algún abad benedictino. Apelaré á mi memoria para explicarlo, cuya tarea no es difícil, porque la mayor parte de las figuras llevan en orgullosas cintas y en caracteres góticos grabado el nombre que las determina. Aquí está sobre la pila lustral, en un óvalo de lo más característico del ojival florido, la imagen del gran fundador San Benito, padre de esta casa, en la fecha 515, del año en que escribió su regla. Estos cuatro ángeles que parecen irradiar del óvalo y que sostienen cuatro escudos con la letra C en el centro, son el símbolo de las cuatro congregaciones que nacieron de la regla del santo, á saber: Cluni, Cister, Camaldula y Cartuja. En las hornacinas que suben á lo largo de este haz de columnas están: San Benito, abad de Aniano; San Agustín, apóstol de los ingleses, con la cifra de la época de su propaganda, 503; San Bernardo, fundador de Cluni (910); Hugo de Seonant, el benedictino de los Alpes, 865; San Romualdo, fundador de la orden de Camaldulos, 1023, con estos cuatro monasterios que llevan sus leyendas: Murano, Monte Corona, Massacio y Fonte-Avellana. Arriba sobre el capitel está San Juan Gualberto, de la orden de Vallumbroso; el beato Mainard de Umbria, de la congregación de Sasso-Vivo, 1060, y San Gerardo de Corbúa, del monasterio de Silva Major, 1077.

En la clave está San Roberto de Molesmo, fundador del Cister, 1093, con el símbolo de los primeros monasterios: Ferté, Pontigni, Clairvaux y Morimond. Después, en el descenso del arco, el abad Joaquín de Flora, de Calabria, 1189; Bernardo de Mont-Gaillard, fundador de la famosa abadía de Orval, 1695, y Armando de Rancé, fundador de la Trapa, 1140.

En esta segunda arcada, y siguiendo el mismo orden, están: los inolvidables caballeros Templarios; San Raimundo de Fitero, fundador de la orden de Calatrava, 1158; los caballeros de Alcántara recibiendo sus estatutos de Odón,

obispo de Salamanca; los caballeros de Cristo, sucesores de los Templarios en Portugal, 1317; los Hospitalarios de Burgos; los caballeros de la Montesa, 1316; los caballeros Guillelmitas, representados por su abad Guillermo el Grande, ermitaño de Malval, 1157; los Celestinos, que representa el papa San Pedro Celestino, vestido de monje; los abades benedictinos de Monte Olivete en Italia; de Melk en Austria; de Bursfeld en Alemania; del Angel Guardián en Bayera y Alsacia, y de Santa Justina en Padoa. Allí en los frisos corridos que unen estos dos arcos ó bóvedas se encuentran: los monjes benitos de Valladolid, salidos de la abadía de Nogal sobre el Carrión, 1390; los de la gran abadía de Sahagún con el abad Bernardo de Cluni y el rey don Alfonso VI; los de Esmos y los de San Zoil y San Felix de Carrión, con los condes D. Gómez y D.^a Teresa.

En la tercera arcada hay un conjunto de interesantísimos recuerdos, porque contiene los primeros religiosos y eremitanos. He los aquí: San Pablo primer ermitaño; San Antonio primer cenobita, 270; San Pacomio escribiendo la regla de los cenobitas en la Tebaida, 340; su discípulo San Teodoro; los santos solitarios Serapio, Macario y Pafnucio; el abad Isidoro escribiendo sus discursos; San Macario de Alejandría; San Orsesio de Tabenna; el diácono Vigil, maestro de los cenobitas de Oriente; San Basilio, obispo de Capadocia, con su libro donde dice *Regula fusius tractata*, 355; el famoso escita Juan Casiano, predicador de Egipto, Palestina, Constantinopla y Marsella, 420; el gran San Jerónimo, 410; el gran San Agustín, 423; San Honorato, fundador de la abadía de Lerins, y San Cesáreo, discípulo del mismo, 501; San Anselmo, obispo de Arlés, 540; San Hilario, fundador de la abadía de Galeata en la Rumania, 550; y por fin, cerrando la serie, volvemos á encontrar á nuestro patriarca San Benito, escribiendo también su regla y rodeado de múltiples atributos.

Allá arriba en el friso aparecen respectivamente en uno y otro lado de la nave: el apóstol de Ilanda, San Patricio; San Donato, obispo de Besançon; San Isidoro, arzobispo de Sevilla; San Leandro; San Fructuoso, obispo de Braga; Pedro de Honesús; San Juan de Jerusalén, general de los carmelitas, y Alberto, patriarca de Jerusalén; todos ellos escritores de reglas y constituciones religiosas.

Vuelve á aparecer, en los medallones que adornan las arcadas del ábside, San Benito en la clave del centro, y en los de los lados San Francisco de Asís y Santo Domingo. Está, pues, el templo dedicado á la mayor honra y gloria de San Benito, á la de sus hijos, á la de sus predecesores los ermitaños y cenobitas, y por fin, para coronar el cuadro concediéndole al santo los monjes de este templo la supremacía sobre San Francisco y Santo Domingo, sin duda porque era el amo de la casa.

Tal es, señor abad y respetable P. Miguel, lo que está aquí tan admirablemente representado, además de un sinnúmero de otros personajes, símbolos y letras que no me ha sido posible descifrar. En cuanto á las letras de los escudetes de las columnas, sigámes el mismo orden, y verá usted cómo dicen:

VIA PARADISI,

esto es: «Camino del Paraíso», porque tal es, en efecto, el que siguieron durante toda su existencia los venerables y



SOLDADO DE MATRICK.

santos varones, que aquí están inmortalizados por la escultura.

Sin perder una sílaba había seguido el exclaustro mi relación, abriendo desmesuradamente los ojos y haciendo frecuentes señales de admiración; y en el momento en que concluí, echóse en mis brazos y dió en suspirar y reírse á un tiempo, exclamando:

— ¡Oh, señor coronel, si vivieran mis hermanos de comunidad y le hubieran oído! ¡Oh, qué maravilloso templo! ¡Oh, señores, vean ustedes si vale este humilde monasterio, mi casa querida, donde he pasado sesenta años! ¡Bendito sea, señor coronel, el momento en que ha venido á vernos! ¡Cuánto he gozado en este día!

Mientras tanto Villalba, que escuchó mi descripción como si la hubiera relatado en alemán, sonreía y callaba, diciendo para sí:

— ¡Lástima de tiempo perdido! ¿Y para qué vale el saber todo eso? ¿A que no tiene este coronel mil reales ahorrados, ni sabe descontar una letra, ni qué sustancias figuran en la columna segunda del arancel? ¡Cuánto se habla en vano en el mundo! ¡Lástima de hombres!

Las señoritas y mis compañeros de guerrilla se deshicieron en elogios del monasterio, de los santos, del coronel, del monje y del buen gusto que había tenido Villalba al comprar esta posesión.

— Es preciso—dije al P. Miguel— que no se destruya esta obra de arte tan original. Yo pondré la Cruz Roja en la bandera de la torre; y usted, padre, váyase á decir á sus amigos, mis enemigos, que no cañoneen el templo, si tienen cañones.

Al anochecer de aquel día inolvidable, salió, en efecto, el benedictino, apoyado en un nudoso bastón, dirigiéndose hacia las alturas de Nanclears y Tuyo, al otro lado del Zadorra, donde parecían hallarse la mayor parte de las fuerzas enemigas, que aun tardaron dos días en atacarnos. Izé en una fuerte asta-bandera la de la Cruz Roja, que ondeaba al viento durante el día, y cuyo mástil me servía durante la noche para comunicarme con Vitoria, por medio de una serie de magníficos tubos eléctricos Geissler, alumbrados por el aparato de inducción, y cuyas señales se percibían muy claras con buenos gemelos de campaña, desde uno de los torreones del palacio de Montehermoso en la ciudad, que á su vez sostenía otro aparato semejante, que le servía al general Peña Trujillo para comunicarse conmigo, con arreglo á una clave que ambos solamente conocíamos.

III.

Pasáronse aquellos dos días en agradables conferencias con la familia de Villalba. Consuéname á éste la pesadilla de que no teniendo ningún hijo varón, y «siendo tan casquivanas hoy las mujeres», pudiese ir con el tiempo su hacienda á manos de «cualquier chiviricuatros» que tomara por marido y que la derritiera toda en poco tiempo. Quería tener un par de yernos labradores, «personas útiles», comerciantes ú hombres de negocios, que supieran prácticamente lo que valen el tiempo y el dinero. Para prepararse á que así fuera, compró y compró tierras y prados, y extendió sus plantaciones y encargó al extranjero multitud de máquinas agri-

colas, de todas cuyas adquisiciones y proyectos enteró minuciosamente á sus hijas, y realizándolas poco á poco, según decía. Nuestras pacíficas tertulias terminaron pronto.

El enemigo se acercó á Jundiz decididamente, y hubo de probar de hecho las condiciones de resistencia de mi guerrilla. Tres batallones, con dos piezas *Whirout*, trataron de rodear el cerro, apoderándose antes del pueblo de Ariñez. El fuego certero de nuestras trincheras, donde estaban bien protegidos los tiradores, y cuyo sistema habíamos aprendido del enemigo mismo, detuvo siempre á muy respetable distancia á las compañías, que nos hacían á su vez nutrido, pero poco dañoso fuego. Nuestras ametralladoras blindadas móviles, en cuyo manejo no se perdió un solo hombre, tuvieron á raya, desde la subida del monasterio, á los que, protegidos por el fuego del pueblo, trataron de asaltar nuestra posición por aquella parte, causándoles grandes bajas.

Tres días duró la acometida, perfectamente rechazada siempre por la mitad de la guerrilla, mientras la otra mitad descansaba sin cuidarse del efecto de los pepinillos. Mis tubos eléctricos Geissler comunicaban de noche á Vitoria, con toda exactitud, el estado de la gente. A los ataques diurnos sucedieron los nocturnos. Un centenar de enemigos, rebasando la línea de nuestros fuegos, se acercó á la trinchera rasante en una noche terrible, marchando en apretados grupos, con ánimo de tomar el cerro á la bayoneta. Nosotros teníamos ya previsto el caso. Uno de los timbres de la línea de botes explosivos enterrados nos dió á conocer el momento crítico del paso de aquella masa por encima de ellos. Tenia yo unidos á la bobina los reóforos de los números impares de las dos líneas de botes, que distaban entre sí cinco metros. Al oír el timbre hice girar el conmutador. El suelo se abrió en una extensión de treinta metros, tembló el cerro, resonaron múltiples estampidos entre grandes llamaradas y fulgores de luz, y se oyó una gritería infernal. Sobre el revuelto grupo que se agitaba, descargamos dos veces las ametralladoras. Multiplicáronse los ayes y los alaridos, siguió después un rumor espantoso de voces y de carreras, y al fin parece que se alejaron los que sobrevivían, y todo quedó en silencio. Nosotros también callamos y vigilamos hasta el amanecer, en que contemplamos con horror los efectos de nuestros torpedos subterráneos en la línea avanzada de la posición. Recogimos á algunos infelices á quienes aun podía salvarse; colocamos nuevos botes explosivos diez metros más adelante, y dejamos á los vecinos del pueblo, que nos pidieron permiso para ello, que enterrasen á las numerosas víctimas que cubrían el suelo. Por nuestra parte apenas sufrimos pérdida alguna, dado nuestro sistema de amparar por todos los medios posibles la vida del soldado, impidiendo siempre la lucha cuerpo á cuerpo.

Repetidos algunos ataques parciales en los días siguientes, se convencieron de que eran en vano sus esfuerzos para tomar la posición.

En resumen: su infantería no resistía el fuego certero de las trincheras, ni el combinado y exacto de las ametralladoras; su artillería no nos causaba efecto alguno, y el asalto se había demostrado que era difícilísimo, á no perder mucha gente.

Probada la resistencia efectiva de nuestro sistema, me envió el general otras dos guerrillas completas, cuyo contingente nuevo mezclé con el ya instruido en Jundiz, y con ellas se

tomaron y fortificaron, por el mismo método, las posiciones de Nancalares y Subijana, avanzadas sobre el boquete de La Puebla. Constantemente en contacto por la caballería, con que contaban, formaron una red ó espacio único con Jundiz, y estuvieron siempre bien provistas de víveres, bien unidas y en mutuo y perfecto juego de defensa.

Después que dejé aleccionados en este sistema á muy bravos y entendidos jefes, salí para el ejército del Centro. En Jundiz y sus alrededores conservábase todo invariable cuando fui á despedirme de mis buenos amigos. El monumento artístico se había salvado. El P. Miguel quedaba satisfecho.

IV.

Después de terminada la guerra, volví á Vitoria á visitar á mis antiguos compañeros de armas. Resolví pasar á Jundiz para hacer un estudio detenido del famoso templo, y me acompañaron hasta el pueblecito de Gomecha el segundo jefe y el ayudante de mi guerrilla. Aunque yo les insté muchísimo, no quisieron pasar de este punto.

Sin poder dar crédito á lo que veía desde lejos, observé que sobre el cerro de Jundiz no se alzaba ya el monasterio, y que en su lugar había numerosos árboles jóvenes. Febril y sorprendido espoleé mi caballo, llegué á Arriñez, subí á casa de Villalba, y sin contestar á sus cariñosos saludos, le dije:

—¿Qué ha sido del monasterio de San Juan?

—Me había figurado que venía usted á eso, amigo mío—respondió con mucha calma Villalba—el monasterio ya no existe; pero en su lugar, ¿qué plantío de acacias de rosa, de tres púas, de castaños de Indias, de morales chinos, de sapindos, seivales, tilos y zumaques hay allá arriba!

La indignación me ahogaba, y al oír á aquel hombre gótico, á aquel asesino del arte, de buena gana le hubiera levantado la tapa de los sesos.

—Ha cometido usted una infamia, señor Villalba—le dije—es usted un bárbaro incomparable.

—¿Tiene usted razón? Así se lo hemos repetido cien veces—exclamaron su esposa y sus hijas, haciendo coro á mis palabras.

—Ya pasó el tiempo de las fantasmagorías, señores—contestó Villalba riéndose—los frailes no volverán, y eso que yo los quiero mucho; la arqueología es un pasatiempo; el monasterio no me producía una peseta tal cual estaba; y, es claro, yo que soy partidario de que todo produzca, porque todo cuesta, yo que soy hombre de orden, que no soy político ni artista, le dispuse de mi propiedad en uso de mi derecho, y estoy seguro de que aquella posesión me producirá dentro de breve tiempo, con el arbolado, un tres por ciento muy fijo.

—¿Y para eso nos esforzamos en salvar el monasterio los liberales y los tradicionalistas? ¿Y para eso lo cuidó tanto el pobre P. Miguel?

—Yo no soy ni tradicionalista ni liberal; todo eso es música, como la arqueología; y en cuanto al P. Miguel, ha sido un desagradecido.

—¿Por qué?

—Porque en cuanto vió que empecé á tirar el monasterio, dió en gritar y llorar, y sin acordarse de que aquí le dá-

bamos casa y mesa de balde, se largó y no hemos vuelto á saber una palabra de su persona.

—¿Pobre monje! Se habrá muerto de pena maldiciéndole á usted.

—Me tiene sin cuidado; pero, vamos á comer, amigo mío, y luego subirá usted conmigo al cerro por el *Camino del Paraíso*, y verá usted cómo cambia de opinión.

—¿Por qué camino del Paraíso?

—Vea usted si le he tenido presente. Al derruir el monasterio y rellenar la difícil subida con la piedra que saqué de él, la he plantado de tantas y tan preciosas variedades de árboles, que, francamente, es una gloria el subir por allí. Al ver que á todos admira y complace, al ver cuánto se goza al subir al hermosísimo plantío de la cumbre, me acordé de la inscripción que usted nos leyó, y bauticé á esa subida con el nombre de *Camino del Paraíso*, porque la es verdaderamente, y así le llama ya aquí todo el mundo.

—¿Camino del presidio es donde debiera usted ir á estas horas—le dije yo, asombrado de su barbarie.

—¿Muchas gracias, querido amigo! Yo no he de tomar en serio estas cosas, como usted; y le perdono todo lo que me diga, con tal de que visite despacio mis nuevas posesiones y plantíos y me haga justicia.

—No subiré yo jamás por ese camino asentado con el polvo de las gloriosas piedras del monasterio. No pisaré yo nunca lo que fué maravilla del genio y del arte.

—¿Pues qué hacer, hombre! ¿No lo ha de pisar usted! En el mundo todo se convierte en polvo, y si tuviéramos esos escrúpulos no podríamos andar por ninguna parte. Verá usted á los lados del camino tejos, enebros, tuliperos, adelfas encarnadas y rosa, boj plateado, escalonias, rododendros, torbiseos, citisos, plumbagos, acerolos, alisos, cerezos de monte, membrilleros, cierres de aligustre, hermosos evónibos y madreselvas de grana....

—¿Calle usted, hombre, y no tiene mi paciencia! Repito que no he de subir á Jundiz y que merece usted ser ahorcado.

Cumplí mi propósito. No subí á la altura y me entretuve con Villalba toda la tarde en correr por aquellos campos. A la mañana siguiente oí discutir muy acalorados á Villalba y á su mujer, que lloraba y gemía con desesperación.

Salí de mi cuarto sin perder tiempo, para enterarme de lo que ocurría, y hallé á Villalba que quería darse de cabezadas contra las paredes, mientras agitaba una carta en la mano y mientras su mujer suspiraba, como si fuera á hacer explosión.

—¿Qué pasa, amigos míos?—exclamé.

—¡Nada, casi nada! ¡nada! una fiolera! ¡entérese usted!—contestó Villalba entregándome la carta.

Era de sus dos hijas, que habían desaparecido de casa aquella madrugada, y que decía así:

«Queridísimo papá: Te has propuesto sepultarnos en vida en este pueblo, hasta que nos vengán á buscar algunos rústicos pretendientes, y de sobra sabes que nuestros respectivos corazones son de Agrelo y de Saleta (el segundo jefe y el ayudante de mi guerrilla). Nos es imposible sufrir más; sabemos que te vamos á dar un mal rato, pero ya no hay otro camino. Hoy tomamos el *Camino del Paraíso*, que es para nosotras el del matrimonio. Nuestros futuros esposos, tus amantes yernos, nos esperan en Gomecha, y el santo padre Miguel, que ha arreglado todos los papeles y que ha diri-

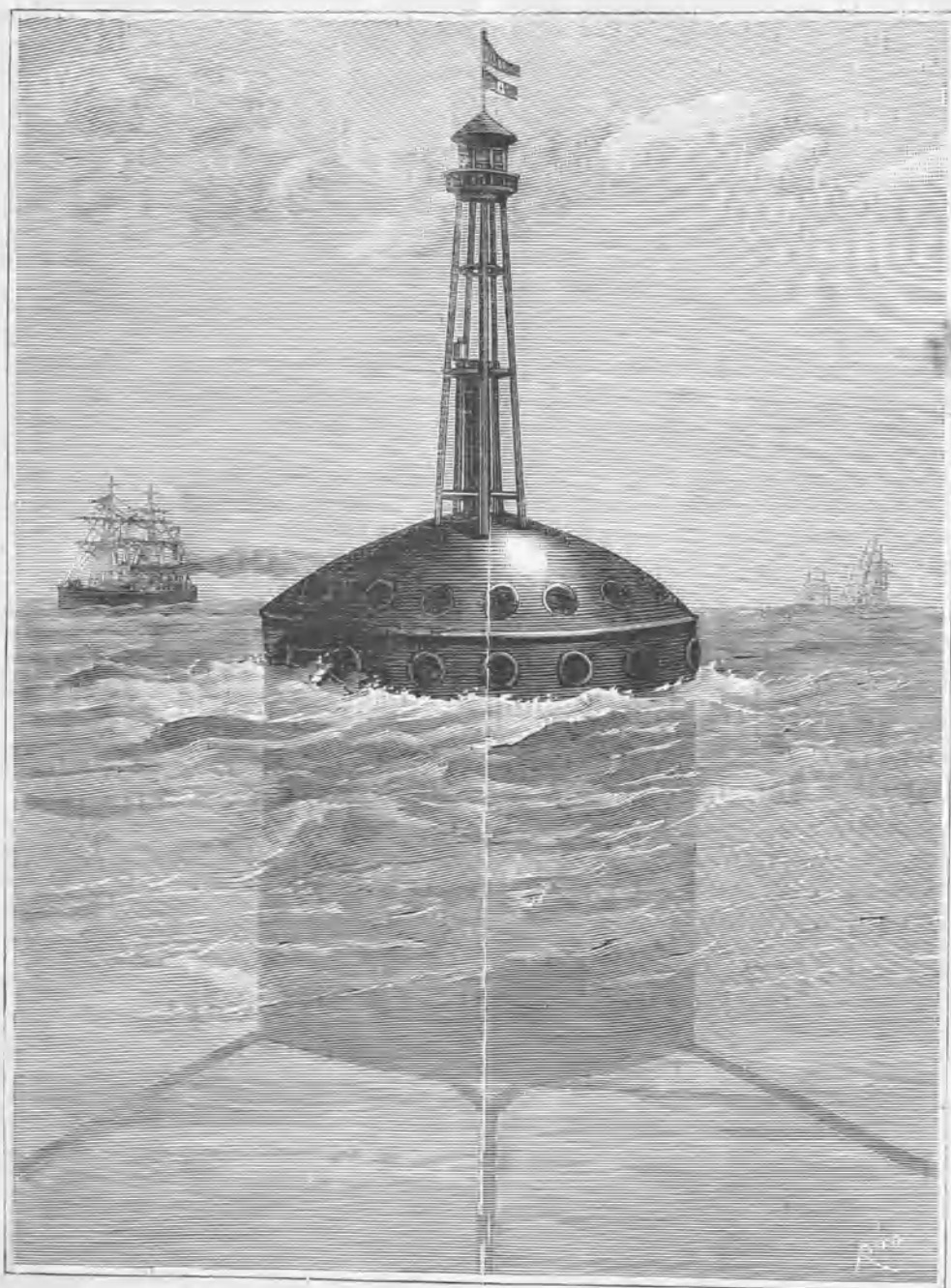
gido este asunto, nos casará mañana en Armentia, donde está de cura. A mamá, aunque llora mucho, no la creas, porque como es tan buena, estaba en el secreto. Perdónanos y echa la bendición á tus amantísimas hijas=*Elena* y *Carmen*.

Al leer esta epístola, el corazón se me saltaba del pecho de alegría. Mi sorpresa fué gratisíma é incomparable. Tomé de la mano á Villalba y le dije:

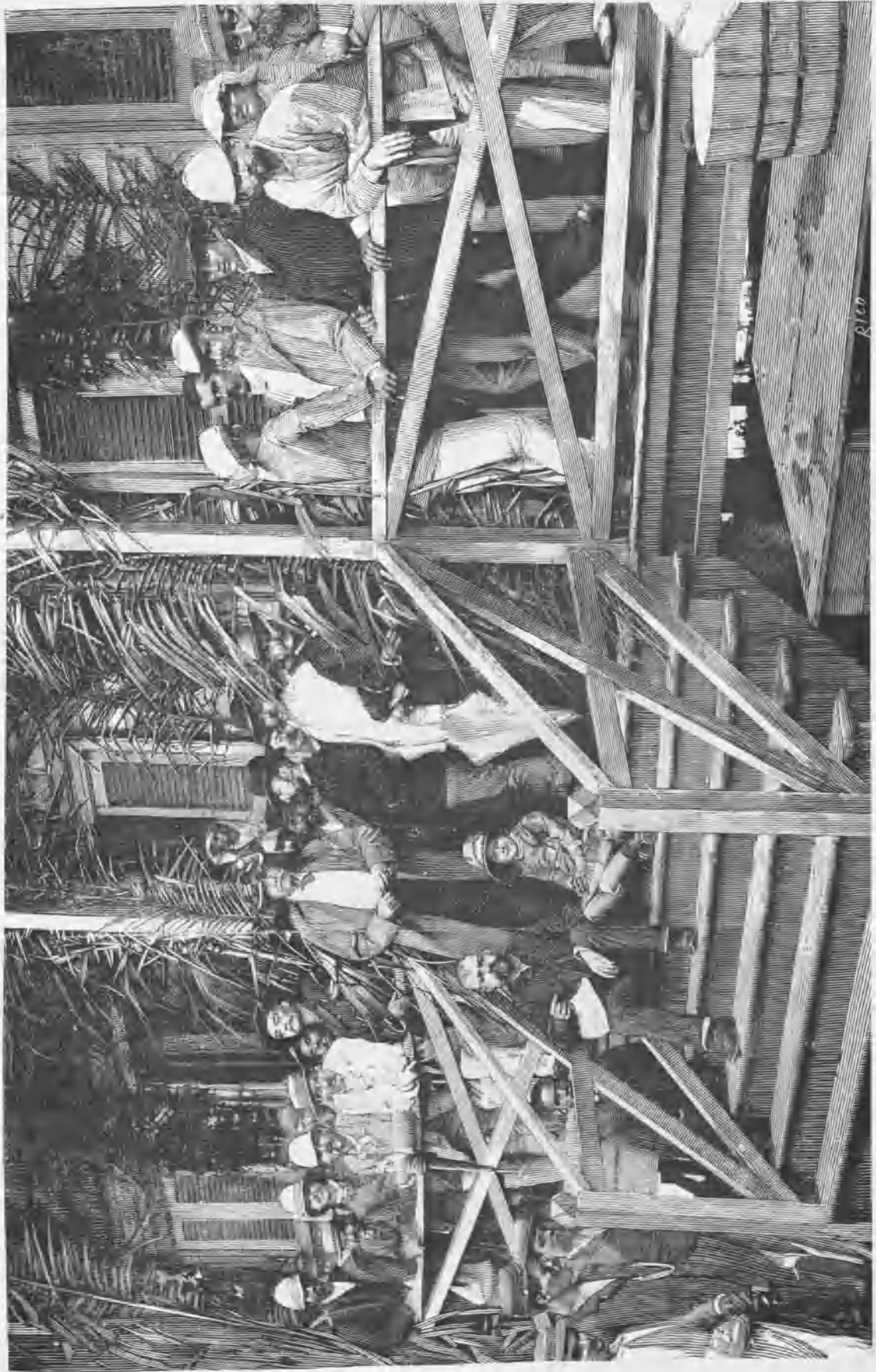
—Resígnese usted; el amor también es una fantasmagoría, pero con él se han vengado Dios y el P. Miguel de su barbaridad de usted. Adiós, amigos; voy á montar á caballo para acompañar á esos dichosos jóvenes en el *Camino del Paraíso*.

¡Ahora, suba usted solo por el suyo de Jundiz!

RICARDO BECERRO DE B. NOGA.



FAROS FLOTANTES ENTRE EUROPA Y AMÉRICA: UNA ESTACIÓN EN EL ATLÁNTICO.



M. DE LESSEPS Y SU COMITIVA VISITANDO LAS OBRAS DEL CANAL DE PANAMÁ.

Rico

LAS ESTACIONES.

I.

El árbol su capa erguida
 Extiende de hojas vestida,
 Libre ya del cierzo ronco,
 Y la savia baña el tronco
 Como plétora de vida.

El sol, sin vivos ardores,
 Esparce vida y calor;
 Crecen las hermosas flores,
 El campo respira amor
 Y anidan los ruiseñores

La naturaleza entera
 Sin recelo y sin engaño
 Sonríese placentera....
 ¡Parece la *Primavera*
 La dulce infancia del año!

II.

Las aves cantan á coro:
 Su fuego el sol no mitiga,
 Y derrochan su tesoro,
 El cielo en rayos de oro
 Y el campo en dorada espiga.

De dulce fruto cargadas,
 Que rico néctar da luego,
 Caen las cepas desgajadas
 Entre ardientes oleadas
 De luz, de vida y de fuego.

Con gigante poderío
 Fuerza es que la tierra ascumbre
 Al mostrar todo su brio.
 El año llega al *Estío*
 como el niño llega á hombre.

III.

Pálida la flor erguida
 Húndese en la tierra ingrata
 Y muere apenas nacida:
 ¡El fuego la dió la vida
 Y el mismo fuego la mata!

Sin nido las avecillas
 Lloran trovas lastimeras,
 Tan tristes como sencillas,
 Y las hojas amarillas
 Suspiran por las praderas.

Ni un encanto se mantiene
 Del deslumbrador edén,
 Y todo al dolor previene....
 ¡Como el año, el hombre tiene
 Su triste *Otoño* también!

